

210
CCION C

CASTELAR

MUJERES

CELEBRRES

LIBRO

6

CT3210

C3

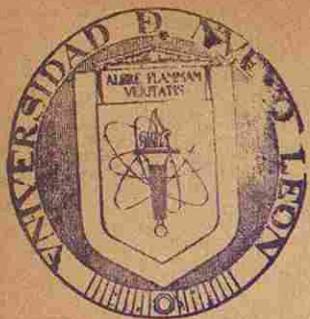
V. 6

C. 1

62528



1080043680



BIBLIOTECA



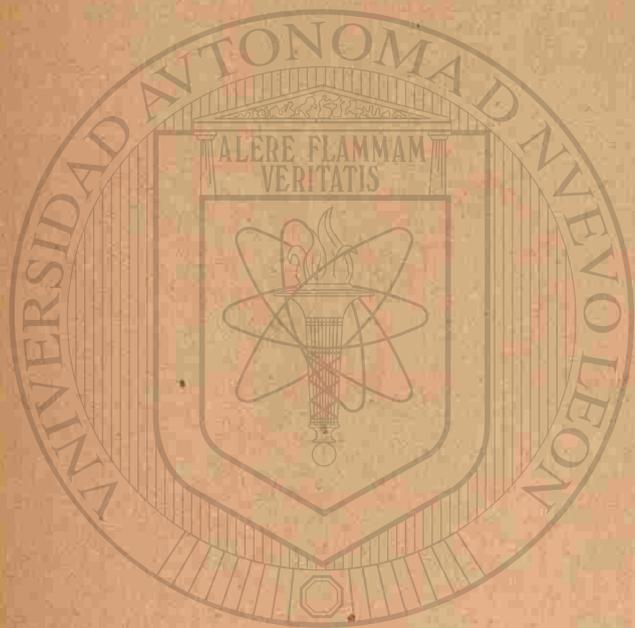
C. # 5 - CA 121

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



GALERÍA HISTÓRICA

DE

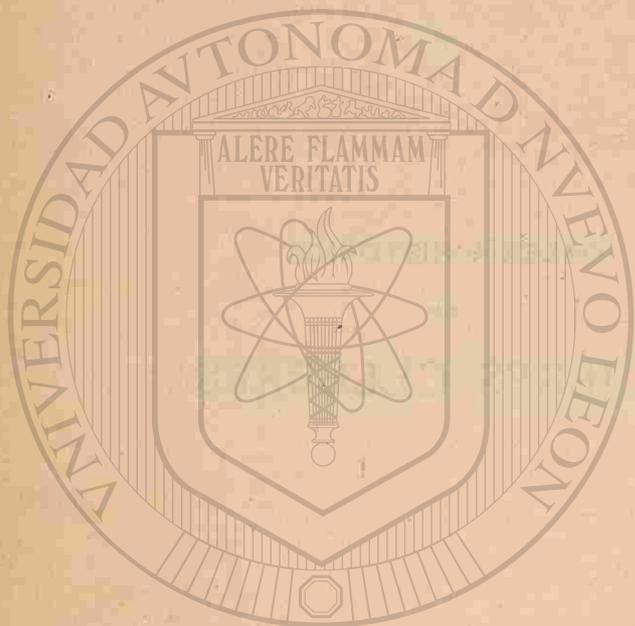
MUJERES CÉLEBRES

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



GALERIA HISTÓRICA



DE

BIBLIOTECA

MUJERES CÉLEBRES

POR

DON EMILIO CASTELAR

TOMO SEXTO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

ESTAB. TIPOGRÁFICO DE ÁLVAREZ HERMANOS

15 - Ronda de Atocha - 15

1888



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

ADICION A...

62528

15616

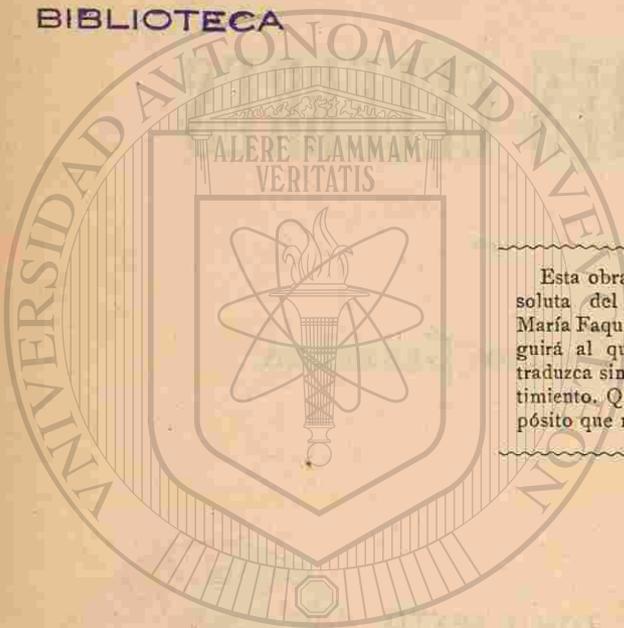


CT 3240

C 3

V. 6

BIBLIOTECA



Esta obra es propiedad absoluta del editor don José María Faquinetto, quien perseguirá al que la reimprima o traduzca sin su previo consentimiento. Queda hecho el depósito que marca la ley.



BIBLIOTECA PÚBLICA
DE LEÓN

VETURIA

Esta mujer extraordinaria es mucho más conocida por el nombre de su hijo que por su propio nombre. Como la madre de los Gracos, ha pasado á la posteridad con la denominación de madre de Coriolano. Su historia y su tiempo no se hallan claros y fijos. En los antiguos historiadores mismos tropezáis con denominaciones y apellidos diversos para su persona. Mientras Tito Livio la llama, como nosotros, Veturia, la llama Plutarco Volumnia. Este último nombre también lo usa el historiador latino, pero poniéndoselo á la mujer del ilustre general romano y no á la madre. Con Veturia todavía estamos en los tiempos épicos. La historia romana, como la historia griega, empieza por una mitología y sigue por una epopeya. Con razón, pues, llama Juan Bautista Vico á la edad primera de tales pueblos edad de los dioses y edad

de los héroes á la segunda. Desde Vesta, desde Marte, desde la mitológica loba lactante, pasamos á las genealogías patricias caracterizadas por nombres como los de Fabio, Publícola, Claudio, Marcio. Este apellido usaba Coriolano, y familia Marcia se decía su familia como descendiente de los reyes y de los patricios así denominados, que llevaron á Roma, por medio de célebres acueductos, aguas claras y ricas. Pero aquí entra la crítica moderna con su poda y desmocha las innumerables ramas entrelazadas, cuyos tejidos forman la selva de tantas seculares supersticiones históricas y legendarias cual ha fomentado unas veces el interés y otras veces el orgullo humano. Las familias romanas se desvivían mucho por los recuerdos de su historia y por los antecedentes de sus progenitores, necesitando arrancar al tiempo privilegios misteriosos de nombradía indispensables en los combates con las clases populares á su poder y á su autoridad. Y cuando les parecían demasiado próximas las épocas mejores de sus familias y poco bellas las remembranzas históricas guardadas en su tradición y en su memoria, solían exagerarlas con acrecentamientos fantaseados y fantásticos, bien de su propia cosecha, bien inventados por sus numerosos genealogistas. A tal manía nobiliaria imputan muchos recelosos críticos la existencia de

tantos Claudios como hemos notado en la tragedia de los decenviros y la historia misma esta de Coriolano que pretendemos recordar ahora. Hasta sobre su primer nombre disputan los autores. Cayo le llama Plutarco por citar solamente los más célebres, y Cneo le llama Tito Livio. Niebhur sospecha en la historia de su muerte una especie de calco sobre la muerte de Temístocles concebido con el fin de favorecer y lisonjear ciertas pasiones romanas. Y pone con implacable severidad la persona de tal personaje, su nombre y su vida, fuera de la historia, en la misma categoría de historias como la de Camilo, toda ella falseada por los siniestros resplandores de leyendas y tradiciones engañosas. Y afirma que la invención literaria sobrepuja en todos estos dramáticos accidentes á la fidelidad narrativa. Los combates singulares de Coriolano frente á las plazas sitiadas, parecen transmitidos de unas leyendas á otras leyendas, pues varias veces se repiten á una con monotonía y uniformidad en las historias. Hay también para este desconfiado crítico interpolaciones de los analistas y plagios de otras pasadas historias que se reproducen y se repiten á una con triste monotonía y sin verdadera originalidad. En sus mismas batallas y conquistas no descubre más que una repetición incompleta de las batallas sostenidas entre los pueblos

vecinos de Roma que habitaban por los espacios de las lagunas pontinas. Y llega hasta decir que la vanidad romana puso un general nacido en el Pomerio de Roma y sus gentes á la cabeza del ejército volsco para que no cayeren tantas glorias lejos de la Ciudad Eterna, empeñada en apropiarse todos los despojos del vencido y todas las leyendas diseminadas en los aires del histórico Lacio. Sea de todo esto lo que fuere, al final del capítulo consagrado por el ilustre renovador de las romanas historias á Coriolano, en el tomo III, ve y observa con profundidad verdadera de juicio cómo soñada fábula no podría bastar al fundamento y vulgarización de un célebre nombre, y hay que admitir por fuerza incontrastable algún asomo de verdad histórica. ¡Vaya si hay que admitirlo! Estas tradiciones podrán alterarse al curso del tiempo y al desgaste de la transmisión escrita ú oral; mas no puede por modo alguno desconocerse cómo han salido del seno de los hechos ciertos y cómo se han sistematizado en torno de altísimos personajes verdaderamente reales. Cúmplenos á nosotros observar en esta historia toda la influencia ejercida por la madre romana sobre los corazones de sus hijos, y basta por completo tal parte ó lado de la historia del guerrero para nuestros propósitos. Y bajo este aspecto la tradición de Veturia, su madre, y de

Volumnia, su mujer, y de los hijos que le diera el cielo, y del sacrificio que por ellos se impuso hasta la muerte, quedan con toda su fuerza poética, y en toda su verdad esencial, mezclados con los recuerdos más vivos de todo el humano linaje y en las páginas más brillantes de la historia universal.

Coriolano es el tipo de una clase, de la clase nobiliaria y patricia. El orgullo y ufanía de su estirpe sobrepuja en él á todas las pasiones y toma en su alma contra los plebeyos el odio fatal que las especies inferiores sienten contra todas aquellas especies con quienes nacieran y se criaran en perpetua guerra. Un dios no miraría desde los altos cielos suyos las partículas de polvo movidas por el rafagueo de los vientos con tal menoscupio como contempla el guerrero patricio á las menores gentes. ¿No habéis observado alguna vez con qué desdén el noble moderno, á pesar de lo mucho que las ideas de igualdad han penetrado en los ánimos, contempla su lacayo y con qué amistad su yegua? No puede forjarse una idea clara de cómo los sentimientos de una superioridad familiar, por razón de la sangre y de la historia, superan y acallan todos los demás sentimientos del humano pecho. Se forma dentro del alma una fe tan viva en la virtud del privilegio innato, con el cual se nace, como la que pueda tener un pontífice máximo en

la virtud del mundo religioso, á cuya cabeza lo han puesto las creencias de sus fieles. Y esto sube de punto en las ciudades antiguas, donde se hallaba desde la conquista del suelo hasta la religión de los dioses vinculadas en ciertas soberanas familias. Los timbres más claros de la historia, los sepulcros más circuidos de respeto, los recuerdos más vivos en la universal tradición, los nombres que brillan en la mente al modo de los astros en la inmensidad, los dioses que protegen á la patria, las instituciones seculares basadas en los fundamentos graníticos de la sociedad, todo se liga en ciertas familias, destinadas por su propia soberbia y por la humillación de aquellos que las miran postrados de hinojos, á reinar sobre los hombres y sobre la tierra. El antiguo patricio romano con su lanza quiritaria, con su toga pretexta, con su derecho de imperio, con su matrimonio sublime de la confarreación, con sus privilegios sacerdotales, con sus auspicios especialísimos, apto y habilitado para todas las magistraturas, privilegiadísimo en el saber tanto las fórmulas jurídicas como las revelaciones religiosas, intérprete de los augurios, para quien los vuelos del ave y los giros del aire guardan enseñanzas imposibles á los demás mortales, con derecho de vida y muerte sobre sus hijos, acompañado por una turba de clientes y por otra turba de siervos, bien puede imaginarse

un Dios y creer que todos cuantos no pertenezcan á su clase superior y no bajen de su estirpe divina se hallan tan lejos de su persona como de su Criador las míseras criaturas. Y cuando una divinidad así piensa que los conquistados por ella juntamente con el suelo patrio aspiran á igualarlo, se ríe unas veces, ó se indigna otras, de semejante pretensión absurda, sin llegar jamás á comprenderla. Le parecería más natural cualquier especie inferior de las conocidas, sobre todo si es fuerte, sustituyendo á la especie humana, que un plebeyo aspirando á dignidades y prerrogativas, las cuales pudieran elevarlo hasta las alturas donde truena y campea un patricio. La educación exacerba todos estos afectos y prospera todas estas supersticiones. El trato con los iguales concluye por endurecer el ánimo contra los inferiores. Así como el creyente supersticioso en una religión determinada no cree humano y semejante suyo al infiel, tampoco cree humano ni semejante suyo al plebeyo un verdadero noble. Contra todas las impresiones de nuestra razón y contra todas las advertencias del tiempo y de la historia, un primate, un patricio, un aristócrata, un verdadero noble adquiere y sustenta las ideas de la desigualdad humana y ve una distancia tan larga entre él y sus inferiores, como la que podamos ver entre nuestra especie y las especies irracio-

nales. Si el inferior se somete á su dirección y se conforma con su incontestable superioridad, quizá lo cuide y lo mantenga como los borregos de su aprisco, y los caballos de su cuadra, y los faisanes de su pajarera; mas si el inferior se acuerda en su memoria de que también es él un hombre y aspira por un camino cualquiera é invocando un derecho más ó menos fundado, no á igualarse, no, á creerse con alguna facultad, con alguna prerrogativa, con alguna sombra de privilegios, con algún escrúpulo de autoridad, ó bien adquirida, ó bien heredada, los nobles le tratan como pueden tratar á las reses por sus dominios esparcidas para servirle en sus recreos de caza, le tratan á sangre y fuego. Vamos á ver esto en la figura histórica del patricio Coriolano.

Coriolano era duro, muy duro. Estas tristes asperezas de un temperamento fuerte debían hallarse mucho en su nativo sér y formar como el fondo y sustancia de su alma. Privado desde muy temprana edad de su padre, y encomendada su crianza y su cultura en esta orfandad á las mujeres, parecía cosa natural que las mujeres ablandaran un poco su corazón y pusieran en las rudísimas calidades guerreras alguna dulcedumbre. Pero indudablemente la fuerza de su sangre aventajó en él á todas las demás fuerzas de su vida. El patricio muerto le infundió, con el orgullo de su familia y raza, supers-

ticiones tan hondamente arraigadas, que tomaron el carácter y el ministerio de facultades personalísimas é interiores.

No se compadecen mucho los entusiasmos y los errores en el deseo con la constancia y la tenacidad en el propósito. Pero al espíritu humano, moviéndose mucho, acaba por sucederle muy exactamente lo mismo que le sucede á los cuerpos, adquiere calor en el movimiento. Y Coriolano, desde sus mocedades, se movió mucho en los dobles campos de la política y de la guerra que se abrían en Roma con largos espacios y copiosos frutos á todas las alteradas ambiciones. Sin embargo, el motor principal de su espíritu y el aguijón primero de su vida se hallaban á una en el odio, la pasión de sus pasiones. Y el odio se deja tentar mucho de su extremo en verdad más aborrecible, de la cólera; odio en su más alta potencia, en su mayor energía, en su actividad más turbulenta. Cuando una voluntad tiene tamaña fuerza, el obstáculo contra que parece romperse y estrellarse le sirve tan sólo para subir más arriba y enfurecerse con acerba intensidad. El único límite hallado por la tenaz é intensa voluntad interior del guerrero se llamaba plebeyo, y al estrellarse contra el plebeyo, combatía por anegarlo, cual esas olas y esas mareas embravecidas anegan el escollo donde se rompen como para más alterar-

se y embravecerse. Y el alma de un hombre que pertenece con fidelidad á ciertas clases sociales no es tan sólo un alma individual, es un alma colectiva, por llevar en sí, merced á natural atavismo, no solamente su propio sér, sino también el sér de los que vivieron y el sér de los que vendrán. Y la cólera estaba unida en él con desapoderadas ambiciones. Político y militar, el campamento le parecía un Senado y el Senado le parecía un campamento. En su tienda de general discurría como si asistiese al templo de la victoria, y en su sede parlamentaria como si asistiese á un consejo de guerra. Creíase nacido para dominar sobre los demás é impeler adelante y arriba su clase, los consanguíneos de su familia social ó raza. Todas las potencias de su propio sér se concentraban en el granjeamiento de una potestad política sobre los inferiores, nacidos para la sumisión y para la obediencia. ¡Cómo tira de sus nervios un alma por el estilo y los mantiene remontados en una tensión infinita! ¡Qué fuerza y vigor á los músculos presta semejante actividad incansable, acerada en el toque afilador que le ofrecen los acontecimientos! Estos temperamentos así concluyen por cerrarse á todas las emociones comunicadas desde lo exterior y por en todo reducirse á sí mismos, tomando las enormes proporciones y el vigor de una gran fortaleza. Pero tal fortaleza encuéntra-

se asediada por el sitio formidable que le ponen á la continua cuantas pasiones contradictorias con ella se mueven alrededor suyo. El interés de los plebeyos por sus derechos debía exacerbar el interés de tal patricio por sus privilegios. Tanto como buscaba el afecto amistoso de los suyos buscaba también la enemistad implacable de los inferiores. Diríase que un hombre de su altura miraba con celo y envidia el esfuerzo empleado por los de abajo para salir de su inferioridad, pues, siendo esfuerzo, descubría enérgica voluntad. Exaltábase á sí propio cuanto más combatía por la depresión y humillaciones de los otros. La idea de clase y familia estaba en él sobre la idea de patria. No creía tan digno de su amor el suelo romano como los primates á quienes el suelo alimentara y diera su jugo y savia. Por eso cuadra mucho con su compleción y con su historia el dicho que le puso la poesía en los labios, cuando le hizo decir: «que no estaba Roma en Roma, sino allí donde se hallaba él.» Cuando se tiene un amor más intenso y más general á la patria, se ama en ella todo el suelo y con el suelo todas las gentes que vivifica y mantiene, ama uno al pueblo. Cuando se pertenece á raza orgullosísima se detesta en el mismo suelo de la ciudad ó de la nación aquella parte del territorio en que acampan los enemigos. Tales afectos descú-

brense y obsérvanse con facilidad allí donde hay dos barrios enemigos ó dos ciudades rivales, como acontecía en la Edad Media. Un blanco de Florencia odiaba, siendo florentino, la calle habitada por los negros. Y un toscano de Pisa, la odiada y odiosa, detestaba el sitio de Toscana donde vivían sus rivales, ó sus enemigas, ya se llamaran Sienna ó Florencia.

Pues bien: Coriolano detestaba en su orgullo patricio todas las tierras en que arraigaban los plebeyos, el Monte Sacro, el Aventino, lo que no fuese aquel monte suyo, donde veía de pie la casa ocupada por los reyes sacerdotales ó guerreros, abuelos de su clase; el templo á que acudían los senadores y en que celebraba sus sesiones el Senado; las aras de aquellos penates aristócratas, cuya voluntad habían dado un cetro á cada noble con sus lanzas quiritarias; los archivos de tanto viejo recuerdo y de tanto antiguo nombre como servían con los rayos de luz por ellos despedidos á esclarecer su alma y á encenderla en tantas ideas altivas y propias del superior destino á que le llamaban todas sus propensiones.

En tal espíritu había una pasión tierna. Esta pasión dulce y tierna era el amor á su madre. Para él nada valían las riquezas, nada los placeres. Fuera de las grandes satisfacciones de su orgullo, no

sentía ninguna otra satisfacción. Como ciencia le bastaban los auspicios que le servían para los augurios destinados á someter y refrenar al pueblo. Para el arte no había propicia condición allí donde la guerra con los plebeyos en lo interior, y en lo exterior la guerra con los latinos, pedía una rudeza incompatible con ciertas contemplaciones sabias ó estéticas. Atleta por el ejercicio formidable de todas sus fuerzas, guerrero diestro en el empleo de todas las armas, aquel temperamento fortísimo guardó como nota dulce y tierna la piedad filial. Un muchacho que no ha conocido padre reconcentra todas sus devociones infantiles en la madre y no las divide y no las separa en dos como quienes han conocido padre y madre. Luego pocas, muy pocas impresiones duran tanto como las que promueve, al comenzar la juventud, el espectáculo de un duelo estoicamente soportado y el recuerdo eterno de un padre aparecido en todas las ocasiones capitales de nuestra existencia. La viudez acrecienta mucho el poder moral y autoridad propia de una madre. Parece más sagrada, mucho más, la viuda que ha sentido el amor, y, privada de su objeto, le dedica un recuerdo eterno, que la vestal consumida en una perdurable virginidad. Los hijos criados sin padre aman mucho, por todo extremo, á sus madres, en quienes ven concentrada la paternidad con

todas sus severidades y la maternidad con todos sus amores. Así, nada tan puesto en razón como que Veturia represente la mayor potestad alcanzada por el amor maternal en el mundo romano, y que represente Coriolano la piedad filial. Su mujer y sus hijos no valían para él todo cuanto valía su madre. Quizás al sentir ufanía y orgullo tan altos é intensos por la sangre que corría en sus venas, Coriolano creyese ver en su madre, además de una representación del antiguo genio romano en su aspecto más dulce, una imagen de la libertad patricia. Precisa para comprender esta clase de afectos recordar la prosapia y la época en que llegó á la vida pública el gran milite romano. Los patricios habían acabado en aquellos días de lanzar á los reyes y á su representación más odiosa los infames Tarquinos. Esta expulsión violenta juntábalos en el odio común á la tiranía tradicional y en el común amor á la libertad aristocrática. Un patricio romano de los primeros tiempos asemejábase á un noble sajón de los tiempos modernos en que amaba tanto la libertad como aborrecía la esclavitud. Este bien supremo de poseerse á sí mismo, por el cual nunca se pugnará en el mundo bastante, parecíales una característica reservada por completo á las clases superiores y altas, únicas dotadas de comprensión bastante para entenderlo en toda su verdad y con-

servarlo con fuerza perdurable. El amor á la libertad se contrastaba en su interior con el odio á los plebeyos y á los reyes. Destronados éstos no habían podido conformarse con su destronamiento. En el flujo y en el reflujo de las acciones y de las reacciones sociales volvían como espectros á la Roma libre, harta de todos ellos y de sus privilegios hasta el punto de tomar su nombre como palabra nefastísima, la cual no debía pronunciarse jamás, por generadora de calamidades y desventuras sin término y sin cuento. Pero volvían muchas veces, y volvían ayudados por reyes vecinos como Porsena, quien comprendía de igual suerte que los reyes europeos del siglo pasado que una república en Roma daría de sí, tarde ó temprano, una república en todo el Lacio, y una república en todo el Lacio daría de sí una república en toda Italia. Sostenida por ideas tan exactas, la reacción latina trataba de restaurar los Tarquinos, y el patriciado se oponía más aún que la plebe á esta restauración. Mucho debía repugnarle á Veturia. Conociendo, como conocemos, los sentimientos de su hijo, precisa recordar que los bebió en el corazón de aquella idolatrada madre, fiel á la vieja virtud romana que las madres guardaban en el hogar privado con tanta fe como pudieran las vestales en el hogar público. De aquí el influjo ejercido por las mujeres en general,

y por las matronas ó las madres en particular, durante los primeros y más gloriosos tiempos de la república romana. Veturia toma en la tradición un tan severo aspecto y una tan excelsa magnitud, que parece la imagen hierática de Roma misma.

Conjurábanse un grande cúmulo de circunstancias á generar la reacción monárquica. El pueblo se revolvía en algunos momentos contra sus nobles, y por tal modo los odiaba que prefería no pelear por la patria, palacio para los empinados, calabozo para los humildes. Por estos abatimientos en los ánimos explícense las circunstancias que concurrieron en la fortuna de Porsena, el rey favorable al restablecimiento de los Tarquinos. Así nos cuentan los historiadores más veraces que tal reaccionario mereció del Senado cuantiosas ofrendas, como un trono de marfil al modo asiático, una diadema de oro, un cetro del mismo metal, una estatua que se ostentó largo tiempo en el ingreso de las curias. Si el corazón de los romanos hubiera podido rendirse á la monarquía como se rindieron sus fuerzas, acaso los Tarquinos volvieran á la Ciudad Eterna y Porsena lograra sus reaccionarios intentos. Pero la nobleza romana mereció bien de la humanidad por los esfuerzos que opuso á este criminal retroceso, contrario de todo en todo á los humanos y universales intereses. Primeramente

Bruto, en quien resplandecía la madura y alta razón propia de un consumado estadista, no quiso que á la separación y ausencia del rey se quebrantara la virtud del poder supremo, y reforzó la temporal y fugaz autoridad superior de los cónsules, necesitada de mucha fuerza, por lo mismo que no provenía de lo alto, ni de la herencia, ni de la tradición, por lo mismo que provenía de toda la ciudad, manteniendo la obediencia y la disciplina, muy necesarias á un pueblo todavía falto de aquellas múltiples calidades que se piden y se necesitan para el propio gobierno y la representación por medio de delegados y delegaciones populares en las venerables magistraturas y en las sublimadas jerarquías constitutivas de las verdaderas y altas personificaciones del Estado. Y no contento con esto, proscribió al mismo Colatino, autor principal de la revolución por su mujer Lucrecia, creyendo imposible la presencia de un pariente de los Tarquinos en una república niña, muy expuesta de suyo á retroceder hacia la monarquía, y dotó á los pontífices con las atribuciones religiosas antes imputadas al poder real, á fin de que ni los más connaturalizados con los antiguos hábitos y los más devotos de las antiguas creencias echasen de menos en el hogar y en el templo á los antiguos reyes. Pero ni aun así evitaron las reacciones. Mucha gente, con espe-

cialidad la juventud áurea romana, quejábanse del reemplazo de reyes, personas accesibles á la lisonja y al ruego, en dones largas, en castigos cortas, por códigos inflexibles é instituciones impersonales, de donde no podían esperarse lluvias benéficas de gracias y favores. El austero vivir que sucediera, tras la revolución, al antiguo gozar en los senos de una monarquía etrusca, tan fuerte como espléndida, había todo él ido contra las prerrogativas y las ventajas de los jóvenes patricios, caídos de la corte y de sus fiestas al pie de burdos plebeyos y leyes durísimas. Así es que la reacción sobrevino pronto, y una parte considerable del patriciado joven la mantuvo con su palabra y con su fuerza. Y como llegaron los enviados de Tarquino á llevarse las joyas y ajuares de sus reyes, cuya devolución decretara el Senado, aprovecharon los jóvenes reaccionarios la coyuntura para urdir una confabulación que restaurase la vieja monarquía. Delatados por un siervo, á quien denominaban Vindicio, encontráronse los hijos del propio Bruto entre los conspiradores. La trágica situación del romano hiere y affige aun hoy á cuantos leen las viejas historias. El combate acérrimo entre su amor de padre y su deber de cónsul conmueve hoy mismo á los siglos como una de las más acerbas pruebas por que haya pasado

jamás el corazón humano, pues pudo sin quebrarse presenciar el suplicio de aquellos que eran carne de su carne y sangre de su sangre, todo por la república, por la libertad y por la patria. Con tamañas severidades no hay que decir cómo tratarían las pretensiones del rey destronado. Su cuantioso ajuar etrusco fué por el pueblo entrado á saco, y su campo entre las orillas del Tíber y la montaña del Palatino puesto entre las cosas públicas y trocado en campo de Marte. La traición última de Tarquino resolvió este asunto, en el cual tuvieron los padres y los conscriptos muchas perplejidades, temerosos de que si devolvían las riquezas cuantiosísimas del tirano, sirviesen de alimento á una conspiración, y si no las devolvían, sirviesen de pretexto á una guerra. No tardó en declararla, secundado por los reyes de las gentes etruscas, á quienes descontentaba mucho una república en Roma, perjudicial á todas las monarquías. Pero la heroicidad de Horacio Cocles echándose desde lo alto al Tíber para redimir á su patria y evitar el ingreso de los irruptores por la puente romana, el martirio de Mucio Escévola quemándose la mano con que marrara el golpe al rey Porsena, el amor y el sacrificio de Bruto, conjuraron aquella terrible reacción monárquica y trajeron al cabo la consistencia de una república por tantos enemigos amenazada en su cuna.

En todos estos actos resplandece con resplandor vivísimo el poderoso influjo de la matrona romana, y, por consecuencia, de Veturia, cuya indudable virtud privada sembró muchas virtudes públicas necesarias á los pueblos libres. El pudor de Lucrecia subió en la estimación general de los romanos á una religión verdadera. Cuando los patrios reaccionarios suspiraban por la vuelta de los reyes, el influjo de las damas concurrió poderosamente al sostén de las leyes. En la muerte de Bruto ellas vistieron duelo idéntico al llevado por los padres, pues padre del alma debía llamarse quien tanto hiciera por vengar el pudor femenino oscurecido en la persona de Lucrecia á la voluptuosidad infame de los epicúreos Tarquinos. Pero en lo que más da Veturia la medida indudable del patriotismo á que llegara su ánimo es en el envío y expedición de su hijo, todavía muy tierno, á los combates heroicos y terribles contra la reacción monárquica. Quince años apenas contaba y se halló en aquellas colosales porfías que mostraron al mundo ya, por las fuerzas y las virtudes en ellas desplegadas, el destino que cumpliría con su valor y con sus ideas la romana gente. Tan joven dijo quién era, no sólo en llevar é infligir la muerte á tanto contrario, en defender á tal número de romanos. Caído en el suelo uno de sus compañeros,

fué á socorrerle, poniéndose á su lado, parapetándolo con su cuerpo como un fortísimo escudo hasta concluir y rematar al audaz enemigo, inmolido sobre la víctima que pretendía él inmolar. Así mereció la corona de encina designada en las costumbres romanas por premio á quien salvase la vida de un camarada combatiente caído y maltrecho en lo más recio de una porfiada pelea. Plutarco, al llegar á este punto de su narración en la biografía de Coriolano, tan sospechosa por la exactitud de sus relatos como bella por la forma de su estilo y filosófica por la copia de sus pensamientos, dice que preferirían los antiguos la encina para representar el valor, bien á causa de que los hijos de Arcadia, denominados por el oráculo apolino belloteros, tuvieron poderoso influjo; bien á causa de que la encina crece por todas partes y muy comúnmente; bien á causa de hallarse tal árbol consagrado á Júpiter; bien á causa de que sus ramas desprenden alimentos como las bellotas en el suelo y destilan de sus troncos las dulces y olorosas mieles. Pero, en cuanto acaba de disertar así con su adquirida educación, se detiene á considerar en sus nativas admiraciones las acciones del altísimo guerrero, en las cuales él á sí mismo se aguijoneaba y emulaba, resultando porfiadísimo rival de sí propio. Y tras haber descrito y paladeado con tal gusto el re-

cuerto de tantas acciones heroicas, busca el móvil único, y lo encuentra en el amor á su madre y en el deseo de rendirle homenaje con los despojos aportados y de ufanarla y ensorbercerla con su poder y con su gloria. La madre viuda, la madre austera, la madre reveladora y educatriz, la madre sacerdotisa, la madre influyente sobre la suerte, no sólo de su hogar, de su estado, en aquella Roma henchida por sus virtudes, aguijonea su actividad y le mueve á todas las grandes acciones. De aquí, de tal pasión pura y generosísima, la intensidad del deseo con que procuraba una gloria efectiva y la constancia con que mantenía el esfuerzo diario para granjearla y robustecerla en sus porfiados combates, donde las temeridades varias del valor más audaz mezclábanse al reflexivo examen de todos los medios y al cálculo exacto de todas las probabilidades. El amor filial ocupó la vida entera de tal joven y le movió en sus empresas. Hay quien dice que nunca se hubiera casado si al casamiento no le moviera su madre, y que ya constituida la familia nueva, destinó el santuario de su hogar á Veturia, bien digna de tanto templo, y enseñó en el amanecer del alma de sus hijuelos á bendecirla como si fuera una diosa. Necesítase insistir mucho sobre los caracteres políticos de Veturia y el amor fervoroso de Coriolano á su madre

para comprender esta historia. El orgullo patricio determinó la vida de Coriolano y la piedad filial su muerte.

Este afán sólo le aguijoneaba y le impelía fuertemente al inmediato logro de todos sus deseos animados por provocadoras esperanzas. Coriolano quería mostrar á la mujer de quien recibiera, no su vida, sino también su alma, que la educación suya le había valido para subir á todos los puestos más altos con facilidad y disputar todas las honras más excelsas con fortuna. En aquella casa, donde había faltado el rey, el juez, el general, el sacerdote, ó sea el padre de familia, casa dirigida y gobernada exclusivamente por una débil mujer, se había podido criar, en virtud y por obra del amor materno y de la piedad filial, un hijo apto para la senaduría, para el generalato, para el gobierno supremo, ejercido en aquel pueblo, ya republicano, por dos cónsules de patricia proposición y de popular nombramiento. No movía, pues, ánimo tan fuerte y resuelto una sola y particular ambición personal ó aislada, movíale también, con empuje soberano, móvil tan sublime como el amor más puro al objeto más santo. Con esto, con lo desinteresado del móvil, coonestaba el ambicioso, no vulgar ciertamente, generosísimo y elevado, sus impacencias sin reposo, sus furores sin medida, sus odios sin excusa, sus

cóleras sin arrepentimiento y sin remedio, que le llevaban, alguna vez, á las más bajas acciones arrastrado por los más altos motivos. Las coronas de encina, los trofeos de triunfo, las haces de cónsul, todas las preseas asequibles á un ciudadano en Roma, todas las dignidades dobles queríalas y deseábalas con intensidad para ponerlas como un pedestal gloriosísimo á los pies de la vesta incomparable que se denominaba Veturia. Él no quería todo esto de gracia y regalado por merced, queríalo conseguido por su propia virtud y como pago justo á sus acciones brillantes. Como si nada hubiera heredado, al heredar en sus venas de noble y patricio sangre superior, pontificia y regia, trabajaba en el comicio, en el campo, en el campamento, en el Senado. No hay sino leer á Plutarco, Tito Livio, Dionisio de Halycarnaso, para comprender todo el fundamento y base de mis asertos y de mis juicios. El relato de la inmortal hazaña por que mereció su apellido de Coriolano basta para calificarlo. Los volscos, asentados sobre las fronteras de Roma por el lado de Campania, entre las líneas meridionales de las Pontinias, cerraban el camino de los romanos al Mediodía, é interponiéndose por rutas de suyo indispensables al comercio, provocaban lecciones y castigos sin cuento en edades difíciles á toda otra razón que no fuese la del combate y del triunfo. La ciudad

más importante de aquella región entonces llamábase Corioles, y en los trances varios de una discordia perpetua tenía puesto sitio el cónsul Cominio, guerrero de tanta fuerza, que ya la había casi cobrado y vendido, necesitando los sitiados, en tal apuro, de supremos esfuerzos y de sumos auxilios. En efecto, sus compatriotas acorren de todas partes la ciudad sitiada poniendo al sitiador en grave aprieto, pues difícil mantener un sitio con la ciudad enemiga al frente y en la espalda un ejército de socorro. Hallábase, pues, la fuerza romana entre martillo y yunque. Cominio se destaca de las legiones sitiadoras en requerimiento de los socorros y queda Lavino en el asedio con bien escasas fuerzas. En tal instante los asediados se lo prometieron todo del propio valor suyo y del escaso número en el enemigo, saliendo á gritos y en tropel ganosos de aquella fácil victoria. Fuélo, en efecto, pues rompieron á los romanos y llegaron en su seguimiento y persecución hasta las trincheras del asedio. Todo se hubiera perdido, todo en suma, de no estar allí el jó ven Marcio, anheloso por mostrar á su madre ausente cómo aquel hijo de sus entrañas acababa de volver por su amadísima Roma y salvarla, porque allí, en Roma, resplandecía el hogar, templo y ara de su bendita idolatrada estirpe. Así, blandiendo en sus manos la espada, como los dioses el

rayo, resollante su pecho en guisa de fragua, los ojos relampagueando de ira, los labios vibrantes con palabra de guerra, parece la imagen viva del valor y la promesa infalible del triunfo. En breves segundos los romanos le siguen, los volscos le huyen. Pero no basta, no, á su ardimiento un resultado tan fácil é inmediato, y sigue con ardor impeliendo á los suyos hasta conducirlos como fascinados por tanto arrojó contra la propia voluntad al pie del muro y al ingreso y entrada del pueblo. La imagen de su madre se le apareció entonces cual á los devotos la imagen de su Dios.

Y, los ojos puestos en tal numen, coronó su hazaña de tanto día con remate de verdadera gloria. Cuando los suyos toparon, en la carrera tomada sobre los volscos fugitivos, con las temidas murallas, detuviéronse al recuerdo de la defensa hecha y al temor de la entrada temeraria. Mas Coriolano creyó que por una puerta franca debía penetrar un sitiador celoso, siempre que pudiese, pues no le ofrecerían los sucesos en coyuntura mejor brecha tan franqueable y ancha. Métese, pues, por la puerta en compañía de aquellos que, por amistad á él ó por valor propio, creían deber seguirle sin volver atrás la cabeza en demanda de lo arriesgado del lance y de lo terrible del encuentro. Quienes así volaban en pos de su héroe fueron pocos muy pocos, pues

ninguna virtud de las sobrehumanas valiese si abundase. Aquel arrojó equivalía en término postrero á un suicidio, y ya que la vida estaba por completo entregada, no era cosa de venderla y venderla por poco precio. De consiguiente, un furor fuera de todo lo natural se apoderó del joven, semejante al ímpetu arrebatador de los dementes que rompe por todo, arremete con todo y se lo lleva todo de calle. Un terremoto no sacude los suelos perturbados, un torrente no arrastra los objetos caídos en sus ondas, un rayo no parte la nube ni hiere la encina con la fuerza que Coriolano empleaba en aquel supremo instante de su vida, buscando la gloria para su nombre patricio y el nombre para su madre idolatrada. Nunca esfuerzos tan heroicos pueden quedar sin baldón en este mundo nuestro, donde tanto importan todas las verdaderas virtudes. La ciudad cae rendida. De sus defensores los unos han muerto á la furia del romano y los otros han ido á los barrios extremos, quedando unos cuantos en el combate cuerpo á cuerpo, cuyas incidencias se prolongan hasta que los romanos entran y consiguen suprema conquista. Coriolano se negó á quedarse allí por el provecho de un botín cuantioso. Mayores tentaciones golpeaban su pecho y movían su voluntad. El recuerdo de que una parte del ejército se hallaba comprometido en la terrible

lucha con los volscos, congregados para defender y acorrer la ciudad sitiada, le movió á salir pronto de allí, donde todo estaba concluído, y acudir al sitio necesitado de un mayor esfuerzo. El águila no vuela como él corre por aquellas campiñas inmensas anheloso de alabar su obra. Cuando le ven llegar lanzan los suyos un grito de alegría. El esplendor de su mirada y el júbilo de su rostro anuncian la victoria sobre los sitiados en la ciudad enemiga. Este anuncio llega con tanta mayor oportunidad, cuanto que los romanos estaban á punto de rendirse y de ceder á la propia fatiga y al número contrario. Pero con tal refuerzo los soldados se centuplican, los ímpetus se redoblan, los horizontes de la esperanza se abren, y tantas desventajas como parecían irremediables á los primeros asaltos de la desesperación se truecan en verdaderas y sólidas ventajas. El triunfo sigue al refuerzo. La inspiración al concebir y la prontitud al ejecutar le valen universal aclamación de las que un ejército victorioso eleva entre los fragores del triunfo á quien ha sabido granjárselo. Dispónese por todos que se le decrete y reciba el diezmo de los despojos arrebatados al enemigo. Pero él se niega y dice que con la interior satisfacción está suficientemente pagado, y que aquellos bienes le molestarían dando en apariencia el interés por móvil á empresas movidas y

acabadas por el puro amor á la patria. Entonces el general y el ejército convienen á una en que lleve para toda su vida el sobrenombre de Coriolano en recuerdo de su triunfo. Así tuvo tres nombres: primero, Cneo; después, Marcio, correspondiente á su origen y familia, y, por último, Coriolano, que le recordaba el más valeroso de todos sus esfuerzos y el más alto y sublime de todos sus triunfos. Su gloria resplandecía, pues, como había deseado en sus infantiles ensueños para bien y honra de su madre.

Pocos, muy pocos tributos podían á una madre pagarse como esta serie de indecibles triunfos alcanzados por un militar tan joven. Tras la corona del rudo encinar cortada para ornar sus sienes en el triunfo conseguido sobre los tiranos, venía este nuevo lauro á rematar y coronar sus múltiples y espléndidos títulos para cuantas dignidades y honras pudiese dispensar la patria. Inútil decir cómo escucharía la madre absorta en su hogar el relato de tantas acciones, á cual más heroica y sublime, como le iba llevando á los oídos la voladora y resonante fama. Todas las frentes á una se inclinaban en presencia de aquella mujer, quien, viuda en sus primeros años y falta del auxilio prestado por su esposo en la obra de educación dable á un varón, procedió de suerte que saliera de valeroso

y atrevido cual si un padre, y sólo un padre muy guerrero, formara y robusteciera su alma. Entre aquellas varoniles cualidades suyas resaltaban cualidades también de virtudes verdaderamente delicadísimas que había depositado allí su madre con el soplo de su amor. El vivo desinterés, el amor al sacrificio, el desprecio de las riquezas, el sentimiento de cariñoso afecto por sus compañeros en armas llevado hasta la sublimidad de posponer á su vida la propia vida, el cuidado y el celo por todos cuantos le circuían, cualidades eran puestas en el fondo de su alma bravía por la educación de una mujer. Así los largos afanes de ésta por su hijo quedaron compensados al verlo rápido en la concepción de sus planes, resuelto en el cumplimiento, largo de manos para coger las armas y corto para coger los despojos, capaz de todo sacrificio é incapaz de toda bajeza, digno de la estirpe á quien había debido la vida y la tierra romana, para cuya gloria y defensa lo había engendrado un austero matrimonio patricio. Religiosa, muy religiosa Veturia mientras su hijo estaba en los incidentes del combate, y perpleja su ánima propia entre los contradictorios anuncios de nuevas encontradas, importunaría los dioses con sus súplicas y con sus promesas en tal estado, mientras después de sabida la toma del lugar sitiado y

la victoria sobre tan poderosos enemigos como los volseos arderían las lámparas con fulgores más vivos ante los viejos lares patrios y penderían los exvotos en más crecido número de sus aras y de sus santuarios. Hay almas en quienes el amor sube y no baja. En vez de buscar el cariño de aquellos que les heredan, buscan el cariño de aquellos que les preceden allá en los caminos de la vida. Por un sentimiento así las dinastías, las castas, las aristocracias se fundan. Si no tuvieran acervo común y fondo idéntico de creencias convertidas en tradiciones desde los brahmanes indios hasta los patricios romanos, jamás compusieran clases tan fuertes ni estas clases tan fuertes dominaran como dominaron sobre los territorios y sobre los pueblos. Así como Coriolano tenía por divinidad en el mundo á su madre, tenía por divinidad en el mundo su madre á Roma. Este sentimiento de todo en todo en todo patricio, se ligaba con la religión de los recuerdos y se unía con el culto á los muertos. Para Coriolano el seno de su madre significaba todo cuanto había vivo de sus abuelos en la tierra, y adoraba en él toda su estirpe; y para Veturia Roma era el sepulcro de toda la gente patricia y noble, á cuyos continuados y vivos sacrificios se debían la tierra y la ciudad en tal tierra brotada y de su jugo nutrida. Resumiendo-

nos: había en Veturia y en el hijo de Veturia dos religiones, las cuales debemos estudiar y comprender, pues sin ellas el alma que historiamos quedaría como enigma indescifrable á nuestros ojos. Anidaba en Veturia la religión de Roma y en Coriolano la religión de Veturia. Pero uno y otro sentimiento, movidos por fe vivísima y esperanzas ardorosas, tenían caracteres y sellos verdaderamente aristocráticos.

Necesitase haber nacido en estas clases para comprender y adivinar sus capitales supersticiones. En ellas hay un odio tan vivo á los que ven por arriba como á los que ven por abajo de sus privilegios. Todo verdadero noble aborrece lo mismo al pueblo que al monarca, en cuanto el uno limita con sus propias facultades y el otro con sus peculiares derechos las prerrogativas nobiliarias. Así la mayoría de los viejos aristócratas romanos combatían por igual tanto las pretensiones del pueblo como las pretensiones del monarca. Como enemigos de los reyes serán republicanos, pero como enemigos de los plebeyos tomarán su carácter distintivo, serán nobles. Se necesita sentir como siente un patricio sus privilegios para comprender todas las ideas impulsivas de los personajes que vamos describiendo. Habiendo en la Roma recién fundada por los nobles, con exclusión de los

reyes, un aristócrata presenciado impasible la muerte de sus hijos después de haberlos azotado con varas, nada tan propio y natural de los tiempos y de los pueblos aquellos como que una matrona creyese Roma y su república divinidades merecedoras del sacrificio en sus aras de un hijo tan amado como amante. Pero este hijo, á quien la pasión por su madre impulsaba con soberano impulso en los actos más heroicos, no se creía digno de la sangre recibida y heredada por sus venas patricias, sino después de haber alcanzado todas las magistraturas ejercidas por sus inmortales abuelos. Premiado, en su niñez casi, con la corona de encina, conquistador de ciudades enemigas en su mocedad, honrado con aquella increíble presencia en el combate último contra los Tarquinos á su primera edad, soñaba ya con subir y subir más en la expansión de un ánimo embargado por grandes y sublimes aspiraciones á lo alto. Soldado, general, senador, bien merecía ser cónsul. Y así lo esperaba de sus propios méritos que debían abrirle, como con áurea clave, el corazón de los senadores para que lo propusieran, y el corazón de los plebeyos para que lo votaran. Pero los tiempos en que, por la madurez de la vida, Coriolano aspiraba, según sus ambiciones, al supremo imperio civil y político, no podían compararse con los tiempos en que

Coriolano combatía terriblemente á los reyes bajo las enseñas juntas del pueblo y del Senado. En el período primero de su vida, senadores y plebeyos estaban unidos para la obra de contrastar la reacción monárquica y combatir á los reaccionarios en pro de la república. Formaban las dos clases por entonces un solo cuerpo vivificado por un solo espíritu. Con tal de no ver el rey en las cumbres del Palatino, pasaban por todo aquellos enemigos implacables de la monarquía; pero cuando Roma conjura los amagos de una terrible reacción monárquica, cuando la sombra de Tarquino se desvanece, cuando el gobierno republicano queda fuera de todo litigio, la división estalla y los patricios y los plebeyos se hacen mutuamente unos á otros entre sí larga é implacable guerra.

Roma tenía un factor absorbente, ó sea el patricio, y un factor expansivo y libre, ó sea el plebeyo. Toda la historia romana, sus más ligeros accidentes explicanse por esta ley suprema. En su configuración hay dos colinas, sendos troncos de las ideas llamadas á dividir su vida. La palatina resulta el templo de los patricios, mientras la aventina tribuna de los plebeyos. En sus orígenes hay dos pueblos, el etrusco, triste, sombrío, sacerdotal, dado á los sacrificios cruentos, y que al consagrar la propiedad con sello del cielo, y al buscar en los

augurios un auspicio para proteger las aristocracias y un amuleto para esclavizar á los pueblos, funda una de las más altas instituciones romanas; y los latinos, pastores como lo fueran sus padres en Arcadia, y poetas que, al sembrar el trigo, le rocían y le fecundan como la vieja Grecia, de donde se derivan y provienen á una, con alegres suaves cánticos. En los tiempos primitivos de Roma y en las primeras personalidades históricas brotan estos dos elementos también, el Marte griego forzando á la Vesta oriental, que hasta entonces se había mantenido virgen, sin admitir en su seno el espíritu ni el genio de ningún pueblo, el Marte griego, uniéndose á la Vesta oriental, engendra á Rómulo, hijo de patricios y plebeyos. La ciudad se levanta sobre igual ritmo. En su cima el templo donde residen los sacerdotes, á sus pies el guerrero que ha de glorificar y extender el espíritu romano por toda la tierra. Patricios y plebeyos entre sus reyes, porque patricio fué Numa y plebeyo Servio. Y lo mismo sucede con sus hermosos símbolos. La aristocracia tiene su Lucecía, la plebe su Virginia. Y esta ley también alcanza en su implacable universalidad á las letras, porque hay autores cómicos patricios como el libertino Terencio, y autores cómicos plebeyos como Plauto. La raza será toda pelásgica, pero los pelasgotinos y los pelasgoetruscos forman dos bien diver-

sas y bien contradictorias familias. El plebeyo y el noble, tales son los dos elementos de que Roma se compone. Á la verdad, no conozco en el mundo ciudad ninguna tan fundada en una síntesis viva como esta Ciudad Eterna. De las antítesis entre sus dos elementos resulta la síntesis suprema. El Oriente y el Occidente, la Grecia y el Asia, la democracia y la nobleza se combaten allí; pero combatiéndose con tanto furor se comunican, y comunicándose con tanta frecuencia se completan. En ninguna historia de los varios pueblos puede apreciarse como aquí, en la historia romana, cuánto las antinomias sociales propenden á componer superiores armonías. El combate mortal entre nobles y plebeyos, lejos de acabar con Roma, como tantas veces creyeron angustiados muchos patriotas, les prestó aquel firme carácter á cuya fuerza y eficacia debió la Ciudad Eterna su duración en el tiempo y su poder, que podríamos llamar inmanente, pues ha llegado hasta nosotros mismos sobre la humanidad y sobre la tierra. Como en el universo, de fuerzas contrarias y en batalla continua provenía su maravilloso equilibrio. No conozco, pues, ciudad alguna tan duradera, porque no hay ciudad alguna tan armoniosa y sintética.

Roma está fundada sobre la familia. Su Estado es un hogar inmenso. El padre allí reina despóti-

camente. La enorme lanza, ya lo hemos dicho, verdadero cetro, le confiere la facultad omnímoda de legislar. La piedra de los dioses lares y el sepulcro de los abuelos muertos le sirven como de altar para ejercer el sacerdocio. Bajo ambos altares se dilata la institución de sus instituciones, la propiedad consagrada por el dios de sus dioses, por el dios Término. Así los mandatos privadísimos del patricio toman fuerza de leyes públicas, pues la mujer, á quien ha partido la cabellera con su lanza y ha hecho penetrar en el domicilio conyugal sin tocar con los pies en los dinteles, y los hijos todos, á quienes bajo su patria potestad somete, se absorben á una en su orgullosa y autoritaria personalidad. Para mejor verla se necesitaría resucitarla y recomponerla por medio de los innumerables fragmentos suyos que á los pies nuestros ha depositado el tiempo. Pero baste decir que en ella se absorben, en esa personalidad romana superior, los dioses penates, los hijos y la mujer propios, los clientes llegados todos los días á la puerta para recoger en la espórtula el mendrugo, y los esclavos, menos, mucho menos que las bestias. Así toman los patricios caracteres divinos. El fuego celeste los circunda y no los abrasa. Serpientes simbólicas se arrastran á sus pies. El nombre de sus genealogías y el título de su nobleza se guarda en libros sibílinos

Los oráculos hablan á su dictado. Las ninfas toman formas bellísimas encarnando su santa inspiración. Encerradas las leyes en símbolos misteriosísimos, á él, á él, sacerdote, le toca su explicación. Para seguir un pleito, para iniciar un proceso fuerza es conocer las fórmulas de jurisprudencia, y para la descifración de tales intrincados jeroglíficos fuerza recurrir al patricio. Bruto, silencioso bajo los reyes, austero en su hogar doméstico y en su silla cural, cruel para fundar y defender el régimen aristocrático, representa en nuestras ideas y en nuestros recuerdos la severísima imagen del primitivo romano, sin cuya comprensión profunda no podríamos comprender ahora esta severísima Veturia y este colosal Coriolano. La fuerza que tiene tal clase determina en Occidente una reacción hacia Oriente, después aún de haber existido Grecia. La personalidad, á tanta costa formada, el individuo tallado con cincel tan artístico, parecen muy cercanos de precipitarse y hundirse sin remedio en la casta oriental, que de casta tienen los patricios semblante y viso. Pero lo ganado por la humanidad en su larga carrera y en su eterno trabajo no podrá perderse. No retrocederemos después de haber caminado adelante. Los plebeyos opondrán á la idea de casta la idea de igualdad. Tal idea estalló del seno de la cultura romana y

creció por la misma resistencia que le opusiera la nobleza. El pueblo, al salir de la monarquía, salió de manos de los nobles ó aristócratas sacerdotales, mas para caer en manos de los nobles ó aristócratas guerreros. Los dos cónsules parecían dos reyes, las asambleas por centurias una corte. Y el estado social, en vez de mejorarse, habíase agravado por todo extremo. La constitución de la ciudad constreñía los pobres á una guerra perpetua. La guerra perpetua los obligaba también á dejar los hijos y la mujer en manos de aquellos que circuían como clientes. Proveían, en verdad, á la manutención suya, pero en cambio del campillo amovible abandonado por su ausencia y del botín traído de su victoria. Las deudas contraídas con el fin de ocurrir á todos estos males no servían sino para recrudecerlos y agravarlos. Cuando no tenía el pobre plebeyo con qué satisfacerlas, se quedaba reducido casi á la condición de siervo. El noble acreedor le arrancaba del mismo lecho donde yacía postrado bajo la pena de sus heridas. Lo ponía, siquier vacilase y cayese, á caballo. Lo conducía de tal suerte al tribunal. Y en el tribunal atábale con correas las manos y con cadenas los pies; le daba una libra de harina diaria por todo alimento; lo recluía dos meses en oscuro calabozo donde penetraban los ayes de su mujer y de sus

hijos casi muertos de hambre á la puerta, y que al abrirse no daba paso de nuevo al hogar, no, al Tíber siniestro, al mercado de carne humana, donde lo compraban para martirizarlo, y de nuevo venderlo quizás los mismos á quienes humillara y venciera en cien heroicos encuentros. El pueblo, que no podía sufrir este martirio, comprendiendo cómo sin su presencia la sociedad era imposible y que él en aquella Roma patricia era solamente la concentración de todos los deberes, mientras sus tutores la concentración de todos los derechos, se retiró al Monte Sacro y dijo á los orgullosos dominadores que trabajaran ellos las tierras, que defendieran la ciudad, que sumaran el ejército, que ocurrieran á los cambios, que respiraran sin concurso alguno de aquel pueblo á quien oprimían y vejaban en su cuerpo y en su alma con tan duras opresiones y con tan horribles vejámenes como si perteneciese á las especies inferiores unidas por la fuerza y por la inteligencia del hombre á los arados y á las carrozas, á servicio irremediable perpetuo.

Los patricios tuvieron que correr á pedirles con todo encarecimiento el regreso á la ciudad abandonada por ellos y herida de su triste abandono. Memmio Agripa les pronunció un discurso, último fragmento del lenguaje simbólico, extinguido casi

ya en los labios patricios. Por el Monte Sacro aquella clase social, movida de una sola idea, estaba de pie, no esgrimiendo las armas, enseñando su incontestable utilidad para los mismos de quienes recibían tantos agravios difíciles de devorar por su altivez y soberbia. Los clientes no pedían ya limosna, pedían pactos. No esperaban cosa ninguna del ajeno poder, lo esperaban todo del propio derecho. Esta idea iba surgiendo poco á poco en el alma y esbozándose borrosamente allá en la vida. Para sembrarla, para sostenerla, para contribuir á su prosperidad y progreso pidió el pueblo que frente á los dos cónsules, y en competencia con ellos, pudieran alzarse los tribunos. Estos magistrados tendrán en sus labios la palabra, el eterno Verbo creador, y en su mano la facultad completa de retener y contrariar los acuerdos senatoriales. Con estas dos armas, espiritual una, material otra, les bastaba en su alto sentido y en su firme voluntad para el camino que deben, con tanto trabajo y pena tanta, hollar. Pero en ese primer pacto acaso descansan todavía hoy las constituciones, á cuya grande autoridad fiamos el derecho. Esos retraimientos han revelado á nuestros partidos en lucha viejas prácticas de jurisprudencia y procedimiento necesarias todavía hoy para el gobierno de los pueblos por sí mismos. Aquel pueblo, que hasta la subida sublime al Monte Sacro ha-

bía sido solamente objeto de derecho, comenzó á ser sujeto de derecho. Y elevó un Senado plebeyo frente á frente del Senado patricio. En este Senado plebeyo, que se llamaba comicio por tribus, allegó, no sólo la facultad preciosa de ser sujeto de derecho, la facultad preciosísima de ser causa de derecho. Como los tribunos se irguieron frente á los cónsules, se irguieron los comicios frente á las curias. Así pudieron deshojar los jeroglíficos donde se hallaban encerradas las fórmulas de jurisprudencia y encontrar dentro de ellas el preciadísimo secreto. Así pudieron escribir el derecho. Cuando no hay código alguno estrictamente redactado, en nombre de fórmulas sagradas ó en nombre de tradiciones religiosas, el poderoso aherroja y amordaza completamente al débil. En el derecho escrito comienza la razón de los pueblos, y en el escribir su derecho, siquier fuese duro, muestran los pueblos la existencia y la posesión de su voluntad. Lo primero que hizo el tribuno, en cuanto logró la palabra libre y el veto segurísimo, fué procurarse una ley obligatoria tanto al patriciado como á la democracia y seguro inviolable de su libertad. Entonces nacieron las leyes de las Doce Tablas. La crítica tiene mostrado que no hay nada de griego en tal código; pero la tradición lo ha derivado de Grecia. Instintivamente conocían los demócratas cómo habían

venido de Grecia las ideas indispensables á toda democracia, y pusieron sus leyes bajo el numen y advocación de tal reveladora tierra, siquier no tuviesen esas leyes carácter ninguno griego. En las leyes de las Doce Tablas reina también el eterno antagonismo romano. Los patricios invaden, los plebeyos resisten. La invasión significa fuerza, la resistencia vencimiento. Ya no lucha el patricio por la victoria, lucha por la vida. En las leyes nuevas hay seguridades tomadas por los plebeyos contra los patricios; hay el pensamiento de un derecho nuevo junto al viejo derecho; hay la resistencia de las clases aristocráticas mezclada con el empuje de las clases plebeyas. La inmutabilidad de las leyes, los consejos dados al patricio en pro de su cliente, los severos castigos decretados contra el usurero, muestran cómo el pueblo empuja, mientras la prohibición del matrimonio entre patricios y plebeyos, la pena del talió allí conservada, las admoniciones á quienes canten canciones satíricas contra las altas magistraturas y los graves magistrados prueban cómo resisten los nobles. Pero todavía conseguirá más la plebe, todavía, en este su hercúleo trabajo. El patricio conserva en su mente las fórmulas sagradas del derecho, los medios de proceder en los tribunales. Esas fórmulas misteriosas descendidas del cielo enseñan cómo el sentimiento y la

imaginación dominan en los pueblos primitivos. Pero así que la razón se despierta, sepárase de tanta mitología. Y pide que le digan cómo ha de perfeccionar sus contratos y ha de validar sus derechos. El plebeyo no sabe que para emancipar un hijo, debe dársele una bofetada; no sabe que para recoger las herencias, precisa sonar los dedos; no sabe que para ultimar los contratos, se dan los contratantes las manos derechas; no sabe que para comunicar la terminación de obras en casa nueva, se arroja una piedra enorme al edil, y tiene que acudir á los patricios. Pero en cuanto un plebeyo recoge todas estas fórmulas en su conciencia, las guarda en su memoria, las comunica con claridad al pueblo, se quebranta el patriciado y se inicia la emancipación popular.

No parece una historia este movimiento de oposición radical entre los nobles y los plebeyos; parece una tragedia. Tiene medida y ritmo como los versos antiguos. En sus episodios hay mucho de los episodios del poema. Desde que la plebe se retira en el Monte Sacro hasta que la plebe arranca las Doce Tablas al noble, ó sea desde los tribunos á los decenviros, la historia toma con sus clases contrarias, grandes personalidades colectivas, una poesía muy semejante á la que tienen las personalidades simbólicas en cualquier alegórico drama. Entre

los tribunos y los decenviros, antes de la tragedia en que Virginia, muriendo á la barbarie de Claudio, mata el antiguo patriciado, en el intermedio de ambos triunfos, álzanse Veturia y Coriolano. Por consecuencia, la batalla de los nobles con los patricios adquiere algidez agudísima. Y en tal estado de su ciudad va creciendo aquel noble, no sólo decidido á sustentar los privilegios de su clase y familia, decidido á impeler atrás los adelantos y progresos del pueblo. Su odio degenera en colérico siempre. Y la cólera suya contra los enemigos de su raza, las gentes del partido plebeyo, sólo puede compararse á la cólera suya contra los enemigos de su patria, la gente de Corioles. Así, por todo cuanto de Coriolano sabemos, hallámonos en el caso de recordar con qué funestísimo empeño lleva las calidades propias del guerrero audaz al estado político. Aquellas reconcentradas iras, aquellos súbitos ímpetus, aquel sobrehumano valor que tanto le servían en el campamento para sus empresas militares y al pie de las murallas sitiadas para sus arrestos y sus arrojos, no le servían cosa en los combates políticos, donde se piden la reflexión profunda y la prudencia consumada. Combatir con los plebeyos de casa como combatía con los enemigos de fuera error irreparable le pareció, al cual hubo de perder patria, honra y vida. Quien

ha tomado activa participación en las discordias civiles, bien sabe cuánto apasionan y acaloran el propio credo y la propia bandera, mas también sabe, tras largo y prolijo examen, cómo á la paciencia y á la destreza en todo empeño débense mucho mayores y más venturosos resultados que á la cólera y á la violencia. Dios ha querido en sus designios prestar fuerza y virtud creadoras á la facultad más cercana de su esencia incomunicable, á la razón reveladora, y por eso hasta en las guerras mismas, en sus estrategias indispensables, en sus tácticas, en todo aquello que podríamos llamar su conducción y su procedimiento, predominan las facultades intelectuales sobre las fuerzas materiales. No han sido en la historia militar los primates aquellos que han luchado á brazo partido con las gentes enemigas y se han arrojado los primeros con furia sobre las líneas ó las murallas contrarias; lo han sido quienes han calculado mejor un plan y dirigido con más frío acierto y exactitud más matemática toda una campaña. Pues bien, Coriolano en la política fué un soldado que asalta los muros, movido por su cólera, en los ardores del combate supremo; no fué aquel generalísimo que madura un formidable plan en el seno de su inteligencia y en el retiro de su estudio. Aquejado de tamaño defecto llegó al extremo de injusticia como se llega

en una pelea vulgar. Un exterminable contrario resultó el pueblo á sus ojos, y no un rival digno de su consideración y de su estima, las cuales no excluyen todos los ardores propios del combate político. En la guerra se requiere un combate á toda costa y un triunfo á toda prisa, mientras en la política reinan principios de derecho á los cuales no puede uno sustraerse. Aunque sea una esfera de la vida muy semejante á la guerra, y en la cual entra por ende menor la justicia que en otras esferas más jurídicas, no la excluye con tanta implacable crueldad como un asedio, como un combate, como las demás competencias entre fuerzas ciegas y violentas. De aquí lo sucedido al valerosísimo militar, el marro de todas sus empresas, rotas contra el exceso de su propia voluntad y entre los tumultos de sus pasiones violentas. Rompiéronse las cuerdas de su corazón por quererlas remontar demasiado. La cabeza suya saltó al estallido de ideas excesivas y á la fulminante apoplejía de pasiones extremas sin freno ninguno en su conciencia y sin medida en su explosión y en su desarrollo.

Vamos á mostrar lo ya dicho. En uno de los conflictos frecuentes entre patricios y plebeyos romanos, el pueblo volvió á mostrar cuánto importaba su presencia en toda sociedad, enseñando con terribles enseñanzas y corrigiendo con correcciones no

menos terribles el ánimo de aquellos que procedían como si la presencia suya no importase nada. Llegó una guerra con los sabinos, y el pueblo se recluyó en su abstención, diciendo que no debía contarse con él para los combates, ya que no se contaba con él para los derechos. Á vista de tamaña resolución, el patriciado se dividió en dos bandos. Tratábase la manera ó modo que debían seguirse para imponer justicia y razón á la plebe. Un bando se componía de conciliadores; otro bando se componía de irreconciliables. El bando compuesto de conciliadores deseaba tratos y el bando compuesto de irreconciliables deseaba guerra con los plebeyos. Coriolano perteneció al segundo, y con decir que perteneció al segundo, implícitamente decimos toda la debilidad y toda la flaqueza de su espíritu político. Prevalcieron en aquel conflicto los procedimientos de prudencia sobre los procedimientos de temeridad, y Coriolano no quedó vencido en la demanda por no haber desahogado su intensa cólera y su aborrecimiento á la plebe. Así riñó, no solamente con los de abajo, á quienes trataba como una especie inferior trata las especies contrarias suyas, con los de arriba, dados á la conciliación y á la concordia. En esto sobrevino la plaga de un hambre general. El abandono de las tierras por las discordias civiles y el conflicto continuo con los pueblos cercanos en-

gendró el hambre, una de las calamidades mayores que trae consigo aparejada la guerra. En tal estado agravaban las hambres de abajo el odio y saña contra los privilegios y los privilegiados de arriba. No solamente la naturaleza implacable y la discordia cruel habían probado al pueblo; lo probaban más en el sufrimiento indecible las implacables pasiones de tan cruel é infame nobleza. Para mayor tristeza los nobles idearon una prescripción so color de auxiliar á Velitres y renovarla con sangre romana, y además emprendieron un combate á muerte con los sabinos á fin de disciplinar á la plebe por medio de los rigores militares en la imposibilidad completa de disciplinarla y someterla bajo su yugo en los rigores políticos. Una política de verdadera cordura, política opuesta del todo á las colonizaciones y á las guerras, estalló en los senos del pueblo protestando contra los rigores y las soberbias del noble. Pero á la cabeza del partido que los extremaba púsose Coriolano, resuelto á tomar las pasiones de aquella plebe como había tomado el espacio de la resistente Corioles. Por insaculación entraron los nombres de todos los proletarios en siniestro saco y por suerte salieron los destinados á colonizar el territorio extraño. Inútil decir cuántas fuerzas habría que usar para sumisiones tan difíciles y contra resistencias tan enormes. Los señalados in-

dividualmente por las bolas negras no tuvieron más remedio que ir á la colonia; pero el pueblo, en su conjunto, se negó con decisión á la guerra. Entonces Coriolano hizo una de las suyas en correspondencia con el ardor de su complexión y el empeño de sus propósitos; cogió á los clientes, obligados todos ellos con su persona, especie de vasallos suyos, y como un organismo separado de otro organismo se partió á la guerra inmediata y se abrió paso con su espada entre las extrañas gentes, secundado por su familia propia, por su turba de clientes personales, como si la estirpe suya fuera toda la ciudad, su carácter de padre y esposo un estado, sus adictos un pueblo. Así recorrió comarcas tan ricas como las pertenecientes á los volscos y trajo botines y despojos de tanta riqueza y copia como los aportados á Roma de sus mayores empresas, y de sus más largas correrías, y de sus empeños más tenaces, en los cuales no estaban sus fuerzas tan sólo sino las fuerzas múltiples de la plebe y de la nobleza romanas. Cual todos los muy apasionados, cual todos los muy creyentes, cual todos aquellos á quienes anima la fe ó la pasión, el desinterés más puro entraba en los planes de tal hombre. Tenía grandes ambiciones, pero no tenía ninguna codicia. Más avaro de gloria, más avaro de poder todavía, no le aquejaba debilidad ninguna en materia de logro y lucro, severo, auste-

rísimo, íntegro, menospreciador de todos los placeres, henchido de una extrema soberbia, conjunto de calidades cuya virtud le aislaba y encastillaba en su persona, preservándole del contacto y del contubernio con la sensualidad y sus corruptores vicios.

La gloria militar alcanzada en tantos encuentros no podía satisfacerle; necesitaba también la gloria política. Su autoridad de general exigía como un complemento la superior autoridad de cónsul. Mandar soldados no le satisfacía en su interior; necesitaba dirigir ciudadanos. En aquel pueblo de tanta fuerza y de tanta inteligencia, las magistraturas completaban todas las dignidades adquiridas en cualquier otro empeño. Y la superior magistratura, la que personificaba y dirigía el Estado, era la magistratura sucesora de la monarquía, el consulado. Las instituciones romanas en lo antiguo se asemejan á las instituciones helvéticas é inglesas en lo moderno, por su número y su complicación. Parecía que á un patricio tan ilustre como Coriolano le bastaba en el esfuerzo por lograr sus ambiciones el origen y el carácter aristocrático, proponiendo como proponía el Senado los cónsules. Pues no, el comicio noble, ó sea el comicio por curias, guardaba la iniciativa de proposición; pero el comicio plebeyo, ó sea el comicio por tribus y centurias, guardaba el derecho de nombramiento. Pre-

sentaba el patriciado porque solamente los patricios eran elegibles; pero nombraba la plebe porque al fin y al cabo en la plebe se hallaba contenida la soberanía. Usos particularísimos reinaban á la sazón. El candidato había de requerir al pueblo por medios innumerables. Solían los más descender al Foro en demanda y requerimiento de votos, cual pudiera un mendigo requerir y demandar limosna. Nada de toga noble, nada tampoco de preseas y distintivos; un simple traje de lo más vulgar y ordinario bastaba por completo á su carácter de pretendiente. Y aunque tal traje se ofreciese remangado y con agujeros, no importaba cosa, porque las desnudeces y los claros á una servían para mostrar las cicatrices. Todo cinturón estaba prohibido á los candidatos, no fuera que colgaran alguna bolsa y en la bolsa metieran corruptor dinero con el vil propósito de cohechar al pueblo. Ninguno entre los más ilustres romanos podía invocar el desinterés exhibido por tan extraordinario general candidato, ni mucho menos, en verdad, sus innumerables cicatrices. Los combates en edad temprana contra los tiranos, los muros á sus pies rendidos, las guerras iniciadas por su voluntad propia y sin otro ejército que sus propios clientes, los diecisiete años de porfías heroicas que contaba cuando su vida entera no había llegado á sumar aún tres enteros lustros, dábanle

derecho á creerse con méritos suficientes para optar al consulado, librando el mayor de todos los títulos en su incomparable historia. Pero, empeñado en llevar la confianza del propio derecho allende lo que permitían tradiciones arraigadísimas, contra las cuales toda soberbia se rompe y estrella, desdeñó Coriolano prometer, hablar, entenderse con las gentes inferiores que habían de nombrarlo, seguir aquellas prácticas tan caras á los de abajo como á los de arriba; eran caros sus auspicios, sus augurios, sus liturgias, sus antiguos privilegios, sus fórmulas de jurisprudencia, todo el conjunto y suma de sus dogmas y de sus cultos.

Los partidos entonces arrojábanse al rostro con frecuencia la nota de reacción. Siempre que un plebeyo quería perder á los nobles achacábales maniebras en pro de la restauración tarquina, y siempre que los nobles querían refrenar ó someter á los plebeyos argüíanles con la reconvención amarga de que sus excesos y sus violencias acabarían por traer los viejos tiranos. Desacordes en tantas ideas, reñidos en tantos intereses, nobles y plebeyos sumábanse tan sólo en la común negativa del poder antiguo, á todos por igual repulsivo y opuesto. Por tanto, la menor prudencia, el menor sentido aconsejaban un sistemático y tenaz apartamiento en los nobles de todo lo que á reacción monárquica oliese.

En circunstancias como las que atravesaba entonces Roma, cuando las ideas fulminaban rayos y más rayos, cuando las pasiones hervían á una formando pavorosísimas trombas, la grande afirmación republicana, conservadora de suyo, importaba más á los nobles interesados en la estática que á los plebeyos interesados en la dinámica social. Un patrio como Coriolano debía comprender la fuerza del hábito sobre los sentimientos y la fuerza del sentimiento sobre las ideas. Aquel hombre, por una mujer superior educado, y no obstante su natural arrebatación, con algunas delicadezas femeniles depositadas por la educación maternal en su pecho, tenía la obligación de comprender cuánto respeto, y aun culto, merecen de los superiores las costumbres de los que se les someten por tantas inferioridades naturales, tratándose, sobre todo, de una plebe tan susceptible y quisquillosa como la plebe romana. Y Coriolano se presentó en el Foro donde los más altos pretendientes y los más austeros patricios tendían la mano al pueblo en guisa de mendigos, como pudiera presentarse un rey, no suplicante y humillado, imperioso y soberbio. Él, tan austero, parecía un monarca oriental, según su lujo y aparato. Aquellos clientes, acostumbrados á seguirle por los campos en busca de arriesgados encuentros heroicos, formaban ahora la pompa vil

que acompaña por Oriente á los sátrapas y á los déspotas. No parecía Coriolano el aspirante á magistraturas y dignidades supremas, parecía el vencedor entrando en su carro de guerra, teñido con enemiga sangre, que pasa bajo los arcos de triunfo y requiere los honores varios debidos á los ovantes y triunfantes. Todo el Senado les seguía por los espacios del Foro, cual pudiera seguir en otro tiempo, y bajo viejas maldecidas instituciones, á los reyes omnipotentes. La sublime Vía Sacra, que atraviesa por los pies del Palatino, en la sazón aquella no parecía un camino del pueblo, parecía un estadio del monarca. Los numerosos clientes heredados de los siglos anteriores por la soberbia familia Marcia, ó adquiridos por Coriolano mismo á merced natural de tantos despojos como allegara en la guerra, daban á su partido y á sus gentes, en general, todos los aspectos amenazadores de un victorioso ejército. Pero lo que principalmente caracterizaba las pretensiones de Coriolano y las distinguía de todas las hasta entonces mostradas era el empeño magno en la nobleza de considerar aquel hombre cual símbolo, representante, personificación, carne, y sangre, y alma, y vida, y sér, en suma, de tantos privilegios, contra los cuales habíase mil veces, como una onda furiosa, estrellado la pasión popular, batida como los mares de los vientos, batida de dos ideas supe-

riores, á cuya virtud aun hoy rendimos culto y por las que de todos ellos nos sentimos solidarios, primero la idea del derecho, segundo la extensión del derecho á cada ciudadano y á su gloriosa totalidad.

Presentándose Coriolano como candidato del noble, no tenía que aguardar cosa ninguna del plebeyo. Propusieronle sus gentes soberbias y le rechazaron las humildes gentes. Un jefe de bando aristocrático, general de victorioso ejército, debía naturalmente provocar las iras plebeyas. Unánime lo propuso el Senado y en votación reñida lo rechazó el pueblo. Esta elección, que debiera, en otros tiempos y en otras circunstancias, unir al patriciado y á la plebe, los desunió entonces, interponiendo entre todos ellos insalvables abismos. Coriolano, que para los unos tenía el título de su origen y para los otros tenía el título de sus triunfos, debió unirlos á todos en aspiraciones iguales, de habérselo permitido así lo soberbio de su complexión y lo desapoderado de sus apasionamientos. La plebe se gozó en humillar con su negativa y con su veto soberano á quien se creía más poderoso que un rey. La nobleza, muy habituada en sus ideas, tradiciones y costumbres al triunfo sobre aquellas pobres gentes, que, rechazando sus principios, admitían y veneraban sus personas como verdaderas divinidades, no se conformó con esta rota, en la cual vió desvanecerse, mucho

más que lo había estado en otros tiempos, aquel su prestigioso y secular ascendiente. No hablemos de Coriolano. Su cólera no tuvo límites ni freno. La herida mortal abierta en su pecho le llegó hasta lo más profundo é íntimo del alma. Su madre, solamente su madre, tan poderosa de suyo sobre aquel valiente ánimo, consiguiera dulcificarlo de haberle procurado algún lenitivo á estos desengaños crueles de su herida soberbia. Para esto son las madres racionales, para dirigir, para mover, para empujar las almas hacia el bien. Una loba puede transmitir á sus lobeznos con la sangre que difunde por sus venas y la leche que deposita en sus labios todos los instintos de la batalladora especie á que hijo y madre pertenecen, pues, descendiendo en las escalas del sér y de la vida, conforme bajamos, identificanse casi los individuos todos en uno solo. Pero en la especie superior humana, en la especie nuestra, dotada por el cielo de conciencia libre y de libre albedrío, la razón existe para eso, para torcer con sus ideas y con sus enseñanzas, no solamente las fatalidades orgánicas, sino también aquellas provenientes, ya de la complexión moral de nuestras pasiones, ya de las facultades poseídas y ejercitadas por nuestra inteligencia. El predominio de la razón y de la conciencia sobre los malos instintos y las perversas propensiones de nuestro natural íntimo: he ahí todo

cuanto constituye ¡ay! el secreto de una verdadera educación.

En este pueblo, político y guerrero, el ambiente natural de guerra y la razón de Estado ahogaban los más naturales afectos y sobreponían artificiosa naturaleza increíble á la ingenua y propia de cada sér, á lo que conocemos con el nombre de fondo común humano é íntima sustancialidad. Había podido verse aún Bruto sentado en su tribunal disponiendo la muerte de su propio hijo y presenciándola por culto á su patria; no debe, pues, maravillarnos el ver á una matrona que sustituye su naturaleza íntima y humana con otra naturaleza completamente apropiada en sí á las ideas y á las pasiones de una especie social como aquella que llamamos stirpe ó clase. Para una patricia del tiempo viejo los privilegios aristocráticos hundían sus raíces en el sepulcro de los mayores y enlazaban los ramajes con el Olimpo de los dioses. En la clase aristocrática de que formaban parte, residía todo cuanto llenaba su existencia, el timbre y blasón de su pasado, los muertos, el privilegio reservable á lo porvenir, la descendencia. Y estos ascendientes y estos descendientes vagaban por las piedras del término señalado á las propiedades, por las aras del altar erigido á los dioses, entre los lares y los penates, difundiendo supersticiones de tal en-

tividad y fuerza, que perdurablemente se animaban en ellas generaciones de generaciones inextinguibles. Veturia hizo de Coriolano un general, de Coriolano un estadista, porque Coriolano naciera un patricio y tomara con este nacimiento caracteres superiores al carácter de los demás hombres, y especialmente de los nacidos á obedecerle y servirle, de los misérrimos plebeyos. Y teniendo esta idea de su clase imagináos cómo le contrariarían los tiempos desdichados aquellos, en que la plebe pugnaba con empeño á favor de un derecho escrito; ponía frente á frente de los comicios por curias los comicios por tribus, y frente á frente de los cónsules sus tribunos; volcaba el Senado sobre las piedras del Foro; se reclina en el Monte Sacro, como en su elevadísimo trono, para desde allí extender su autoridad sobre todo el territorio y fulminar á todos los privilegios su guerra; pedía la igualdad insolente á quienes se juzgaban de otra carne y otra sangre; delectaba las fórmulas de jurisprudencia, privativas hasta entonces del patriciado, y conmovía los auspicios divinos y desconcertaba los sublimes augurios con sus discordes y desatinados clamores de revolución universal. Estas ventajas de la plebe amargaron mucho el corazón de la nobleza, y esta triste amargura trajo á los labios de Veturia ideas que, transmitidas luégo á Coriolano, hicieron de su per-

sona como un sér abstracto consagrado á otra grande abstracción, del todo incompatible, con la realidad vivientes de los hechos y con la sustancia íntima del organismo social, la conservación entera de sus antiguos y tradicionales privilegios, tal como habían quedado al caer la monarquía y al apoderarse del Estado todo entero la nobleza militar, por los patricios representada, en contraposición á la nobleza sacerdotal, representada por los reyes. La mujer aquella, encerrada en su hogar inmovible y sagrado, especie de Vesta oriental, que guardaba un fuero inextinguible, unos penates inmóviles, unos muertos más inmóviles todavía que los penates, liturgia tradicional, costumbres hereditarias, como no veía en torno suyo alteraciones de ningún género, lo juzgaba todo tan rígido é inerte como su familia, y creía poder llevar esta inercia también á la sociedad y al Estado. La mujer, no obstante la movilidad vaga de sus emociones y de sus afectos, pertenece á la estática, sirve á la estabilidad por el culto á las creencias, y á las costumbres, y á las tradiciones, y á las liturgias de su familia. Sumábase, pues, al orgullo nativo de Coriolano, á su complexión fuerte, á su sangre hirviente, á su fuerza muscular, en que creía tener parte de sus privilegios, á su origen aristocrático, á su estirpe social, á su partido patricio, á su hábito de

mandar en los campamentos y verse obedecido por soldados, á su imperio sobre clientes sumisos y esclavos inferiores á cosas inertes, toda esta educación reaccionaria impuesta por Veturia, quien, del hombre natural engendrado en sus entrañas, había hecho, con sus innumerables supersticiones, pura y simplemente un verdadero noble.

Coriolano es por todas estas razones en la historia un hombre de reacción. No se propuso parar á la plebe romana en el estado que tenía entonces, propúsose impelerla por completo hacia atrás. Quiso perturbar sus comicios, extinguir sus aspiraciones, arrancarle sus tribunos, convertirla en una clientela sin fin de un patriciado sin escrúpulo. La pérdida completa de cuantos derechos nuevos allegara, el desarme de cuantos medios políticos esgrimiera, el retroceso y retrogradación en sus caminos: he ahí la obra magna por este varón fuerte iniciada con tanto y tan colosal empeño. Quienes para estos fines de reacción universal brotan en las sociedades humanas ¡ah! suelen venir á ellas con medios de resistencia y empuje proporcionados á su ministerio y á sus finalidades. Sobre todo traen pasiones tan ciegas que no les permiten ver las injusticias á que sirven ni los crímenes que perpetran. La reacción ante todo, la reacción en todo, la reacción sobre todo: he aquí la consig-

na providencial de semejante república en consonancia y correspondencia con los instintos de su naturaleza reforzados por la educación recibida de su madre. Pero lo comprensible y natural en Veturia pareceme incomprensible y además irracional en su hijo. Una mujer puede imaginarse al Estado tan inmovible como su hogar propio; á las instituciones políticas y sociales tan frías é inertes como las piedras donde se levantan sus dioses, ó bajo las cuales duermen sus muertos; á la política una liturgia de dogmas tan inefables y de prácticas tan tenaces y continuas como su liturgia doméstica; pero un estadista, criado en los campos del combate y en los comicios del derecho, donde ha visto cuán incontrastable la plebe romana era de suyo y en los ejércitos y en las votaciones, no podía emprender é iniciar una reacción sin despojarse por completo del seso y desasirse de la educación social aprendida por medios tan múltiples como la respiración, y asimilación, y absorción por donde recogemos, como por amplios canales, y venas, y arterias, los átomos de nuestro cuerpo. ¿Pues qué, no había visto Coriolano la imposibilidad completa de las reacciones en Roma? Lo que intentaba él contra los tribunos habíanlo intentado los reyes contra los cónsules. El patriciado sacerdotal había en su rota corrido á recoger y alle-

gar contra el patriciado guerrero todas las fuerzas extrañas y ajenas de que pudiera disponer, especialmente las fuerzas etruscas. Porsena le había dado su ejército. Los sabinos á que Numa perteneciera, los etruscos á que perteneciera Tarquino se habían á una conjurado contra la clase, relativamente inferior á la suya, que los suplantó en la dirección general de los asuntos públicos y en el gobierno de aquella soberbia Roma. ¿Y qué habían ellos conseguido y alcanzado con todos sus esfuerzos? Pues provocar heroísmos como el de Bruto, como el de Escévola, como el de Codes, como el de tantos otros, los cuales prestaban á la república prestigios no alcanzados jamás por la monarquía, dorando su corona y esmaltándola en el fuego sagrado de los más extraordinarios sacrificios. Pues así como los hijos de Tarquino sumados con los hijos de Bruto no habían logrado cosa en favor de la nobleza teocrática ó sacerdotal, dispuesta y sustituida por los cónsules, el hijo de Veturia no podía lograr tampoco, y por su parte, cosa ninguna en favor de los patricios guerreros disminuidos por la fundación del tribunado y la victoria del pueblo.

Comprendiendo, pues, el partido popular, con esas infalibles adivinaciones de las colectividades, sobre todo de las muchedumbres, cuánto á sus intereses trascendía el retroceso concebido por Co-

riolano, rehusó el sancionar la proposición senatorial, que lo presentaba con grandes encarecimientos á su veto, y no aceptó aquel nombre tan ilustre y aquella persona tan excelsa para la codiciadísima dignidad del consulado. Tal desaire le desconcertó al punto de agravársele y extremársele todos los excesos naturales á su temperamento y obstruírsele todas las vías amplias del juicio. Desde la hora en que le infligieron los plebeyos aquella derrota política, no tuvo ninguna otra idea en su mente ni otra imagen ya en su retina. Parecióle destronada en su persona la clase á que pertenecía. Creyó ver su descendencia humillada y perdida para siempre. No podía mirar los penates de su casa, recelando que le reconvinieran á una con acerbidad sardónica. Las sombras de sus progenitores, de sus Marcios, patricios sacerdotales unos, patricios guerreros otros, le asaltaban la fantasía y le desgarraban el pecho. Disgustábale un tálamo nupcial, donde sólo podía engendrar seres disminuídos en dignidad, é inferiores por tantos títulos á sus excelsos abuelos. Pero, sobre todo, el rubor le cubría la frente cuando miraba el rostro de su madre, y lo creía descubrir asombrado y entristecido por el popular desaire. Susceptible, muy susceptible; caviloso, muy caviloso; poco sufrido y muy exaltable al dolor de cualquier agravio, exaltación dolorosísima y sólo

comparable á su indiferencia por los dolores y las heridas del cuerpo, Coriolano ya no vivió más desde la hora en que atacara el partido popular á su orgullo patricio con la denegación de una dignidad á la que imaginaba tener derecho por su heredada sangre y por sus propios méritos. Así no entró en Corioles, cuando logró rendirla con un puñado de valientes, como se proponía entrar, con el ímpetu, con el arrojo, con el estruendo, con el furor, en los populares derechos y en las fortalezas de instituciones y leyes, á tanta costa erigidas por el pueblo. Desde lo alto de su montaña palatina, viendo la Roma cuadrata fabricada por el primer monarca romano, en guisa de campamento; el templo de la Victoria, donde se reunía el Senado; las piedras ciclópeas del Pomerio, amontonadas, no solamente contra los extranjeros, sino también contra los populares, proponíase concluir con todo aquello que oliese á plebe, y juraba desarraigar con su espada y descuajarlos, como si de pobres árboles se tratara, el Monte Sacro y el Monte Aventino. Vengarse, vengarse por todos los medios imaginables, recurriendo á los excesos mayores, empleando todas las armas: he aquí la idea fija de Coriolano. Y se vengó cruelmente. La pasión política cree lo cruel bueno en cuanto sirve para cohonestarlo un pretexto cualquiera. Coriolano todo se

lo creía permitido á su voluntad con tal que condujese á defender y salvar la clase y estirpe á que pertenecía, y con la cual creía unida, indisolublemente, la grandeza de su ciudad natal. Y no comprendía, en el hervor de sus pasiones y en la ceguera de sus juicios, cómo perpetraba el mayor de los crímenes anteponiendo su partido á su pueblo y su clase á su ciudad. La idea de patria no estaba en él tan clara como la idea de familia. Descubría más el hogar que el Estado; amaba más á su madre Veturia que á su madre Roma; la tierra henchida por los plebeyos, aunque fuese tierra madre también, tenía mucho de aborrecible para su corazón; el despojo de un plebeyo le importaba tanto como el despojo de un perro; el Aventino de la plebe le causaba más horror que las ciudades en armas de los volscos enemigos; una idea dominaba por completo: la superioridad de los patricios parientes, casi de los dioses, únicas gentes capaces del derecho y destinadas á ejercer imperio y dominación sobre Roma. No era un hombre, no era un latino ciertamente, no era un romano, era un patricio, y esta calidad sobrepujaba con exceso á las demás cualidades suyas y le absorbía en términos de darle un alma, en la cual predominaba por todo sentimiento el rencor y por toda idea el propósito firme de una ruidosísima venganza.

La resignación, la conformidad, virtudes muy propias de un filósofo, no pueden ser, no, las virtudes propias de un guerrero. El infortunio en las almas fuertes aguza toda propensión al combate. Pelear era para Coriolano vivir, y vivir pelear. Prefería la muerte á la derrota. Imaginaos, pues, de qué manera tomaría el desaire infligido á su persona por el pueblo. No lo creyó un desaire personal tan sólo ¡ah! lo creyó un desaire á su clase privilegiada. El Senado, tan herido como él, aumentaba estas supersticiones. La juventud patricia le decía con su apasionamiento natural en los oídos mil siniestras palabras. Cabeza de toda una clase, jefe de todo un partido, escondía cuanto en su cólera pudiese aparecer personal en el triple culto á sus predecesores, á sus iguales y á sus herederos. Hasta los dioses, hasta los augurios, hasta los auspicios amenazados, toda la religión de su gente le parecían parte mayor en su cólera que los agravios personales y propios. Así no detenía sus resoluciones violentas y extremas por ninguna consideración. Llegó á la Ciudad Eterna, entre las angustias de una hambre horrosa, el socorro de trigo abundante. Comprada una porción en Italia, y otra porción remitida por un rey amigo, aguardábala el pueblo como una bendición de los dioses, como uno de los presentes mejores que po-

dían advenir en tantas miserias y adversidades á su hogar atribulado y á sus hijos hambrientos. Siempre que reina una calamidad natural se agraban las disensiones políticas. El deseo de alcanzar buen pan fácilmente había serenado los ánimos. Así, mientras el Senado y los cónsules deliberaban en su templo, la muchedumbre discurría por los alrededores confiada en la esperanza de que le vendiesen baratos los cereales adquiridos y á prorrata le repartieran los regalados. Coriolano se opuso á toda piedad, fundándose con ira en el natural airado y levantisco del pueblo, en sus indocilidades á la gente patricia, en sus propensiones á la indisciplina y anarquía, en el furor de sus demandas más que imperiosas, en la calumniosa insolencia de sus palabras indecentes contra el Senado, en el ensoberbecimiento por las concesiones hechas, en la desobediencia invencible á las leyes más respetables, en sus costumbres anárquicas, según las cuales autoridad y poder desaparecen á una, en sus resistencias al servicio militar y á las expediciones guerreras, en los gérmenes de discordia sembrados por sus pasiones sobre el suelo patrio, en la poda emprendida con los privilegios aristocráticos, en los derechos recortados de las antiguas instituciones y las ventajas obtenidas sobre los nobles, en todos los adelantos políticos de la última edad

histórica. Y discurriendo con semejante cólera, capaz de cegar y oscurecer la más clara inteligencia, ocurriósele una verdadera indignidad: sitiarse al pueblo por hambre y decirle que no le soltarían los nobles la remesa de trigo como él no soltase á los nobles la institución del tribunado y su privilegio de veto. En su afán de ensordecir á las adulaciones y resistir á las amenazas acometió á sus contrarios, movido por una grande injusticia y arrastrado por la mayor violencia. El furor le cegaba por completo la conciencia. El acto de cambiar el pan por el derecho no tenía excusa y denotaba cuán vil creía Coriolano al pueblo, creyéndole capaz de preferir á su íntima libertad un pobre mendrugo. Muchos nobles quisieron resistir; pero el influjo de Coriolano sobre las curias era incontrastable y su decisión por la venganza decidió hasta los más considerados y tímidos. Toda la grande aristocracia romana se dejó conducir por aquella ciega ira y convino en guardar el trigo mientras guardase la plebe á su vez el privilegio. No podía cometerse una falta mayor. Los sentimientos más nobles debían sublevarse tras tal acto contra la nobleza egoísta y avara. Una corriente de indignación popular debía seguramente atravesar los nervios y las venas de aquella sociedad encendida en abrasadora guerra civil. El estallido

de los corazones correspondió á lo grave del atentado y á lo profundo de la mortal herida. Así bien puede asegurarse que las resistencias del general consiguieron lo que merecían en reciprocidad, una revolución tremenda.

También había en toda esta porfiada tenacidad algo de la educación materna. El privilegio de un patricio tiene mucho que ver con la religión romana, como que deriva de las divinidades y de los muertos; obedece á liturgias transmitidas de generación en generación desde los altares, y los sepuleros, y los templos; ejerce ministerios sacros con fórmulas semejantes á las hieráticas del Asia; consulta y oye auspicios tan sólo al patriciado abiertos; interpreta misteriosos augurios que le revisten con todas las virtudes sobrenaturales de los profetas, y entronca sus genealogías naturales con sobrehumanas prosapias; por todo lo cual un desacato á la nobleza, venido de aquellos á quienes consideraba como despojados de todos estos privilegios sacerdotales é indignos de todas estas confianzas divinas, considerábanlo á una los nobles en el seno de sus supersticiones profundas, no ya como una revolución política ó social, sino como un atentado religioso digno de perdurable castigo y reprobado por todos los romanos dioses. En sus ideas de clase, en sus supersticiones de an-

tigua educación, en su fe romana se nutrían tantas cóleras nobles, de las cuales dimanaban todas estas resistencias incomprensibles. El pueblo había ido poniendo sus tribunos sobre los cónsules y sus asambleas numerosísimas sobre aquel tan grave y rígido Senado. Por consecuencia, parecíale á Coriolano su política una rebeldía contra los dioses, y pareciéndole una rebeldía contra los dioses juzgaba cosa lícita exterminarlos por hambre, pues la divinidad no se cura de la muerte que inflige á los mortales, y cuando intenta deshacerse de ellos, los mata por cualquier camino y de cualquier modo. Coriolano veía herida su madre con el desaire infligido al nombre y autoridad de su cachorro; veía la religión profanada por los desencantos plebeyos, y en tal estado, su exaltación, agravada por sus múltiples supersticiones, creía justos y legítimos todos los medios de defensa y de resistencia, todos, hasta los de naturaleza más absurda y de objeto más criminal. Sobrepujaba todo lo hecho y dicho hasta entonces el criminal intento de cambiar el poder de los plebeyos tribunos por el trigo de la noble annona. Habían cogido y acaparado los patricios el producto fiscal de las aduanas en Ostia, el monopolio de la sal estancada, el pan de los públicos almacenes, el campo común arrancado á los pueblos vecinos por medio de la sangre plebeya, el

campo privado y particular con la usura desmedida; y ahora se negaban á repartir hasta los regalos hechos por los reyes al pueblo y demostrativos de que allá en suelo extranjero y en el corazón de un tirano brotaban afectos de cariño frustrados por los patricios romanos. A tales consideraciones la plebe desatinaba. Y concluido el discurso de Coriolano contra la plebe, dicho en el Senado, transmitieronlo con exageraciones de gesto y de palabra los mismos senadores á los tribunos populares y éstos á los oídos plebeyos, promoviendo y despertando el escándalo consiguiente. Por algunos minutos llegóse á creer que la plebe se lanzaría sobre su Senado, invadiéndole, y sobre su general, despedazándole. Pero la religión tiene mucha fuerza en los pueblos primitivos, y si el patricio sentía orgullo por sus prerrogativas, el plebeyo sentía por su parte á esas prerrogativas miedo. Así la cólera popular pudo conjurarse, y lo tramado contra Coriolano reducirse á una citación ante las asambleas del pueblo, cada día más numerosas y más tumultuarias. Los lictores, que se presentaron á requerirle, fueron recibidos y tratados por aquel duro varón cual si fueran heraldos extranjeros. Entonces el tribunado creyó necesario ir en la persona de sus dos tribunos á sujetar la cólera del soberbio. Acompañaban á los tribunos los ediles. Unos y

otros quisieron echarle mano, y él se resistió á las autoridades legítimas de su pueblo como pudiera resistirse altivo en los combates con milites extraños.

En tal estado las cosas, el pueblo creyó desacatada su autoridad y á un ciudadano de la nobleza principal en abierta rebeldía. Pagadísimo, como todas las clases romanas, del derecho y prerrogativas que le competían, alzóse tumultuario á infligir la condigna justicia con sus fuerzas, ya que no pudiera con sus magistraturas. El Senado comprendió cómo se le venían encima dificultades tan grandes cual aquellas en el Monte Sacro suscitadas por el apartamiento de los menores, decididos á fundar una Roma democrática. Y comenzaron á requerir de paz al pueblo y prometerle, no solamente obediencia y respeto al derecho suyo, ventajas en las cuestiones económicas. La irreconciliación, la intransigencia, las extremas pasiones políticas representadas por Coriolano y sentidos en lo más profundo é interno de su temperamento, no se avenían mucho con el temperamento romano, tan fuerte, y duro, y valeroso en la guerra, como conciliador, y templado, y moderadísimo en la política. Esta voluntad férrea del caudillo se parece á la piedra ciclópea no desbastada por mano ninguna y puesta como por fuerzas naturales en muros

que provocan el ataque y representan menesteres y oficios de guerra. Son los tiempos estos de suma virtud, pero también de suma dureza. La virtud existe, mas con la categoría y el concepto de fuerza. No hay en ella cosa ninguna de bonancible y amable: todo es rudo y áspero. Por consecuencia, como los seres enormes y monstruosos de ciertas edades geológicas, representa Coriolano un medio geológico bien diverso de los que debían seguirle. Y á pesar de tales caracteres históricos, revelados por la muerte de Lucrecia y Virginia, por la barbarie de Appio Claudio, por la dureza de Bruto, por la intransigencia de Coriolano, la suma destreza política, que debía distinguir al pueblo rey, conduciéndolo tanto casi como sus armas á las cumbres del Estado, despuntaba por todas partes. Maquiavelo, con razón, observa que todas estas porfías entre plebeyos y nobles, por su derecho los unos y por su privilegio los otros, no dió jamás de sí ni las guerras civiles ni las ejecuciones capitales que por cosas de menos momento han tristemente los pueblos y los tiempos modernos ensangrentado, por carecer nosotros de aquella jurisprudencia instintiva y aquellas prácticas judiciares connaturales á los que debían extender sobre la tierra el fundamento y base de todos los futuros códigos. Mas en esta ocasión concreta correspondió con la intransigencia del general Coriolano la intransigencia del pueblo rey.

No quería contentarse con otra cosa que con el implacable castigo. Pero escuchó á los nobles entre los arrebatos de sus cóleras y con el dolor causado por las heridas abiertas en su dignidad. Y dijo que con un hombre soberbio hasta la extremidad horrible de creerse cónsul de derecho propio; rebelde por no haber obtenido el consulado; concitador de los patricios contra los plebeyos; irreverente á las leyes hasta desobedecerlas; desavenido con todo poder y autoridad hasta desacatarlos; capaz, como si los lictores del tribunado perteneciesen á cualquier pueblo enemigo, de golpearlos; desenfrenado, altivo, provocador, chocante, pendenciero, en sus discursos tan desatinado como en sus resoluciones, merecía un severo castigo y había que infligírselo, á fin de mostrar cómo en Roma nadie podía creerse allá en sus adentros anterior y superior á la patria. Comprendían los aristócratas el fundamento de tamañas quejas, pero querían cegar su origen y fuente con verdaderas concesiones. ¡Oh! No querían oír cosa que no fuese la observancia del derecho consuetudinario y la inflexible aplicación de penas severísimas. Acordes los dos tribunos, tras examen maduro, decidieron que Coriolano aparecía reo de leso pueblo, y, por tanto, incurso en las penalidades más tremendas

y responsable de los mayores crímenes. Imposible concordia de ningún género en trance tan tremendo, al extremar cada cual su derecho respectivo y ejercer sus prerrogativas. El conflicto provenía de los temperamentos que creyera Coriolano tomar en venganza de los devorados desdenes y de los tristes desengaños.

Sigamos la narración. Sentenciado á muerte por los tribunos y preso por los pretores, según Plutarco refiere, la nobleza corrió á las armas para impedir el cumplimiento de sentencia tan atroz en general tan victorioso. Quizás otro pueblo menos político insistiera en su propósito y llegara en lograrlo á términos de guerra civil. El pueblo rey, más adiestrado en política, cedió, prometiendo cambiar la muerte por el destierro. A todas estas determinaciones precedían fórmulas de verdadero derecho, prácticas de sabia jurisprudencia. Por consiguiente, Coriolano fué requerido á comparecer ante los tribunales del pueblo en los días de mercado. Estas ferias periódicas alcanzaban mucha importancia en los pueblos antiguos. Como solían celebrarse cada nueve días llamábanse nundinas. En ellas también se reunían los comicios. Hoy mismo, los pueblos meridionales, remiten á los días de mercado los mayores asuntos y las entrevistas con quienes quieren tratar ó paetar. Yo lo recuerdo ahora

de las provincias valencianas y murcianas. Pobladísimas, cada día de la semana se celebra el mercado en uno de los pueblos vecinos; y por tal modo llega entre todos ellos á establecerse, no sólo el cambio de los productos, sino el cambio de los afectos y de las ideas. En el mundo social como en el mundo natural, engendra el movimiento calor, y el calor da luz y vida. Pues en Roma también los tribunales y los comicios del pueblo se reunían los días del mercado. Y á estos tribunales y á estos comicios fué requerido Coriolano. La clase patricia se dividió sobre si debía ó no acudir. Una parte creía soliviantar al pueblo, en vez de calmarlo, concediéndole tanto poder, mientras otra parte creía la guerra civil inexcusable de no sujetarse á la popular autoridad el viejo patriciado. Resolvióse, por fin, que se presentara Coriolano y repeliera las acusaciones tremendas. La tristeza de quien perdía en aquellos conflictos sólo puede compararse con el regocijo de quien ganaba. Dice Plutarco, al referir esto, que ya no se conocían plebeyos y patricios por sus sendos trajes, sino por sus rostros, de alegría en los unos y en los otros de irreparable tristeza. No pudiendo acusarle de tirano, pues jamás ejerciera dignidad y poder político, fuera de sus cargos militares, acusáronle de rebeldía. Una palabra fácil moviera los sentimientos del pueblo y le

llevara por grados á la concordia, persuadiéndole por medio de aquella persuasión dulce, pero irresistible, obra capital de toda verdadera elocuencia. Pero se conoce que su ardor guerrero y su temperamento de acción se compadecían poco en Coriolano con la serenidad completa de juicio indispensable á quien dirige á sus semejantes por medio de la persuasión y de la elocuencia. Acusaciones como las fundadas en sus discursos del Senado, en sus resistencias á la distribución del trigo, en sus amenazas al pueblo, en sus repartos de despojos traídos por sus gentes y por él entre aquellos mismos que los habían allegado, tantas vanas quejas debieran desvanecerse con facilidad al influjo de una palabra con fluidez y con elocuencia. Pero Coriolano, educado por una madre severa y silenciosa, la cual estaba más instruída en el arte de consagrar concisas oraciones á sus dioses penates que en el arte de hablar con las gentes, marró por completo á lo debido y careció, no sólo de la elocuencia que persuade y arrastra, de la razón y del raciocinio que iluminan y convencen. La torpeza de su proceder agravó su causa y le perdió en el concepto público. Las intransigencias sirven más para el estallido de las pasiones que para el ejercicio de la razón. Tras su inhábil discurso no había otro remedio que una inmediata condena. Dieron á los

comicios por tribus las tablas donde había de inscribir su voto; por tres de mayoría le condenaron á perpetuo destierro, venciendo así en lucha pacífica el pueblo á la nobleza y corroborando su indudable soberanía.

El Senado se sintió herido en las entrañas mismas del sér suyo á la sentencia fulminada terriblemente sobre el mayor y más ilustre de los senadores. Un estremecimiento de guerra civil corrió por todos sus nervios, y un oceánico fragor de cólera subió desde las curias al cielo. Coriolano se calló profundamente. Como todos los hombres de reconcentrada ira, opuso el silencio desdeñoso y el menosprecio aparente á tamaña injusticia. Cuando se creyera por tantos títulos adquiridos y tantos méritos naturales dueño de Roma, resultaba que no tenía en Roma lo permitido al último de los ciudadanos, un hogar. Calló, pues, y de sus labios contraídos por noble sonrisa no brotó una palabra de reconvención. La ira se le reconcentraba en el corazón, hasta llegar á un estallido sin precedente y sin ejemplo. Fuese, pues, á su casa, preparándose y apercibiéndose á la natural obediencia. En su casa encontró á la mujer, á la madre, á la familia desolada. Ellas, las mujeres, habían recibido la pena. Su corazón amante pasaba por la mayor de las pruebas. Una familia sin varón

era como un cuerpo sin cabeza. El nido sinavecillas, el hogar sin habitantes, el pueblo sin pobladores, el trono sin rey, el ara sin ídolos, no aparecen tan tristes como una familia sin su soberano, sin su juez, sin su legislador, sin su Dios. El natural austero y sobrio de Veturia se desmintió en esta ocasión suprema. Su olímpica serenidad se trastocó en terror trágico. Aquellos ojos secos, cual si fueran de una estatua, llovieron mares de lágrimas. Retorció sus brazos, golpeó su frente, partió en quejidos su pecho, enronqueció con sollozos su garganta, y de no retenerla su religión profundísima y su respeto á las leyes domésticas, muriera en violento y horrible suicidio. Había criado aquel hijo para la dominación y lo encontraba en el destierro. Le había inspirado todos los alientos que impelen á la victoria, y le veía roto por la turbamulta de viles y vocingleros plebeyos. Tarquino violó á la esposa casta, y el pueblo hería con mayor injusticia y crueldad á una madre amante. Los espasmos de ésta, sus excesos de lenguaje, sus estremecimientos de dolor, sus invocaciones á los manes de los patricios muertos, sus deseos de venganza inmediata, lejos de consolar y de calmar al herido, le abrían todas sus llagas, derramando en su exacerbación y en su cruor plomo derretido. Quizás Volumnia, la esposa, experimentara otros

afectos más tiernos y más dulces que hubieran podido sugerir en el ánimo aquel tan fuerte y varonil antes y después de su destierro movimientos sujetos á otros móviles y acciones de otra mejor índole. Pero, por una derogación de las leyes, por las costumbres, todas estas matronas romanas dejaban que los códigos concediesen la patria potestad honoraria y espiritual á su esposo y á sus hijos para quedarse con la efectividad ellas, con plenísima efectividad. Veturia era el verdadero poder y autoridad en aquella familia, el numen de sus inspiraciones, el sacerdocio viviente de sus prácticas religiosas, el poder eterno, la legislación y la jurisprudencia encarnadas, la diosa del hogar, en cuya insondable alma desaparecían todas las demás almas de su familia como desaparecen las gotas de lluvia en el Océano inmenso é insondable: que así lo dispuso el cariño supersticioso de Coriolano á su madre, sólo comparable con el amor que había profesado desde la niñez á su clase nobiliaria y á su divina estirpe.

He aquí la idea capital, por Veturia inspirada con tenacidad á su hijo, en el proceso de una educación, la cual prestóle como una segunda naturaleza, muy superior á la nativa, con su idea de clase y estirpe. Se necesita ver ó tratar cualquiera de los reyes reinantes sobre los pueblos modernos para

comprender el espíritu y carácter de Coriolano, cayendo desde sus supersticiones patricias en los senos alterados de la clase popular. Para un rey del viejo régimen los pueblos aparecen como rebaños suscritos en su heredad secular, regio patrimonio suyo, hacienda, y de ningún modo nación. Así no tiene inconveniente un rey de derecho divino en llamar contra su pueblo sublevado á los demás reyes, como un propietario llama los vecinos á voces cuando se le quema la propiedad. Carlos I llamó á los franceses, y Luis XVI llamó á los alemanes contra sus propios pueblos y patrias. Una traición de tal género sólo se comprende y explica por sofisterías de una falsa superstición alimentada con los errores de otra falsa cultura. En la sede misma donde se asienta la personificación altísima de nuestra moral religiosa, un sacerdocio secular y augusto sostiene hoy que Roma no pertenece á los romanos, pertenece á todo el mundo católico, y, por lo mismo, el mundo católico debe intervenir con las armas y someterle con fuerza y con violencia sus vasallos al papa. En el ánimo de Veturia no cupo la idea de una Roma compuesta por patricios y plebeyos, como resultante de ambas fuerzas y como espíritu superior donde se sintetizaban estas dos ideas opuestas. Para una matrona romana Roma sólo pertenecía realmente á los patricios etruscos-

binos, que la fundaran y dirigieran en los primeros tiempos, bajo forma de monarquía, hasta los tiempos del severo Bruto, y bajo la forma de república desde los tiempos de Bruto hasta su tiempo. Esta idea se arraiga más en las mujeres todavía que en los hombres por su mayor consustancialidad con el hogar, con las costumbres imperantes en el hogar y en la familia. Un patricio aun veía los plebeyos en el Foro y los trataba en las mil competencias de política y de guerra, engendrando el trato alguna consideración ó algún cariño; pero á Veturia le olían mal los plebeyos entrevistados desde los santuarios de su casa oliente á mirra é incienso. Por consiguiente, un plebeyo era, en su concepto y en su estimación, poco menos que un volsco, enemigo, y enemigo sujeto al Pomerio por la mano rigurosísima de sus padres. Y con esta idea unía Veturia, no solamente la suerte de su hogar, donde penates, lares, muertos, ya lo hemos dicho, iluminados por lámparas y por oraciones constituían parte de su propio ser personal, sino también la suerte de su patria, de aquella Roma patricia, que á los nobles había confiado los augurios de sus cielos clarísimos, los auspicios de su liturgia santa, las fórmulas de su jurisprudencia tradicional, el asiento primero en las curias y senados, el generalato en los ejércitos, la dignidad superior del sacerdocio y del pontifica-

do, privilegios múltiples que revestían para ella carne y hueso en la persona de su amado hijo, candidato vencido, general desterrado. ¡Cuán amargas palabras no saldrían de sus labios, viéndose la infeliz en ese abandono y soledad de los viejos, más triste que la orfandad de los niños, pues llegan aquéllos, en las transformaciones del tiempo, á creerse, por una inversión de términos muy lógica y muy natural, sobre todo en la constitución romana, hijos de sus hijos.

Partióse Coriolano, y partióse al caer las sombras. Más pagado ciertamente de la idea de raza y familia que de la idea de patria, costaríale mucho desarraigarse del hogar y huirse al espacio bendito señalado por estas cuatro sacras piedras, el ara de sus dioses penates, el sepulcro de sus ilustres abuelos, el pedrusco donde la perdurable doméstica lumbre centellea y el otro pedrusco llamado término que sella y consagra la individual y familiar propiedad. Fuera de esto, amor primero de su corazón, como que sólo guardaba culto para su estirpe aristocrática, poco sentiría de una Roma, donde radicaban el Monte Sacro de los plebeyos, el Aventino por cuyas cumbres se agarraban las populares tormentas, el Foro de los comicios alterados y de las tribus rebeldes. Tales sitios debían provocar en este hombre de guerra civil una serie

de maldiciones sin cuento y sin medida, incapaz de comprender, en su estrecho espíritu de hogar egoísta, cómo el pueblo romano era también su familia, y cómo la Ciudad Eterna también su casa, y que sin una y otro, ni él tuviera nombre, ni sus abuelos gloria, ni sus hijos vida, ni su madre autoridad, pues las grandes instituciones sociales se animan á un espíritu, en el cual entran, como los elementos constitutivos de tierra, y aire, y agua, todos los ciudadanos. El plebeyo era su enemigo, y la Roma de los plebeyos sólo debía merecer un acento de cólera y una maldición de proscrito al descastadísimo ciudadano, á quien su clase y su familia le parecían toda su ciudad, toda su patria, toda su nación, si un término como este, cuyo concepto ha cambiado tanto por influjo de los siglos, puede á tan apartados tiempos y á tan duras gentes aplicarse. Lo que despertaría emociones vivas en aquel soldado de hierro, tan propio para el culto de los que le transmitieran la noble lanza quiritaria, sería el templo donde se guardaban los auspicios y se decían los augurios; el cuadrado aquel erigido para las observaciones celestes reveladoras de lo futuro; el Dios que miraba con atención litúrgica inalterable al ocaso; el templo hacia el Oriente dirigido como cuna del sol y del rito; la cela y el pronaos de aquel santuario capitolino elevado por los Pu-

blicolas, sus congéneres, á los dioses patricios y puesto allí como el casco de oro en la cabeza del general triunfador; los plintos y chapiteles, los triglifos del majestuoso laberinto de columnas, entre cuyos fustes había pasado tantas veces con los senadores; la Roma del Palatino cerrada por los viejos muros ciclópeos, no sólo al enemigo extraña, también extraña de suyo á los propios plebeyos. En aquel espíritu aristócrata, para el culto de las supersticiones aristocráticas hecho por la naturaleza y por la costumbre y por la historia, sólo cabían dos pasiones, la pasión de su raza y la pasión de su madre. Para él madre no quería decir solamente sér amado, á quien el propio sér se debe, quería decir más, quería decir pureza de sangre y carne, fianza de una descendencia legítima desde los tiempos más remotos por provenir de abuelas, todas ellas dignas de figurar junto á la misma Lucrecia. Tales vestas sacrosantas de un hogar y castísimas fiadoras de una familia, cuyas tradiciones, ritos, costumbres, dignidades, privilegios, mezclándose con tantas cosas hieráticas y sagradas, constituían una religión verdadera y daban á todos los patricios los dobles caracteres sacerdotales y guerreros que les servían para ser fuertes en el Pretorio, imperiosos en el Senado, inspiradísimos en el templo, pero que no le presta-

ban las aptitudes necesarias para un ministerio mucho más sencillo, pero mucho más glorioso, para el ministerio y el cargo de verdaderos ciudadanos. El patricio debió sentir un dolor, al separarse del Palatino, tan intenso como su odio al otro monte, al monte de los plebeyos, al tormentoso Aventino.

En las puertas de la ciudad le dejaron todos los patricios, que habían ido solemnemente á despedirlo, no sólo por cariño á la persona de Coriolano, por horror á las injusticias y á las crueldades del pueblo. Separóse de su lado el héroe con la contenida pena correspondiente á su heroísmo, y sólo permitió que le acompañaran algunos individuos preferidos de su numerosa clientela. Una sola noche se detuvo en las cercanías meditando sobre sus resoluciones supremas. Y tras largo insomnio sacudió de su manto el polvo de la ciudad y se propuso proceder en lo futuro cual si no tuviese patria. He ahí el pecado eterno de las aristocracias. En su orgullo no pueden alcanzar la comunidad de nación y patria con aquellos á quienes juzgan indignos aun de descalzarles las sandalias. En el seno de la patria común se confunden las clases como en el seno de la muerte común se confunden las almas. Y cual procuran por mausoleos y panteones huir á la igualdad del sepulcro eterno, pro-

cúran también por blasones y palacios y recuerdos privilegiados huir á la igualdad del suelo patrio. Y luégo les acontece lo que aconteció á la nobleza territorial de Polonia, lo que aconteció á la nobleza militar de Hungría, lo que aconteció á la nobleza mercantil de Venecia, cerrarse por tal modo á la idea de una común igualdad entre todos los ciudadanos que concluyen á la postre perdiendo la patria de todos. El orgullo de clase oscureció en tales términos la conciencia del patricio que perpetró un verdadero crimen de lesa patria como los que acaban por cometer todas las aristocracias en su orgullo desde los nobles parientes de Coriolano hasta los señores feudales de Polonia. Los romanos, por quienes combatiera, se convirtieron en enemigos suyos; y los volscos, contra quienes combatiera, en amigos, á virtud y por obra de una pasión tan exaltada y extrema como la venganza. Quedaron sus compatriotas fuera del corazón y dentro los enemigos de su patria. Este cambio de sentimiento muestra que sólo había querido al pueblo romano para someterlo, y sólo había peleado con los volscos, y á los volscos vencido, para que tales combates y victorias le sirvieran á su dominación sobre Roma. No pensaba el cuitado que una parte del odio á la patria suya provocado por los volscos lo había él en persona promovido. ¡Y

se aprovechaba de sus victorias propias para convertirlas en combustibles que abrasaran y consumieran el sepulcro de sus progenitores, el hogar de sus hijos, el templo de sus dioses! La naturaleza bien artificiosa y arbitraria, sobrepuesta por la educación al hombre natural é ingenuo, en cosa ninguna se conoce como en estos juicios equivocados, cuya imposición avasalla con su imperio hasta la misma conciencia y ahoga sus resonantes voces. La patricia Veturia quizás no adivinó dónde iba su hijo, no obstante deber temerlo todo de su natural fuerte y altivo. Pero si llegó á temerlo debió reconvenirse á sí misma por no haber hecho de aquel descendiente de los Marcios un romano, por haber hecho un patricio. Y como patricio creía deberlo todo á su clase y estirpe, á quien todo lo sacrificaba, no deber, en cambio, nada, ni á su pueblo, ni á su patria, contra quienes suscitaba criminalmente á los volscos.

Así como escogió al pueblo más enemigo de Roma para sobre su recinto lanzarlo, también escogió para moverlo en su pro y por su empresa increíble al mayor de sus enemigos personales. Era éste un ciudadano de Ancio, con el nombre de Tulo conocido en todas aquellas comarcas. Odiaba Tulo á Roma por ciudad rival de su ciudad, y á Coriolano por haber con él reñido combates singulares en el

estruendo y en los incidentes de varias guerras entre ambos pueblos. Deslizóse á la hora de los crepúsculos por aquellos campos, donde aun humeaba la sangre con que los abrevó en sus batallas continuas y cruentísimas. Gran peligro corría, y por eso deslizábase allí como una sombra, temeroso de perder la vida, no por los golpes que aun pudiera guardarle, por el malogro y frustración de su venganza. Como había vivido por los romanos hasta entonces, proponíase vivir contra los romanos desde entonces. Anochecía en la ignorante Ancio, cuando entraba con pasos parecidos al silencioso aleteo de los murciélagos y en guisa de una sombra llegada desde un mundo á otro mundo. Entró al hogar, preguntó por el dueño, y, como tardase en venir, por hallarse cenando, asentóse allí en una piedra, y se puso la mano sobre la cabeza y el manto sobre la mano, á fin de no traslucir en el rostro la pena del alma. Llegado Tulo preguntó á Coriolano quién era, pues en circunstancias supremas y en casos extrañísimos de la vida un hecho inesperado por tal manera confunde todas las nociones, que no puede uno dar crédito ni á su conciencia ni á sus ojos. Coriolano le contó sus cuitas y le dijo cómo la ingratitud é injusticia de la gente plebeya obligábase á buscar asilo donde debía encontrar muerte y á huir como un criminal de

quienes le dieran vida. Y se vendió y entregó á su propio enemigo. Éste bendijo la coyuntura que se ofrecía en aquel momento á los volscos de dominar á los romanos. La enemiga existente hoy entre naciones como Alemania y Francia, entre razas como la raza germánica y la eslavona, existía entonces entre pueblos comarcanos y vecinos como Ancio y Roma. Por consiguiente, los de Ancio debían recibir como dicha increíble para ellos la traición que sin esperarlo se les entraba por las puertas. Un banquete siguió al ofrecimiento. Y al banquete siguió un pacto. En él ganaban mucho los volscos, pues nadie podía conocer tanto las brechas de Roma como quien había erigido los muros. A mayor abundamiento las discordias civiles pululaban dentro de la Ciudad Eterna fomentadas por los mismos deplorables actos que iban siguiendo á la proscripción de Coriolano. Los más terribles presagios descendían del cielo y encrespaban las almas. Estos presagios servían para perturbarlo todo más, porque, merced á ellos, los dioses descendían de sus altares y se mezclaban á las cóleras y á las enemigas entre los hombres. Sueño que pasaba por la mente de los devotos obtenía interpretaciones varias, á cual más disparatada, pero también más propia para mantener y exacerbar la universal discordia, extendida desde las cumbres del cielo don-

de habitaban los númenes romanos, comprometidos en el civil conflicto, hasta las más recónditas entrañas del corazón de los plebeyos, cada día más airados.

¡Parece imposible! Coriolano, en su furor nativo, no solamente se desvivía por la venganza cruel, sino por la celeridad en esta venganza. Y había un obstáculo á estas impaciencias. Los volscos y los romanos tenían pactada entre sí una tregua. Y para interrumpirla se necesitaba un pretexto con que cohonestar tamaña derogación á las relaciones intercomarcales fundadas en consuetudinarias jurisprudencias. Bien pronto dió el motivo buscado la incurable amargura extendida sobre Roma por las discordias y las competencias entre romanos. Daban fiestas, á cuyos reclamos y atractivos acudía la gente vecina cuando reinaba paz con Roma, ora por contratos definitivos, ora por treguas transitorias. Estaban en una de las mayores y asistían á ellas muchos volscos enamorados de la grandeza y esplendor que adquiría la ya soberbia ciudad de las siete colinas, ornada con templos maravillosos dignos de aquellas piadosísimas festividades. Pues bien, cuando más enfrascados estaban en los regocijos y contentamientos naturales á diversiones y recreos, reciben una orden echándolos de Roma por infieles al pacto y tregua, medida muy

odiosa, deplorable, no tanto por la incomodidad que les daba como por los agravios que les infería. En tal situación salieron jurando una guerra próxima. Con felicísima frase dice Plutarco cómo los romanos respondieron que si eran los volscos los primeros en tomar las armas, ellos serían los últimos en deponerlas. Tomáronlas, en efecto. Y, al tomarlas, pusieron á Tulo donde le correspondía por tradición y por derecho, en cabeza de todos como su general más experto. Llamó Tulo á Coriolano, y el pueblo todo le perdonó las antiguas iras, por lo útil que le resultaba su airada traición ahora. Presentóse Coriolano, y la torpeza que mostrara en su palabra defendiéndose oralmente de los plebeyos romanos, trocóse ahora en la elocuencia de una energía y una elegancia incomparables acusando á los plebeyos romanos también oralmente. Aplaudieron á todo aplaudir los volscos, tanto más cuanto que sabían cómo se relacionaba la lengua larga del general con su también larguísima espada, y cómo los actos no podían quedarse aquende las palabras. Efectivamente, Coriolano se nos aparece á los que por amplios espacios de la historia hemos corrido como un esbozo anticipado de los caballeros feudales; y cuando el Estado, á quien pertenecía ó servía, no le daba todas las fuerzas oficiales y en regla por él pedidas, sin desconcertarse por tal

contrariedad, tomaba sus más fieles clientes y rompía en guerra llevando tal improvisado ejército, con el cual extendía saco, tala, fuego y matanza por todas partes. Necesítase, pues, descender á las épocas más bárbaras del feudalismo europeo para encontrar un caudillo semejante á este Coriolano en el afán de combatir y en la falta de juiciosos y verdaderos escrúpulos siempre que iniciaba un combate, pues una vez en él, así solía curarse de las vidas que combatía é inmolaba como el terremoto de los amontonados escombros, como el ciclón de las desarraigadas raíces, como el mar de los naufragos ahogados, como la peste de los muertos, en su tremenda pasión por la discordia y por la guerra perennes á que le llamaban su temperamento y su genio.

Todo cedió á tanto empuje. La colonia de circeyos cayó á sus pies como fruto maduro desprendido de viejo árbol; el amplio Lacio quedó talado á sangre y fuego; las antes bienhadadas ciudades tributarias de Roma vieron sus términos confiscados y sus hijos siervos; rindióse, asediada y vencida tras largo sitio, Bolas, á cien estados del Pomerio, que pudo columbrar aquellos compañeros de su gente pasados á cuchillo y aquellos hogares de su jurisdicción incendiados á tea; y mientras tanto, los que debían resistir al contrario ímpetu, lejos de

armarse hasta los dientes y reunirse bajo severa disciplina en propia defensa, divertidos de todo pensamiento alto y común por sus sendos altercados, cada día más tormentosos, conformábanse ya con su derrota, y creían próximo, en su estúpida resignación á la desgracia merecida, el instante de trocar su alta y orgullosa soberanía en miserable servidumbre. Para mayor tristeza un sitio sacro se vió amenazado, y so esta terrible amenaza estremeciése, como de muerte tocada y herida, la religión entera. Y la religión apareció entre los romanos como el código de los códigos. Á sus preceptos aplicábanse las piedras de los muros, por sus ritos hacíanse los cánones de las leyes, el dios penate se confundía con el guerrero armado en la defensa de los pueblos, sacro el buey que araba los campos, sacratísima la piedra puesta como linde y término á la propiedad particular de cada cual, el patricio sacerdote y como sacerdote destinado á la interpretación de augurios y á la guarda de auspicios, el procedimiento jurídico una serie de ritos religiosos, desde la geometría que señalaba las propiedades hasta la geometría que levantaba los templos litúrgicos, y tan religiosa la eterna lámpara puesta sobre las aras de Vesta en su misteriosísimo santuario como la triste lamparilla sobre la trípode de hierro atizada por la matrona hilando un ataque

al rito, por cuyo espíritu Roma dirigía desde la construcción de sus hogares hasta la estrategia de sus guerras, era tanto como un soplo helado extinguiendo su alma y dejando la que se llamaba Ciudad Eterna, en su orgullo, inerte y exánime al pie de sus viejas divinidades profanadas y sobre su santo suelo maldecido. En efecto, corrió la nueva de que Lavinia, ciudad de las ciudades, templo de los templos, ara de los comunes penates, donde resplandecían bajo la secular advocación del troiano Eneas tantas queridas memorias, vacilaba sobre sus cimientos é iba con precipitación á caer bajo los volscos guiados por la traición de un romano, y á esta idea ya no hubo casi esperanza de salvar el honor en una ciudad condenada por el hado, no al abandono, ya no, al odio y guerra de sus propios hijos. El terror corrió como un estremecimiento desde los suelos á las aras y desde las aras á los espíritus, cual si los dioses en sus altares llegaran á estremecerse y los muertos de sus tumbas á levantarse reconviniendo la incuria y desidia de aquellos romanos repulsivos á sus progenitores materiales y religiosos por haber llegado á tan inaudita vergüenza. Un tardío sentimiento de unión sobrevino. El plebeyo se conformó con que volviera Coriolano á la ciudad de donde sus pasiones lo habían expulsado; mas creyó el patricio, con mejor

acuerdo, tardía la reparación y manchado el héroe á los ojos de la posteridad ya con el crimen de lesa patria. No tenía la gente principal otro remedio que marcarlo con la candente marca de infamia y repelerlo de su propio cuerpo, pues, de lo contrario, cargaba tristemente con la reprobación de todos tiempos y se disminuía en infame degradación á sus propios ojos. Así la iniquia que profesara el pueblo un tiempo al héroe se pegó por motivo y razón de la guerra en aquellos momentos á los patricios. Y como el pueblo nada podía resolver en sus tribus plebeyas sino á proposición de las curias nobles, tuvo que guardarse la conmiseración por Coriolano y reconocerlo á una con todos los romanos desertor de la común patria.

Necesitóse tal angustia para que los patricios comprendieran que la patria de los plebeyos era también su patria, y comprendieran esta idea correlativa por su parte los enconados plebeyos. Coriolano, ciego de cólera, no comprendía esto. A la declaración de su crimen, promulgada solemnemente por el Senado, respondió con el sitio y asedio de Roma. Como Tarquino llevara consigo en la reacción hacia el patriciado sacerdotal Porsena y los etruscos, llevaba consigo Coriolano en la reacción hacia el patriciado militar Tulo y los volscos. Imaginaos, pues, el terror de los patricios por

sí mismos y por sus tierras al mirar la Ciudad Eterna de un cofrade suyo amenazada y herida. El patriciado se creyó más constreñido que la plebe por esta culpa enorme de un patricio á defender la común patria. Pero inútilmente diputó los correligionarios más queridos y los parientes más cercanos al rebelde; puesto, en guisa de rey, sobre alta sede, bajo amplio solio, circuido de corte, ornado con sus más lucientes preseas, Coriolano contrastó las súplicas de deudos y amigos conjurándole á una retirada con desdenes aparentes, bajo cuya frialdad latía todo el reconcentrado furor de sus ardorosos odios, tan voraces, que habían consumido el amor á su patria, no quedándole ya de sus antiguos afectos ninguno más que aquel amor á su madre, tan íntimo como el alma y tan duradero como el sér. Inflexible cual ídolo antropofágico alzado sobre ara cruenta, no se contentaba con menos que con la devolución á los volscos de las ciudades tomadas en guerras, á las que había él asistido, y con la declaración de una igualdad entre todos estos y los demás aliados romanos de tierra y gente latinas. Indignó por todo extremo á Roma entera la proposición insolente, y decidieron á una plebeyos y nobles morir matando antes que morir sirviendo. Tal decisión, semejante á un suicidio, derramó el terror más intenso por todas las clases

y gentes romanas. A una se dolían en calles, en plazas, en templos, no de los volscos, con cuya eterna enemiga contaban, del traicionero que así desacataba y hería la patria. Una procesión salió en busca del descastado. Presidíanla por su autoridad los pontífices con todas sus insignias; iba tras éstos el único monarca restante ya en Roma, el rey de los sacrificios; tras el rey de los sacrificios venían los augures y los feciales; en una palabra, todo el sacerdocio romano creído realmente de que alcanzarían los dioses cuanto no pudieran los hombres.

Como el odio era principal motor de los pensamientos y de los actos en el debelador de Corioles, anheloso por serlo de Roma también, desoyó á los sacerdotes como había desoído á los patricios, borradas de su mente las ideas de religión cual se habían borrado de su pecho también los afectos de patria, separados como estaban ya, no solamente su corazón, su inteligencia y su fe, de la Ciudad Eterna. No quedaba recurso ninguno, indefenso el pueblo romano ante golpe tamaño de gente dirigido por un general audaz y victorioso. ¿Qué resorte quedaba por mover? ¿Qué recurso á emplear? Ningún humano sentimiento latía en aquel corazón de hiena, empeñada en escarbar el sepulcro de los propios padres, de su estirpe y gente, para to-

mar hasta en sus fríos huesos sacros el desquite á los agravios recibidos y devorados ahora.

Sólo una mujer pudo adivinar el rescoldo de verdadero sentimiento que aun quedaba en aquel corazón apagado. Y esta mujer fué Valeria, descendiente del inmortal patricio Publícola. Reunida con otras de su estirpe allá en el templo de Júpiter Capitolino, como en fortaleza espiritual, para contrastar con votos y con plegarias á los sitiadores, tuvo una revelación, anunciándole con anuncios clarísimos el único asidero de la ciudad, el influjo de Veturia sobre Coriolano. El patricio había muerto en él ya, con el patricio había muerto el patriota, con el patriota el creyente, inmolados al malogro de sus ambiciones por una despiadada furia interior; mas vivía el hijo amante aún. No precisaba mostrarle aquellas piedras de los muros patrios, sobre los cuales fulminaba maldiciones sin cuento; ni aquellas clases y estirpes romanas, á quienes creía bien autores ó bien cómplices de su afrenta; ni las haces predecesoras de los cónsules, que deseaba romper como cañas entre sus hercúleas manos; ni las túnicas albas y las coronas verdes de un sacerdocio incapacitado para influir en los cielos y en los pueblos; ni siquiera dioses completamente sordos á sus quejas y fríos al extremo de consentir sin asomos de ira los agravios á su adorador inferidos;

ni la esposa, ni los hijos, despreciables á sus ojos por nacidos en Roma: con mostrarle á su madre, la naturaleza dormida se despertaba en sus entrañas, y, al despertarse, anegaba todos los demás afectos en este diluvio de amor. Cuanto más vayáis penetrando en la historia romana, más iréis convenciéndoos, en vuestro íntimo espíritu, del influjo ejercido por la mujer, no sólo sobre las costumbres, sobre las instituciones y las leyes. Compensábase la tutela bajo que vivía en privado con una incontrastable autoridad en público. Las ideas en su movimiento renovador y los tiempos en su curso eterno preparaban una civilización ya madura, y esta civilización jamás consiguiera su madurez perfecta sin que las relaciones entre los dos sexos fueran poco á poco dulcificándose y estableciéndose por grados aquella igualdad, distante, muy distante de acabar con las diferencias naturales de cuya virtud proviene la inferioridad ó la superioridad relativas de uno y otro sexo. La procesión de mujeres bajó las gradas del Capitolio, atravesó los estadios del Foro, y, pisando sobre la vía Sacra, subió la montaña palatina, donde residía hogar tan respetable y respetado como el hogar de los Marcios, presidido legalmente por el matrimonio de Coriolano y Volumnia, padres de prole muy niña, pero lleno con la sombra de Veturia, en quien todos los recuer-

dos y todas las tradiciones de aquellas gentes vivían y se concentraban, siendo para los suyos una especie de diosa viva, cual Vesta, y su dogma, y su culto, y su templo para todos los romanos. Tiempos aquellos de increíble austeridad. Así, ni en los trajes femeniles siquiera se usaba el esplendor y lujo de posteriores tiempos, cuando el Oriente conquistado acabó por llevar á Roma, con el olor embriagante de sus perfumes, el vistoso aparato de su lujo, y con el vistoso aparato de su lujo el veneno corrosivo de su corrupción. Parecía el paso de las austeras y enlutadas mujeres por aquellos sitios una procesión de sombras.

Quejábanse unas á otras, en sus conversaciones, durante la procesión, por el camino, de la desdenosa indiferencia con que habían visto los hombres, en quienes suelen por gusto cebarse siempre las mujeres, bien claros y bien reveladores augurios. Los juegos, de que los volscos se apartaron airadísimos por una imprudente orden de súbita expulsión, que diera pretexto al sitio aquel, no debieron celebrarse, viéndose, como se vió, en sus comienzos la entrada por sus senos de un siervo, llevando signo tan maleficioso como la horeca. Los sueños de cien buenos ciudadanos, sorprendidos en su lecho por asaltos de pesadillas, tampoco revelarían lo que debieran revelar á espíritus más creyen-

tes. La guerra entre los hombres y el desprecio á los dioses trajeron estado semejante para el que sólo quedaba eficaz remedio en el amor de una mujer, en el amor de una madre. Llegaron así á la Roma cuadrata, y, después de haber saludado sus murallas como pudieran saludar las paredes sacras de un templo, fueron á la casa de Veturia, cerrada y silenciosa como un sepulcro. Ya dentro aparecieron á sus ojos los varios signos del duelo. Tenían las aras el aspecto de las solemnidades funerarias.

Hijos, esposa, madre, vestían de luto. El triclinio estaba como si en mucho tiempo no se hubiera comido en su recinto, y los tálamos como si ningún sér se hubiera en ellos acostado. El insomnio y el ayuno, consiguientes al dolor intensísimo, imperaban allí con su natural imperio, pareciendo la casa patricia, no habitación de vivir, donde todo suena y respira, panteón de familias ilustres, á cuyo seno vinieran de otro mundo entristecidos sobrenaturales fantasmas. Durante aquellos días de angustia, Veturia en realidad meditó mucho sobre los defectos congénitos á una educación de clase y estirpe superior, en la cual se despierta y se levanta con tan increíble facilidad un orgullo capaz de borrar con sus excesos y sus embriagueces todos los otros afectos. Al engendrar con su amor, parir entre dolores y esclarecer con su educación un patri-

cio, sólo un patricio, habíase Veturia olvidado por completo de que daba un hombre á Roma, el cual, viendo divinidades superiores en todos los suyos y gente maldita é inferior en los plebeyos, había perdido la idea de patria y todos los afectos concordados en esta idea, volviéndose, desvanecido por sus feroces sentimientos, contra toda la tierra natal, donde coincidían con sus contrarios y enemigos el templo de sus dioses, el hogar de su prole misma, el santuario de sus privilegios, la madre de su alma. Vestida Veturia tristemente, llorosa, con todos los signos en su rostro y en su voz de una desesperación infinita, recibió el concurso de mujeres ido á su hogar, y supo dominarse al punto y extremo de departir con ellas del aspecto público de tan extraño asunto, como si en realidad tratasen de algo ajeno á su corazón y á su vida, sólo interesante á Roma y á la fortuna de Roma. Entre los varios discursos de cosecha propia que los historiadores antiguos ponen á veces en labios de sus personajes, encuentro uno de Plutarco, en el cual creo bien resumido por este inspiradísimo y eximio biógrafo el pensamiento capital que debía en aquel momento atenacear á Veturia y morderle con mordeduras venenosas las entrañas, el pensamiento de que había sugerido en sus profundos amores y en sus largos desvelos al hijo educado por sus cuida-

dos, como debe anteponerse á padres, hijos, deudos, clases, castas, la patria, esta patria en la cual todos nacemos, vivimos y somos llamados á dormir por toda una eternidad el profundo reparador sueño de la muerte.

El trance que pasaba la infeliz Veturia es de los más amargos á sufrir en la vida y de los más trágicos á recoger en la historia. Romana, muy romana; patricia, muy patricia, inspiró los dos cultos en su hijo, á Roma y al patriciado. Pero este último sentimiento habíala en su ímpetu arrastrado hasta educar un hijo, en el cual, arribadas á un conflicto la ciudad y la casta de sus padres, venció ésta, inferior en extremo á quien guarda el numen de todos, y, por su majestad, por su grandeza, por su virtud, sobre todo, en cualquier minuto del tiempo y en cualquier coyuntura de las circunstancias, debe colocarse. Lo primero que Veturia hiciera en aquel trance, como buena madre, fué absolver á su hijo y condenarse á sí misma. La culpa no estaba en él, pues, obediente á la educación recibida; estaba en quien le había connaturalizado con todos los privilegios del patriciado, á punto de ponerlos sobre los dobles genios de la religión y de la patria. En el excesivo apego á las lecciones recibidas, en el fervor intolerante por los generadores de su madre idolatrada, en su orgullo de clase tan puesto en su

ánimo por la naturaleza como por la educación, el héroe no se detenía ni ante un peligro tan grave como destronar á sus penates del ara sacra y desarraigar del suelo su patria. Veturia, por las intuiciones nativas y los recuerdos vivos de una mujer, en cuyo espíritu brillan calidades proféticas, debía sentir y adivinar desde luego al par el peligro corrido por los huesos de sus padres, próximos á ser aventados á los cuatro vientos por la victoria cierta de aquellos á quienes vencieran en innumerables encuentros, y la suerte de generaciones por venir, encerradas ya, como el botón en la flor y la semilla en el botón, dentro de sus nietos, y llamadas por los augurios y los auspicios romanos, en los libros sibilinos y en las profecías populares, á dominar el mundo. Y Coriolano podía profanar tantos recuerdos y extinguir tantas esperanzas merced al impulso por ella dado con el soplo de su alma difundido en aquella grande alma. No tenía Veturia otra salida que conjurar aquel espíritu soberbio, semejante á siniestro cruentísimo cometa, y separarlo del horizonte romano, donde centelleaba con siniestro relampagueo y fulgor amenazas de ruina, en cuyos escombros pudieran caer aplastados los dioses traídos al Pomerio por las generaciones pasadas y las esperanzas contenidas en las generaciones por venir. Mas impeler Co-

riolano atrás era tanto como condenarlo á segura muerte. Y lo había engendrado en el puro lecho patricio, ungido con todas las virtudes de una sacrosanta confarreación; lo había llevado en sus entrañas nueve meses, nutriéndolo de su noble sangre y dándole toda la parte mejor de su vida; lo había parido entre dolores sin cuento y consagrado desde sus primeros días á los dioses de su familia y de su gente; se había visto en sus ojos y alentádose de su respiración, concentrando en su persona, ya viuda y solitaria, todos sus amores, como en su educación todos sus esfuerzos, habiéndolo hecho valeroso, conquistador, austero, justísimo, para condenarlo ella misma sin remedio á muerte prematura en castigo á un vicio de crianza ó educación, por ella misma en su soberbia de matrona sugerido é impuesto. A esta idea de matar el hijo de sus entrañas, destinado en sus ensueños á cerrarle los ojos y á llevarla en muerte al sepulcro con el cariño con que lo llevara ella tiernamente á la cuna, deshacíase todo el sér suyo en lágrimas, y atravesaba por las honduras del alma, en océanos de lágrimas anegada, un propósito tan siniestro como el propósito de ruidoso inapelable suicidio. Sí, cogiera la primera espada perteneciente al trofeo de los suyos, armara funeraria pira con ánimo de darse muerte á la sugestión de un dolor agudo y más

fuerte que las fuerzas humanas, de no detenerla el temor á una genialidad súbita del hijo, bastante eficaz para llevarlo á esgrimir sus armas en Roma, destruyendo los dioses de sus padres y dejando en flor las esperanzas contenidas en el sér de sus propios hijos. Entre sus muchos inconvenientes y vicios, la educación aristocrática lleva consigo tal ventaja, la de adelantarse á los tiempos por venir en el deseo de legar una generación donde se vincule su honor, y la de vivir un poco en los tiempos pasados por el culto á la heredada sangre y á la secular gloriosa estirpe. Como Bruto creyó necesario sacrificar los hijos propios á la república en su guerra con los Tarquinos, creyó Veturia indispensable sacrificar al nombre y honra de los Marcios la vida de Coriolano. Pero confesemos cuánto más costaba un sacrificio de tal extraño linaje al corazón de una madre que al corazón de un padre.

Dirigiéronse al campamento enemigo, cinco millas de Roma, las matronas romanas. El cuitado acababa de talar los campos en que naciera y de profanar los sepulcros donde dormían aquellos que lo engendraran. Aunque por un refinamiento de perfidia perdonaba las propiedades patricias y caía como langosta sobre las plebeyas, tal proceder, aumentando las discordias, aumentaba también los daños y deservía más á la patria común que la

tala, el saco, el incendio, el exterminio de todas. Veturia, por sus años y por sus penas, vacilaba tanto que no podía casi andar. Pero la sostenía su ánimo y la impulsaba su voluntad. Aquellos ojos, acostumbrados á la oscuridad que trae consigo un largo duelo, abríanse á la vista de los monumentos por cuyas cimas resplandecían los más santos recuerdos; aquel corazón, viejo, golpeaba fuertemente á las paredes del pecho y sonaba con sus palpitations en los oídos á la presencia de un pueblo entre asombrado y suplicante. Al ver la ciudad tras tanto tiempo de reclusión, los pensamientos más patrióticos se levantaban en su mente como nubes nacidas de sus hieles exacerbadas y de sus lágrimas inagotables para llorar dolores más intensos y vivir sobre su despedazado corazón. Y pensar que aquellos templos, donde se guardaban los dioses más aceptos á los pueblos y más dignos del cielo; aquellos muros que contenían los destinos de la raza más noble y más ilustre conocida jamás en las historias; aquellas tumbas severas donde dormían los héroes y los mártires, á cuyos sacrificios se despertara en Roma y en sus ciudadanos el presentimiento de la inmortalidad; todo aquello, tan sacro y sublime, obra de tantos siglos á tantos otros siglos transmitible, podía sucumbir porque generara ella un hijo en sus patrióticas entrañas

¡ah! la desatinaba y la hacía concebir el propósito de inmolarlo con su propia mano si no hubiera verdugo que lo inmolase. Pero desde tales ideas caía en la consideración de cuánto le amaba, de los deseos, y aspiraciones, y esperanzas, y votos puestos sobre su persona, y los sollozos le salían del pecho agudos, estridentes, desgarradores, como al dolor de tremendos golpes é insondables heridas. Mas ante los romanos, para quienes valor y virtud eran sinónimos, no quería cometer Veturia debilidad ninguna que pudiese parecerse á una traición de su alma y á una complicidad con su hijo. Marchaba, y marchaba como si hollase las propias entrañas, como si anduviese sobre su propio corazón y le reventase, cual revienta el vendimiador la uva en los lagares, manchándose y tiñéndose horrorizada con su propia sangre. Todo el dolor de aquel camino de amargura tras días sin esperanza y noches sin sueño y sin reposo, traslucíase á la faz dolorida y llorosa, como de una muerta que ni en la muerte hallara consuelo, y olvido, y paz; extinto en ella todo, menos la horrible capacidad para el dolor y el sufrimiento. Aquel incruentísimo, más horrible holocausto del corazón de una madre amante sobre las aras de su patria moribunda, conmovió de tal suerte al pueblo, que un coro de bendiciones seguía en su camino á Veturia, probada y affigida en tor-

mentos sin fin por penas sin medida. Coriolano, creyendo matar á su patria, ¡oh!, mató á su madre. ¡Quién se lo dijera, cuando su madre había sido el amor de sus amores!

¿Qué haría Coriolano? La majestad austera del pueblo rey representada por sus embajadores, las ideas y los recuerdos comunes despertados por los clamores de su casta patricia resonantes en sus orejas abiertas á todas las fórmulas aristocráticas, los penates domésticos y los dioses patrios evocados por el colegio de sacerdotes ido en procesión á su busca, no despertaron ni un sentimiento en su alma, encallecida del todo, y resuelta con resolución inquebrantable á consumir tan sólo su acerbo desquite. Sentado en su aparatosa tienda, semejante á la de un rey etrusco, respondía con miradas de indiferencia, sonrisas de menosprecio, palabras de negativa y desdén á cuantas súplicas le dirigían, todas impotentes para tocar en su corazón y subir á su conciencia la perplejidad siquiera de quien vacila entre misericordias y crueldades. Todo lo contrario, viendo á sus plantas arrastrarse aquella Roma, vencedora tantas veces de los volscos y de sus ciudades, aun se metía más en las embriagueces de su soberbia y denostaba un pueblo á quien le había sonreído la suerte, no por los soldados que daba él, por los generales que á él sus patricios le daban para

que luego les negase la dignidad altísima de cónsules y los condenara en sus comicios á la Roca Tarpeya ó á la proscripción eterna, cual si fueran los últimos de sus peores criminales. Así, mientras las mujeres iban avanzando hacia su tienda, iba él apercibiéndose á nuevos desdenes y desprecios empeñado en conseguir su desquite y castigar á su patria. Pero estas deliberaciones de su voluntad vagaban por un lado, y lo inconsciente, lo indeliberado, lo misterioso y lo cuasi divino del sér suyo por otro, la chispa eléctrica donde va encerrada la idea como un rayo, el nervio vibrante cual cuerda de lira pulsada por los aires, el golpe de sangre dado al corazón, mil impulsos de los que mueven toda la musculatura y nos impelen á movimientos, no sólo ajenos de nuestra voluntad, á nuestra voluntad opuestos. Las fuerzas del hombre se quiebran contra lo imposible, y Coriolano había intentado lo absurdo y lo inverosímil, pasando desde mártir y héroe de su patria inmortal á sitiador enemigo. Los arrebatos de cólera, naturales á temperamento de suyo tan fuerte, mantuvieronlo erguido contra tantas reconvenções como salían de aquel suelo profanado por su guerra y contra tantos remordimientos como entraban en su conciencia oscurecida por el vapor ponzoñoso de sus mismas indecibles hazañas. Abusó tanto en las respuestas dadas y en las negativas

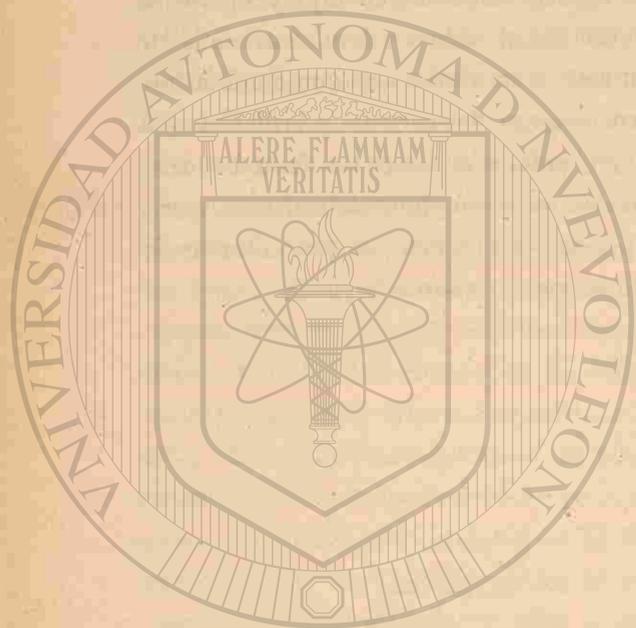
implacables del dominio ejercido por su voluntad sobre su corazón y su conciencia, que se agotaban ya las fuerzas morales, y sus ojos, fatigados y enrojados por el insomnio, y la conciencia se negaban de suyo á mirar cuanto le circuía. Pero en aquella hora de acercarse la madre, los rumores vagos, predecesores naturales á los sucesos decisivos, le decían con anticipación cómo algún hecho se aproximaba, y así tenía su mirar toda la inquietud propia de quien teme ó espera entre recelos sin número y perplejidades sin medida. La inquietud debía cobrar tal intensidad, que le llevase hasta cerrar los ojos muchas veces, desconfiado de sí mismo. Y como el cielo tempestuoso, y próximo á encenderse y airarse, concluye por cubrirse de nubes que relampaguean, y fulminan, y truenan en todas direcciones, la frente suya, tan espaciosa como profunda, se cubría de arrugas verticales y horizontales, oscuros surcos abiertos á la callada por pensamientos indeliberados é inconscientes, bien tristes y bien adversos, pues si en parte satisfacía el espíritu de venganza por las victorias propias y las humillaciones ajenas, ya no podía dar un paso adelante sin asestar negra traición á sus compatriotas los romanos ni un paso atrás sin asestar negra traición á sus amigos los volscos. ¡Infeliz! Como cuantos dan un paso así, traicionó á todos.

En estos combates consigo corrió por el campamento la noticia de que Roma ideaba una súplica postrera. Y volvió Coriolano á su rígida firmeza. Vigías colocados en ciertas avanzadas debieron decirle que iba una de tantas procesiones como le importunaban en aquel trance, y vuelto de sus incertidumbres á este nuevo aguijoneo, se refugió y encastilló en lo más erguido y empinado de su inflexible voluntad, porque todo podía presentirlo y adivinarlo menos la llegada y presencia de su madre, á quien suponía, en su duro corazón, satisfecha con la venganza conseguida por el idolatrado hijo. Así el rostro suyo tomó la expresión de un soberano desprecio, corroborado por lo erguido de la cabeza, lo irónico de una mirada conocida en la lengua común con la frase mirar de lado, lo fruncido de las soberbias cejas, lo contraído del labio, que parece amargado por un gusto ácido proveniente de la hiel transmitida del herido hígado. Sin embargo, si hubieran llegado á sus oídos los llores que levantaban á las alturas aquellas mujeres, no sintiera, en este minuto supremo, ni tanta confianza en sí mismo, ni de los demás tan soberano desprecio. En su ignorancia de lo que venía sobre su corazón, aguzaba las armas de su orgullo para vencer este último asalto del recuerdo. Acercáronse las mujeres, aquellas mismas con las cuales tuviera el con-

tinuo trato social entre los dos sexos en Roma existente, amigas de su niñez, compañeras de sus juegos, alguna que acaso le sugiriera esas fáciles y fugaces emociones de la mocedad que se llaman los primeros amores, viejas parientes en cuyas rodillas se habría sentado mil veces y cuyos besos habría recibido en la feliz infancia, doncellas núbiles á quienes había visto crecer y prosperar junto á sí; el tropel de innumerables acentos cariñosos, más difíciles de superar que todos los odios y de romper que todas las armas. Pero Coriolano las contempló de hito en hito impasible, como parapetado tras la idea de que aquellas mujeres tan bellas, parecidas á estatuas vivientes de diosas mayores, no tuvieron bastante poder sobre los suyos para moverles á votar el consulado al héroe que los esclareciera é inmortalizara con sus hazañas y con sus sacrificios. Observada la implacable negativa de Coriolano al grupo todo, salió su mujer Volumnia llevando de la mano sus hijuelos. El soberbio se alteró, mas después de haber estrechado contra su corazón efusivamente á la esposa desolada y bendecido y besado la prole, cuyos llores le partían el alma, negóse diciendo cómo al pedirle aquel retroceso en su camino pedíanle su inmediata muerte y su eterna infamia. Pero en esto apareció la madre. Todos los discursos puestos en boca de la matrona

por los historiadores antiguos pecan de inverosímiles y absurdos. En situaciones tales como la de aquella mujer, colocada entre la muerte de su patria y la muerte de su hijo, no se habla con elocuencia ni menos se discurre con frialdad. Veturia indudablemente se arrojó á los pies de Coriolano, dejó caer ambos brazos hasta tocar con ellos la tierra, y levantando los ojos extáticos al fulgor de sobrenatural mirada, le dijo sin palabras y menos sin frases, cómo no les queda ningún otro recurso, ningún otro, más que la muerte de ambos por su patria, muerto él á manos de los volscos y ella muerta tras aquel cruento sacrificio al filo de su dolor. Escenas de tal sublimidad no pueden durar mucho, ni en las tragedias del teatro ni en las tragedias del mundo. Coriolano, en súbita decisión, levantó el sitio de Roma y se fué al suplicio. El amor filial dominó toda su vida y ocasionó su muerte. La Ciudad Eterna, en su agradecimiento, erigió un templo á la Fortuna femenil é instituyó en el templo un servicio religioso y una fiesta de conmemoración. ¡Trágicos personajes Coriolano y Veturia! No debe, pues, maravillarnos que los primeros poetas dramáticos del mundo moderno, Shakspeare y Calderón, hayan tallado inmortales dramas con esta cantera histórica y hayan puesto en escena combates como estos, en los cuales muer-

trase la especie humana tal como es en sí, con su mezcla confusa de pequeñez y de grandeza. Estas admirables figuras históricas de hijo y madre se convierten, merced al tiempo y á su continua labor de creación activa, en ideales que iluminará la humanidad en lo largo del camino, y brillan á una con vivos resplandores en los cielos de la historia. Veturia personificará por siglos de siglos un sacrificio bien penoso: el sacrificio de sus entrañas de madre ante su amor y culto á la patria.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VESTA

Imposible comprender cómo se desarrolla en el pueblo romano la vida y la historia completa de sus mujeres, que tanto influjo ejercen y que tan alto papel desempeñan á una en su historia, sin distinguir bien y caracterizar bien aquel tipo superior que personifica en los cielos y en la tierra el genio de los hogares antiguos, la diosa Vesta. No busquéis en la religión de Roma la regocijante originalidad y el interés dramático de las religiones griegas. Viniendo más tarde y representando un papel diverso el mundo latino, su mitología carece del corte artístico y poético manifiesto en la mitología griega. El culto varía un tanto entre los romanos; el dogma permanece y perdura. Los genios del cielo y los genios de la tierra, los que representan el esfuerzo bélico y los que representan el esfuerzo agrícola, las divinidades campestres y las

divinidades astronómicas, aseméjase mucho en uno y otro pueblo. El Fauno canta en los árboles; el Apolo délfico brilla en los rayos del sol esplendente; pelea Marte y ríe Flora; Ceres puebla de trigo los campos; y Neptuno remueve los mares cual si no hubiera sufrido cambio ninguno el genio humano, al pasar de unas á otras fases, en su transformador y progresivo movimiento. Pero hay dioses, que, teniendo y conservando sus orígenes y caracteres griegos, suelen estar más en consonancia con el genio y con el pueblo romano, con su naturaleza intrínseca y con su épica historia: Jano, por ejemplo, Término, Vesta. Detengámonos ante la última, quien realmente personifica los hogares y representa el genio de la mujer dentro de la familia. Su nombre se deriva, como tantos otros nombres cuyas raíces ignoraban los antiguos por desconocer la relación filológica y fisiológica entre la India y la Grecia, su nombre se deriva del sanscrito y dice ya en sus orígenes lo que debe representar la diosa en su apogeo y en su cenit: hogar y habitación. Vesta, por tanto, será la divinidad más doméstica entre todas las divinidades romanas. Y si, por una extensión de su tutela, protege, además de los municipios, las casas, deberáse tal protección á que los romanos miran de antiguo en sus cabildos municipales una extensión y aumento del hogar. Úne-

se á Vesta, como en la callada noche á los astros mayores los menores, todo el coro de las divinidades llamadas penates y reconocidas como tutoras natas del templo doméstico. Vestíbulo proviene de Vesta, por el sitio de la casa consagrado á su culto, como penates viene de *penus*, que quiere decir tanto como comestibles ó provisiones, merced á lo cual se les ofrecían los mejores productos de la cocina y se les reservaban los mejores platos del comedor.

Así como en el grado inferior de la escala doméstica se halla el esclavo de servicio y el bruto de carga, en el grado superior se hallan los lares y los penates. Sin ellos no se abriría la puerta, no luciría el sacro fuego que mantiene la vida, no se convertiría el tálamo en una especie de sacrosanto altar. Existían en Roma, mejor dicho, en el mundo romano, ciudades santas, como existen hoy en el mundo católico. Así como nosotros tenemos al Oriente Jerusalén, al Occidente Compostela y en el centro Roma, los antiguos romanos tenían ciudades santas como Alba, como Lavinia, como la Ciudad Eterna misma. Y en la segunda el culto á Vesta relacionado con la venida y arribo del pío Eneas, tenía mucho y muy estrecho parentesco tradicional con el mundo troyano. Sucedia en aquellos tiempos lo mismo que sucede ahora; los pue-

blos paganos solían disputar entre sí la posesión de los penates, cual hoy disputan los pueblos católicos la posesión de muchos santos y de muchas efigies. Aldeas y ciudades hay que litigan todos los años en competencias tradicionales por el privilegio de presidir una procesión y de celebrar una fiesta. Alba, en virtud indudablemente de tradiciones y costumbres análogas á éstas, había querido llevarse los penates residentes en Lavinia y sus templos; pero cuantas veces lo intentó y logró, volviéronse por sí mismos ellos á su primitiva residencia. Necesitada Roma para extender su sacra soberanía de combatir todos los pueblos circunvecinos, desarraigó del suelo con su acostumbrado furor á la incomparable Alba, pero no pudo realmente desarraigar con igual facilidad Vesta y su templo, defendidos por mil sacros y antiguos sortilegios. Vozes misteriosas, apariciones fantásticas, augurios múltiples, celestes y reveladoras señales precavieron á la diosa del hogar y la sacaron incólume de tantos y tantos horrores como traía consigo aparejados la continua implacable guerra.

Mucho ha disputado la erudición moderna sobre los orígenes del culto prestado por los romanos á Vesta. Pero su Rómulo, su fundador, hijo es de tal divinidad según unos, y según otros de una sacerdotisa suya. Marte, dios de las batallas, y Vesta,

diosa del hogar, debían juntarse para la generación del héroe destinado á traer el mundo romano á la sociedad y á la historia. Por consecuencia, Rómulo no debía olvidar á Vesta. Mas la tradición quiere que su culto se haya debido al rey sacerdotal representante de la sacra monarquía hierática. Y Numa, queriendo que todos los individuos de una misma familia tuvieran hogar común, fundó el culto de Vesta sobre la piedra donde ardía la lumbre doméstica, y queriendo luégo que todos los romanos hogares tuvieran otro superior y colectivo, fundó el templo semicircular de Vesta en la montaña Palatina. Aunque se hallaba el templo abierto á todos los fieles y hasta circuido en su exterior de toldos que ofrecían á éstos grata sombra, un punto hubo siempre, al cual llegaban solamente las vestales tan sólo, el Paladio. Véase bien pronto que aquella especie de religión se combinaba con una especie de higiene indispensable á las familias. La conservación del fuego sagrado indicaba tanto como la necesidad imprescindible de conservar á las instituciones domésticas un común espíritu, en el cual todas pudiesen respirar y vivir, aspirando, como deben los seres colectivos, á la perpetuidad. La purificación perpetua del alma y la nítida limpieza del cuerpo en las vestales no quiere decir otra cosa en puridad sino la divinización del aseo. Por tal ra-



zón, el agua representa y significa en estos altares y templos tanto casi como el fuego, y cerca de todo santuario consagrado á la diosa doméstica de los romanos fluían fuentes ó corrían arroyos destinados á las infinitas abluciones usuales en aquella liturgia.

Hija Vesta de Saturno y de Rea, su padre representa el generador inmortal de todos los seres, el tiempo; su madre representa la fuerza de conservación que tiende á salvar los productos ó hijos del tiempo á la voracidad insaciable del mismo que los ha producido y engendrado. Saturno es el tiempo, que produce; Rea es la tierra, en quien Saturno engendra sus productos, sus hijos. Imaginaos el dolor de Rea, de la tierra, tan productora, viendo que su prole, á tanta costa generada y parida, desaparece en los senos de su mismo padre, como la lluvia que de sus ondas evapora el mar, y luégo, al desprenderse y caer sobre su seno, la extingue y la devora entre los tumultos y remolinos de sus aguas. Primogénita del Tiempo Vesta, y salvada milagrosamente por su madre Rea, debió hacer voto verdadero de castidad, puesto que llegó á rehusar en casamiento dioses tan bellos y tan jóvenes como Apolo y Mercurio. Queriendo el Tiempo, su padre, sin duda premiar tanta virtud, declaróla genio primero y más sacro del hogar. Por eso tuvo

la prerrogativa y privilegio de recibir todas las ofrendas y representar la eterna religión doméstica. Verdadera fiadora de la legitimidad en toda familia es aquella virtud que á todas las otras virtudes femeniles excede y sobrepuja, la santa castidad. Por su obra, por su eficacia, sabrá el padre cómo sus hijos le pertenecen y cómo al heredarle no le roban. Vesta, pues, fué con razón llamada por los romanos á representar en el mundo antiguo la perpetuidad de la lumbre doméstica y la perpetuidad también del doméstico espíritu, que á los antiguos les parecieron siempre consubstanciales é idénticos.

Lo hemos dicho muchas veces y lo reiteramos ahora. El estado en la Ciudad Eterna proviene de la familia y de la casa. Las instituciones públicas aparecen allí como una dilatación indispensable de las instituciones privadas. Por eso Vesta se nos aparece como una venerable abuela de la casa particular y de la ciudad pública. La llama virgen del fuego sacro no da ningún sér de sí, pero en cambio sostiene y vivifica á todos los seres. Por eso han puesto los ritos á Vesta en el vestibulo, en el ingreso, en el portón, para que sea en todo la primera. Ovidio asegura en sus *Fastos*, maravilloso poema de teogonía é historia romana, que Vesta no tuvo efigie alguna en los antiguos tiempos; pero induda-

blemente equivocase como tantas otras veces el gran poeta, pues han llegado hasta nosotros estatuillas y efigies reveladoras del culto prestado por los antiguos á tan casta y pura diosa. Escopas la esculpió cien veces, poniéndole túnica talar ceñida por fuerte cinturón al cuerpo, sobre los hombros amplio manto, en la cabeza un velo, á la mano siniestra largo báculo en forma de cetro como los reyes antiguos y á la mano diestra una lámpara donde ardiera y brillara el sacratísimo fuego destinado á la grande animación de los hogares. Una de las particularidades que tiene la diosa en su culto es el papel representado por animal tan humilde y modesto como el asno. Efectivamente, las lámparas consagradas á diosa tan próspera rematan en cabeza de burro. Pero no debe maravillarnos esto, si recordamos cómo lleva cada cual de los dioses antiguos ejemplares de las especies inferiores á su lado. El Fauno sileno se contentaba para caminar con esta sencilla montura, y un día que Priapo, muy tentado, como decimos nosotros en lengua familiar, de la risa, viendo en una siesta dormida la diosa bajo la sombra de un árbol y sobre la mullida verde hierba, quiso besarla; y al aproximarse, creyendo estar solo, el asno dió un rebuzno tal, que á su estrépito se despertaron los dioses del Olimpo é impidieron el terrible desacato.

Vesta representa, en suma, la llama que ilumina y que calienta. El culto á esa vivificadora llama está en las ideas más fundamentales y en las tradiciones más puras de nuestra humanidad. Penetrados los espacios infinitos por el éter se animan y encienden á su calor y á sus resplandores. Suprimido, y la nada se tragaría bien pronto al universo entero, caído en sus insondables profundidades, vacías de todo sér, y envueltas en el frío y en el silencio de noche perdurable. Por esta persuasión de que jamás puede faltarnos el sol, por esta certidumbre de su perennidad, por esta confianza ciega en su reaparición diaria duramos y perduramos los mortales en la tierra, que así, penetrada por sus poros de luz verdaderamente creadora, vive, florece, anda en la inmensidad llevando como inmenso nido el coro de sus seres, los cuales perecerían bien pronto si les llegase á faltar el éter en que sus senos esclarecen y el calor en que los animan y los encienden. La luz por lo infinito se dilata; la luz en los soles y en los mundos se concentra; la luz hiere la retina del hombre y hasta su cerebro acalora; la luz tiñe los cielos de azul, los cálices y corolas de matices varios; la luz endulza las mieles contenidas en todos los frutos; la luz pone desde los gorjeos en las arpadas aves hasta las notas en el concierto de las esferas celestes y en sus eternas armonías.

Así es libro de la luz el libro de los vedas; es culto á la pura y alma luz ese primer culto de la civilización universal en cuyos albores amanece con todo su esplendor el espíritu que nos vivifica; es culto á la luz esa religión de Zoroastro sorprendida en los desiertos caldeos al centellear de los astros en las serenas y luminosas noches asiáticas; es culto á la luz así el fuego ardiente puesto sobre las piedras del ara como la pira puesta en los bordes del sepulcro; es culto á la luz el cirio encendido en las iglesias nuestras, y la oscilante lámpara en la puerta de los santuarios aparecida como una estrella sobrenatural errante y roja; es culto á la luz desde los preludios del día cantados por las alondras antes del amanecer hasta la oración tañida por la campana en lo alto de la torre cuando se apaga el último crepúsculo; es culto á la luz desde aquel pastor Indra calzado con sus borceguíes celestes y ceñido su manto de puro éter hasta el Verbo alejandrino, á quien llama el Cuarto Evangelio resplandor de resplandores; y, por último, es culto á la luz el culto prestado por los antiguos á esa diosa Vesta, en cuyos altares brillan y arden desde las llamas de cada hogar privado hasta las llamas en que se anima y por cuya virtud perdura la Ciudad Eterna. Hogueras de regocijo y hogueras de duelo; candelabros de Jehová con sus brazos cabalísticos

y relámpagos del celta conmovido á los fragores de la tempestad; luna que se levanta en los robledales del Norte cubiertos por los musgos del muérdago y estrella que riela en las aguas del africano Nilo y en las arenas del desierto; columna de fuego que guía en su éxodo al israelita y estrella del polo que fija un punto inmóvil al navegante perdido á merced de las olas y de los vendavales; todos estos aspectos de la luz, tan queridos y adorados en la sucesión de los siglos, no representan ni significan otra cosa que los varios símbolos donde se ha encerrado y contenido desde tiempo inmemorial esta inextinguible alma del Universo, cuyos resplandores nosotros necesitamos, no sólo en el apartado sol, adonde van los planetas ansiosos de recoger sus días, en el hogar cercano á nuestro cuerpo, que cuece y calienta la comida sustentadora de nuestros hijos y mueve desde los átomos colorantes del rosado licor que corre por nuestras venas y arterias hasta el fósforo necesario á nuestro cerebro. Mirad el cadáver falto de calor y decid luego si debe la humanidad adorar como adora desde la luz del sol hasta la llama del hogar.

Las casas de Roma tenían y guardaban sin excepción alguna sus altares consagrados al fuego doméstico. Cuando la llama no chisporroteaba con todo su estruendo y en todo su lucimiento, había,

bajo las cenizas, los carbones más ó menos apagados del necesario rescoldo. Todo en torno del altar, donde tal elemento se guardaba, debía ofrecer pureza por signo y símbolo de la femenil castidad. Así estaba prohibido alimentarlo con materias impuras ni oscurecerlo con la perpetración en su presencia de cualquier acto indigno. Su extinción se consideraba como uno de los mayores males sobrevinientes á la casa y su reanimación pedía ritos de suma trascendencia y entidad. No podía encenderse un fuego sagrado en otro fuego sagrado; precisaba sacarlo del eterno de vida donde arde por una eternidad el calor universal. Por la concentración de los rayos solares ó por la frotación de materias combustibles obtenían las necesarias reanimaciones. Así, ¡ah!, solamente así merecía el nombre de puro y aquella devoción tan intensa que le consagraba saluciones sin cuento. Ningún romano se partiera de casa nunca sin el correspondiente saludo al fuego sacro; ninguno empezara ni á comer ni á beber sin partir su comida con el dios y ofrecerle de grado la porción de vino á él correspondiente. La comida tomaba por esta liturgia todos los caracteres sublimes de un verdadero acto religioso. El pan, y el vino, y la carne, quedaban consagrados por divinas señales y por antiguos ritos. Así Vesta, esa diosa de la llama doméstica, representaba

la familia; pero no sólo esta familia viva que se reúne todos los días en torno de una mesa, la familia muerta y ausente, arrastrada por el río de los tiempos al profundo sueño y vuelta de grado al culto y al rito diario por medio de sus manes. En tal modo este culto de Vesta sobrepujaba naturalmente á todos los cultos romanos, que los matrimonios allí no se celebraban en el templo como entre nosotros se acostumbra generalmente, celebrábase de antiguo en el hogar, como santuario más propio de la familia y más guardador de sus particulares tradiciones. La promesa de casamiento, dada siempre al novio por el padre de la prometida, se da en presencia del sacro fuego doméstico; la renuncia formal y solemne á las hijas y á la potestad sobre todas ellas consiguientes también se verifica sobre las aras del hogar y á presencia de su llama; una viva oliente antorcha precede á la novia, quien, vestida de blanco, y coronada de flores, y cubierta de velos, pasa desde la casa paterna á la casa matrimonial; y cuando ha entrado aquí sin tocar en el dintel, como los dentro nacidos, lo primero que debe hacer, para tomar sus sacros caracteres de verdadera esposa, es ir á la lumbre de su hogar nuevo y cocer una torta, que después de haber ofrecido á sus progenitores conmemorados en mil signos varios, parte con su esposo, iniciando así la consus-

tancial comunidad interior de sus ideas y de sus afectos. En el culto profesado á sus gentes por el romano antiguo no debe maravillarnos que Vesta levantara su cabeza sobre todas las divinidades y tuviera de suyo entre todas ellas una incontestable superioridad idéntica en su fondo á la que tenía la familia sobre todas las viejas instituciones. El padre, la matrona, el hogar, la patria potestad, el rito familiar, los clientes, los abuelos y progenitores, los manes del ascendiente, la religión de los muertos, los nombres propios y los cognómenes, ciertos privilegios políticos, ciertas dignidades religiosas, todo lo más esencial y respetable de aquella sociedad, todo iba unido indisolublemente á esta institución de la familia que generaba, no sólo el Estado, sino toda la romana sociedad.

La religión romana es una especie de ideal de la ciudad. Todos los factores que penetran en su política penetraron antes en su teogonía. La fase principalmente religiosa del antiguo mundo histórico pertenece al Asia; la fase artística y científica pertenece á Grecia; la fase política y jurídica pertenece á Roma. El Oriente me parece un mundo de invención; Grecia me parece un mundo de transformación; Roma, por su parte, me parece un mundo de aplicación. De consiguiente, su teogonía será mucho más positiva que la teogonía griega,

y estará mucho más correlacionada con el Estado y con la jurisprudencia. Nada en Roma de aquellos dioses nacidos en la poesía griega que aun llevan los nombres por los griegos puestos á sus divinas individualidades en los cielos y en los campos; nada siquiera del doble poema cantado por los aedos en las islas jónicas al són de los mares ceñidos por fosforescencias deslumbradoras y perlas y corales riquísimos; nada tampoco de la epopeya solar y hierática resumida por el semidiós Orfeo, ni de la epopeya cosmogónica trazada por el casi homérico Hesiodo; labradores primitivos y austeros, los habitantes del severísimo Lacio, no entenderán cosa de tales maravillosas creaciones, y reduciránse á una religión de agrícolas, donde yuntas, rebaño, lobos, perros, pastores, alcanzan apoteosis dignas de imaginaciones dadas á divinizar todo cuanto les circunda. ¿Qué podía llevar el pobre latino á sus olimpos prehistóricos, allende los instrumentos de su labranza y los animales varios con quienes se hallaba en comunicación ó en guerra? El etrusco, el primer pueblo de vieja cultura con quien tropieza en su camino, le llevará recuerdos y residuos de Grecia; los libros sibílicos, inspirados en las tradiciones orientales, ensancharán los horizontes de sus recuerdos; pero, en suma, lo mismo aquellos dioses brotados en las campiñas

del amplio Lacio que aquellos descendidos de las montañas sabinas, representan el culto sencillo á la naturaleza material. No guarda otras significaciones su devoción á las colinas, sus primitivos cantos salios tan rudos, su liturgia en la cual entra por tanto el arado, esa loba que debía lactar á los primeros reyes romanos, toda la teogonía primitiva, donde penetran, como en la política romana, estos tres factores, el factor etrusco y el factor sabino junto con los dioses del viejo Lacio. Leyendo, pues, la historia de aquella religión, creéis leer la historia política de Roma. Y creyendo leer la historia política de Roma creéis leer también su historia religiosa. Rómulo y Remo representan las divinidades mismas del viejo Lacio; Numa representa los dioses de Sabina; Tarquino, con los últimos reyes, los destronados, representa, por su parte, los dioses grecoasiáticos, los dioses etruscos; y cuando estas tres fases del espíritu antiguo se han concluido, cuando los reyes han acabado, así como hay una tremenda lucha entre los ciudadanos patricios y plebeyos, hay otra lucha no menos tremenda entre los sendos dioses de ambas gentes. La religión sigue, pues, las mismas fases que aquella eterna ciudad y pasa por los mismos capitales periodos.

El nombre Dios de nuestra lengua proviene del

nombre *Deus* en la lengua latina; el nombre *Deus* en la lengua latina proviene del nombre *Zeus* en la lengua griega; y el nombre *Zeus* en la lengua griega, proviene del nombre *Devas*, divino, en la lengua sanscrita. Esta etimología de palabra tan usual y corriente casi nos enseña su historia. Y esta enseñanza sumaria de su historia casi nos dice los caracteres propios y naturales del Olimpo latino, caracteres en armonía y consonancia con todo el ministerio realizado por la ciudad incomparable de los jurisconsultos y de los políticos. Viniendo á la hora en que las razas arias de Oriente y de Grecia dieran cuanto en sí contenían y llevaban de antiguo, no hay para qué aguardar varia originalidad en la religión de los romanos. Sin embargo, sobre aquel fondo politeísta, transmitido á su descendencia por los indios y por los helenos, algunos dioses hay en Roma ingenuamente romanos. En las listas redactadas por sus ilustres teólogos encuéntrase á la cabeza el nombre de Jano y á los pies el nombre de Vesta, dioses esencialmente propios y naturales á la familia latina. En Roma predomina la sociedad sobre la naturaleza, cual en la vieja India predominaba la naturaleza sobre la sociedad. Y este predominio de las fuerzas civiles sobre las fuerzas naturales nótase á primera vista en el número y en la importancia de los genios que ha-

bitan el hogar sobre los genios que habitan el universo. Algo de penates había en Grecia, dioses familiares, pero no con el poder prestado á éstos por la omnipotente Roma, quien denomina los dioses del hogar lares, los dioses del sepulcro manes, y poniendo una Vesta en cada hogar, suma y reúne los hogares en aquel colectivo que ha consagrado la Vesta mayor erigida por consentimiento común de todos los ciudadanos al pie del Palatino. Y por tal modo estos dioses conocidos con el nombre de indígetas ó indígenas elevan dentro de sí el espíritu y genio de la familia, que consagran y hasta divinizan el servicio doméstico en los dioses designados con el vulgar y corriente apellido de fámulos. Parécese á todos los cultos arios, al indio, al caldeo, al egipcio mismo, al griego, al siciliano, el culto de Roma en lo sustancial y fundamentalmente naturalista. Hay allí el Fauno, como bajo las encinas de Dódona; el pastor de idilio, como en los campos de Arcadia; el Baco ebrio, que trae, no solamente la borrachera del vino, la borrachera del aroma exhalado por las selvas tendidas á los lados del Ganges y del Indo; pero hasta el Fauno mismo aparece más próximo de la cabaña que de la fuente ó del árbol, es decir, más civil que místico. Por consecuencia, nada tan fácil á un sacerdote como Numa, el Moisés, el Zoroastro, el Orfeo de los latinos,

que organizar civilmente una religión de suyo civilizada y dividir las familias patricias en otras tantas curias ó grandes familias bajo forma de verdaderos Estados, poniendo á su frente vestales y Vesta como divinidad femenina, y como divinidad macho el dios conocido bajo nombre tan corriente y universal como Jano, que representa en sus diversas designaciones algo parecido á un sér celeste, luminoso, nítido, con dos caras como el sol poniente y levante; quien, adorado en el Janículo, abre los años, mueve las fuentes, apellida las calles, guarda las puertas, y tiene á su numen y á su genio consagrados doce altares, cuyo número significa todo el movimiento de los años conocido de nuestro planeta y toda la sucesión de sus diversas estaciones. Los dioses, pues, más principalmente romanos, que acompañan á Vesta en su oficio de cuidar y prosperar á Roma, son, además de Jano, los lares, los manes, el dios Término, el dios Quirino, el dios Rumino, Flora, Telus, la Fortuna, la Annona y otros de menos importancia, oscurecidos más tarde por los múltiples genios extranjeros que trajeron al panteón sinéretico de la Ciudad Eterna su conquista y dominio del mundo.

El culto de Vesta se halla fundado en Roma, cuando aparece á las puertas del misterioso Lacio un peregrino y un navegante tal como Eneas. Ce-

lebrábase la fiesta de Fauno, en la cual inmolaban los latinos cabezas de lustrosas pieles, cuyos trozos repartían, asados en ramas de sauce y bendecidos por cánticos de liturgia, en frugales comidas. Mientras esto sucedía Marte mismo en persona llegaba sudoroso de Grecia y requería de amores á una vestal, consagrada por votos de castidad tales que su quebrantamiento y olvido les trae una triste muerte como enterradas vivas. Pero Marte no supo, en sus violencias, pararse ante aquellas consideraciones religiosas, y arrancó á la vestal por fuerza una correspondencia súbita con su amor, de la que proviniéron Rómulo y Remo. Indispensable fué ocultarlos para precaverlos á los males que podría traerles tal generación sacrilega, y una higuera, la higuera ruminial, crecida en las pendientes del Palatino, guarreció á los gemelos y los lactó una loba. Vesta, pues, y las vestales presiden, á virtud y por obra de tamaña tradición, el mundo romano. No es mucho, pues, que Roma les consagrara toda suerte de respetos y las creyera guardadoras fieles del fuego de su vida y del blasón de su honor. Las altas curias, las patricias familias proveen el templo sacratísimo de estas vírgenes, destinadas á guardar el hogar común de todos los ciudadanos y á interceder con la primera y más antigua divinidad nativa de la vieja Roma. Los plebeyos que, andando en

los caminos de sus conquistas civiles, llegaron á igualarse con los patricios, y hasta en tiempos de las dictaduras cesaristas á someterlos y humillarlos, no proveyeron jamás de hijas suyas al viejo noble rito. Como los jóvenes plebeyos se hallaban adscritos al servicio del ejército, las jóvenes patricias se hallaban adscritas al servicio de Vesta, y un sorteo, presidido por el pontífice máximo, en el cual entraban las más tiernas niñas, solía servir para designar estas tristes monjas paganas, desceñidas de la patria potestad en el acto mismo de su designación, y también imposibilitadas para el amor y el matrimonio durante la primera y más hermosa mitad de su vida. Mandábalo así el viejo derecho quirritario, y no había medio ninguno en la ritual y tradicionalista Roma de preservarse y huir á sus mandatos. Las piedras del Capitolio se hubieran desprendido, como los criminales condenados á muerte, por las aristas de Tarpeya; el monte Palatino se hubiese abierto como las entrañas de un volcán agitado por erupciones tremendas; los dioses todos se hubieran huído á una de aquel sitio, cual perseguidos y acosados por un ojeo, si el fuego sacro se apaga un minuto y la eternal Vesta queda envuelta en las sombras como un cadáver en el sudario. Así consultaban los augures más altos á los augurios más recónditos, iban los pontífices maxi-

mos á las ceremonias más solemnes, y tras la palabra de los unos y en la presencia de los otros desceñían á la novicia de todos los lazos familiares, y cortándole con tijeras litúrgicas el espeso y largo cabello, consagrabanla por espacio de cuarenta y más años á la severa divinidad, privándola en su infancia del cuidado de su padre y en su pubertad del amor de su marido. Desde seis á diez años dura la consagración; desde diez á quince años el noviciado; desde quince á treinta la profesión, que concluye á esta edad, cuando la juventud comienza por completo á declinar y á perderse las nobles y naturales aspiraciones de una mujer á la familia. No es mucho, pues, que temieran la triste suerte de vestales todas las mujeres romanas y que procuraran por todos los medios escaparse á tan penosos deberes.

Toda vestal debía tener padre y madre nobles; abuelos y ascendientes que jamás hubieran caído en esclavitud ni profesado ningún oficio vil; lengua expedita, pues no estaban permitidas en tal comunidad las tartamudas, y oído agudo, pues no estaban permitidas en tal comunidad las sordas. Exentaba del servicio también el tener una hermana ya vestal, el haberse comprometido en casamiento con los pontífices, el contar padres flamines ó augures. Libraba del servicio á su hija todo ciu-

dadano que tuviese, además de ella, tres hijos con vida. Tantas y tantas precauciones pedía la conservación del fuego sacro, á cuyas vivaces llamas libraba Roma su propio sér y vida. Numa organizó todas estas viejas religiones del pueblo romano, fundando el colegio de sacerdotisas y erigiendo el templo circular donde, guardado por hojas y ramas de laureles, ardía y centelleaba el sacro fuego, tan esencial de suyo al sér antiguo romano como al sol su lumbre. Dos mujeres solamente había con tal oficio en la Roma de los tiempos primitivos. Pero luégo eleváronse á seis. Así como alrededor de la iglesia conventual se alza el convento donde habitan las monjas, alrededor del templo de Vesta se alza el atrio regio donde las vestales habitan, quienes de allí no pueden salir sino en caso de enfermedad y bajo la vigilancia de los pontífices. Dado el interés que tenían los ciudadanos de Roma por la conservación de aquel fuego vital, á cuya virtud libraban la conservación de su pueblo, podrá comprenderse ya todos los rigores del derecho penal ideado para el esplendor y conservación de aquella romana liturgia. Dos tristes casos prevenía la legislación tradicional: el caso de una extinción por descuido del fuego sagrado y el caso de un quebrantamiento del voto de castidad. Pureza en la sacerdotisa tan clara y nítida como la

pureza en la llama exigía el rito tradicional. Toda vestal, pues, que dejase apagar el fuego sacro, veíase condenada por el derecho histórico á los azotes en público; y toda vestal que olvidase aquel voto de castidad, prestado en su profesión, precisamente virginal, debía ser enterrada viva. Esta llama pura tenía una especie de trilogía, como los viejos dioses vedas, en su seno; tenía la llama del cielo que anima toda la naturaleza; la llama del templo que anima toda la ciudad; la llama del hogar que anima toda la familia.

El derecho romano debía ocurrir con ventajas tangibles á dulcificar las duras condiciones impuestas á sus sacerdotisas. Así una vestal parece un ciudadano. La patria potestad, tan dura en aquel tiempo y en aquel pueblo, no ejercerá sobre las sacras vírgenes su autoridad. Señora y soberana de sí misma, pues ha sacudido el régimen familiar y doméstico, alcanzará, como cualquier ciudadano libre, no solamente los privilegios de legataria, sino también la disposición entera de sus bienes. El Estado provee á su manutención. La personalidad suya resplandece tan sacra y venerable como la personalidad misma de un dios. No podrán sus plantas hollar el suelo; una litera ó un carro curul deberá conducirlas á todas partes. Quien las desacate, las insulte ó siquiera las detenga, reo será

de muerte. Aquella virtud tradicional de gracia y de perdón residente por los siglos medios en los santuarios nuestros, gozábalo de suyo la vestal, no sólo en lo que podríamos llamar su monasterio, en la calle misma, cuando por casualidad tropezaba con cualquier condenado á muerte. Un licitor iba delante de sus personas, como delante de los reyes en las monarquías y delante de los cónsules en las repúblicas. Los juegos oficiales, el teatro, el circo, la naumaquia, el estadio, les reservaban plazas preferentes y les concedían extraños privilegios. Ningún poder ni autoridad oficial se les designaba ó reconocía en las leyes; pero lo alto de su institución, lo venerando y sacro de sus ministerios, los recuerdos religiosos que circuían de litúrgicas aureolas sus benditas sienes, la confianza de todos sugerida por sus virtudes y el respeto á sus penosos deberes, los cuidados que se tomaban en la conservación de aquella Roma patricia indispensable al mundo entero, dábanles un poder moral é intelectual tan enorme, que aquellos ciudadanos, tan solícitos por la observancia de su voluntad última, confiaban los testamentos á manos de las vestales en fianza y seguridad completa de que los verían así observados y cumplidos hasta en sus tildes menores. Y no solamente gozaban de semejante influjo moral; adquirirían también con la

profesión de su elevado ministerio derechos á honores que sólo se concedían excepcionalmente y á excepcionales personas. Una ley las exentaba del juramento en los juicios, y otra ley disponía que los magistrados bajaran las haces de sus guardas ante sacerdotisas destinadas á conservar la Ciudad Eterna. Una especie de priora, llamada vestal máxima, existía en esta orden, y esta priora gozaba múltiples y varios derechos, como el de presidir las fiestas consagradas al ídolo Fascino é interpretar los misterios de la buena diosa. Como se observa en todas estas disposiciones, prescritas unas por las leyes é impuestas otras por las costumbres, tal templo y culto estos no significan otra cosa en suma que mayor amplitud del suelo patrio y amor en grande á la familia propia, esas dos piedras inmovibles del antiguo Estado.

Servio en sus Comentarios á la Eneida, Tito Livio en sus Décadas, Plutarco en su Historia de Numa, Plinio en sus Cartas, Valerio Máximo en sus Ejemplos, nos han dejado noticias respecto de las vestales que ilustran y esclarecen mucho su condición social. Guardar en sí la inviolable castidad, virtud á su ministerio esencialísima, y sostener en las aras aquel fuego sacro de cuya luz y calor vivía Roma, eran sus dos capitales obligaciones. Con su cumplimiento se mantenían la ciudad tranquila y

los númenes propicios. Así el quebrantarlos aparejaba, según el rigor de la vieja y tradicional jurisprudencia, tremendos castigos. Plutarco, al tratar de Numa, le reconoce una excesiva importancia religiosa, y al reconocerle una excesiva importancia religiosa le consagra muchos loores por la organización sacerdotal dada en sus estatutos á las clases intermediarias entre la tierra y el cielo. Organizando semejantes clases no podría olvidarse de Vesta y las vestales. Plutarco nos cuenta por qué tomó su templo la forma circular y por qué se puso en el centro mismo de tamaño templo el ara capitalísima y sobre esta ara el fuego sacro. A fuer de buen griego derivaba este historiador, poeta y filósofo, las instituciones romanas del espíritu griego, y difundía en sus historias el más entusiasta y más clásico helenismo. Así Numa se nos revela en sus libros un pontífice pitagórico, y pontífice pitagórico, fabrica templo de figura circular, como el universo de Pitágoras, á Vesta, y pone su fuego sacro en el punto donde convergen todos los radios, como el sol está en el punto á cuyo alrededor giran los planetas. En efecto, la concepción pitagórica del cielo se adelanta en muchos siglos á la que nuestra ciencia y nuestro espíritu allegaron tras tantas revelaciones sublimes. Y el sol está inmóvil en la creación como el fuego en su templo, y alrededor suyo

giran la tierra y los planetas como las vestales alrededor del ara sacrosanta. Vesta no tiene para Plutarco el ministerio tan sólo de representar la religión del hogar, tiene otro más alto, es la morada ó unidad suprema donde beben su espíritu común y encuentran su ideal respectivo todas las cosas creadas. En los tiempos de Plutarco, cuando las ideas judeoalejandrinas iban formando el cristianismo, tendía todo á la unidad absoluta. De aquí el predominio del Dios judío, uno, sobre todos los dioses, y el predominio de la Ciudad Eterna, una, sobre todas las gentes, y el predominio de los sistemas neoplatónicos y su sincretismo unitario sobre todas las ciencias. Pues al ver Plutarco levantarse Vesta entre orientales misterios, animada por una teología espiritualista, circuida de vírgenes cuyos cuerpos deben eterizarse como la llama del cielo, créela y júzgala en su interior aquella Mónada sublime, de quien parecen como irradiación las ideas y como copia el conjunto eterno de las cosas. Y á la concepción de su culto religioso y litúrgico agrega concepción astronómica del universo, tan extraña entonces, que deroga todas las tradiciones vertidas y trae novedades bien poco explicables y concebibles en aquel tiempo y luégo creídas y universalizadas por nuestro saber y nuestra ciencia. Virgilio, Plotino, Plutarco, Séneca, todos los ingenios de primer

orden brotados en torno de la idea cristiana, bien poco antes de amanecer, bien poco después de haber amanecido, se daban de ojo para sintetizar las ideas paganas en superior unidad y espiritualizar los dioses antiguos en una teología superior, á fin de que pudiera sentir el género humano la saciedad de Dios y del espíritu, á que aspiraba el alma en su sed anhelosa entonces de lo infinito y de lo abstracto. Un romano clásico nunca hubiera creído, ni la idea metafísica, ni la idea puramente astronómica del poeta y del filósofo Plutarco, muy dado á encerrar en viejos símbolos y personificaciones las nuevas ideas. El pueblo rey quería su Vesta; no por imagen de la Mónada, incomprendible á su espíritu; no por símbolo de la ciencia, contradictoria con todas sus nociones fundamentales y con todos sus viejos principios; la quería por superior imagen y representación de su casa, de su familia, de su gente, de su ciudad; pues en todos estos grados había de hallar el numen propicio de su genio religioso y el calor vivificante despedido por su fuego sacro.

Así, pues, no hay que maravillarse al rigor de las penas promulgadas contra cualquier abandono de la llama vívida ó de la castidad conventual. Varias veces el fuego sacro llegó á extinguirse como podemos ver en Valerio Máximo y en Tito Livio. Corría el pontificado de Licimo. La vestal que

cuidaba de la lumbre dejola extinguirse. Imaginaos que vinieran á despertaros en callada noche diciéndoos cómo se había extinguido el sol. Pues igual sacudimiento que sentiríais creyéndoos privados del calor, á quien debemos la universal animación, sintió el corazón de Vesta viéndose privado de aquella sacra luz, cuya eternidad importaba tanto como la existencia del pueblo mismo. La diosa debió agraviarse, porque inmortal por naturaleza, no podía consentir en cosas suyas nada que oliese á la muerte, y para conjurar el agravio, pedía el ritual hierático una pena irremisible á la culpada de indiferencia y desatención. Viniera de un fenómeno corriente y natural aquella extinción y el monasterio no tratara de investigar su origen, resignado y conforme con disposiciones celestiales contra las que no puede haber apelación alguna ni recurso. Pero un descuido de las vestales mismas, dotadas con tantos privilegios en el ministerio de su culto y en el ejercicio y cumplimiento de sus deberes, no merecía perdón. El único medio de calmar á la divinidad irradísima y ocurrir á contingencias futuras era el implacable rigor. Lo tuvieron. La juventud, la hermosura, la delicadeza del reo no desarmaron á la fría razón que regulaba los negocios religiosos y políticos en la Roma patria. El derecho escrito y el derecho consuetudinario

se juntaban para infligirle bien crueles penas, y había que cumplir como pudiera cumplirse cualquier ley mecánica en el universo. Desnudaron, pues, á la vestal, é hicieronla descender á un sitio húmedo, frío y oscuro, que sólo con triste sepultura podía compararse. Allí el pontifice azotó sus carnes hasta que la sangre culpada salpicó su frente, y ¡cuánto no sufriría una muchacha de complexión delicadísima, de piel sedosa, toda nervios, al sentir un duro azote sobre sus carnes, acostumbradas á todos los adobes y perfumes romanos! Bárbara desproporción entre la pena y el castigo mirados al centelleo de nuestras ideas; pero si consideramos toda la importancia reconocida por el mundo antiguo á estas instituciones, sobre las cuales el poder se fundamentaba y de las cuales fluía la vida, no deben extrañarnos estos rigores congruentes con todo lo esencial que allá en sus adentros pensaban y sentían. Tras esta pena sobrevino una purificación del templo, necesaria en las tradiciones de aquella liturgia. Dionisio Halicarnaso, en el libro II, capítulo LXVIII de sus historias, cuenta hechos análogos, que nos dicen toda la importancia por los romanos dada en sus ritos tradicionales á la conservación del fuego sacro. Hallábase confiado éste á la vestal Emilia, quien, por descuido é indolencia, lo confió á joven inexperta novicia. Durmió-



se, poco penetrada de su responsabilidad, la guardadora, y el fuego se apagó. Terrible sacudimiento recorrió los nervios de las gentes romanas, como si un rayo enorme hubiera caído sobre todas ellas. A este sacudimiento siguió una inmensa perturbación. Clamores de angustia llenaban los aires, cual en las calamidades mayores de peste ó terremoto. Cada ciudadano preguntaba por su diosa, cual puede preguntar un huérfano perdido y errante por su hogar y por su madre. Aquella religión era doméstica y nacional á un mismo tiempo.

Así, no obstante lo positivo del genio romano, circundaba la diosa y su culto de litúrgicas leyendas. Emilia, la infiel guardadora del fuego sagrado en las circunstancias referidas por Dionisio de Halicarnaso, temió la imputación del descuido á faltas suyas, á la más punible de todas, á falta de castidad, y conjuró á la diosa, rogándole, por medio de vivas instancias, que la socorriera en aquel contra-tiempo y patentizara toda su pureza. Mirábanla con ojos atónitos los circunstantes, pero sin atreverse, á pesar de la modestia que se descubría en su actitud y de la ingenuidad que revelaban sus palabras, á oirla y juzgarla, según sus manifestaciones y protestas. Pero ella, segura por su fe antigua en la diosa de que no podía por medio alguno abandonarla y consentir suplicio tan terrible como el en-

tierro en vida, se abrazó á su ara y le pidió un milagro. Apenas lo había pedido, penetró en su corazón el sentimiento profundísimo de haberlo por gracia la diosa otorgado, y se levantó radiante, transfigurada, regocijadísima, despidiendo de su mirar efuvios, á cuya irradiación caían sobre todos á una dulces y consoladoras esperanzas. La virgen cogió su estola de mangas perdidas, de amplia rozaga, y arrancando un trozo del transparente lino, lo arrojó á las frías cenizas, cierta de que llevaban dentro de sí una centella vivificadora y capaz de reanimar el fuego sacro y poner en toda su verdad la inocencia de quien fiaba con todo empeño á este aguardado milagro la demostración de su virtud. En efecto, las llamas ardieron de nuevo, y la inocencia quedó patentizada entre los loores de los asistentes, quienes aclamaban y decían á Vesta protectora llena de misericordia. Valerio Máximo en sus Historias, Propercio en sus Cánticos, Plinio en sus Cartas, refieren otro milagro parecido y hecho por la diosa en pro de la sacerdotisa Tuzia, demostrando que no había manchado su lecho virginal ni desobedecido á las leyes canónicas de su religión y de su culto, para lo cual sugirióla el subir en cribas agua del Tiber y llevarla sin que se derramase por los agujeros hasta el ara de la diosa. Todas estas tradiciones, más ó menos litúrgicas,

cópiosa invención de aquel antiguo genio romano, muestran la verdad evidentísima de que á las virtudes vestales y á la conservación del fuego sacro fiaban los dueños del mundo antiguo joya tan preciada como la salud y la buenaventura de su Roma.

Así no es mucho que vieran con horror cualquier tropiezo de las sacerdotisas, generador de cualquiera perturbación en el culto y en su liturgia. Por eso hay que leer á todos los escritores antiguos, desde los más veraces hasta los más fantaseadores y poetas para estimar el precio dado en aquellos tiempos á la castidad y pureza de tan sacras vírgenes. En Roma corría con más ó menos crédito, pero muy vulgarizada, la especie de cuán imposible, ó por lo menos cuán difícil, era que faltase una vestal y no se conociese por todos su falta. Así las jóvenes huían á dignidad tan gravosa y presentaban toda clase de ofrendas y exvotos á sus genios tutelares en demanda y súplica de que las eximiesen ó exentasen de tan terrible suerte. Pero los nombres de todas las doncellas patricias, desde que cumplían los seis años, estaban en el saco fatal, y como sorteadas á cada vacante que hacían la muerte ó los años en aquel colegio sacratísimo, no tenían otro remedio sino conformarse con los caprichos del sorteo. La historia de Minucia, que corre por todos

los clásicos y que ha presentado en su libro de *Roma*, durante el siglo de Augusto, un tan experto erudito como el francés Dezobry, demuestra el rigor penal ejercido en aquellas mujeres por el derecho consuetudinario. Minucia iba llegando á los once años, y no podía sospechar que le tocase la suerte de vestal, realmente reservada por antiguas costumbres á niñas de menor edad que la suya. Por esta convicción comenzó á oír los requerimientos y reclamos de amor que le dirigiera un joven patricio, en quien á porfía se juntaban las prendas del cuerpo con las prendas del alma, y el temperamento enérgico y varonil con robusta pero graciosa belleza. Dados estaban uno y otro amante á sus esperanzas; convenidos en el día y hora de reclamar á sus padres las debidas licencias; en fin, prometidos, ó novios, ó desposados eran; y ya creían tocar la común ventura, cuando el pontífice máximo envía por la joven, anunciándole cómo estaba en el caso de renunciar por treinta y más años á todo amor, elegida y designada para sacerdotisa de Vesta. ¡Pobre niña! Los ensueños que doraban su juventud, las dulces emociones sentidas al despojarse de su infancia, las esperanzas risueñas á cuyo calor la sangre le ardía en todo el cuerpo, aquellos sus amores beatos que completaban el sér y que prometían la ventura con la honra, desvanecíanse para siem-

pre bajo funestísimo número sacado á capricho por un pontífice implacable, quien inmolaba cruelísimos corazones jóvenes en el albor de su dicha y en la florecencia de sus esperanzas. Cuando se ha llevado á orden rigurosa, una tierna niña, incapaz de sentir por su edad pasión alguna, puede acomodársela fácilmente con empeño y tiempo á los rigores de una disciplina demasiado severa; mas imposible amoldar con facilidades iguales á un rito contradictorio con el sér propio aquella virgen que ha columbrado mas espaciosos horizontes y que ha entrevisto en sus ilusiones y en sus esperanzas la felicidad suprema del amor.

No debe, pues, maravillarnos que ave tan hermosa como el alma de Minucia, desacostumbrada de jaula tan estrecha como la orden romana, quisiese volar por otros espacios más amplios y por otros cielos más espléndidos, en busca del amor, á cuyo imperio entregara y rindiera su albedrío. El exceso de cuidado en sus vestiduras; el suspiro puesto, á hurtadillas, lejos, muy lejos del aire impregnado por la mirra y el incienso de Vesta; las palabras escapadas en el curso de sus conversaciones más íntimas; los ensueños mismos traslucidos en frases incoherentes, demostraban que mientras el cuerpo de Minucia se rendía por obediencia y acatamiento al imperio de las leyes religiosas, vo-

laba el alma estática por profanos recuerdos propios tan sólo de antiguo é invencible amor. Lo cierto es que signos celestes de cólera divina comenzaron á dibujarse con aspecto siniestro por los cielos airados y que plagas innumerables cayeron sobre la Ciudad Eterna, culpada indudablemente de algún tremendo crimen. Reunidos los augures y consultados los augurios, no quedó ni asomo de duda respecto al motivo y causa del desorden. Vesta debió ser desacatada por alguna sacerdotisa ligera y de sus votos olvidada, pues todos los signos subsiguientes á casos de tal índole centelleaban por las alturas y despedían relampagueos bien siniestros. Entonces un esclavo del templo, verdadero esbirro, muy complacido en tomar este desquite de su infame humillación de casta, delató sin piedad la pobre Minucia, imputándole crimen de suyo tan vergonzoso y horrible como el haberse acercado impura, sin inocencia en el alma y sin virginidad en el cuerpo, á los altares de Vesta, irritadísima por semejante desacato. ¿Cómo no creerlo? Había ido allí nubil y hermosa tras unos amores próximos á inmediato matrimonio, encendidos los ojos á las caldeadas lágrimas, roto el pecho á los amargos suspiros, plañéndose con lamentos parecidos á los del avecilla en celo que pierde sus amores ó su prole, resistiéndose á las tijeras sacras que le corta-

ran el cabello, como hubiera podido resistirse á la cuchilla que le segaba la garganta, y mostrando sus preferencias á un hogar bien diverso del amplísimo que presidía y habitaba Vesta. El forcejeo continuo de la joven sacerdotisa bajo su abrumadora cadena, la triste añoranza de otros lugares y otros tiempos, la repulsión á sus nuevos oficios, delatáronla más todavía que la delación horrible del esclavo.

Inmediatamente los jueces litúrgicos, designados por la tradición y por las leyes para el conocimiento y juicio de casos tales, congrénganse reunidos por el público clamor, que pide una satisfacción inmediata, bastante á desfruncir el encolerizado entrecejo de la diosa implacable. Antes de reunirse los jueces ya el pontífice prohíbe á la triste acusada todo contacto con los objetos litúrgicos y toda proximidad al sitio profanado. El aula regia, ó sea el monasterio contiguo al templo, se llena de los magistrados y ministros necesarios para un juicio tan grave. Por fin la vestal acusada se presenta en el sitio terrible donde los jueces han de pregonar su veredicto tras las necesarias ceremonias litúrgicas. Ninguna turbación, ninguna, en su aspecto; ningún descuido, ninguno, en su actitud. Conteni- da, reservada, modesta, conforme con la triste suerte que le deparaba el destino, incapaz de acusarse á sí misma con excesos violentos en la propia

defensa, parecía ignorar hasta de lo que trataban, y ni presentir ni presagiar su triste desventura. El refinamiento de su traje había servido como de indicio para los cargos y las acusaciones. Pues lo presentó en el tribunal con mayor esmero. Olía su cuerpo á profanas esencias, brillaban sus ojos con los centelleos del amor humano, el blanco lino de su estola presentaba nitidez y plegado extraordinario, lucían en sus manos ramilletes de gayas flores y en su cabeza refulgentes lazos de oro, cual si quisiese agradar á un mortal apasionado y sensible antes que á una divinidad rígida y austera. Habíase quitado el velo multicolor que las vestales agarran con brillantísimo corchete á su cuello, y ora lo dejan flotar sobre sus espaldas, ora lo ponen sobre su cabeza, con ánimo de que nube ninguna ocultase todas aquellas sus armoniosas líneas y todas sus espléndidas gracias. Veinte años tenía, y nueve llevaba ya de religión. La rigidez terrible de aquellas leyes monásticas, la imposición de aquellos hábitos religiosos, la vida mesurada por una especie de matemática celeste, los oficios prestados y prestables al templo de su orden y al numen de su diosa, no lograron acabar en ella con el temperamento civil y profano adquirido en una juventud á la cual diera todos sus goces más puros y todas sus esperanzas más risueñas el humano amor. Arran-

cada por el destino implacable de la casa paterna; dividida sin piedad ni misericordia del esposo á quien enajenara su albedrío entero antes aún de contraer las legítimas nupcias; acostumbrada de antiguo á las profanas conversaciones usuales en la juventud de uno y otro sexo; más propia para oír la sonora cítara y para danzar el baile voluptuoso que para servir á las ofrendas piadosísimas de un templo y á las sacras prácticas de una religión; los pontífices airados é implacables, con esa crueldad natural de todas las magistraturas hieráticas, muy dadas á identificarse con la grandeza de su Dios, castigaban, ciegos, en aquella mujer, el crimen por ellos perpetrado, la sobreposición de complexiones artificiosas contra las cuales todo el sér se revela y subleva sin remedio y sin recurso, á la complexión que pone la sabia naturaleza en cada cual, y que, sustancia y esencia recóndita de nuestra entidad, salta por todas partes en una rebeldía indeliberada é inconsciente, y obedece y se rinde tan sólo á sus propias leyes, mucho más frecuentes que todas las arbitrarias convenciones, siquier se cohonesten con los mandatos de una revelación engañosa.

Cuando uno lee los historiadores antiguos observa la importancia inmensa que daban á la castidad de sus vestales. En el octavo libro, párrafo undécimo de su historia romana refiere Tito Livio

todos los prodigios acaecidos por tropiezos de las vestales. Los templos de Terracina, heridos por el rayo; los altares de Satrico profanados por las serpientes; los segadores de Aurio sorprendidos á la extrañeza de que sus hoces destilaran sangre; la presencia de dos soles en Alba; el súbito relampagueo de luz siniestra y fugaz en Fregela; el articulación de algunas palabras oídas en el mugir de los bueyes romanos; las piedras del templo de Neptuno sudorosas, y Ceres y Quirino agitados á una sobre sus aras, enseñan bien claramente hasta cuáles extremos llevaba el convencimiento de que la castidad vestal se unía en estrecho consorcio con la suerte y el destino de Roma. Así es que, juzgadas las vestales por un derecho puramente consuetudinario, no se contentaban los romanos con su propia tradición y costumbre, acudían á Grecia también y diputaban embajadores al templo de Delfos para que les dijeran los oráculos, en su lenguaje misteriosísimo, si debían ó no gravar con crueldades mayores la pena y el castigo tradicional. Muy prolijos resultaríamos en este bosquejo de Vesta y las vestales, buscando todo lo referente á sus culpas y á sus penas contenido en las viejas historias. Tito Livio nos cuenta en el libro XXII de su inmortal historia las turbaciones de los ánimos á consecuencia de una infidelidad vestal.

Oppimia y Floronía, vestales ambas, adulteraron con Cantilio, escriba del pontífice; y la pobre Oppimia se vió enterrada viva y Floronía se suicidó implacablemente, mientras el adúltero Cantilio, puesto desnudo á la vergüenza pública, pereció bajo el golpe de innumerables azotes; por todo lo cual tuvo que ir á Delfos Fabio Pietor en demanda y requerimiento de los sacrificios que debían ofrecerse para serenar á los dioses, quienes le dijeron debía soterrar un galo y una gala, un griego y una griega, en la feria de bueyes, y dentro de sitios cerrados por enormes y ciclópeas piedras. Todo esto demuestra con demostración patentísima cómo daba extraordinaria importancia Roma en sus anales á la pureza del rito que tenía por objeto mantener el fuego sacro en las aras y pura é incólume la castidad en las vírgenes, á fin de que los dioses les fuesen propicios y la vida romana dura se cual dura la misma lumbre del sol en las sublimes y altísimas esferas.

Mezclóse á todo esto la poesía. Y entre los poetas, Propercio dedicó una elegía incomparable á la infidelidad de las vestales, contando la causa de que dieran su nombre siniestro á la Roca Tarpeya y la dedicaran á los últimos suplicios. Oído. Riente bosque, tapizado todo él de hiedra, cubría la modesta colina, de cuya base iba fluyendo cristali-

no arroyo, junto al cual sesteaban las ovejas, después de haberse abrevado fieles y obedientes al són dulce de melodiosos caramillos. Haces de trigo coronaban su cima, formando empalizadas de primitiva defensa. Nada Roma entonces, pues los sonidos de las trompetas vecinas resonaban en la roca de Júpiter; y el sabino esgrimía sus lanzas en el Foro; y las aguas del Tiber abrevaban los caballos de los contrarios; y por todas partes algún enemigo circuía con sus odios el templo que daba leyes á la tierra. Entre las hijas de Roma estaba Tarpeya, inscrita ya en el colegio de las vestales y consagrada, por ende, á conservar el fuego eterno. Habíala enviado la orden á recoger agua para el servicio de la diosa, y llevaba como una diadema su ánfora sobre la frente. Dado el número de implacables contrarios en aquellos alrededores reunidos, acechando á Roma naciente, cosa fácil encontrar un soldado en armas y al asedio continuo apercebido. Tarpeya vió á Tacio, que, sobre su corcel de combate, caracoleaba orgulloso, inquirendo el sitio por donde podría más fácilmente penetrar su lanza en el pecho de Roma. Viéndole tan varonilmente perfecto y acabado, caballero en montura semejante, por su rapidez y por su majestad, al águila de Júpiter, relumbrando todas las armas de aquel tiempo en su cuerpo y de sus

ojos difundíendose un centelleo divino, Tarpeya dejó caer el ánfora de la frente, picada como por una vibora por el nefando amor al extranjero. ¡Cuántas veces desde aquel día su oración se dirigió, no al sostén de la patria idolatrada, sino á rogar que sus sitiadores triunfasen! ¡Cuántas veces pidió á la luna que trajera en la callada noche con sigilo y silencio los jinetes contrarios á su tierra! ¡Cuántas veces sus brazos se tiñeron de sangre desgarrados por las agudas espinas de los zarzales, cuando corría desalada en su amor á la cima para descubrir desde lejos al sitiador y desear que se la llevase cautiva! Así no era mucho que llorase á la continua sobre las aras donde rezar debía, y que corriese un peligro tan grande como el de ver apagada la lumbre de Vesta por aquel diluvio de lágrimas.

Los romanos y sus enemigos debían combatir en la mañana siguiente. Los compatriotas todos de Tarpeya requerían sus armas y aparejaban sus caballos á la defensa, mientras las mujeres preparaban sus votos y sus ofrendas pidiendo al cielo el necesario triunfo. Pues del sitio sacro, donde concentrarse debía toda la fuerza del alma romana, levantábanse plegarias en demanda ¡parece increíble! de un desastre. Tarpeya deseaba contemplar á Tacio subiendo por la pendiente de su colina cubierta

de zarzas á la cumbre donde gallardeaban los templos, vestido con púrpura, que á maravilla le sentaba, y que no podía sentar bien á gente como la suya, lactada por las lobas. En su delirio la cuitadísima le ofrecía Roma por dote, Roma completamente abierta á la invasión por su mano traidora, consagrada en aquellos ritos á mantener el fuego sacro. ¿Qué le aguardaba en el Capitolio á ella, triste religiosa de Vesta? Pues aguardábale una juventud consumida en las horrorosas esterilidades del sacerdocio y una vejez prematurísima sin hijos y sin ninguna descendencia. En cambio el enemigo le traía la corona de himeneo y la empujaba desde un altar estéril á codiciado lecho nupcial. Así revolviase por las noches en desasosegados insomnios, viendo, si despierta, el anhelado amante, y soñando con él, si dormida. Era un día de fiesta. Celebrábase con regocijo el comienzo de las murallas. Los aires resonaban á una con los acentos de caramillos y flautas. En las mesas rústicas humeaban los más primitivos manjares. Esparcida por doquier una general alegría, danzaban los pastores de Roma mientras los soldados yacían ociosos, divertidos de sus armas y de sus clarines, sobre los prados. La vestal, que había entregado su corazón á Tacio, creyó aquel momento propicio para entregarle también su patria. En efecto, abandona el templo de Vesta

y corre á indicar la facilidad de una sorpresa en los espasmos de su regocijo. Los perros del templo ladrán, pero los degüella con los instrumentos litúrgicos, vueltos del servicio en deservicio de la diosa. Por fin la traición se consuma, y el vestibulo de la Ciudad Eterna se abre al enemigo. Tarpeya entonces cae á los pies del joven amado y le ruega que señale y designe las nupcias de ambos en premio á las traiciones de ella. Pero Tacio no codiciaba, no, á la vestal; Tacio codiciaba en su furor á Roma. Teníala ya bajo sus plantas, merced á la traición de una sacerdotisa consagrada por el cielo al culto de la llama sacra, y despreciaba la traición por cuyo medio se le había rendido. Y en vez de llevarla, como le prometiera, con amor, á su tálamo un día, mandó que la inmolaran sus soldados. En efecto, inmolaronla sin piedad, y desde aquel entonces lleva la colina este nombre siniestro de Tarpeya, y presencia las ejecuciones capitales, consumadas todas en su triste recinto.

Hemos colocado estos episodios ante la narración del suplicio de Minucia para explicar toda la trascendencia del pecado que podía cometer una vestal á la vida y á las instituciones de Roma. Las leyes y las costumbres de consuno, queriendo prevenir el daño, castigaban, una vez cometido el crimen, castigábanlo sin género alguno de piedad. No hay que

confundir la vestal clásica con la monja cristiana. Recluída en su convento ésta, no asiste á la sociedad y al mundo, como decimos ahora en lenguaje un poco francés, mientras aquélla se muestra en todas partes, presencia todos los espectáculos; y aunque alojada en el atrio adscrito al templo, recibe allí á sus amigos con una libertad desconocida completamente de las matronas, y ofrece saraos regocijadísimos á sus parientes, aun los más jóvenes, sin temer los riesgos corridos en todas estas incomprensibles fiestas. No deberá, pues, maravillarnos que pretenda la ley romana contar estas prerrogativas con grandes rigores, en el temor á la culpa. La fatal sentencia se da por fin y se cumple. Despojan á Minucia de su blanco traje y la envuelven, como á un cadáver, en fúnebres sudarios. Tiéndenla en una especie de mortaja, como anticipándole implacables la silenciosa y fría sepultura. La compasión está prohibida, y nadie puede llorar sin hacerse reo del crimen que se persigue y que se pena en aquel momento. Fúnebre cortejo, que parece de sombras, acompaña la yerta y moribunda virgen. Al pasar por el Foro, en la plaza misma que se conoce con el nombre de los Comicios, su amante parece azotado por los verdugos que le arrancan pedazos de carne, como si sus látigos fueran colas de serpiente ó garras de rapiña. Á la extremidad occi-

dental del Foro sube la procesión por la montaña Quirinal en silencio tan profundo que se diría venida negra noche sobre la diurna luz. Los pasos de aquellas gentes resuenan sobre los suelos, cual si Roma estuviese levantada y erigida sobre la conca-vidad horrible de un sepulcro. Alguna vez un cuervo y un milano, que pasan hambrientos, suelen despedir gritos, á cuyos estridores se unen los mal reprimidos sollozos de tanto deudo como sigue hasta su descanso postrero á la desgraciada joven. Por fin llegan y el sepulcro aparece abierto á sus plantas, mas para recogerla sin piedad y enterrarla viva.

¿Por qué antes no haberla rematado? ¿Por qué hacerle devorar tantos dolores inútiles? ¿Por qué, si desaparece de los vivos, no evitarle aquella horrible tortura? Las leyes romanas lo quieren así, á fin de impedir culpas que importan á la vida entera del pueblo rey. El refinamiento de barbarie se lleva tan lejos, que le procuran cómodo lecho, ardiente lampadario, pan blanco, aceite y leche, no para que prolongue su vida, para que prolongue su agonía. Por fin baja desde la superficie del suelo, donde todavía ven sus ojos la luz y respira el aire su pecho, á la tumba donde como una sombra desaparece. Hala conducido allí el pontífice máximo, quien, después de abandonarla por completo al

abismo, levanta los brazos hacia el cielo y dice las oraciones de rúbrica, mientras los verdugos tapan la boca de aquel agujero, que se abre terrible sobre la cima del abismo insondable. ¡Oh! Ella, que había soñado tantas veces, ¡la infeliz Minucia!, con su corona de sésamo y verbena, con su velo nupcial, con su túnica de amante desposada, oyendo anticipadamente los epitalamios compuestos por los primeros poetas al són armoniosísimo de las cítaras, baja, ¡oh contradicción!, cadáver viviente, cuando la flor de su juventud se abre, cuando todas las ilusiones y todas las esperanzas estallan á una en su pecho, cuando los horizontes de bellissimo porvenir debieran sonreírle, al sepulcro, y ni en el sepulcro encuentra los consuelos y los descansos de la muerte. En su delicadeza, en su ternura, en su sensibilidad, los tormentos de aquella increíble agonía exacerbábanse de un modo tal, que apenas podemos comprenderlos, ni siquiera evocando las leyendas de todos los infiernos. El instinto de la propia conservación debió llevarla indudablemente á reposar un poco sobre la cama tendida en los dinteles de la muerte. La primer hambre buscaría el pan; la primer sed buscaría el agua. Dentro de aquel sepulcro aun pugnaría en ella el deseo y el anhelo de vivir. Pero, agotadas estas últimas provisiones, consumido el aire que podía restarle allí

en la sepultura, todas las enfermedades juntas vendrían sobre su cuerpo, como van los gusanos sobre los cadáveres. ¡Qué horrible agonía! ¡Qué conjunto de dolores materiales y morales! ¡Qué muerte tan espantosa! ¡Cuál eternidad horrible de dolores sin fin y sin cuento en aquel minuto supremo!

Los romanos por tal modo eran crueles con estas víctimas, que las hundían en lo más profundo para que nadie las oyese, y luego allanaban el suelo de suerte que no pudiera buscarse la víctima ni saberse donde yacía para siempre. Pero ella, destinada por el cielo á todas las delicadezas y á todas las ternuras de un sexo que ha nacido para vivir en sociedad y amar eternamente, sentiría dolores centuplicados por su propia condición femenil, dolores que no pueden comprender las naturalezas varoniles, forjadas para la guerra y expuestas de continuo al esfuerzo, al combate, al sacrificio, á la muerte. Todas estas resignaciones y conformidades con el destino de la mujer nacida para martirios más que para combates acrecientan mucho la índole y naturaleza de sus dolores. Cualquier contrariedad muere mucho más en su corazón tierno y delicado que no en el corazón de los hombres, rudo y fuerte. Por consecuencia, cuando nos asomamos al sepulcro de la vestal, oímos tales ayes y lamentos, vémosla en su hambre morder sus propias

carnes, vémosla en su sed chupar su propia sangre, que se nos figura en el acto asistir á la extinción y desvarío de su inteligencia y al conflicto entre un cuerpo deseoso de vivir en su robustez juvenil y un alma que sube á las alturas como vívida llama y que lleva la herida del mismo cuerpo á quien deja. Pero así lo quiere el secreto y el misterio que debe presidir á las viejas instituciones y á su tradicional y religiosa liturgia. Hoy que las piedras del templo de las vestales han servido á fabricar los cristianos templos, hoy que la idea y la efigie de Vesta se han disipado en los aires, hoy que otras lámparas arden y lucen ante otros altares rodeados también de ilusiones y esperanzas, hoy solemos creer é imaginar que todo aquello fué una pura ficción desvariada, indigna de la humana inteligencia, contradictoria del todo con la naturaleza, é inútil, si no dañosa, para el hombre. Y, sin embargo, si la virgen Vesta no se levantara en el soberbio Palatino; si la llama sacratísima no ardiera sobre los altares y al pie de la diosa inmortal; si las vestales no curaran de atizar aquella lumbre con cuidado y empeño, quizás no hablaríamos hoy nosotros el idioma que hablamos; quizá no tuviéramos el hogar fundado sobre las bases del derecho civil moderno; quizá no profesáramos la religión que profesamos; quizá esta raza, en la tierra del Foro

amasada, y esta civilización, á tanta costa conseguida, no hubieran jamás crecido y prosperado, haciendo más habitable la tierra, más diáfano el cielo, porque de tales ficciones sucesivas y enlazadas en serie lógica por los desarrollos del espíritu y por los movimientos del tiempo ha vivido en siglos de siglos y en generaciones de generaciones la mísera humanidad, arraigada por su organismo en la materia y por su espíritu en Dios, merced á lo cual saca de irreductibles contradicciones toda su grandeza.

CORNELIA

Al pasar ante mujer de tal renombre bien puede asegurarse que llegamos al más vivo esplendor y al más encumbrado cenit de la matrona romana. En los períodos precedentes al suyo no está bien fija todavía la suerte social de su sexo, y en los períodos subsiguientes se mezclan con Roma y la vida romana mutuos elementos, á ellas ajenos, por los dos medios de la conquista y del cristianismo. La república romana, la legislación romana, el sér verdaderamente romano se concretan, y se caracterizan, y se definen ahora, en el cortísimo período que media entre la toma de Cartago y la muerte de Cayo Graco. Pensemos que de la legislación romana proviene la legislación española, que del municipio romano nuestro municipio, que del hogar la casa donde vivimos, que de su familia nuestra familia; y nos interesará por todo extremo el observar la mu-

amasada, y esta civilización, á tanta costa conseguida, no hubieran jamás crecido y prosperado, haciendo más habitable la tierra, más diáfano el cielo, porque de tales ficciones sucesivas y enlazadas en serie lógica por los desarrollos del espíritu y por los movimientos del tiempo ha vivido en siglos de siglos y en generaciones de generaciones la mísera humanidad, arraigada por su organismo en la materia y por su espíritu en Dios, merced á lo cual saca de irreductibles contradicciones toda su grandeza.

CORNELIA

Al pasar ante mujer de tal renombre bien puede asegurarse que llegamos al más vivo esplendor y al más encumbrado cenit de la matrona romana. En los períodos precedentes al suyo no está bien fija todavía la suerte social de su sexo, y en los períodos subsiguientes se mezclan con Roma y la vida romana mutuos elementos, á ellas ajenos, por los dos medios de la conquista y del cristianismo. La república romana, la legislación romana, el sér verdaderamente romano se concretan, y se caracterizan, y se definen ahora, en el cortísimo período que media entre la toma de Cartago y la muerte de Cayo Graco. Pensemos que de la legislación romana proviene la legislación española, que del municipio romano nuestro municipio, que del hogar la casa donde vivimos, que de su familia nuestra familia; y nos interesará por todo extremo el observar la mu-

jer y estudiarla en el período cuyas leyes y costumbres más la delinean para los ministerios á que su naturaleza y su vocación la llaman. Y, parándonos á ver el camino recorrido, es decir, la significación recibida de su tiempo y de su sociedad por las estatuas de nuestra larguísima galería; la idea transparentada por cada cual en su frente respectiva; el sér que toman todas á una de su medio ambiente social, admiraremos sin reserva la muy graduada, pero muy segura, transformación, que ha trocado la hembra de las edades y de las tribus primitivas, casi bestializada por una promiscuidad horrorosa, en esta madre, á la cual sus hijos adoran como un Dios y consultan como un oráculo, cuya vivienda se transfigura en templo y cuya silla en trono, tratada por los primeros romanos merced al comercio intelectual continuo entre los sexos como un compañero y un consultor, dirigiendo así con su influjo la política é iluminando con sus ideas la ciencia, testimonios vivos de autoridad y poder morales superiores al poder material y más eficaz y más efectivos. ¡Cuánta fuerza el amor tiene! Las corrientes magnéticas que llaman al Norte inmóvil esa brújula puesta en máquinas entregadas á los caprichos del viento y de las ondas; la cohesión, que mantiene las más discordes moléculas en los cuerpos y evita sus disgregaciones; aquella fuerza mecánica

que pone los mundos como colgados en el espacio y los impulsa en sus movimientos y los concierta en sus armonías; todo eso es amor, que brilla en el sol y en el nido arde, como difuso, á manera de luminoso éter, por el universo. Y este amor, á medida que sube desde las moléculas frías componentes de los minerales últimos al fosforo del cerebro iluminado ya por el pensamiento, va tomando pureza ó intensidad. ¡Qué diferencia entre las agregaciones y segmentaciones de los organismos rudimentarios ó incipientes y el suspiro, el acento escapado á los labios y al corazón de una hermosa mujer enamorada! Y, sin embargo, todo es amor. Aplicad el oído al universo, y el aura que se aroma en los cálices de las flores, y el pío que acompaña los vuelos matinales de las alondras, y el susurro de la enramada quejándose al contacto de innumerables besos, y el arrullo de la paloma, y el aleteo de las aveillas en los nidos, y las escalas cromáticas del ruiseñor, todos cuantos rumores llegan hasta nosotros en más ó menos agudas notas y armoniosas cadencias, componen un epitalamio sin fin destinado á cantar las nupcias sin cuento que se animan y encienden todas en el amor universal. He aquí, pues, la fuerza de cohesión, la fuerza de atracción; la fuerza del amor, manteniendo el equilibrio universal y perpetuando las especies varias por medio

de un elemento que parece divino, según lo difuso por la inmensidad, como el sér mismo de Dios, causa de todas las causas, y el éter, generador de la luz y del calor que también de Dios proviene y al sér de Dios se asemeja. Una virtud tan suprema, tan eficaz, tan intensa, cuando estalla en el corazón humano, toma varios aspectos, como corresponde á la riqueza de aptitudes en nuestra especie. Y cuando vive y se dilata por los siglos y por las generaciones múltiples, atraviesa modos de ser tan diversos, que parecen, á primera vista, contradictorios, y en sus comienzos de una rudeza y de una imperfección irremediables como todo lo humano.

Razón tiene quien al ver las tórtolas pareadas y compararlas con la promiscuidad poliándrica y poligámica de las primeras tribus humanas, enseña y señala con cuidado las múltiples raíces de nuestra vida enlazadas con las raíces de la vida puramente animal. No podemos negarlo ni desconocerlo, porque miles de revelaciones históricas lo dicen: la tribu primitiva se parece mucho á las manadas, y el primitivo amor á los ayuntamientos de las especies inferiores. Pero en la especie nuestra comienza el espíritu, algo superior á la Naturaleza, y en el espíritu hay, con la fuerza del pensamiento, la fuerza del progreso, á cuya virtud y eficacia todo se cambia y se mejora, convirtiéndose la hembra prehistó-

rica en la matrona Cornelia. Observad los instintos animales y encontraréis explicación á muchas de las instituciones domésticas pasadas, porque, mientras el hombre adelanta por su libertad y por su idea, las especies inferiores perduran en su sér y estado naturales, fuera de aquellas educadas por la domesticación ó cultura familiar nuestra. No se necesita ser un Plinio ni un Darwín para observar cómo la madre supera en el cuidado y conservación de toda especie al padre. Si hay animales pareados, que al bien y crecimiento de la prole cooperan, como palomos y ruiseñores, en cambio la mayor parte de los machos ó no conocen ú olvidan pronto su propia generación. El cantor de los cantores alados fijará con sus serenatas, transponiéndola y arrobándola en casi místico éxtasis, á la hembra, para que no pueda separarse del nido y caliente con su cuerpo el huevo, y lo empole, y lo cele, y lo cuide hasta que las avecillas rompan aquellas cáscaras y echen por los espacios infinitos. Á pesar de tales ejemplos, el cuidado providencial de la prole pertenece á la madre, que no sólo necesita generarla y producirla, sino también criarla, y no sólo criarla, sino también proveer á la educación de sus instintos y á la dirección de sus fuerzas. Y como en los primitivos tiempos la mujer se parece tanto á la hembra por mil aspectos, el

matriarcado, es decir, el predominio de la madre sobre sus hijos aparece como la forma y manera más rudimentaria, por ende más primitiva, de la entidad que denominamos familia. Yo no puedo comparar el macho de las tribus prehistóricas, sin idea del matrimonio fijo y sin afecto alguno de paternidad, más que con el pavo de nuestros corrales. En sus intensos apetitos, en sus ayuntamientos fugaces, en sus impulsos ciegos, en su vida inconsciente y en su carrera nómada, ni sabe con cuál número de mujeres ha yacido el salvaje, ni menos conoce á su prole, quizás herida por su propia mano, como cualquiera prole feroz encontrada por él mismo al paso en su guerra con todos los elementos y con todas las especies. Yo recuerdo las precauciones que debíamos tomar en los corrales nuestros para que no molestara el gallo á la gallina clueca, ocupada sola en el cuidado y cría de sus polluelos, ó no se comieran los pavos á sus propios hijos. La madre, por regla general, tiene instintos mayores de conservación que los padres y se penetra más de su ministerio y de su fin por haberle confiado la naturaleza la conservación y la perpetuidad de su especie. Así el matriarcado supone una fase de la sociedad en que reine la poliandria más desenfrenada y carezca la mujer del pudor más primitivo y más rudimentario. Descúbrese muy

confusamente, allá en los tiempos fabulosos, esta forma de sociedad, y de familia, y de gobierno, y de estado. No tiene otra significación el triunfo del Aquiles helénico sobre las amazonas orientales. En la historia de Atenas misma encontramos hoy mezclada con fábulas extravagantes la transición del matriarcado al patriarcado. Muy primitivo éste y muy rudimentario, la tardanza y lentitud del desarrollo histórico es tanta, que supone un progreso largo sobre el matriarcado, porque supone una relación moral entre los cónyuges, superior á las relaciones meramente carnales, por cuya eficacia puede ya el padre conocer y designar los hijos, y éstos amar al padre, cosa imposible allá en los antiguos fugaces ayuntamientos y en la promiscuidad universal, estado consiguiente al predominio de la triste animalidad sobre todos los otros caracteres de nuestra especie, tan por extremo lenta y tarda en todos sus desarrollos y en todos sus progresos. No hay ninguna institución que tanto nos muestre la metamorfosis progresiva del género humano como esta institución de la familia.

Cuando recordamos que los raptos de las mujeres pertenecientes á una tribu por los hombres de otra constituía un progreso en aquellos apartados y primitivos tiempos, pues indicaba una formación rudimentaria de la sociedad; que los primeros al-

bores del pudor llegan tarde, muy tarde, á enrojecer y á purificar las hembras; que una promiscuidad como lo promiscuidad animal, y á veces inferior, ha reinado en nuestra especie; que allá el amor troglodita se parece al rápido instinto de los brutos en celo; que han existido los matrimonios á plazo y término como un verdadero adelanto sobre las uniones fugaces; que dioses tenidos por humanos aceptaron la prostitución entre las ceremonias de sus liturgias; que pueblos tenidos por muy cultos llevaban sus mujeres al templo como á un oficio divino, entregándolas al viandante y al extranjero en orgías sacras sin número; que clases enteras de sacerdotes y de guerreros se han creído con derecho á la virginidad de las doncellas inscritas en su religión y en sus dominios; que hoy mismo, entre los polinescos y los esquimales, á porfía se venden ó se prestan las mujeres; que ha existido en las costumbres de pueblos, como los guiados por la Biblia, el harén y la poligamia; que la hetaria y la concubina coexistieran mucho tiempo y en muchos pueblos con la esposa, no podemos evadirnos á un profundo sentimiento de admiración por esta mujer de Roma, en cuyas entrañas austeras parece generarse la familia moderna. Por esto hemos buscado con tal empeño é invenido con admiración tan religiosa el primer esbozo de nuestro sér en la primer familia

salida de la santa monogamia. Por eso hemos con atención tan pura y concentrada de suyo seguido la peregrinación de los arios y encontrado en su hogar erigido á una esposa el germen de toda la grandeza moral humana. Por eso hemos dicho que los progenitores de nuestra raza en la meseta central del Asia, llegando por un lado con los iranios á la desembocadura del Éufrates y por otro lado con los indios á la desembocadura del Ganges, enseñando los más altos y más puros modelos de familia y matrimonio, habían realmente constituido los fundamentos de la mayor y más excelsa moralidad social, y prestado un servicio tan alto al género humano, que no podríamos alabarlos, cual se merece, aunque agotásemos todas las letanías de todos los humanos loores contenidos en el conjunto de todas las lenguas. Y he aquí por qué al llegar ante Cornelia, hija de un héroe, muy amada; esposa de otro héroe, respetadísima; de martires madre; divinidad austera que idolatra toda su familia; oráculo de los estadistas y de los filósofos; casta como cumple á quien debe fiar la legitimidad de sus descendientes; consultada por todos los que cultivan las superiores facultades del espíritu á causa de las muchas modificaciones tomadas por la inspiración al penetrar en el espíritu de la mujer, no podemos menos de bendecirla y de aclamarla como resultado

sublime de un esfuerzo infinito, no inferior al necesitado por nuestro planeta para subir desde sus tormentosas edades primeras al estado armoniosísimo y luminoso de hoy, en que, semejante á una flor abierta de suyo á todas las auras del cielo, se abre á la visita del espíritu y se corona con una diadema de ideas, las cuales superan en esplendor á cuantos efluvios le manden el éter, el magnetismo, el calor, la electricidad universal, todas las irradiaciones de lo infinito.

Provendrá la monogamia, como dice Spéncer, más bien de razones económicas que de razones fisiológicas y psicológicas; la imposibilidad completa de mantener muchas mujeres habrála determinado en los pueblos arios y en los pueblos iraníes, como si tuviesen riqueza mayor los árabes y demás pueblos que han conservado la poligamia; pero no puede, no, sociólogo ninguno desconocer y negar cómo la civilización se ha debido á estas concepciones altísimas de familia, en que los hombres y las mujeres, llamados entre sí, por los respectivos llamamientos, al par fisiológicos ó psicológicos, funden sus dos almas en una sola y se consagran á la educación de la prole nacida en el común hogar al soplo bendito de su casto amor. Sé muy bien que hay tribus monogámicas, cual ciertas tribus indias, algunas de Ceilán, que ni contar

saben, inferiores en civilización á gentes poligámicas tan excelsas como los árabes. Pero esto quiere decir que son cultas, no por la poligamia, sino á pesar de la poligamia, y que no han podido andar en las vías sociales al paso de los pueblos arios, quienes han alzado el hogar para una esposa tan sólo. Aunque únicamente se considere cómo sirve á la educación de nuestra especie y á su progreso intelectual y moral esa concentración de dos almas unidas en la obra de moralizar y esclarecer á su prole, bastará esto á sobreponer la familia moderna en sus caracteres capitales y en su conjunto espiritual á toda otra clase de familia, más prolífica, en verdad, como la familia polígama, donde un marido alcanza muchas docenas de mujeres, muchos centenares de hijos, pero menos moral y humana. Lo cierto es que una larga experiencia histórica nos enseña la superioridad moral incontestable de los pueblos monógamos sobre los pueblos polígamos. Sin creer nosotros perfecta, ni mucho menos, la familia hebrea, tocada de concubinaje y hasta de poligamia, la creemos con ventajas evidentes sobre las demás familias semitas, á causa de una propensión á la monogamia no reconocida en los otros pueblos de iguales orígenes y que prueba cómo su vida moral se purificaba en el contacto con altos principios religiosos y metafísicos, cual

ese principio de la unidad de Dios predominante ya sobre todos los pueblos cultos, sol que mantiene con su fuerza, esclarece con su luz, aviva con su calor y mueve con su atracción todo el sistema social cristiano como el sol material de las esferas nuestro sistema planetario. Por eso, entre las ideas, que á modo y manera de luminosos enjambres en la India se alzan, y, entrando por el espíritu, hacen de sus espacios infinitos un cielo estrellado, ninguna, tan progresiva en sí misma y al bien general humano tan encaminada, como la idea de su familia, formando sobre nuestro mundo la divina trilogía formada por sus dioses primero allá en el cielo ario. Esta familia se fortifica y robustece mucho en su rama iraniense y persa bajo las inspiraciones luminosas del Zendavesta y la superior autoridad y poder del Zoroastro, que ha continuado aplicando los códigos arios y difundiendo la luz espiritual. Sabemos de sobra cuántas imperfecciones acompañan á una institución brotada en el seno de tiempos muy primitivos y unida con impurezas de la realidad tan tristes como las castas. Pero, en el mundo, una escasa levadura de bien sirve para endulzar terribles acerbidades de la vida y traer mejoramientos eficacísimos á males hondos y crónicos. En torno de la mujer aria y de su ministerio providencial irá condensándose lo que lla-

mamos el ideal ó el espíritu de los seres colectivos, á cuyas irradiaciones vivirán muchos pueblos y á cuyo impulso correrán muchos siglos. Y este vivo espíritu de familia, brotado tan lejos, correrá con la tardanza de toda luz espiritual, tan diversa en celeridad y rapidez de la luz material, hasta esclarecer nuestros hogares y animar nuestra vida.

La cultura humana creció mucho bajo la influencia y poder del sexo hermoso. Muy sometidas á tutela tanto en Grecia como en Roma las mujeres, desquitábanse de su esclavitud legal con soberana influencia y autoridad sobre todo el sexo fuerte. Desde su gineceo solían dirigir la política, conversar con los filósofos, enardecer las venas del poeta y sugerirle inspirados versos, ofrecer modelos típicos á los estatuarios, aparecer como imágenes vivas de las musas que habitaban el Pindo y de las diosas que habitaban el Olimpo. De otra suerte no hubiera podido tener la civilización helénica y los pueblos con ella en contacto aquella melodía que levantaban los hexámetros de sus poetas, las cadencias de sus músicos, las proporciones de sus templos, el ritmo de sus discursos, el armonioso delineamiento parecido á una oda inspiradísima de sus maravillosas estatuas. Desde su Helena, incomparablemente bella en su cuerpo, hasta su Hispatia, de tan sabio y profundo espíritu, Grecia

constituye una religión de verdaderas armonías, animada por una divinidad femenil, que, musa ó sibila, presta encanto prestigiosísimo á sus obras. Más austera, pero no menos influyente la mujer en Roma. El padre dispone de su hija en virtud y por obra de aquella patria potestad absoluta, sobre la que se asentaba todo el poder de un Estado tan fuerte material y tan rigurosa moralmente. Pero tenía tan viva la idea de su felicidad indispensable, que aun los casamientos concertados apenas las hijas nacieran distinguíanse por su sólida y perdurable ventura. Las costumbres imponían matrimonios tan prematuros, que las solteras á veinte años corrían todos los diversos males anejos allí al celibato, y la mayor parte de las novias, al despedirse de la casa paterna é ir á la casa conyugal, deponian los juguetes, con que, según su corta edad, se holgaban, en el ara de sus penates. Bajo tutela siempre, ya la tutela del padre, ya la tutela del esposo, ya la tutela del hijo, desquitábanse de su inferioridad legal con la soberanía y el poder altísimo en el hogar y hasta en el gobierno. Un pueblo donde Vesta preside á la conservación del fuego de su vida, y Egeria inspira los primeros códigos, y una ofensa inferida sin escrúpulo á Lucrecia destruye la monarquía, y triunfa la democracia sobre los oligarcas decenvirales merced á su

mártir Virginia, y Veturia logra el holocausto de su hijo patricio ante los plebeyos mismos, un pueblo así no puede pasar por pueblo desviado de sus mujeres y contrario al poder y al influjo del más débil y más hermoso entre los humanos sexos. Si las leyes romanas esclavizaban allí la mujer mientras las redimían sus costumbres, no quiere decir esto más en puridad sino que un temperamento natural se imponía y sobreponía en tanto pueblo á las combinaciones más ó menos artificiosas de su legislación. Muy reclusa en su casa la mujer, hilando á la continua el copo de lino y cáñamo en todas las edades, sujeta por tradiciones vivas á poderes ajenos y fuertes, propiedad en suma de su marido como el siervo de su amo, vendible y ajustable como cualquier objeto, siempre so la mano de alguien, corregida y castigada por sus tutores legales muy severamente, con el deber tristísimo de permitir que le pegaran sus maridos y sin derecho alguno á quejarse, muy esclavizada, como ya hemos dicho, por el espíritu romano, empeñadísimo en que resultara un monarca en los hogares aquel padre de familia tan omnipotente, superaba lo natural á todas estas combinaciones artificiosas de las leyes, y vivía la mujer en predicamento grandísimo, reverenciada por todos, tanto en el seno de su recóndito cubículo, como al pasar en la

litera por las calles, ó al presentarse, para embellecerlos y animarlos, rodeadas y seguidas de una corte y pompa numerosas, en los más grandiosos espectáculos. Tal aparece la mujer en estos viejos tiempos romanos.

Y, sin embargo, viendo con detención este matrimonio romano, persuádese uno á creer en la irremediable lentitud y tardanza de las evoluciones graduales, que van en su larga serie formando y reformando tales instituciones, hasta concluir por establecer las bases y fundamento de muchos y muy vívidos pueblos. Las varias maneras de matrimonio, que allí encontramos, nos inducen á comprender cuánto distaba la institución en su perfeccionamiento del carácter alcanzado en períodos más primitivos y bárbaros. El uso, modo muy capital de contraer matrimonio sin ceremonia ninguna, implica las costumbres salvajes de los pueblos primitivos y recuerda el rudimentario ayuntamiento natural en los brutos. El célebre raptó de las sabinas, tan comentado en la sucesión de los siglos, muestra una sociedad bien rudimentaria, que debe recurrir á la guerra para procurarse las satisfacciones del amor y que no conoce rudimento jurídico ninguno, poseída por una extrema violencia. La compra también señala un período muy primitivo, aunque superior al raptó, por notarse ya en él for-

mas verdaderas de contratación, pero inferior del todo á las confarreaciones posteriores, en las cuales el matrimonio romano se perfecciona por completo. Mas dentro todavía de todos estos perfeccionamientos cabe iniquidad tan grande, fundada sobre idea tan injusta, como la idea de casta, como la idea de conceder el derecho de connubio al patricio, y no concedérselo de ningún modo al plebeyo, constreñido por el rigor de aquellas leyes bárbaras á juntarse y unirse con su mujer como se juntan y se unen los brutos con sus hembras. Pero hay más en Roma, sí, hay más, demostrativo del esfuerzo indispensable á los humanos para establecer las instituciones en amplias bases y prosperarlas por medio de profundas reformas. Hay en Roma el matrimonio variable y á tiempo y á plazo. La mujer, caída por el uso, y solamente por el uso, bajo la potestad de su marido, interrumpía los derechos alcanzados por éste merced á tal prescripción con sólo dormir tres noches al año fuera del domicilio conyugal. ¿Qué más? Esas costumbres salvajes de prestar las mujeres á un conciudadano y á un extranjero también tuvo ejemplares en Roma, y hombres como Catón cayeron en esa debilidad increíble. Pero, aparte todo esto, explicable por lo mucho que tarda el entendimiento humano en allegar nociones de justicia y lo mucho más que tardan todavía las so-

ciudades humanas en amoldarse á esas nociones superiores, no cabe dudar que, fundada nuestra legislación occidental europea en el derecho romano, de Roma parte la constitución adquirida por nuestra familia, y de Roma provienen las relaciones jurídicas entre sus entidades fundamentales, si bien muy dulcificadas por el progreso de las ideas y por el curso de los tiempos. Al encontrarnos delante de Cornelia bien puede asegurarse que nos encontramos ante una de nuestras más venerables y más veneradas abuelas. Mucho se habla contra la idea de una raza latina, y mucho se aduce para mantener esta negación la mezcla de tantas sangres cual discurre por nuestras venas. Pero cierra los ojos á la evidencia quien rehuye ver cuánto hay de Roma en el habla de las naciones occidentales, cuánto de Roma en su religión y en sus creencias, cuánto de Roma en las relaciones jurídicas de su familia, y cómo todos estos datos constituyen las bases indispensables de un organismo social como el que compondrán tarde ó temprano por sus innumerables analogías dentro de sí cada una de las razas.

En el método seguido por nosotros para presentar los tipos de la mujer histórica no ha entrado, como pudiera creerse, ó una grande arbitrariedad, ó un mero capricho. Las mujeres colocadas en esta galería representan fases del humano espíritu. He-

mos querido enseñar á grandes rasgos todo el costado femenino de la humana historia. Y en las tradiciones bíblicas, indias, iránias, fenicias, helenas, romanas, hemos fijado las mujeres más influyentes y que mejor podían personificar las múltiples transformaciones del alma universal humana. Este afán de mostrar los aspectos de la influencia femenina en el desarrollo total de la humanidad, nos conduce á no despreciar ni las ficciones religiosas ni las ficciones poéticas. Donde nos procura el Olimpo un ideal de mujer, hemos ido al Olimpo; donde nos lo procura el teatro, hemos ido al teatro. En Roma empiezan los tiempos que debemos llamar humanos y positivos de la historia. Ni su religión propia, ni su arte alcanzan la ingenua originalidad de la religión y de la escena helénicas. Por consecuencia, hemos tenido que buscar la mujer, más que allá en los cielos del ideal, aquí en la materialidad oscura de lo positivo y de lo verdadero. Por una Vesta mítica y por una Egeria casi mítica ó legendaria, existen aquí en la historia romana mujeres cuyos nombres van estrechamente unidos á sus alteraciones políticas. El romano se hubiera creído huérfano si no preside su vida un matrimonio como Vesta y Marte. Pues bien, á los profundos cambios políticos presiden las mujeres también como en demostración palmaria de su

influjo. La guardadora del fuego sacro, la ninfa del sacerdotal Numa, la esposa cruel de Tarquino, la mujer sobre cuyo cuerpo jura Bruto expulsar á los reyes y establecer la república y la libertad, aquella especie de Ifigenia, la virgen inmolada en holocausto por la furia de los plebeyos para herir el corazón de los patricios, esa matrona Veturia de quien hemos visto las ideas aristocráticas exageradas y el sacrificio sublime, harto explican la influencia incontrastable por la mujer ejercida en el mundo romano para que necesitemos nosotros encarecerla y aumentarla de ningún modo al hablaros de Cornelia. Pero ésta personifica, en sentir mío, el cenit de la república, institución amenazada y decadente tras sus dos infelices hijos, los inmortales Gracos. Cornelia vive cuando truena en su sede altísima el viejo Catón, y los Escipiones desarraigan á Cartago de la tierra, y el poema de la primitiva historia pasa de labio en labio, y el arte griego envía sus primeros maestros al mundo romano, y el teatro patricio se fija en Terencio mientras el plebeyo en Plauto, y el comercio se dilata, y las instituciones se practican, y la forma republicana, todavía no herida por los cesarismos subsiguientes á esta edad, se desarrolla entre radicales contradicciones, como las ideas en el humano espíritu, pero sin que tales contradicciones im-

pidan las concertadas armonías, por las cuales, no solamente la civilización aquella se produce y se concentra, sino que á toda la tierra se dilata y extiende por medio de una expansión viva, donde se contiene tanta luz esclarecedora como calor vivificante. Por consecuencia, detengámonos ante Cornelia también para ver en ella una de las fases más brillantes por que ha pasado la civilización romana, y uno de los más perfectos tipos que hayan revestido jamás sus matronas excelsas.

Imposible conocer á Cornelia sin estudiar el medio ambiente donde se mueve y de cuya savia se nutre. Roma, en aquel entonces, había resuelto la ruina de Cartago. Una visita de Catón al continente vecino y un estudio minucioso de las convalecencias conseguidas por Cartago tras sus desventuras últimas habían vuelto á fulgurar en los aires aquella terrible optación á su inmediata ruina, que repiten como proverbio cuantos quieren significar el odio de una clase á otra clase, de una ciudad á otra ciudad, de un pueblo á otro pueblo. Representante de la vieja Roma quiritaria el patricio Catón optaba por el exterminio de Cartago, temiendo verla de nuevo abortar un tremendo Aníbal, tan capaz como aquel extraño héroe de poner á la Ciudad Eterna en trance de muerte. Hija del primer Escipión que tomó á Cartago fué Cornelia. Aunque los odios

á las gentes cartagineses no tenían medida en pueblo tan político de suyo como aquél, menudeaban estadistas partidarios de una conciliación, quienes, notando cuántos más beneficios extraía Roma de su alianza con Tiro, por ejemplo, que de su enemistad, y cómo en la molicie de sus costumbres, en la insistente actividad y pujanza de su comercio, en la propensión al trabajo y al cambio, la ciudad púnica podía tributar, pero de ninguna manera ofender ni menos combatir á la Ciudad Eterna, proponían perdón y misericordia. Mas los temperamentos de combate se aventajaban y sobreponían á los temperamentos de prudencia, siquier los representase un patricio tan fuerte y justo como el segundo Escipión. Rodeada Cartago de númidas, con éstos combatía desde los tiempos de Dido á la continua. El rey africano aquel, á quien la semidiosa fenicia desdeña por Eneas, contiene alta personificación y símbolo en su seno propio, y transmite á su prole apartada el odio de África y su gente á los invasores asiáticos. Hallábase, por los días que ahora historiamos, reunido y condensado este odio en la persona de Masinisa. Y el caudillo de las arenas líbicas no debía ceder un punto en su horror á los cartagineses, secundado como se hallaba por la complicidad de los romanos. Así pedía tierras sin límites y tributos sin tasa. Estas deman-

das impertinentes é infundadas llevaron el partido patriota cartaginés al gobierno y este partido patriota cartaginés resolvió la guerra con Masinisa. Desgraciadamente para la ciudad púnica, en aquella empresa guerrera tuvo Cartago un daño consustancialísimo á su compleción mercantil y otro daño circunstancial y del momento. Fué un esencial daño la necesidad imprescindible de recurrir á tropas mercenarias reclutadas entre sus propios enemigos los númidas, y fué accidental daño la presencia en su frente de guerrero tan torpe como Asdrúbal. Más oliente á perfumes que á sangre, recostado sobre un lecho como sensual odalisca y no puesto á caballo como buen milite, vestido de púrpura y coronado de oro, personificaba la molicie asiática tan expugnable y vencible por la fuerza de África y la inteligencia de Roma. El bárbaro Masinisa explotó muy bien las debilidades incomprensibles de sus contrarios, y el pobre Asdrúbal sufrió la rota consiguiente á ellas como estaba en el orden de las cosas. Un joven tribuno militar, ido allí de nuestra España, presenciaba desde vecinas alturas el singular combate, y veía con avizora mirada y concentrado pensamiento la flaqueza de su enemiga perdurable, la muelle Cartago. Este joven, perteneciente á la patricia familia de los Escipiones, debía unir con su nombre, ilustrado por tantas hazañas,

el cognomen de Africano, á causa de sus victorias sobre Africa, y debía ser, andando el tiempo y los sucesos, hermano adoptivo y yerno de Cornelia. No podía pertenecer ésta en el ritual nobiliario romano á familia más ilustre. Los Fabios, los Máximos, los Claudios, los Catones, los Brutos formaban en el mundo romano dinastías muy semejantes á nuestras regias dinastías. Reyes y reyes absolutos debían llamarse los patricios con razón, y Senado de reyes el Senado de Roma. Una dama nacida y criada entre familia tan ilustre debía tener, además de los sentimientos romanos y patricios difundidos por la herencia en su pura sangre, la distinguida y superior educación propia ya entonces de las altas clases.

Había la ciudad fenicia contraído una tremenda responsabilidad en la guerra con sus convecinos, viejos aliados de Roma. Por un artículo del pacto convenido con la Ciudad Eterna, la ciudad púnica no podía buscar la guerra ni sustentarla mucho menos allende sus fronteras. Al combatir con los amigos de Roma, con Roma combatieran los cartagineses. Por consecuencia, debían aperebirse á un castigo. Conociéndolo así, trataron de apartar y conjurar la pena. Condenaron, pues, á muerte sus patriotas; pero no bastó. Prometieron tributos y rescates nuevos; no bastó. Cedieron las armadas y

los ejércitos que tenían disponibles, pues algunos de estos últimos se hallaban insurrectos; no bastó. Roma pidió á Cartago su recinto. Al oír esto perdieron la cabeza y tomaron la resolución de un suicidio inmediato. Los emisarios cartagineses, que llevaran la noticia terrible á sus compatriotas, fueron despedazados, cual si pudiese llamarse culpa la transmisión de nefasta noticia, y los italiotas de todas las regiones itálicas, refugiados allí, expulsos de sus hogares ó muertos á cuchillo. Ni siquiera perdonaron á sus propios jefes, imponiendo en su demencia responsabilidad enorme á fatalidades inevitables. Y á pesar de tales extremos no tenían armas y hallábanse imposibilitados de todo punto para defenderse y hasta por completo desesperados de salvarse. Pero esta desesperación les prestó fuerzas. Tallaron catapultas de toda cuanta madera tenían, destruyeron los edificios donde algún hierro pudieron encontrar para templarlo y convertirlo en armas, trenzaron cuerdas y maromas con los cabellos de sus mujeres, trocaron todos los utensilios de casa en instrumentos de combate. Situada la ciudad en estrecho promontorio cercado de mar por tres puntos cardinales, excepción hecha del occidental, donde se hallaba su juntura con tierra, ofrecía una defensa muy considerable. Si á esto se añade que todos los ciudadanos se

inscribieron como guerreros y que las hordas libicas opuestas á Masinisa aportaron contingente numeroso, tendrás idea de las terribles resistencias aparejadas y apercebidas por aquel superior último esfuerzo. Los cónsules romanos, al llegar, se asombraron del aspecto por la ciudad ofrecido, como erizada de terribles armamentos desde su templo del dios Esculapio en las cumbres hasta los muelles del puerto y las entradas continentales por el Oeste. Así los buques romanos eran incendiados, los reductos de asedio destruídos, las asechanzas desconcertadas, los asaltos rotos y el sitio reducido á un bloqueo largo sin consecuencias ni ventaja ninguna. Seguramente Roma tuviera un descalabro de no estar allí el excepcional Escipión Emiliano. Su valor mantuvo la moral del soldado, sus arrestos abrieron brechas temibles y ganaron cien batallas parciales, su política granjeó á Roma el partido entero de Masinisa y su prole, muy despegado antes por temor á que la presa levantada en su ojeo cayese bajo el poder de Roma. Así los elogios de su persona y de sus actos se difundían por todas partes, y Catón, parco en toda suerte de alabanzas, celoso y receloso, hasta podíamos decir envidiosísimo, llamaba hombre necesario al joven general llamado por el destino á tan excelsas victorias. En efecto, el ejército romano

se hallaba en las últimas extremidades, y el ejército cartaginés en la mayor pujanza cuando Roma decretó el consulado á Escipión, aunque todavía no entraba en la edad necesaria para ejercerlo, y le confió la guerra de África. En cumplimiento de tal decreto el héroe desembarcó en Utica y tomó el mando supremo. Con su presencia todos se confortaron y con sus disposiciones pusieron las fuerzas romanas en verdadero y necesario aliento.

Efectivamente, movió á los oscuros, alentó á los tímidos, puso el cuartel general en la parte de Occidente que ligaba con tierra el promontorio, levantó reductos á la entrada del puerto que sirviesen á estrechar el bloqueo, y dejó sus oficios naturales al hambre y á la peste. Mas no cesaba el combate. Había primero Escipión tomado lo que podríamos llamar la ciudad exterior, y poco tiempo después tomó también parte de la ciudad interior. Aunque le costó mucho ir del puerto á la ciudad, romper brechas, penetrar por angostas calles sembradas de insuperables obstáculos, contrastar el diluvio de proyectiles sobre sus gentes lanzados desde azoteas levantadas sobre altos edificios de seis pisos, no se desconcertó ni siquiera un minuto. Seis días pasaron en este combate cuerpo á cuerpo, rompiendo y atravesando las casas á fin de pasar por ellas, en combates cuerpo á cuerpo sostenidos en-

tre las angosturas de los domicilios y con la ceguera producida por el polvo y las sombras, cayendo muchos en trampas y lazos que sólo podían burlarse con el exterminio de cuantos les iban á la mano y les impedían el proceloso camino sobre temibles hondonadas y bajo abrumadores y gravísimos escombros. El combate aquel tomaba un tan extraño aspecto, que muchas veces los romanos debían matar á su propia gente para impedir la difusión y contagio del pánico. Seis días pasaron bien terribles y horrorosos en estos encuentros cuerpo á cuerpo, hasta que dió la orden Escipión de incendiar todas las casas y desarraigarlas como si fueran árboles, nivelando el suelo donde se alzaban y cubriendo por completo sus cimientos. Refugiados los últimos cartagineses en la ciudadela ó acrópolis, pidieron capitulación, que podía conceder el general á los soldados, pero de ningún modo á los jefes, capitales inmoladores de la romana gente. Así, novecientos primates se acogieron al templo del dios Esculapio, alzado en las cumbres de Cartago, y comandaron el incendio para morir abrasados en sus llamas á una, salvando la honra, ya que no pudieron salvar la vida. Pero el generalísimo de todos los cartagineses, Asdrúbal, sentía un tan grande apego á su existencia, que rompió los lazos del honor por cuyos medios

se hallaba ligado á los suyos, y evadiéndose, corrió de súbito á pedir de hinojos infame perdón al vencedor. Cuando su esposa, que se hallaba en las azoteas del templo con sus hijos, vió tal mengua, maldíjole en frases airadas, y después de haberle maldecido, arrojó los pequeñuelos al voraz incendio y tras los pequeñuelos se lanzó ella misma precipitando su fin por no presenciar tanta bajeza. Vendiéronse como esclavos los prisioneros. La propiedad mueble quedó confiscada; la propiedad inmueble á merced completamente del saqueo; devolvióse á los sicilianos la parte de sus despojos que se llevaran las victorias de Cartago; entregóse á los de Agrigento el toro de Fálaris; diez y siete días con diez y siete noches ardieron las ruinas; y cuando no quedó ya del incendio más que las cenizas, los arados abrieron surcos para que no perdurasen ni los escombros de Cartago, pues, á poder, hubieran los vencedores aniquilado hasta sus recuerdos.

Imposible comprender á Cornelia sin estudiar la familia noble á que pertenece. Para el estudio de tales familias necesitase un cuidado extremo, porque varios individuos llevan el mismo nombre y hasta el apellido, costando sumo trabajo distinguirlos y separarlos. Por ejemplo, Escipión Cornelio, padre de Cornelia, se denomina el Africano

por su victoria de Zama, y otro Escipión, entrado en la familia por el procedimiento de las adopciones, tan usual entre griegos y romanos, se denomina con apellido igual, completamente al de su antecesor; y así como este Africano es padre de Cornelia, el segundo es, como ya hemos dicho, yerno, además de adoptivo hermano. Y nada más fácil, sin embargo, que identificarlos y confundirlos por la identidad completa de nombres y apellidos, por las analogías varias entre sus hechos é historias. El padre de Cornelia es el primer Africano. En las genealogías de tan excelsa familia, encuéntrase á cada paso hazañas inolvidables. El mismo nombre de Escipión conmemora gloriosa virtud. Pusieron-sele á uno de los primeros patricios en la familia Cornelia, porque quiere decir Escipión tanto como báculo, y de báculo sirvió el así denominado á su padre, ciego. Un Escipión ayudó á la dictadura de Camilo, tan célebre por sus virtudes cívicas; otro Escipión, cuyo sepulcro brilla en el Museo Vaticano entre las más sacras y más viejas antigüedades romanas, tomó ciudades en Samnio y en Lucania; otro Escipión conquistó á los cartagineses Córcega y Cerdeña, obteniendo los preclaros honores del triunfo tan envidiables en Roma; otro Escipión murió con las armas en la mano después de haber combatido á un Asdrúbal en mar y á un Aníbal

en tierra; otro Escipión pereció cerca de Anitorgis en pugna con los cartagineses por su Roma. Cuando en ciudad tan aristocrática y quiritaria, como aquella ciudad capitalísima, se pertenece á gente como la gente Cornelia, tan por extremo ilustre, vincúlase por necesidad en ella una especie de tradición histórica, la cual imbuye con ciertas virtudes hereditarias cierta ufanía y orgullo por estas virtudes, hereditarias también. Las mujeres de Roma, verdaderas divinidades en el santuario de su hogar, conservaban, más que los hombres y en mayor grado, el culto á esos penates humanos que se llamaban sus abuelos y progenitores. Imaginaos el orgullo de Cornelia con tantos Escipiones en su prosapia.

Verdaderamente su padre le había mostrado adónde puede llegar un patricio decidido por la grandeza de su patria y por el esplendor de su raza. Si Escipión Emiliano venció definitivamente á Cartago, él venció á su primer soldado, á su Aníbal. Desde niño tan extraordinario héroe pugnaba por los suyos en época muy triste, cuando Roma parecía cercana en los decretos del destino á hundirse bajo las legiones cartaginesas, vencedoras en todos los combates. A las orillas del Tesino, contando apenas tres lustros y medio, salvó á su padre y recibió el primer blasón de su honor en

una profunda herida. Antes de alcanzar las condiciones legales escogidas por el derecho consuetudinario, llegó al edilato. En su mocedad ganó á Cartagena, donde no solamente supo vencer á sus enemigos, sino también vencerse á sí propio, rechazando, castísimo y puro, los rehenes en mujeres hermosas allegados por las victorias sobre los rudos celtíberos. Su fuerte brazo y su tenaz heroísmo sometieron el pueblo español á Roma, y su alto genio político trabó aquella fraternal alianza con Masinisa, mediante la que pudo al fin Roma, por mano del otro Escipión, desarraigar la ciudad púnica del planeta. Pero el mayor de sus triunfos, aquel por cuyo renombre ha pasado á la posteridad más remota, es el triunfo sobre Aníbal en Zama. Para comprenderlo se necesita recordar la complexión guerrera del héroe, forjado en el odio á la ciudad rival allá por los desiertos africanos; verlo sobre las ruinas de Sagunto, donde su cólera entierra en el exterminio más espantoso á la ciudad más espléndida y bella del celeste Mediterráneo nuestro; seguirlo á la cabeza de sus levadas por su ejército como por una incontrastable inundación, atravesando los Pirineos y los Alpes con las tempestades á los pies y con los aludes sobre la frente, sin más caminos que los abiertos por sus devastadores instintos de fiera y por sus implaca-

bles númenes de venganza; contemplarlo, por fin, después de haber vencido en Trebia, en Trasimeno, en Cannas, donde se cogieron por alnudes los auillos romanos, cerca de Roma, en el campo sacratísimo de las primeras tribus, á la vista del Apenino, á la sombra de Alba, próximo á Lavinia, con todos los augures mudos, con todos los auspicios desconcertados, con todos los héroes muertos, con todos los dioses romanos en fuga, exhalando el ronquido y el aliento que debía extinguir para siempre la llama del fuego de Vesta, sobreponer en desquite sin nombre y sin ejemplo las razas semíticas sobre las razas arias y cegar el Tíber con sus corrientes litúrgicas de ideas occidentales y progresivas bajo las arenas del África, en cuyos átomos iban escondidas las venganzas de cien generaciones y el germen venenoso y maldito de una espantable retrogradación hacia el Asia.

Imaginaos el culto que tendrían por el vencedor de Aníbal aquellos que lo habían visto en el campo de Roma. Efectivamente, lo venció Escipión en Zama, tierra de África. Se necesita evocar el ejército cartaginés para descubrir toda la significación histórica de tamaño encuentro. El inmenso ejército postrero que Aníbal mandara se parece, tal como nos lo describe la historia de aquel

tiempo, á inmenso pueblo. Iban á la cabeza pelotones de altos elefantes asiáticos, los cuales, emborrachados por mixturas litúrgicas, blandían al aire sus trompas teñidas de carmín, y soportaban sobre sus amplios lomos, parecidos á muros ambulantes, áureas torres guarnecidas por certerísimos arqueros, cuyas armas esplendentes y cuyos trajes multicolores les daban aspecto de apariciones asiáticas. Seguían á éstos las legiones celtiberas, con sus armas cortas y sus escudos de cuero, acompañadas de los baleares, quienes, puesta una onda en la mano y ceñida otra en los riñones, lanzaban piedras de tal fuerza y empuje, que abrían silbando las cabezas enemigas y hasta perforaban los cuerpos. Allí los ágiles y flexibles lusitanos; el cántabro, de músculos acerados, de incontrastable valor; el celta, de larga y rubia cabellera; los lidios, con sus larguísimas sayas y sus relucientes zarcillos; los carios, pintados de fuertes colores y ceñidos de brillantes armaduras; el griego, como una estatua y un simulacro de los antiguos tiempos, á pesar de su decadencia; los capadocios, en cuyas carnes se abrían dibujos fantásticos pintados de colores varios, á guisa de salvajes; las legiones fenicias y cartaginesas más ricas que valientes; acompañados todos por los estridores de las trompetas y clarines, seguidos por los carros de guerra donde iban las

máquinas más usadas de combate; y, tras todo ello, en guisa de ganados babilónicos, asnos, camellos, avestruces, conduciendo una ciudad nómada, provisiones de boca, flechas y lanzas de batalla, guardado todo por esclavos, entre los cuales se veían en caravanas inmensas los harenes ambulantes compuestos por númeradas envueltas en pieles de dromedario, por cirenaicas tañedoras de cítaras y pintadas de azul, por sudanesas negrísimas como el ébano, por libias de todas procedencias, por siracusanas relucientes de oro, como si el genio de la reacción histórica hubiese querido en aquella Babel inmensa oponer todas las resistencias imaginables al genio progresivo de la Roma republicana y jurídica. La confianza en su número, la confianza en la muchedumbre de tantos pueblos dispares, la confianza en los animales asiáticos, la confianza en el viejo espíritu de Asia perdió á Cartago tal día. Roma triunfó por la superioridad incontestable de su inteligencia, y por otra superioridad indudable de su ejército ciudadano y patriota sobre los confusos ejércitos de origen y de carácter oriental, que reproducían los mismos trascendentales errores propios de sus viejas historias y de sus antiguas razas, á los cuales sucumbieran los Xerxes y los Darios en Maratón, en Salamina y en Arbelas. Cartago quedó vencida. Su triunfador obligóla

tristemente á ofrecer tributos en el palacio de Masinisa, el eterno enemigo africano; y quinientas naves cartaginesas ardieron en aquel puerto, mostrando cómo había concluído el predominio cartaginés sobre las aguas mediterráneas y comenzado el predominio latino.

Aprendió indudablemente Cornelia en aquella estirpe, á que pertenecía por sus abuelos, y en aquella casa de su padre, donde penetraba la victoria con todos sus trofeos, el amor y el culto al renombre, á los honores sociales, á la gloria militar y política. Cual en Veturia hemos visto supersticiones brotadas todas ellas del amor desapoderado á su clase patricia, veremos en Cornelia el amor desapoderado también al renombre y á la fama. Pudo largamente saciarlo en las victorias de su padre y en la influencia social por éste conseguida; mas no le satisfizo. La gloria de su padre, aquella esplendorosa gloria de Zama, era en último término heredada, y Cornelia pretendía una gloria por sí adquirida. Hija de un general ambicioso, experimentaba desapoderadas ambiciones en su pecho. Y como una mujer no pudiese, no, satisfacer esta pasión, sino mediante los hombres, á su esposo movió primero y después á sus hijos en pos de la gloria. Casada con patricio nobilísimo, éste, hombre de bien y de verdad, aunque muy rico de virtudes

privadas y públicas, no tenía, no, aquellas facultades excepcionales que conducen al ruidoso renombre y á la gloria deslumbradora. Nombrado para muchos cargos altísimos, entre los cuales obtuvo la censura, desempeñólos todos á conciencia, pero sin brillo.

Cornelia, comprendiendo que no podía esperar de Sempronio el renombre con que soñaba en sus ambiciones, redújolo á buen marido, y tuvo con él en una paz doméstica perpetua doce hijos. Desesperada por completo de obtener un renombre como esposa de Sempronio Graco, llevó todas sus facultades, concentrándolas en altísima concentración, al cultivo de las aptitudes generadoras del renombre y de la gloria en quienes más podían satisfacerla y ufanarla, en sus hijos. Desde que los sintió en sus entrañas, los dedicó en su pensamiento á las altísimas empresas generadoras de verdadera fama. Cansábala oírse llamar siempre la hija del inmortal Escipión. Aquella gloria la tenía como de reflejo, pero no entraba en ella, no, parte alguna de su propio sér. Ella no había educado á su padre; bien al revés, había sido educada por su padre. No había cooperado ella en cosa ninguna por su parte ni á la conquista de nuestra España, ni á las victorias en Africa. Todo eso distaba tanto de su persona como las glorias aquistadas por sus remotos

abuelos en Lucania, en Córcega, en Sicilia y en Cerdeña.

Cornelia era una mujer de autoctonía muy propia y de idea muy suya. Hija de un general como Escipión, el cual helenizara por completo á Roma, transformando en este consciente y deliberado helenismo desde sus letras hasta sus instituciones y sus costumbres, tomó las ideas griegas, sí, pero no los hábitos, fija en su sede y hogar, completamente dominada por el antiguo espíritu patricio, como una especie de Catón su contemporáneo, Catón hembra, más dulce, por tanto, pero no menos inscrita en los tradicionales usos como en compensación á la novedad en sus principios é ideas. Catón rural, esencialmente rural, habitador de aquella Túsculo donde brotaran los romanos primeros, vestido con la corta túnica de Cincinato que no le llegaba ni á la rodilla desnuda, calzado con las sandalias de negro cuero, la pica boyal en sus manos, el arado y la yunta siempre delante de sí, detrás de sí la espórtula robosando grano para la sembrera, pasaba el día en las rústicas labores y la noche sentado en duro banco á la cabeza de toda su familia, en cena frugal, donde se conmemoraba de continuo á los muertos, y con la mirada convertida siempre á los penates antiguos, si ofrecían sabias lecciones y austeros ejemplos á los vivos. Él

no tenía nada que ver con aquella vida nueva por Escipión de Asia y de África orgullosamente aportada, en la cual había tantas costumbres babilónicas, tantos misterios de Alejandría y Éfeso, triclinios de bronce y púrpura para los banquetes, blancas togas de lino para los cuerpos, alfombras de brocados para los pies, vasos de plata labrada rebosando vino griego para los labios, himnos atenienses acompañados por salterios orientales, joyeles de oro para las matronas, estolas de mil colores para las doncellas, perfumes y esencias para los olfatos, astrólogos caldeos en vez de augures etruscos, divinidades voluptuosas de Siria requiriendo cultos orgiásticos en vez de la vieja severidad latina: todo lo cual constituía una invasión de ideas repulsivas completamente á las matronas y á los patricios del viejo austero Lacio. Parecía que, formando todo esto los factores esenciales del partido mandado por Escipión y completamente opuesto al partido catoniano, enemigo implacable del vencedor de Zama, debía propender Cornelia, hija de éste, al helenismo. Pues no, ya lo hemos dicho, le gustaba el helenismo en las ideas, no le gustaba el helenismo en las costumbres, no; su personalidad íntima, desligada por completo de todo lo circunstancial, consagrábase también, no obstante sus creencias filosóficas de todo en todo griegas, al sos-

tenimiento de los viejos dioses, de los viejos ídolos, de las viejas costumbres.

Si Roma hiciera con Grecia lo que hizo Cornelia, tomar las ideas y dejar las costumbres, Roma se hubiera salvado. Había invadido el oriental y griego lujo á la Ciudad Eterna. Encontrábase, pues, muy distante de los primitivos tiempos republicanos y de sus célebres austeridades. En la Roma de los patricios agrícolas provenía del heno la palabra palacio, y del ganado la palabra dinero. Apenas entonces había joyeros en las varias categorías de oficios inscritos sobre las tablas de los reyes. Al austero vivir antiguo romano se unió el austero vivir sabino. Cuando los etruscos, invasores con la dinastía tarquina, dominaron la Ciudad Eterna en sus comienzos, los esmaltes etruscos vinieron á dorar la vieja miseria romana. El muro de piedras ciclópeas; la cloaca máxima, por cuyos canales podían bogar hasta barquillas; el máximo circo elevado con tan grande amplitud y extraordinario esplendor entre los antiguos montículos históricos; el templo de Júpiter Capitolino puesto como un faro en la cumbre de Roma; los juegos solemnes en que ya comenzaban los combates á muerte; las majestuosas curules sedes; los cetros de marfil por águilas áureas rematados; los mantos de púrpura brillantes; las espléndidas laticlavias;

las innumerables antiguas estatuas; las ferias llenas de músicos muy diestros, indican bien claramente cómo el genio de la oriental Etruria se había sobrepuesto al austerísimo genio de Roma y de su Lacio. Vino la república naturalmente como una protesta vigorosa contra los monarcas etruscos, y se purificaron las costumbres y se disminuyeron los esplendores del antiguo lujo. La imagen del patricio se halla en Cincinato ante sus bueyes, y la imagen de toda cumplida matrona en Lucrecia hilando. La dureza romana y sabina se opuso como un contraste republicano á la molicie ó blandura etrusca. Túnica de lana el marido, túnica de lana la mujer. Hasta los tiempos de Coriolano, la mezcla de hilazas áureas con los otros tejidos no fué permitida. Valerio Máximo, autor de una enciclopedia ideada para conmemorar todos los hechos conmemorables, según su criterio individual, cuenta cómo, habiendo querido un siglo más tarde llevar á Delfos ofrendas prometidas por el virtuoso Camilo en acción de gracias á milagrosas victorias, las romanas ofrecieron la totalidad y suma de sus joyas, las cuales juntas en el tesoro y fundidas por superiores órdenes dieron tan sólo de sí una modesta y breve copa que ofrecer en el templo de Delfos al dios de la poesía y de la luz.

Las victorias romanas sobre Grecia, Sicilia, el

Oriente y Africa, trastornaron las viejas costumbres y trajeron el asiático lujo con todo su esplendor. Desciñóse la matrona su túnica de lana y la dejó á sus siervos, tomando para sí la estola de lino, blanca y transparente, ceñida y recamada de oro. El calzado fué mucho más elegante. Las alfombras orientales comenzaron á extenderse mullidas bajo los pies. Colgáronse los cuadros griegos y erigiéronse las griegas estatuas en los edificios romanos como deslumbradores ornamentos. Un espectáculo, al cual acudían las mujeres, parecía desde lejos tapiz, ó prado, según los matices varios de sus multicolores vestimentas. Hasta la conquista de Sicilia no se conoció allí el arte de peinar. Los barberos primeramente llegados á Roma fueron todos con Licinio, que iba vencedor de la magna Grecia. El dominio sobre las extrañas gentes se debía, por ley natural, á la victoria, y la victoria, por ley natural, se alimentaba con el despojo de los triunfos. El soldado volvía con cuatrocientos haces en su cinto desde Cartago á Roma. Ciento veintitrés mil libras de plata Escipión aportó de su triunfo en África. De una sola vez Paulo Emilio llevó ciento cincuenta millones. Los argentinos, quiero decir, los negociantes crecieron. Las chozas de los antiguos cambiantes extendidas por el Foro se convirtieron á una en palacios de pie-

dra. Tras aquellos bancos, donde se hacían toda clase de negocios, y hasta, en sentir de varios eruditos, se giraban letras al modo moderno, erigíanse las basílicas, especie de bolsas destinadas á la contratación. Por consecuencia, el dinero traía consigo grande movimiento mercantil, y este grande movimiento mercantil traía consigo, como toda riqueza, excesivo lujo y dispendio. Se había sobrepuerto, pues, al patriciado rural de Catón otro patriciado negociante y mercantil que venía tras el carro de los Emilios y de los Escipiones con orientales riquezas.

Puertas de bronce abrían paso á las casas patricias; estatuas doradas resplandecían por vestíbulos y patios; colosos ecuestres campeaban hasta en edificios particulares; los farsantes, encargados á guisa de bufones del divertimento y regocijo universal, contaban fábulas y decían gracias á roso y belloso entre alegres carcajadas; el tocador de las damas asemejábase á botiquín bien provisto, según los perfumes y los unguentos allí amontonados; bordadores, joyeros, sastres de túnicas elegantes, tintadores en matices varios, zapateros de femenino calzado, modistos, como se llaman en jerga moderna los costureros, aglomerábanse, al par de los clientes, con poetas, cantadores, citareros, flautistas, en aquellas mansiones ardientes á la llama

viva de todos los placeres. Únase á esto el escándalo promovido por el desenfreno de las fiestas báquicas, tan enardecedoras para los sentidos y tan nocivas á las buenas costumbres. Más de siete mil personas, pertenecientes á todas las clases sociales, habíanse inscrito en esta increíble sociedad. Las embriagueces allí usuales pervertían y mataban con tal frecuencia, que se las creía, en las creencias comunes, corrosivos envenenamientos. Sacerdotisas, ataviadas como las ménades, el cabello suelto al viento, las sienas ceñidas por guirnaldas de hiedra y pámpanos, la corta túnica del color de azafrán, las canciones voluptuosas en los labios aromados por el vino, el tirso de oro con serpientes entrelazadas en una mano y en la otra mano las antorchas, corrían por las orillas del Tíber, llenando los aires con el resuello de sus pechos agitados, con el acento de sus voluptuosos suspiros, con los besos de sus exaltados y delirantes placeres.

Así como los griegos de tiempo inmemorial acostumbraron celebrar fiestas, cual aquellas de Olimpia, donde acudían los peregrinos en legión, los embajadores de todas las ciudades, los teoros dispuestos á ofrecer sacrificios conformes con la tradicional antigua liturgia y arreglar procesiones, las cuales iban por los bosques sacros que atravesaban las aguas del Alfeo, entre altares don-

de humeaban la mirra y el incienso, libando las copas de hidromiel y ciñéndose las coronas de olivo para prepararse á recibir las ofrendas enviadas por todos los representantes del helenismo, quienes allí en el templo de Júpiter veían su misteriosa unidad, y para premiar á los atletas galardonados por sinfonías melodiosísimas y cantares poéticos, obra de coros, cuyas voces alzaban á las alturas misteriosos himnos, derramando el entusiasmo en todos los corazones y haciendo pródigos y propicios á todos los dioses; como estos juegos olímpicos los juegos pitios, ó competencias de todos los instrumentos helénicos; los juegos nemeos consagrados á los héroes muertos; los juegos ístmicos anunciados por mensajeros expedidos á los cuatro extremos del horizonte y compuestos de magníficas rivalidades y competencias, tanto de las fuerzas físicas cual de las ideas puras, según debía suceder en aquella compenetración del espíritu con el universo que constituye la mayor y más armoniosa característica del antiguo pueblo griego; Roma repitió estas fiestas de otra suerte, como vemos en los fastos magníficos de Ovidio. Ya eran los seculares juegos, iluminados en sacras noches por innumerables antorchas, á cuyo resplandor los más gallardos mancebos y las muchachas vírgenes iban al templo de Apolo entonando himnos bilin-

gües en griego y en latín, llenos de incomunicable poesía; ya eran los cereales, donde las matronas, precedidas por todos los dioses, asistían primero al circo y del circo al templo de Ceres, en que se ponían loas coreadas, representando las tradicionales historias de Plutón y Proserpina; ya eran los matronales consagrados á Juno, ante quien deponían las matronas sus coronas de verbena, fiestas concluidas por tertulias y recepciones familiares; ya los vestalios, de numerosas incidencias, que paseaban por las plazas ornados de guirnaldas los asnos de los molinos; ya los florales, donde las romanas celebraban el florecimiento de la primavera y procedían como si la savia embriagadora esparcida por el campo se concentrara en sus venas; ya las saturnales, de que los esclavos mismos participaban, y en ellos se fingía entregar las mujeres á los enemigos como recuerdo de ciertos hechos legados por los antiguos tiempos y propios de los combates á que se halló desde su nacimiento condenada esta diosa de la guerra denominada la Ciudad Eterna.

Lástima grande que Roma no llegase á tanto esplendor y no se viese tras sus victorias en comunicación estrecha con todo el mundo, sino á precio de sus virtudes y de su honor. Después de lo mucho que trabajara el mundo antiguo, no había utili-

dad alguna para el género humano en que todos estos trabajos á una se perdieran y frustraran. La familia con tantos esfuerzos fundada por los arios, las escudriñadoras lecturas del cielo tan perfectamente acabadas por los caldeos, aquella moral egipcia en que latía tan vivo el sentimiento de la inmortalidad, los progresos conseguidos en las artes y en las ciencias por el pueblo helénico, las instituciones y la sabia legislación de tantas ciudades como brillaban á uno y otro lado y á todo lo largo del revelador Mediterráneo, no debían perderse, tanto más cuanto que se hallaban en el caso de salvarse con vigor, sin oscurecer las conciencias y sin pervertir las costumbres. Cierto que había la civilización oriental y helénica llegado á Roma cuando ya estaba en su decadencia, y cierto que las civilizaciones decadentes pudren á los pueblos puestos en contacto con ellas. Pero había que proceder en términos capaces de traer las mejoras naturales extraídas á una de los antiguos pueblos, sin ofender al nombre romano y menos cancerar la médula de aquella fuerte y robusta organización histórica. Un partido había compuesto de hombres superiores como los Emilianos y como los Lelios, que aspiraban á la consecución y logro de tal fin. En este partido se hallaba Cornelia, más inclinada, como ya hemos dicho,

á las costumbres de los enemigos de su gente, á los catonianos, que á las costumbres de su propia y natural familia, los orgullosos Escipiones, aunque siempre participe de sus ideas helénicas. Cornelia contaba que sus abuelos, con ser tan viejos nobles y tan altos aristócratas, solamente habían tenido humilde tugurio en Roma y corto campo en las cercanías, viviendo consagrados á las austeridades más rudas. Lo que deseaba y pedía Cornelia era que se tomase del Oriente y Grecia el arte con la filosofía, pero no las tradiciones y las costumbres. Donde quiera que veía un maestro del viejo saber, lo captaba para sus hijos con tal que ofreciera una vida íntegra y pura. Lo que no quería, no, era el retórico acostumbrado á defender todas las causas con igual elocuencia; el sofista gréculo, comentador indiferente y escéptico de todas las ideas; el sacerdote orgiástico y voluptuoso, que mezclaba el más grosero sensualismo á su liturgia y á su culto; el quiromante decidor de horóscopos engañosos vendidos á dinero en públicas almonedas; el bailarín, y el histrión, y el sicofanta, que fomentaba el vicio en los demás porque cedía en provecho para sí. Cornelia tomaba de Grecia las ideas despedidas y evaporadas con tantos aromas de aquella incomparable ánfora y daba de mano á todas las corrupciones traídas por su

descomposición inevitable que iba materialmente corrompiendo también á Roma con su perverso contacto.

Presentóse un día en casa de Cornelia joven matrona, muy pagada, en su vanidad y belleza, de las joyas que tenía y de los arreos que llevaba. La conversación giró sobre los nuevos usos traídos de Grecia y sobre los nuevos trajes á la sazón aquella en boga extraordinaria. La joven romana encarecía sus mixturas, sus pomadas, sus afeites, los múltiples adornos que á cada paso le granjeaba el marido, las joyas, las muchas joyas de su ajuar, tantas por su número y tan ricas por su materia que componían un verdadero tesoro. Cornelia, despegada por su temperamento y por su educación de todas estas nonadas, correspondía en su diálogo con la conversación mantenida por su visitante, mas no quería darle pábulo y mudaba con arte y saber de objeto y asunto. Pero la matrona resistía-se á mudar de conversación é insistía con empeño en el relato de sus galas. Dejóla, vista su insistencia, Cornelia, que fuera por donde quisiera á su arbitrio en aquel impertinente coloquio, y cerró, á guisa de muda, su boca. En tal estado la interlocutora dejó el propio discurso y se consagró á no menos importunas y no menos impertinentes interrogaciones que su anterior conversación. En este

interrogatorio le preguntó cuántas joyas ella tenía, y le dijo Cornelia que varias, en respuesta. No demandaba más la gárrula patricia y en seguida requirióla con porfía para que se las enseñase con franqueza. Cornelia, en efecto, abrió una puerta y enseñó sus hijos. Este rasgo pinta la complexión de nuestra heroína. Muy dada por la sangre que discurría en sus venas á los altos goces de una vida superior y á los altos empeños políticos, trataba de dominar en la sociedad, sí, pero por medio de su familia, de sus hijos, de su esposo, de su hogar, escuela para enseñar las ideas que aun podían esclarecer las ciencias, estadio para ejercer las virtudes que aun podían defender y prosperar á Roma. Hija de un extraordinario héroe, á quien le había tocado vencer al feroz y terrible semita, engendro del África, que, rodeado por trescientos mil hombres, á los cuales fascinaba, se puso de un salto sobre Roma, después de haber quemado cuatrocientas ciudades ó latinas ó aliadas, Cornelia debía, por efectos hereditarios, por altiveces de pensamiento adquiridas en su comercio y trato con las gentes superiores, continuar todos estos grandiosos ejemplos y contribuir con los recursos y medios propios de su sexo al esplendor de su patria.

Aunque la presencia en su casa paterna y la

educación de su heroico padre le sugirieran ciertos varoniles pensamientos, Cornelia sabía bien que le tocaba influir en Roma por medio de los suyos. Como Catón observa en los fragmentos llegados á nosotros de su libro célebre *Orígenes*, las matronas, muy sometidas á la tutela marital por las leyes, dominaban por las costumbres con su autoridad y con su poder femeniles á todos sus esposos. Enemigo como buen patricio rural de las innovaciones, oponíase á reformar las viejas leyes en pro de las mujeres y sus derechos, reforma propuesta por muchos, aduciendo el insoportable poder alcanzado bajo una legislación rigurosa y muy propenso á tocar en tiranía siempre, pero mucho más en el caso de aflojarse y perderse las viejas leyes. Casada Cornelia con el patricio Sempronio, por medio de Sempronio usó de su natural influencia. Modesto el marido, equilibrado en sus facultades como todos aquellos en quienes el genio no suele brillar, ejerció los cargos civiles y militares con rigurosa moderación y cumpliendo todos sus deberes. Acostumbrada la matrona excelsa por su educación á mayor influencia, no humilló nunca la dignidad natural de su marido, y aguardó con calma, pero con perseverancia, de la maternidad, el influjo no logrado en su modesto matrimonio. La hija del inmortal Escipión no pudo lograr que la llamaran en su tiem-

po esposa de Sempronio, y se consagró á que la designasen por siglos de siglos con este nombre: madre de los Gracos. Y así ha pasado á la historia.

Sempronio se debió inclinar siempre al partido plebeyo y á las ideas democráticas. Por consecuencia, Cornelia, nieta de patricios, hija del Africano, mostró todo lo que amaba en su corazón al marido, cambiando ideas tan arraigadas y parecidas á una vieja liturgia por sus nuevas radicales ideas. No turbó el más ligero disgusto ni la contrariedad más mínima tanto sólido amor. La tradición refiere que, habiendo encontrado una vez los esposos dos culebras en su cama nupcial, recurrieron á los augures, á fin de saber bajo sus auspicios el sentido y significación de tales augurios. En las arraigadas supersticiones clásicas recibían el carácter y el ministerio de agoreros casi todos los animales, de quienes imaginaban que solían servirse los dioses para sus sugerencias y sus anuncios. Aconsejaron los arúspices matar una de las serpientes, pero advirtiendo que, si moría el macho, se acortaba la existencia de Sempronio, y si moría la hembra, se acortaba la existencia de Cornelia. Muy amantes los dos esposos, quería cada cual matar el reptil que aseguraba la existencia ajena y destruía la propia. Cornelia pidió que muriera la hembra para morir ella y dejar á sus hijos con padre. No así el marido, argu-

yéndose de viejo y notando los pocos años de su hermosa y joven mujer, dijo cómo debía vivir ésta para dar en su juventud y en su hermosura numerosos romanos á Roma. Inútilmente porfió Cornelia en su empeño y aseguró que si alguna vez á enviudar llegase, no se casaría de nuevo, pues le placía pasar á la historia como esposa de un solo marido. No atendió á razones y menos á súplicas el porfiado Sempronio; mató al macho, y murió él, en consecuencia. Bajo estas fábulas y bajo estos símbolos, el arte de relatar, que los antiguos en grado tan excelso tenían, significaba el amor, el inmenso amor de Sempronio á su mujer. Y lo merecía ésta, porque todos cuantos desvelos llevó en su vida, todas cuantas vigiliass tomó en su extraordinario ministerio doméstico y social, redujéronse al magno empeño de ser una buena esposa y una buena madre. De los doce hijos que tuvo en su matrimonio solamente le quedaron tres, Tiberio, Cayo y una hija que unió con Escipión, el segundo Africano, hijo, en las adopciones romanas, de su propio padre y señor, el Africano primero. Viuda Cornelia, centuplicóse naturalmente su afecto maternal, y vivió tan sólo para su prole. Vida tal tuvo tanto más mérito cuanto que no le faltaron ocasiones múltiples de tornar á casarse. Entre otros, le pidió la mano el rey egipcio Tolomeo, brindándole con

su amor y con su trono. Intensísimo sacrificio para matrona de su temple la renuncia de un poder tan alto en imperio como aquel, que se alzaba orgulloso á las orillas del Nilo, bajo la dirección de una familia helena, ingerta en los generales subsiguientes al magno Alejandro, familia tan célebre por su poder como por su ciencia, por lo mucho que había esgrimido las armas en cien combates y aventajado las letras con su divina protección. Rasgos de tal género demuestran las altas virtudes romanas. Aquella mujer prefería la viudez de un censor á la diadema de todo un Egipto. Educar á los hijos en las virtudes antiguas, dirigirlos al bien de la patria, industrialarlos en los altos principios filosóficos, hacer de todos ellos héroes en el campo, magistrados en el foro, legisladores en el comicio, grandes ciudadanos, era para Cornelia mayor satisfacción que vivir á la desembocadura del Nilo, entre las alamedas misteriosas de palmas y obeliscos, reinando sobre aquellos desiertos donde los dioses tuvieran su cuna y ejerciendo desde las alturas del trono autoridad y poder, muy tentadores á todas las almas y especialmente á las almas como aquella suya, iluminada siempre por el resplandor de los más esclarecidos pensamientos y movida también á las más altas empresas por las más nobles y las más activas ambiciones.

Sus hijos: he ahí toda la pasión de Cornelia. Pero sus hijos no serán para ella, no serán para su hogar, serán para los combates de la política, serán para el servicio de la patria. Cornelia no pare hijos, pare ciudadanos. Algo hay en ella de la mujer laacedemonia, que imponía con orgullo á sus pequeños una educación regulada por leyes, mediante las cuales no debían ir al combate sino para recoger la victoria ó la muerte. Y esta pasión política debe considerarse como una pasión sobrepuesta por el amor inmenso hacia Roma en la naturaleza íntima, y propia, y peculiar de Cornelia. Tierna, muy tierna madre, de haber tenido sus hijos en medio ambiente, que no imperara con tal soberano imperio sobre la mujer y sus facultades, acaso fuese madre, sólo madre; y guardara para sí, para su amor, para su alma, para su corazón, á los hijos. Pero había nacido en Roma: la ciudad quiritaria dominaba su espíritu de mujer y lo convertía en verdadero espíritu varonil; el hogar de sus padres hallábase consagrado por santísimos recuerdos como la conquista de Cerdeña y de Cartago; en su familia y consigo vivían los salvadores de Roma; el término de su campo se dibujaba y señalaba con huesos de mártires; el sepulcro de sus mayores despedía una epopeya de sacrosantos recuerdos; por todas partes la gloria militar y política se levantaba imperiosa; y Cor-

nelia no podía, no, sustraerse á la fascinación de todos estos, más ó menos engañosos, pero efectivos y reales prestigios. Educó, pues, la prole suya para la milicia y para la política, especialmente para la política, porque había concluído el maravilloso ciclo de las conquistas romanas. El ciudadano latino cooperaba ya del alma de Roma; las legiones de Antíoco habían dejado sus carros de oro y marfil donde durmieran sueños voluptuosos los déspotas, al arbitrio del pueblo rey; la columna macedónica se había roto como una débil caña; creíanse los conquistadores romanos en el desfiladero de las Termópilas descendientes y no enemigos de los heroicos espartanos; Aníbal, después de haber tenido á sus pies Roma, buscaba en vano para morir y sepultarse tierra que no fuese romana; bajo los arcos de triunfo, sobre las moles de aquella incomparable vía Sacra, entre las hileras de templos y sarcófagos, pasaban elefantes con tronos de marfil en la espalda, camellos con oro acuñado, bueyes que arrastraban estatuas, cautivos orientales con cadenas de pedrería en los brazos; reyes como Prusias, penitentes que se ponían de hinojos, plegadas las manos y rapado el cráneo, ante las legiones, ó como el hijo de Masinisa, que depositaba su trono libico á las plantas del Senado; pueblos como los rodios, pidiendo, cual un título de honor, el dictado

infame de siervos; escritores como Polibio, que alababa los Leonidas opuestos á los persas y maldecía los Leonidas opuestos á los romanos, pues Roma no aparecía como una ciudad, aparecía como una diosa, disponiendo á su antojo del cielo y de la tierra. Penetrada Cornelia de la imposibilidad en que se hallaba de apereibir sus hijos á guerras como las mantenidas por Escipión, su padre, los consagró á la política, y la política en aquel tiempo, mal de su grado, fué la discordia en Roma y el martirio y sacrificio de los suyos.

¿Cómo se hallaba Roma? Parece imposible; mas los triunfos y grandezas de sus conquistas no habían hecho en suma otra cosa sino provocar profundísimo desasosiego y traer á la superficie de aquel mundo y de aquella vida los problemas sociales. Despojos de Zama, riquezas traídas de Tarento, entrada en los templos helénicos á saco, triunfo definitivo sobre Cartago, sujeción de nuestra España tras innumerables luchas y porfías, herencias de Atalo y otros reyes que legaban al pueblo romano sus bienes; todas estas riquezas acumuladas no servían sino á cancerar el suelo de tan feliz comarca y empobrecer á sus ilustres habitantes. Esta situación por necesidad convertía los antiguos partidos animados por la política pura en partidos animados por la pura economía. Cornelia,



engendada en hogar patricio, nutrida su alma con nobiliarias supersticiones, de un general como el primer Escipión Africano hija, suegra de otro general como el segundo Escipión, su hermano adoptivo además, debía saber ó adivinar, por lo menos, cuántas resistencias iban los nobles á oponer en su lucha con los plebeyos contra toda innovación económica y contra todo progreso verdaderamente social. Pero en aquel ánimo varonil servían los obstáculos de aguijoneo á la voluntad. Además, habiéndola llevado el culto y el amor á su marido hasta formar un alma sola con el alma de éste, participaba de todos sus pensamientos y de todos sus efectos, así como ejercía con él todas las magistraturas. Sempronio desempeñó largo tiempo el cargo de censor. Y este cargo llevaba consigo aparejados muchos y múltiples deberes compensados por autoridad y poder extremos, cual de antiguo sucedió con todas las instituciones romanas mantenidas por una combinación maravillosa de principios á primera vista contrapuestos y en realidad armónicos. Comparábanse á los generales en el campo los censores en la ciudad. Aquéllos mantenían la disciplina en los ejércitos, y mantenían éstos la disciplina en los hábitos y en las costumbres. Aquel edificio de la gloria romana, que frisaba en el cielo, podía venirse á tierra, no descan-

sando en las amplias bases de una rigurosa moralidad pública y privada. Pues el ministerio de ocurrir y proveer á ella correspondía por antiguo derecho al censor. El hogar con el Estado se confundían en aquellos tiempos, y por ende la moral con el derecho. Si había un pródigo derrochador de su fortuna; un celibulario que habiendo recibido vida de otros, la guardaba sin transmitirla de suyo á nadie; un mal casado; un pendenciero; un conspirador contra las honras ajenas; un patricio demasiado ligero; un borracho; un epicúreo entre tantas gentes, el censor le castigaba con severidad, tomando el vicio naturaleza y categoría de verdadero crimen. El censor Postumio constriñó á dos celibatarios célebres para que llevasen al tesoro público los ahorros allegados por su particular egoísmo. El censor Valerio Máximo borró á un patricio de las listas senatoriales por haber repudiado á su esposa y Catón á otro patricio por haber señalado la ejecución de un reo á la hora designada por su querida. La censura castigó á Rufino por su lujo asiático, á Duranio por su irreverente lenguaje, á varios caballeros por su pereza en un sitio, á Metelo por no haber cumplido juramentos prestados, á muchos otros por actos más bien contrarios á las leyes morales que á las leyes positivas. Pues imaginaos magistratura de tal importancia ejercida

en realidad por mujer de tanto ánimo ayudada por una femenil perspicacia. En poco tiempo Cornelia conoció toda la vida romana en sus minuciosidades más pequeñas. Y conociendo la vida romana pudo sondear todas sus llagas con verdadero estudio. Y sondeando todas sus llagas con verdadero estudio pudo pensar en el modo y manera de ocurrir al remedio. Y en esta concentración de su espíritu sobre la naturaleza de los males romanos y sobre la medicina mejor para precaverlos primeramente y después para curarlos, generó y educó á sus hijos, excelsos reformadores, movidos por un sentimiento poco extenso en el antiguo mundo, la más ardiente compasión por los pobres, por los humildes, por los infelices, por todos los inferiores, vistos con una indiferencia completa entre aquellas gentes, por tal modo penetradas de la desigualdad humana, que filósofos tan excelsos cual Aristóteles creían la esclavitud de derecho natural, y los colocados en las alturas sociales tomaban á los colocados en la base por verdaderas bestias de carga. El sentimiento de amor al humilde, que moviera la política de los Gracos, debió nacer en el corazón de una madre como Cornelia y transmitirse por la herencia psicológica y por la educación intelectual á sus hijos.

Bien la necesitaba ciertamente aquella situación del mundo romano, donde la conquista enriquecie-

ra por un lado á los menos y empobreciera por otro lado á los más. El dinero bajaba tanto y subía en idéntica proporción por ley naturalísima el precio de los productos, que ventas enormes de otros días no bastaban tras las guerras púnicas á satisfacer las necesidades primeras. Y, sin embargo, los intereses demandados en rédito alcanzaban proporciones verdaderamente usurarias. El regalo de las herencias regias y la llegada de verdaderas escuadras repletas de trigos extranjeros arruinaban el trabajo y el cultivo en pequeña escala, extendiendo por doquier como un corrosivo cáncer las grandes y enormes propiedades. Poco á poco se componían éstas de montes altísimos, de prados inacabables, de ríos enteros, de bosques numerosos, constituyendo verdaderas provincias, aquistados parte de los bienes públicos merced á la incuria del gobierno por los particulares y parte del peculio militar por las leyes reservado al pobre milite y bien pronto comido por la voraz usura. El sitio que antes mantenía cien familias apenas bastaba tras las guerras púnicas al recreo de una sola. Acababan las cortas propiedades y con ellas disminuía de un modo aterrador el trabajo. Para mayor miseria de los pobres y provecho mayor de los ricos, cegábase poco á poco aquella fuente de salud y prosperidad que fluye del cultivo, y propietarios rurales, como

Catón, trocaban la tierra de labor en tierra de pasto, aumentando con el ganado sus rendimientos, pero proscribiendo de allí brazos y jornales, reemplazados con ventajas por la guarda de algunos esclavos nutridos poco más ó menos como las bestias. Así pesaba sobre Roma un proletariado hambriento y mísero, dispuesto por su miseria y por su hambre á poner soldados suyos en todas las guerras civiles y aumentar con sus fuerzas numerosas y brutas la fuerza de todos los partidos y las discordias entre todos los romanos. La desproporción magna entre la riqueza del patricio y la miseria del plebeyo aumentaba las sendas cóleras de unos contra otros, disponiéndolos á todos para una irreparable catástrofe. Mientras se había peleado por el derecho la competencia tomó un alto carácter jurídico. No hubo ni un muerto en todas las porfías civiles de la plebe con el patriciado desde los Brutos á los Gracos. Pero en cuanto al combate por el derecho reemplazó este otro combate por el dinero, enardeciéronse las pasiones hasta encender la guerra civil y se agravó la guerra civil hasta causar desastrosas muertes en unos y otros bandos con mengua y enflaquecimiento de todos. Llegó el patricio á creer que le demandaban los plebeyos tierras transmitidas por los dioses á sus manos, y llegaron los plebeyos á creer que se comía el patriciado la mísera y humilde hoga-

za por tantas razones debida en la ciudad á sus hijos hambrientos, después que sus padres vertieran la sangre suya para ungir y amasar la tierra de donde todos debían nutrirse y alimentarse á una según ellos en comunidad de bienes como en comunidad de derechos. Pocas veces en la historia se ha visto tan patente, como en esta ocasión suprema, la utopia del socialismo autoritario, pues no bastó ni un Estado parecido al hogar, ni bastaron los despojos del mundo entero á combatir y á desarraigar en suelo comido por la lepra de tantas enfermedades profundas el hambre de los más ni á impedir la enorme y corruptora riqueza de los menos. ¿Cuál Estado podrá distribuir bien la riqueza y procurar el equilibrio económico entre todas las clases y las armonías entre todos los intereses, no habiéndolo conseguido aquellos enormes Estados antiguos tan poderosos y tan fuertes?

Sempronio, el padre de los Gracos, debió mil veces en su censura enterarse de todos estos males, y Cornelia, como buena exaltada mujer, instruirse también por su parte mediante un corazón abierto á todos los afectos y un espíritu abierto á todas las ideas. El comercio con estadistas, con filósofos, con oradores, con generales y guerreros, había dado á Cornelia una propensión tan invencible al estudio y cuidado de los intereses públicos, que

por ella se comprende y explica la historia de sus hijos. A mayor abundamiento predominaban en su corazón y en su conciencia, entre todas las escuelas filosóficas en aquella sazón emanadas de Grecia y venidas á Italia, cierta escuela que no creía ajeno á su cuidado ninguno de los verdaderos intereses humanos. Y así Cornelia se interesaba en todo y por todo. Ella trazaba planes y sugería proyectos. Su opinión llegaba con rapidez digna de la luz desde su mente á sus labios. El conversar estaba entre sus más arraigados hábitos. Era una especie de Aspasia modestísima, honesta, de todo bajo pensamiento apartada y á todo placer ajena, uniendo con las grandes seducciones de aquella la superior seducción de su virtud austera, que bien podría llamarse majestuoso imperio. Hemos dicho que la calidad sobresaliente de los Gracos era su compasión por los humildes, y ahora debemos añadir que la facultad superior entre todas sus facultades era la elocuencia. Cuando en Roma dominaron lo debieron más á su lengua que á su espada. Pues bien, libaron éstos elocuencia en labios de su madre. Cicerón, que recogiera tradiciones vivas á tal respecto y que juzgara sus epístolas perfectos dechado del bien decir latino, habla con elogio de su vivo arte, prestado por una inspiración inagotable y mantenido en los ejerci-

cios continuos de múltiples conversaciones y animadísimos diálogos, en los cuales entraban desde los negocios políticos hasta los problemas científicos. Muertos sus hijos, viuda y solitaria, desterrada por su propia voluntad y por su intenso dolor en campos apartadísimos de Roma, Cornelia no llegó á desinteresarse jamás del curso que llevaban los sucesos, cual si todavía tuviera en ellos empeñados á su padre y maestro el primer Africano, á su esposo Sempronio, á su yerno Escipión el segundo Africano, á sus dos ilustres hijos, Tiberio y Cayo Graco, dando lecciones prácticas á los jóvenes para que huyesen los escollos en que su prole se había estrellado y despertando los recuerdos antiguos para que compusieran todos ellos una religión de las almas. Entre las damas romanas, que han pasado á nuestros ojos, ninguna de la universalidad en aptitudes alcanza por lo noble á Cornelia. La matrona Veturia personificaba, con exclusión de todos los otros intereses, el interés patricio. Cornelia, de sangre y educación puramente nobiliarias, con prosapia entroncada en familia cuasi divina, interesábase por todas las clases, y muy especialmente por las clases humildes ó pobres. Y al servicio suyo puso un corazón lleno de altos sentimientos y una palabra llena de melodiosas unciones. Sus dos hijos diferenciábanse mucho

entre sí, dulzura y conciliación el uno, aspereza y fuerza el otro, pero ambos confundidos con su madre idolatrada en los comunes afectos por los pobres y en la espléndida superior elocuencia. Puede asegurarse que penetra en la política romana una fuerza, no estimada en todo su valor hasta entonces, la fuerza del sentimiento, y que predomina una virtud espiritual, nunca dotada de tanta persuasión como en aquella sazón, la virtud y eficacia del pensamiento revelado por una palabra elocuentísima. Tal fué la influencia de Cornelia en sus hijos y la influencia de sus hijos en Roma.

Tres partidos había entonces: el partido extremo aristocrático, quien deseaba que mandaran los mejores; el partido extremo democrático, quien deseaba que mandaran los más; y el partido de conciliación entre ambos extremos, quien deseaba que mandaran los mejores, pero en servicio y en bien de todos. A la cabeza de los primeros hallábanse hombres como Nasica y otros partidarios; á la cabeza de los segundos hallábanse Tiberio y Cayo Graco; á la cabeza de los terceros Muciano y Escévola. Cornelia realmente no pertenecía, ni al partido extremo patricio, donde se hallaban sus más allegados parientes, ni al partido extremo plebeyo, donde se hallaba su prole propia. Gustábanle por mil motivos las conciliaciones á que propendían el

pontífice Máximo Craso, el jurisconsulto eximio Escévola y el heroico general Quinto Metelo, todos nobles, pero todos transigentes, porque también á ellos les repugnaban las acumulaciones de tanta propiedad en pocas manos y el exceso de las oligarquías usurarias. Atravesaba Roma una profunda crisis social, y en esta crisis cada uno tomaba su puesto, perturbadas las relaciones económicas, roto el antiguo cultivo en pequeño, arruinado el trabajador con la competencia del siervo, hundidos los hogares en las ergástulas, cada día más gravosos los arrendamientos, la revolución socialista en crecida, el respeto á los nobles y á los dioses menguada, y la guerra servil relampagueando por todas partes á causa de que ciertas ideas diseminadas en los aires habían penetrado hasta el abismo donde se arrastraba el siervo, á quien las cadenas de todo punto le abrumaban, sabedor como era de que podía en su desesperación acerarlas y convertirlas contra el pecho de sus infames señores. Todo esto exigía una reforma, y esta reforma vagaba por los aires. Hombres, como Escipión Emiliano, veían su necesidad, pero no veían sus términos y sus factores. Así cuentan las historias que, al ir el ilustre general, después de ultimados los días de su gobierno, ante los dioses, presentándoles gracias y ofrendas, pidióles con todo encarecimiento la salvación,

y nada más que la salvación del Estado, expuesto á zozobrar como nunca. Natural, muy natural que los hombres de madura edad y grandes responsabilidades vacilaran mucho antes de acometer la reforma, pero natural también que los jóvenes quisieran intentarla. Entre los jóvenes hallábase Tiberio Graco, el mayor de los hijos, superviviente á la gran mortandad que afligió toda la prole de Cornelia, prole disminuída de doce á tres, los dos tribunos y la esposa del inmortal Escipión. Tiberio Graco recibió de su madre un impulso, sin saber él mismo dónde había de pararse y detenerse, y recibió de su cuñado muchas ideas helénicas, aplicadas por él á la vida y á las reformas sociales. Los plebeyos, necesitados de un jefe, incitábanle á dirigirlos. Y en vano quería Cornelia, en sus naturales recelos de madre, amortiguar el afecto que despertara, y en vano quería Escipión esclarecer la inteligencia enardecida por sus ideas tempestuosas y vagas. Cuéntase que, al volver de un mando militar en España y pasar á Etruria, viendo los campos de Italia yermos y los corazones italianos poseídos de intensos deseos á la ciudadanía romana que nadie se curaba de satisfacer, concibió el plan y el propósito de ponerse resueltamente á la cabeza de tan decisiva y honda revolución social. He aquí, pues, el hijo mayor de Cornelia impulsado por el espíritu

y por el aliento materno allende los nobles deseos y las tenaces aspiraciones de su propia madre.

Advenido al tribunado Tiberio Graco presentó la ley agraria. Esta ley agraria tendía en sus disposiciones á separar las propiedades heredadas y particularísimas del patriciado de aquellas otras usurpadas á los bienes comunales del Estado, idea muy extendida, y aun varias veces propuesta, siquier fuera sin resultado, en otras disposiciones y en otros planes anteriores. Naturalmente, los aristócratas con todas sus fuerzas se opusieron á que prevaleciesen leyes semejantes. A este fin ganaron un colega de Graco, tribuno como él, que se llamaba Octavio, y le indujeron á presentar su veto. Cuando Cayo supo esto, se arrojó á sus pies y le pidió con lágrimas que desistiera de tal intento en bien de todos y para seguridad y fianza de la paz pública. Negóse Octavio, y Tiberio comenzó con tal motivo la revolución violenta, pues iba enlutado, triste, con las manos caídas como en señal de completa desesperación, inclinada sobre su pecho la cabeza, diciendo que todo tribuno contrario á la voluntad y pensamiento del pueblo dejaba de ser tribuno por el acto mismo de aquella oposición. Halagaban mucho á los plebeyos estas tentativas revolucionarias; é impelido por ellos, Graco envió sus lictores para que arrancasen al tribuno de su sede, y le depusieran de su dignidad,

y le despojaron con este acto brutal de todo su prestigio, indudable base del poder. La más popular entre todas las romanas magistraturas quedaba herida en estas extraordinarias circunstancias por la mano misma del pueblo. Tamaño error debía ser caramente pagado. Tiberio Graco nombró individuos de su propia familia para coasociarlos al tribunado; y esto en tal modo llegó á sublevar la conciencia pública de los patrios, que habiendo pedido Graco los necesarios recursos para instalar los nuevos magistrados en las viejas magistraturas, negáronle todo recurso los senadores airados.

Sucedió entonces lo que sucede siempre, por una regla general, en todas las revoluciones. Los agraviados sintieron mucho su agravio, los favorecidos sintieron poco su favor. Elevándose la repartición de tierras á unos tres siglos atrás, las ventas, las donaciones, los traspasos á títulos onerosos, la prescripción, finalmente, concluyeron por dar á los acaparamientos íntimos y profundos caracteres de verdadera propiedad. Por su parte los favorecidos apenas recibían alivio ninguno, necesitada la tierra en Roma ya del extenso cultivo, posible tan sólo á los grandes y poderosos propietarios. Necesitaba para mantenerse proponer leyes nuevas, y las propuso de carácter político solamente, cuales eran la rebaja del servicio militar, el aumento de los sena-

dores por sumas de caballeros y la confirmación por el pueblo de las sentencias dadas por el Senado. Además, como un rey de Pérgamo hubiese legado sus bienes al pueblo rey, Tiberio Graco propuso que se repartiera esta herencia entre los ciudadanos á quienes se les habían atribuido las nuevas tierras, para que pudiesen adquirir instrumentos de labor y comenzar el cultivo. Pero ya el desengaño comenzaba en aquellos minutos supremos á extenderse por todas partes. El Senado había difundido noticia bien extraña, la noticia de haberse quedado Tiberio con la púrpura del rey Atalo y la diadema para ceñirse aquélla á sus hombros y á su sien ésta. Tal calumnia comenzó á obrar en el ánimo de la plebe, despegada ya un tanto de su amado tribuno. Adolecía éste de una perplejidad incurable. Para llevar adelante las medidas revolucionarias necesitaba de medios revolucionarios también. La dictadura plebeya era lo único, en verdad, que pudiera sacarle del abismo en algún modo. Pero falto de idea ó falto de audacia para tal intento, redujose á pedir la reelección de su cargo. Era el día de tal batalla. Presente á los comicios Tiberio, como se armara gran tumulto, llevóse la mano á la cabeza indicando tan sólo que corría la cabeza peligro. Sus enemigos, dispuestos á trastocarlo todo, anunciaron que

con aquel ademán pedía la diadema para su frente. Entonces el Senado mandó á los cónsules que apresaran al tribuno. Escévola, el cónsul, respondió que no le autorizaban las leyes á poner mano sobre hombre alguno sino después de á él entregado por juicio solemne. Al oír esto Nasica se cubrió la cabeza con la toga, y diciendo que la república se veía de sus naturales amparadores desamparada, concitó á sus partidarios para que le siguieran al Capitolio, donde por aquella sazón campeaba el tribuno, y se tomaron la justicia por su propia mano. Los ricos, los nobles, los potentados, que constituían el gran partido reaccionario, secundados por sus siervos y por sus clientes, formaban, á la verdad, un ejército, contra el cual parecía difícil toda resistencia.

Mal día para Graco. Reelecto por los comicios ó muerto: tal era su angustiosa situación. No se oía por todas partes otra cosa sino que Tiberio deseaba ser rey. Así, de un lado el empuje soberano é irresistible y de otro lado la muelle resistencia. En los ojos del patricio veíase relampaguear el furor, y en los ojos del plebeyo veíase la conformidad ó la resignación. Tiberio no había nacido para dirigir las grandes revoluciones. Amaba mucho las ideas revolucionarias, pero como pudiera un filósofo en su aula y no un combatiente de verdadero empuje y

de valor verdadero en el tribunado, en el comicio, en la revolución. Después de haber cometido un acto de suyo tan ilegal como la deposición del cónsul Octavio, estaba quizás obligado á mantenerse por fuerza en la ilegalidad, y á pesar de tal obligación quería confirmaciones legales por los poderes públicos y por las instituciones vigentes á sus propósitos revolucionarios. El Senado sabía dónde iba, él no lo sabía con tanta certeza. Las curias, ó sean los comicios senatoriales, alcanzaban una poderosa organización; y las tribus, ó sean los comicios populares, yacían todas ellas en espantable caos. En vez de atacar, Tiberio aguardó el ataque. El no se decidió á ir y arremeter con el Senado, pero el Senado se decidió á ir y arremeter con él. Vese aquí, en el mayor de sus hijos, la misma incertidumbre notada en Cornelia, quien se decidía, más que por los medios violentos y por las medidas extremas, por los medios conciliadores y por las transacciones prudentes. Cuando Nasica y los feroces patricios, ebrios de odio, arremetieron á una con Graco, éste solamente pensó en huir. Huyendo á todo correr, tropezó y cayó. Ya en el suelo, acercóse á él un partidario de la nobleza y le asestó golpe tal á la sien que lo dejara súbitamente muerto y rematado. Frente á un templo como el de la Fidelidad, al pie de las estatuas de los reyes, acabó aquel

hombre, tan poseído por los más altos sentimientos de caridad y consagrado á la defensa del pueblo. Trescientos de sus partidarios murieron á violencia, y ninguno llevaba consigo armas para defenderse. Inútilmente pidió la infeliz Cornelia que le dieran el cadáver de su hijo para mezclar sus cenizas con las cenizas de los ilustres abuelos. Cayo Graco, el hijo menor, mozo de veinte años y asociado á la obra de Tiberio, anduvo de barrio en barrio y de puerta en puerta requiriendo el cadáver de su hermano mayor. Nadie le hizo caso, porque sus partidarios más ardientes habían muerto con él y sus partidarios más tibios habíanse huído, víctimas todos á una del terror universal. Los cuerpos de tantos mártires cayeron al Tíber arrojados por las venganzas patricias y nunca el río acertó á devolverlos. Una reacción por tal modo intensa dominó los ánimos entonces, que hasta los parientes del pobre mártir Tiberio se recataban de recordar su parentesco. Cuando Cayo entró en el hogar sin los despojos siquiera de su hermano, y vió á la madre idolatrada presa de un dolor más terrible que todos los estertores y agonías de la muerte, levantó los brazos al cielo, invocó los númenes de su familia y juró con toda solemnidad una suprema é irrevocable venganza.

Cornelia empezó aquí, en este momento, á ser

madre verdadera, posponiendo la gloria de su hijo Cayo á su existencia, sin la cual apenas podía la infeliz vivir. En los fragmentos de sus cartas, que nos ha conservado Cornelio Nepote, y hasta en los discursos de su hijo, que menciona Cicerón, descúbrese ya las naturales y necesarias sobreposiciones en el amor á Roma del amor de madre. Cornelia se muestra muy desengañada. Cree á Cayo tan capaz de un sacrificio por la república y por la patria como al mismo Tiberio; pero cree también inútil este sacrificio, sangre á los aires enviada, llama tenue y desvanecida. En su desesperación de todo adelante, en su incurable certeza de males próximos é irremediables, descúbrese cuán profunda herida la muerte de su hijo le abriera en el corazón, y cómo, de recomenzar la historia, lo escudara con su pecho contra todo asalto de las pasiones patrióticas y contra toda obsesión de un pensamiento político. Mas no pudiendo resucitar á Tiberio Graco intentó retener á Cayo Graco. Éste con su hermano se identificaba y confundía en las tenaces aspiraciones al mejoramiento popular; pero de su hermano se diferenciaba en lo enérgico de su palabra y en lo firme de su voluntad. Las incertidumbres y perplejidades naturalísimas en Tiberio, la ondulación de aquellas sus ideas vagas é indefinidas siempre ó por lo menos contradictorias, el armonio-

so lenguaje casi heleno acompasado como un hexámetro ateniense, todas las cualidades propias del mayor, quedan reemplazadas por un esfuerzo máximo, por una idea fija, por un propósito incontrastable, por mayores conocimientos de las fuerzas á emplear y de los obstáculos á vencer. Con poco empeño hiciera Cornelia de su hijo mayor un artista ó un filósofo, pero necesitaba contrariar mucho la naturaleza del hijo menor para divertirla y separarla del combate. Los patricios habían destruído á su hermano, pero no la obra de su hermano. El repartimiento de las tierras, tan peligroso y difícil, encontraba una sanción suprema en el martirio de su autor, como una especie de numen supremo é inspiración en su pensamiento realzado por la muerte. Los que creen exterminar ideas exterminando frágiles y fugaces personas, que nacieron para mantenerlas y propagarlas, ignoran completamente la historia. El sacro altar de los holocaustos aviva las ideas, como el calor de los soles aviva los seres. Quizá fuera fácil y hacedero al patriocidio concluir la idea de Tiberio, como se concluye siempre, siquier por breve tiempo, con las ideas nuevas, de suyo muy frágiles y muy expuestas al hielo de toda realidad fría y en desproporción manifiesta con las grandezas y con las alturas del pensamiento. Pero, muerto Tiberio, del martirio suyo

extrajo vida su idea, como dicen las religiones divinas y espiritualistas que del cuerpo deshecho y podrido, presa de los gusanos, el alma se levanta y vuela con alas tales que pueden subirla de un solo impulso á lo infinito.

Cornelia hubiera podido, indudablemente, detener la brava é intensa voluntad del hijo segundo y apartarlo de la política, si no quisiera Cayo siempre la venganza de su hermano, que le obsesionaba de continuo. Cornelia no hacía más que preguntar al más joven de sus hijos, lazo de su sér con la vida y con el mundo, á qué lección se instruirían los suyos del mal reservado por el cielo al titánico intento, y á qué hora sufrirían una detención en su carrera vertiginosa é indeclinable hacia la ruina. De verdadero delirio calificaba todos los propósitos abrigados por Cayo respecto del hermano mayor y de la continuación en su obra. Cornelia no veía más que perturbaciones sin fruto, y, por consecuencia, le rogaba no amargase la vejez tristísima suya con nuevas revueltas, y si tanto le iba en remover la república y alterarla en sus cimientos, lo dejase para después de su muerte. Desde la tumba podría ella callarse, aunque su hijo cohonestase con plegarias é invocaciones á su madre proyectos y procedimientos de su madre reprobados. Cayo, que había

recibido en herencia de su hermano el culto á la idea social y el culto á la madre común, cuanto menos la obedecía en su empeño de retenerlo tranquilo más la llamaba su divinidad y su numen. Pero argüíale Cornelia con razón que si por divinidad la tomaba ¿cómo no la obedecía? Y si no la obedecía ¿cómo la llamaba su madre? Defendíase Cayo del consejo materno y abonaba su invencible resistencia con el recuerdo y la sombra de su hermano. Cuando entraba en el hogar suyo y lo veía desierto; cuando iba después al hogar paterno y lo encontraba ocupado por una viuda llorosa y herida sin piedad en su hijo mayor; cuando aquel hermano, que por un segundo padre tuviera siempre y como á un segundo padre siempre respetara, se había del mundo ausentado al empuje de la traición, parecía indigno de su nombre, y de su prosapia, y de su gente, conformarse con tales injusticias y aceptar tales dolores humilde y resignado sin aspiración y sin deseo de venganza. En la claridad y en el relieve de las civilizaciones antiguas no caben de ningún modo, ni pueden caber, las sombrías supersticiones del monomaniaco sublime, que se llama en la literatura universal Hamlet, y que va tristemente vagando por las tinieblas de su cielo sumergido en las tinieblas de su alma. Pero así como á Hamlet

le atenacea el corazón un pensamiento de suyo tan sombrío cual aquella venganza implacable que debía ofrecer á los manes del inmolado padre, Cayo suspira en palabras clarísimas como su idea entre los resplandores de las estrellas y los resplandores de las inspiraciones que iluminan el cielo de los pueblos clásicos, por vengar terriblemente á su hermano.

En cuanto llegó Cayo á la madurez completa de su poder y de su influjo nombró la comisión directiva de las distribuciones territoriales, tal como se disponía en los códigos promulgados por el partido y el gobierno de su hermano. Esta comisión tuvo que remover muchos intereses y que registrar muchos archivos para cumplir su cometido espinoso del despojo de unos y del enriquecimiento de otros. Innumerables injusticias habían de cometerse por fuerza en aquellas disposiciones revolucionarias, movidas, más que por la justicia, por la violencia. Criado el hombre con deseos tan vivos, á los cuales presta la realidad satisfacciones tan mezquinas, la impaciencia por adquirirlo todo en unos y el temor en otros á perderlo todo trajeron discusiones, las cuales apestaron el espíritu público de una discordia permanente y enflaquecieron el Estado aquel, necesitadísimo, como todos los Estados libres, del concurso universal y activo

y continuo de todos sus ciudadanos. Las disposiciones contra la facultad antigua de adquirir empobrecieron á los nobles y no prosperaron á los plebeyos. Los desposeídos perdieron mucho y los recompensados poco ganaron. Aunque se creaban colonias para ir expeliendo el exceso de población romana, resistíanse las gentes á poblarlas, porque hasta los más humildes preferían pretender y desear dentro de su ciudad á poseer fuera. El mal peor de las reformas sociales fué aquel incendio de odios atizado en el noble, sin que igual amor, compensando las pasiones contrarias, naciera en los plebeyos. El patriciado se ofendió en términos de importarle poco arrastrar consigo á la sima por donde se precipitaban ellos la libertad y la república. Así, como dice Maquiavelo, debe alabarse mucho en los Gracos antes el propósito que la previsión. Difícilmente, muy difícilmente se curan los males inveterados con desórdenes crónicos y violencias excesivas. Enfermedades que los siglos han causado y traído, no se curan de ningún modo con la brevedad fugaz de un rapidísimo remedio. El tiempo sirve tanto para crear como para destruir.

Entre la nobleza y la plebe había un partido intermedio, ya lo hemos recordado. Sin este partido, que pasando de izquierda continuamente á derecha,

y viceversa, llevaba consigo la victoria, nunca se lograran las leyes de los Gracos. Al poco tiempo de iniciar Cayo su política personal extremáronse las quejas, y entre las extremadas, ningunas tan fuertes como las emitidas por las colonias romanas. Escipión Emiliano las tuvo muy en cuenta, receloso de que una desavenencia con tal gente dañase á Roma con daño máximo. Y sin aparentar la enemiga implacable al movimiento agrario, supo abrogarlo, so color de suspenderlo, encargando las distribuciones territoriales á los cónsules enemigos de los Gracos, cuando la comisión directiva era de los Gracos partidaria. Siguióse á tal medida intensísimo descontento. En la mañana de cierto día consagrado á validar más y más esta reacción agraria, su autor Emiliano apareció muerto en la cama. Con cincuenta y seis años de vida, salud juvenil, ánimo alegre, nadie achacaba la muerte de tal hombre á un decreto de la naturaleza, todos á una en ella veían el desahogo y la venganza de un partido. El día precedente á desventura tal habló en las asambleas romanas, indicando las tramas que se le movían y los golpes que le amenazaban. Pero ni en los nobles por lo que tenía Escipión de popular, ni en los plebeyos por lo que tenía de patricio, hubo interés por averiguar la causa ocasional de tanto crimen. Parece imposible que pudiera morir un patricio en su cama

de un modo misteriosísimo é ignorarse las causas y los agentes ocasionales de su muerte. El silencio sólo sirvió á la murmuración y á la sospecha. Hermano político de los reformadores, el parentesco agravó el horror. Decíase que su propia esposa, la hija de Cornelia, la hermana de Cayo, no había vertido una sola lágrima. Escipión tuvo la fortuna de impeler la reforma y detenerla con sus actos, haciéndola y moderándola, merced á lo cual supo establecerla primero y después conservarla, ministerio pocas veces visto en la historia, indudablemente á causa de los implacables rigores que guarda, como la misma naturaleza, la humana sociedad.

El odio, por la triste muerte del valeroso Escipión excitado contra los Gracos, al fin y la postre, sirvió tan sólo para que sus partidarios llegasen á intensa exacerbación de afectos y á temeridades continuas de palabra. Cayo mismo, tan ducho en el obrar como en el decir maestro, aguzó las cualidades múltiples de gran discutidor y estadista que había en él para defenderse á sí mismo y desconcertar á sus enemigos. Éstos le perdonaban tanto menos cuanto más resplandecía su calidad. Para optar á la cuestura pedíanse diez campañas, y á él reclamáronle doce los patricios. Todo cuestor ascendía con sólo un año de servicios. Tres le impusieron á Cayo. Otros habían satisfecho pasiones

personales en la vida; él sólo satisfizo la pasión por el pueblo. No hubo ni mujeres en su lecho ni festines en su mesa. Los jóvenes y los niños le infundían respeto igual que los ancianos. Allegaban todos los gobernadores en sus gobiernos dinero, y Cayo lo repartía. Los cintos, que sacara de Roma repletos, devolvíalos á Roma vacíos. ¡Qué diferencia de aquéllos, acostumbrados á llevar á provincias las ánforas llenas de vino y traerlas llenas de oro! Sin embargo, á tantas virtudes y á tantos servicios la sociedad contestó con crueles rigores. Noble, los enemigos habían extirpado su raza. Un hermano tenía en el mundo, á quien amaba con delirio, y lo habían perseguido, acosado, muerto, cual si sus bondades merecieran el castigo que se da por sus instintos crueles á las fieras. Escipión Africano, que destruyó Cartago con su generalísimo Aníbal, no contaba en Roma otro vástago que Graco, y las envidias tendían á segarle. Por eso ánimo tan varonil soñaba con tan implacable venganza. La madre, la previsorá madre, inspirada por sus adivinaciones maternas, anunciábale un fin idéntico al de su hermano, y le decía cómo conviene satisfacer esas pasiones cuando hay seguridad completa de no malherir á la patria. Pero si, al vengarse, moría Roma, ¿qué lauro estaba en el caso de prometerse, ni qué satisfacción granjearse?

Cayo Graco era sobre todo lo que llamamos hoy, con más ó menos propiedad, un repúblico. Cierta, muy cierta de que para el cambio de las relaciones económicas había menester un cambio de las relaciones políticas, intentó renovar el poder de las Asambleas antes de renovar el estado social y deducir de las leyes agrarias sus últimas consecuencias. Plutarco describe por modo bien artístico este propósito suyo, cuando refiere que mientras los oradores de otros tiempos al hablar se dirigían al Senado y le tornaban á la plebe la espalda, él se dirigió á la plebe y le tornó la espalda concienzuda y deliberadamente al Senado. ¡Poder máximo el de un hombre que inclinaba las instituciones romanas adonde inclinaba la cabeza! Los comicios por tribus fueron predominando sobre los comicios por centurias. Disminuyóse la duración del servicio militar. La clase de caballeros, es decir, de aquellos que servían á la patria, no sólo con sus personas, sino también con su caballo, creció mucho, merced á la política de Cayo, empeñada en destruir la nobleza. Estadista profundísimo comprendió que teniendo tan sólo por sí el proletariado, no podía sostenerse; y compuesta la nobleza de dos órdenes, mercantil una, territorial otra, favoreció á la primera, no porque le fuese amable, sino porque odiaba como él á la segunda.

Los caballeros se levantaron así al nivel de los senadores, y para más engrandecerlos entregó numerosas facultades jurídicas al orden ecuestre, haciendo con la justicia mucho de lo que nosotros hemos hecho, transferirla desde los tribunales antiguos al jurado popular. Los comicios por tribus eclipsaron á los comicios por curias; los tribunos eclipsaron á los cónsules. La jurisdicción del Senado quedó disminuída. Los senadores mismos, aquella eximia oligarquía quedó debilitada por la suma y aumento de senadores nuevos parecidísima en todo á lo que se llama en Inglaterra con el nombre de hornada de lores hecha por los gobiernos con frecuencia cuando les faltan votos en la Cámara patricia y noble. Al revés de Tiberio, Cayo mostraba una reflexión profundísima en todas estas alteraciones políticas. Para más luchar y sostenerse con mayor empeño, apeló á las distribuciones de trigo, y con estas distribuciones de trigo mantuvo largo tiempo el favor de la plebe y su propia natural autoridad. Pero los hondos cambios llamaban otros cambios más hondos todavía, suscitando problema tras problema, cuya solución agitaba mucho los ánimos con las múltiples heridas abiertas en todos los viejos intereses.

El espíritu y el pensamiento universal de Graco estrelláronse por desgracia en su propia comunión

y partido. No le bastaba con extender al pueblo romano aquella suma de privilegios, quería extenderlos también á los aliados latinos. Esta propensión á la extraña gente, á los primeros vencidos de la Ciudad Eterna, patentiza el espíritu de justicia que latirá siempre por necesidad incontrastable de sus principios en el seno de las democracias. El tribuno recogía los poderes del Senado y se los iba poco á poco entregando al pueblo. Pero después, no satisfecho con tal extensión, que aun parecía limitada y pobre, llamaba los latinos á la comunidad humanitaria en los nuevos ideales. Aquí lo encontró el Senado, aquí encontró la brecha por donde podía entrar en su política. Dirigiéndose al egoísmo de la plebe romana, le mostró cuánto perdía con aquella cooparticipación de los latinos en la libertad y en el derecho. Serán más los libres, dijo, pero por lo mismo el provecho de la plebe romana será menos, aumentándose los competidores en el reparto de los despojos y en las asistencias á los espectáculos. El pueblo se fué con los enemigos del pueblo. La nobleza buscó en la demagogia su natural aliado. Druso, el infame Druso, tomó para sí la traidora carga de perder á Graco, exagerando sus ideas y su reforma. Como Graco había de cumplir, formulaba lo posible; como no habían de cumplir el Senado y sus cóm-

plices los demagogos, prometían lo imposible. Prometió Graco colonias ultramarinas; pues Druso prometió colonias italianas. Prometió Graco alteraciones en el servicio militar favorables al pueblo, y prometió Druso alteraciones desfavorables por su exageración. Mantuvo Graco la repartición del territorio público y común; Druso prometió que se distribuirían entre el pueblo todas las propiedades. El populacho creyó á sus enemigos y dudó de su abogado. Amó á sus verdugos y desamó á su redentor. La democracia retrocederá siempre que degenerare por su mal en demagogia. Y triste ¡ah! trisísima la retrogradación que vamos describiendo, pues, merced á ella, la democracia romana se detuvo cuando el espíritu de la humanidad entraba en sus senos. Por tal modo las ideas progresivas crecían, que pensaba Graco pocos meses antes de su fin último en restaurar la eterna rival de Roma, en restaurar á Cartago. Los antiguos augurios, las viejas religiones reaccionarias volvieron nuevamente á detener los humanitarios progresos. Y como algunas piedras de las puestas para designar los límites y recinto de la ciudad vencida hubieran desaparecido, declararon los sacerdotes que las hienas se se las habían llevado por expresa orden de los númenes romanos, irritadísimos contra la resurrección irreverente. Unidos los sacerdotes y

los patricios ¡ah! las supersticiones mantenidas por los unos y la reacción fomentada por los otros debían acabar con el tribuno.

Era el 1.º de Enero en el año 633 de la fundación de Roma. Votábase la hermosa ley referente á la reconstitución de Cartago. Las votaciones habían tomado por aquel tiempo nefastos aspectos de guerras civiles, y Cayo deseaba con todo su corazón apaciguarlas. El Senado quería sacarlo del derecho, y se parapetaba tras el derecho Cayo como tras un inexpugnable reducto. Á pesar de tales deseos, con armas acudieron sus partidarios, por haber acudido con armas también sus émulos. Antes de comenzar la votación, Opinio, cónsul, presentó en el templo superior capitolino las debidas ofrendas á los dioses, pero sin que lo solemne y religioso del acto consiguiera ningún recogimiento. Uno de los asistentes suyos, levantando las entrañas de las víctimas, distinguió en la concurrencia entre los hombres honrados y los hombres sin honor, distinción peligrosísima é insultante para los enemigos en estos ardores de las humanas pasiones que llegan á extravíos. Y no satisfecha la venganza natural suya con frases, amenazó con golpes. Y como un amigo de Cayo creyera que iba en sus alevosías á golpear á éste, atravesó las entrañas del irreverente dejándolo muerto al pie del ara humeante. Fácil

imaginar el tumulto que se armaría con tan fundado motivo. En este tumulto no fué mucho que Cayo hablara, y que al hablar interrumpiera mal de su grado á un tribuno de la plebe, interrupción calificada en aquel tiempo de crimen capital por viejos y olvidados estatutos. Solamente la noche puso treguas pasajeras á la discordia; pero la tregua se aprovechó para difundir en el ánimo de una crédula plebe sospechas insidiosas contra el republicanismo de Cayo, á quien delataban y acusaban de soñar con la monarquía para sí. Amaneció el nuevo día y viéronse los templos convertidos en fortalezas, los cónsules en el Foro, la cima del Capitolio guardada por arqueros cretenses, los senadores y los caballeros con sus cascos relucientes de pelea, sus escudos de defensa y sus espadas de ofensa. El Senado no parecía un cuerpo deliberante, parecía un ejército en armas. La cólera de los guerreros relampagueaba en los ojos de aquellos legisladores cuando tanto habían menester la celestial serenidad propia de las leyes. Graco y los suyos habíanse reunido en el monte Aventino, fortaleza de la plebe. Pero Graco había ido, no á la victoria, no, á la muerte. En su cabeza inclinada, en sus brazos plegados, en su melancolía sublime y su despojo de todo armamento veíase, no al héroe combatiente, al resignado mártir. El

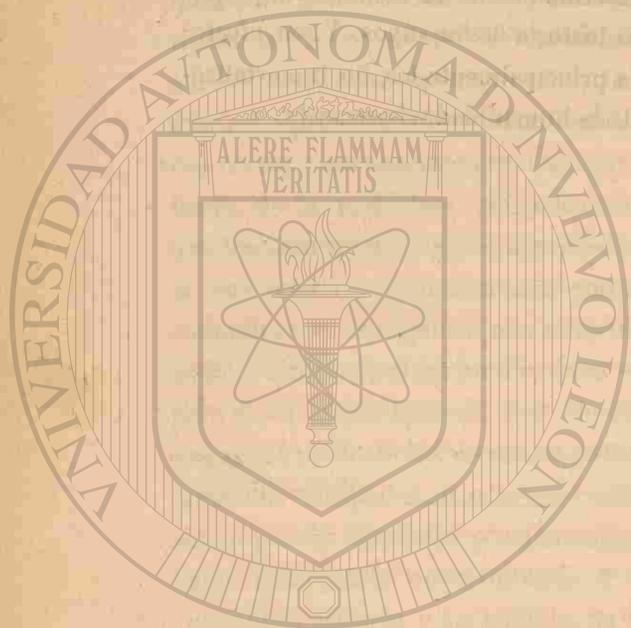
Senado intimó á Graco la comparecencia. El tribuno contestó que mal podría comparecer cuando le condenaran tristemente sin oírle y le pusieran á la entrada de sus curias el cadáver de su contrario acusándole de aquella muerte. Al oír esto, los senadores, los caballeros contrarios á Graco, asistidos por los cretenses mercenarios y por los clientes y por los siervos propios, dirigieronse al Aventino con tal ímpetu, que antes de llegar habían degollado á doscientos cincuenta ciudadanos del partido contrario. Viendo el asalto de sus enemigos y la dispersión y el sacrificio de sus partidarios, Cayo se refugió en el templo de Minerva. La diosa, en quien buscaba un refugio, le sugirió tristemente la idea de un suicidio. Iba el infeliz á perpetrarlo, cuando un su amigo le desaconsejó tal acto y le detuvo con fuerza, impetrando de su virtud que viviese para su pueblo. No le quedó más remedio sino pasar por el puente Sublicio á la orilla opuesta del río. Pero en aquel camino le persiguieron sus furiosos contrarios y mataron muchos de sus compañeros. Ya en la orilla derecha metióse por el bosque de las Furias, perseguido de sus contrarios como el Orestes trágico de sus Euménides. En tan supremo trance no quiso que le mataran, resignóse á morir cumpliendo el suicidio de que le apartaron. Un siervo, llamado Euporo, modelo de criados ó

esclavos fidelísimos, le acompañó hasta el postrer momento y le mató á su ruego. Cuando los enemigos llegaban, había espirado ya Graco, mientras Euporo se mataba por su propia mano y caía sobre su cuerpo. El Senado había prometido pagar la cabeza del tribuno á peso de oro. El perverso, que la separara del tronco, ideó llenarla de plomo, aumentando su infame precio así. Tres mil plebeyos murieron ahogados en las prisiones aquella misma noche. Los altares y los templos á la Concordia quedaron demolidos. Proscribióse hasta el nombre de los Gracos.

Cornelia no pudo llevar luto por su hijo. La crueldad del patriciado le negó tal consuelo, y tuvo que vestir de fiesta, cuando tantos velos fúnebres caían sobre su conciencia y tantos dolores intensísimos estallaban en su corazón. Acostumbrada por la muerte y pérdida de todos sus hijos al dolor, no se dejó arrastrar de ningún extremo. La huérfana de Escipión, la viuda de Sempronio, la madre de los Gracos, sintiendo cómo el destino implacable no se desarma por las lágrimas ni cede á los ruegos, recogióse dentro de sí misma y aguardó con tranquila serenidad la muerte. Difícil, muy difícil vivir cuando los días pasan en duelos, las noches en insomnios, el pensamiento en recuerdos y todas las grandes aspiraciones de la vida se compendian

á una en reconcentrarse dentro del sepulcro. Abandonó Cornelia su Roma y se desterró á solitaria quinta en el cabo Miseno, cerca de las aguas celestiales, donde aun se oye hoy cantar á las nereidas y aun se reverberan las coronas de los dioses. Allí tomó el aspecto de una estatua funeraria erigida sobre un sepulcro entreabierto. Sus ojos se iban gastando, no tanto de llorar como de convertirse al sol que los deslumbra siempre, al sol de la eternidad. Y en este duelo no quiso estar sola, porque necesitaba comunicar su inteligencia con otras inteligencias y pedir á otros corazones auxilio para sobrellevar el peso de su propio corazón. Los filósofos del estoicismo, los oradores del elocuente pueblo griego, los estadistas escapados al universal naufragio, iban allí en pos de consuelos y esperanzas. Cornelia se había noblemente acostumbrado á un lenguaje digno de la historia, y así hablaba de Zama, de Numancia, de Cartago, de Cerdeña, como si fuese la musa que dicta sus relatos á los historiadores eximios. Los recuerdos inmortales de su padre, la grandeza de su yerno, el combate y el martirio de sus hijos componían todo el argumento de aquellas sublimes conferencias. Estos dolores intensísimos por las generaciones pasadas y presentes, por las causas nobles, por los ideales sublimes, por la religión del deber, purifican y engrandecen. Cornelia

pasó la vida en una perpetua oración fúnebre. Vestal de la muerte, creyó que nada podía preparar el juicio de la posteridad como su comentario perpetuo á la trágica historia de los suyos. Y, en efecto, á todos y á ella principalmente los ha inmortalizado este culto de la humanidad, el recuerdo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PORCIA

La muerte de los Gracos y el malogro de los problemas sociales trajeron á la larga, sí, pero trajeron al cabo, por desgracia, el fin y muerte de la República. Restauróse la oligarquía, pero esta restauración tuvo que fundarse por necesidad en el abatimiento de todo un pueblo, y para conseguir este abatimiento é infelicidad suya, se acudió á empobrecerlo y á podrirlo. Cuanto más estudiamos el mundo antiguo, más claro vemos que su perdición y ruina consistió en su vicio capitalísimo, en su menosprecio del trabajo. Nuestras sociedades modernas, á medida que acrecientan su población, acrecientan sus fuerzas productivas, y la virtud creadora del trabajo viene ocurriendo á la centuplicación de necesidades y conjurando la multitud de peligros. Pero en Roma la entrega del trabajo al esclavo envilecía moralmente, y material-

mente-gangrenaba sin remedio aquella sociedad. La explotación del mundo entero no bastó á mantener un proletariado que, ocioso é indolente, se disolvía, cuando con sólo trabajar se hubiera fácilmente redimido, salvando el primero de los bienes, su necesaria libertad. Por eso la salud entera de Roma hubiera consistido en resolver tranquilamente, por los medios que aconsejaban las ciencias económicas del tiempo, los problemas sociales, fomentando el trabajo, pródigo y beneficioso, no solamente á causa del bien material que procura y granjea, sino á causa de los bienes morales. Pero la reacción económica redujo el gobierno á la oligarquía de los nobles sustentada sobre la miseria y la humillación de los más. No pudiendo resolver el problema de la propiedad, vióse obligada y constreñida forzosamente la nobleza para mantener sus privilegios á dar trigo y espectáculos al pueblo. Los dos instrumentos de dominación pública en estado tan triste resultaron Circo y Annona. Era ésta el rico almacén donde se amontonaban los allegados cereales, una especie de gigantesco pósito; y aquél era la plaza, ó elíptica, ó circular, en que se daban los diversos juegos. La oligarquía necesitó alimentar al pueblo y divertirlo. Para divertir y alimentar al pueblo tuvo que corromper y explotar al mundo. Esta explotación traía consigo tiranías tan gigantescas,

y cohechos tan extremos, y explotaciones tan bárbaras, y despojos de las provincias tan terribles, y luchas tan múltiples, y sacos tan continuos, que la tierra entera se podría de la podredumbre romana, inmenso cáncer extendido por todas partes. Iugurta, el negro rey númida, compró tantas veces al pueblo rey, que creyó posible asesinar los rivales suyos en el sagrado recinto de Roma misma, fiado tan sólo en el poder de su dinero. Así los piratas surgían á una en las ondas, los esclavos se levantaban de las ergástulas á guisa de muertos resucitados, los africanos maldecían á la Ciudad Eterna desde sus arenas, y el Rhín, y el Danubio, y los bosques oscuros del Norte abortaban cimbrios y teutones como si la tierra no pudiera sufrir el poder de aquella diosa que debía regirla y gobernarla tanto tiempo.

Necesariamente, de aquí se derivó un predominio militar inevitable. Roma tuvo que darse á un latino semisalvaje llamado Mario, tan sólo porque sabía dirigir tropas y ganar batallas. En efecto, este general extraordinario venció á los cimbrios y venció á los númidas. Pero sus victorias, por tal modo lo enloquecieron, que creyó posible restaurar las embriagueces de Baco y presentarse vestido de púrpura como un tirano en las curias. Latino Mario debía odiar la nobleza romana, y en su odio á

la nobleza romana debía favorecer la democracia. Mas para favorecer la democracia necesitaba desplegar altísimas facultades políticas, y Mario no era más que un general pervertido por las embriagueces del triunfo y por las embriagueces del vino. Su falta de talento político trajo la dictadura de Sylla, y esta dictadura de Sylla sembró los gérmenes que debían producir tarde ó temprano el imperio. Naturalmente, como había en Roma tantas fuerzas luchando, todas estas fuerzas, unas veces vencían y avasallaban á las contrarias, otras veces eran vencidas y avasalladas ellas. Necesitábase mucha resolución para prosperar la democracia, y Mario adoleció de irresoluciones á la continua, más por falta de inteligencia que por falta de voluntad. Un hombre, ducho en las artes militares, sitiador de Cartago y Numancia; bastante fuerte para vencer á los nómadas y á los ambrones, para conjurar el simoún de los desiertos al Mediodía y el empuje de los témpanos al Norte; después de haber logrado segar aquellas tribus boreales, cuyos jefes en estatura excedían á los trofeos romanos; después de haber traído atraillados los feroces nómadas impidiendo el renacimiento de una Cartago negra, verdadera legataria de la Cartago semita, no supo aprovecharse de tales ventajas ni prosperar la democracia romana, pues, impeliendo á los tri-

bunos para que presentaran proposiciones sociales, ó bien las dejó baldías y burladas con escándalo universal, ó bien permitió que murieran sus valedores y amigos á pedradas por mano de aquellos mismos á quienes debían valer y salvar.

Imposible que no aprovecharse la nobleza todas las ventajas aprovechables y que no extrajera un grande instrumento para su pro del irremediable y tristísimo estado á que las perplejidades múltiples de Mario habían conducido la romana plebe. Así nació Sylla como engendro natural de las grandes aspiraciones aristocráticas. Cualquiera hubiese creído aquel hombre venido del Asia, según sus ideas y sus creencias asiáticas, todas ellas basadas en el menosprecio á los pueblos y en la idolatría de la desigualdad y del privilegio. Mientras Mario lo ignoraba todo, Sylla conocía los hombres de una mirada y los designaba con un calificativo. Frente á frente del instinto, levantábase la inteligencia. Mario no acertaba con su propia vocación y destino, desconociendo así de dónde venía como adónde iba, mientras su contrario llevaba en sí tal herencia de odios, que persiguió y ahogó en sangre á la riente Atenas, tan sólo por creerla cuna de todas las democracias. El jefe de los demócratas era un león, que para lanzarse airado sobre la presa necesitaba verla delante de sí mismo, mientras

el jefe de los aristócratas era un tigre que se volvía y se revolvía contra sus enemigos, fascinándolos con sus ojos y atrayéndolos á sus garras. Para no tener embarazo ninguno en su ánimo ni siquiera llevaba Sylva el embarazo de una fe verdadera. Todas las ideas habían pasado en tropel por su conciencia, y todas las ideas se habían á una de su conciencia desprendido, dejándole tan solo afectos contradictorios y supersticiones confusas. La magia, la hechicería, las adivinanzas sortilégicas, las combinaciones astrológicas: he ahí toda su religión. No creyendo en la verdad, profesaba por sistema la mentira y fiaba más, mucho más, del engaño que de las rectitudes y lealtades. Aparecíasele como un teatro el mundo y el hombre como un cómico. Él mismo poseía todas las artes y todos los afeites de un actor. Este representante último y verdadero de las aristocracias parecía reconcentrar en sí con todos los vicios purulentos y cancerosos todas las enfermedades crónicas de su gente. La sangre que circulaba por sus venas tan sólo podía, en lo podrida, compararse con las ideas que circulaban por su inteligencia. Esta enfermedad, consustancial con su espíritu y con su organismo, no sólo dió cuenta de él, sino que dió cuenta de su causa. El cuerpo de Sylva hedía mucho antes de muerto, descompuesto y enterrado. Y su historia

parece haberse por la Providencia escrito para enseñar al mundo la inutilidad y la inania completa de todas las reacciones juntamente con la impotencia irremediable de todos los reaccionarios. Aquel hombre había ensangrentado Atenas y Roma, las dos primeras ciudades del mundo; había puesto la tea en manos de los incendiarios para que abrasasen los hogares de sus enemigos; había cubierto de luto Italia y pisoteádola bajo las plantas de sus sicarios; había roto los fundamentos y bases de toda propiedad; herido los dioses; deslustrado las creencias; puesto en litigio las ideas más fundamentales y más primitivas de toda moral, por una reacción, sueño de su vida, objeto de sus ambiciones, pensamiento capital de su inteligencia vastísima, y no se atrevió á restablecer las curias, á fortificar el patriciado, pues, al morir, cubierto de lodo y sangre, salteado por los torcedores de sus remordientos, vió que su obra se parecía completamente á su cuerpo, devorado por la gangrena y exhalando hedor asquerosísimo, como si fuera, no el cadáver de un hombre, no, el cadáver podrido y descompuesto de toda su estirpe.

Dadas estas alternativas en la incertidumbre y perplejidad natural porque iba pasando Roma, nada tan explicable cual ese continuo subir y bajar de los factores que allí coexistían en lucha. Eran

los factores tres: el patricio, el pueblo, el caballero. Estaba representado el patricio por Sylla, estaba representado el plebeyo por Mario, el caballero debía verse representado por Pompeyo. Como los tres elementos disponían de fuerzas enormes, los tres elementos predominaban alternativamente con más ó menos duradero predominio. El noble tendía, para la defensa de sus privilegios, necesariamente á la dictadura patricia; el plebeyo tendía, para el ataque de estos privilegios, á la dictadura militar. Quien estaba más en lo que ahora se denomina justo medio; quien quería conservar con mayor empeño la tradicional y antigua libertad de los romanos, unida indisolublemente á sus formas parlamentarias, era esta especie de clase media representada por Pompeyo y amiga de la república, del Senado, de los comicios, de la coexistencia entre tantos factores ilustres como allí se habían sumado, produciendo en tal suma la grandeza incomparable de Roma y la religión de sus leyes. No habían tenido poca parte, á la verdad, los caballeros en la corrupción romana y en la romana decadencia. Nacidos entre la plebe y la nobleza, producto medio de las descomposiciones múltiples de ésta y de los deseos frustrados de aquélla, más atenta de suyo al negocio que al derecho, necesitando enriquecerse antes que glorificarse, la clase de los caballeros en

Roma había deservido mucho al viejo patriciado y no servido bastante á la plebe. Egoísta de suyo, representaba en estos tiempos algo de lo que representó la burguesía francesa en tiempo de Luis Felipe. La guió en esta representación, más que afecto al ideal, afecto al oro; pero sintió la noble impaciencia de salvar la vieja república, y á este intento va unida con lazo indisoluble su gloria, siquier se malograra y perdiera. Y junto con los caballeros, á quienes representaba, ya lo hemos dicho, Pompeyo, iban á la conservación del régimen republicano los espíritus superiores, enemigos por su naturaleza propia é íntima de toda tiranía y amigos de toda libertad. En este número deben contarse hombres de virtud austera, de complexión íntegra, de ideas arraigadísimas, de culto supersticioso á lo pasado, de confianza optimista en lo porvenir, hombres como Bruto y como Catón, en quienes el genio de la vieja Roma revivía, para defenderse contra tantos males como sembraron en sus senos las cruentas guerras civiles y las corruptoras enormes dictaduras. Así, junto á Pompeyo, en pro de sus esfuerzos por la libertad y por la república, encontramos á Porcia, hija de Catón, esposa de Bruto. Durante la edad terrible del combate á muerte, que se llama período de las guerras civiles, predominaron mucho las mujeres. Tanto como los hombres

mezclábanse á una ellas en las discordias y en las competencias romanas. Las dinastías de aquellas Egerias, Lucrecias, Virginias, Veturias, que se unieron al nacimiento del patriciado sabino, á la fundación del régimen republicano, al advenimiento de las libertades nuevas y democráticas, á múltiples gloriosísimas obras, continuó en este período y se prolongó hasta los últimos días del imperio, es decir, hasta la consumación completa del romano espíritu y el término de su gloriosa historia. Mario, no contento con haber tomado esposa en la familia de los Julios, llevó siempre á su lado, consultándola en sus apuros, la sacerdotisa siria, que bajo el nombre de Marta, envuelta en púrpura, blandiendo una lanza por hiedra reluciente siempre ceñida, representaba una especie de oráculo. No hay hombre célebre de aquellos tiempos que no tuviese mujer tan célebre como él á su lado. Lucano atribuye la riña entre Pompeyo y César á la muerte de Julia, hija de éste y de aquél esposa. Cicerón en todo consultaba desde su juventud á Terencia. La esposa de César, Calpurnia, tuvo más previsión dormida que su gran compañero el dictador despierto. Afrania, la mujer de Lucini, abogaba como un vocero, como un jurisconsulto cualquiera en los litigios. Una comedianta como Precia gobernó una ciudad como Roma por el amor de Cetego. Cecilia, la es-

posa de Leutulo, se bebía un millón de sestercios en cualquier orgía de actores, disolviendo perlas en vinagre. Servilia no se contentó con dominar á Catón, su hermano, dominó á César, su amante; de quien creyó tener á su hijo Bruto. Fulvia pudo antes que Cleopatra sojuzgar al indómito Antonio. Por consecuencia, estudiando á Porcia, hija de Catón y esposa de Bruto, estudiamos una de las más brillantes fases del genio y del espíritu romano.

La severidad indudable de Porcia contrastaba por completo con la corrupción universal de las costumbres femeniles. Damas de alta sociedad, lo que aquí llamamos señoras, habían pasado sin escrupulo y sin rebozo á la prostitución. Cecilia, ya mencionada, cayó en los burdeles después de haber llevado el nombre de los cónsules. Clodia eclipsó á todas. La murmuración propalaba cómo tal mujer sugiriera pasión tan demente al gran orador Marco Tulio, que pensó mil veces cambiarla por su mujer Terencia. Rica, dispendiaba sus tesoros entre sus meninos; elocuentísima, sostenía las más temerarias conversaciones sobre los asuntos más equívocos; noble, manchaba con sus escándalos aquella vía de glorias, la Apia, por sus abuelos abierta; sensual con todas las sensualidades imaginables, provocaba los apetitos por medio de sus excesos en los ademanes y en las gesticulaciones.

Los viajes y los paseos de tal mujer parecían carreras de bacantes. Convidaba los senadores más austeros á sus orgías más desenfrenadas, y cuando no iban por cualquier respeto, insultábalos en público. Sus literas parecían alcobas ambulantes del placer. Por las corrientes del sacro río que lame á Roma, por las celestes aguas del mar que arrulla la vida voluptuosa de Nápoles, parecían sus barcas áureas, cubiertas de tapices orientales, ceñidas de guirnaldas frescas, ocupadas por flautistas y citareras, un lecho de prostitución ambulante. No es mucho, pues, que, aquejada y enferma Roma de un erotismo tan exagerado é intenso, la poesía divinizase los placeres fáciles, los sueños voluptuosos, el eco de las carcajadas báquicas, el beso en que se liba un amor capaz de dar como el veneno la muerte. Aquellas cortesanas de la vía Sacra, vestidas al modo sirio, llevadas en sus literas descubiertas sobre los hombros de negros etíopes semejantes á ídolos asiáticos, pintadísimas y adobadas con toda suerte de cosméticos, oliendo á los más intensos perfumes, abanicadas por plumas varias y multicolores, dirigiendo besos á unos, miradas á otros, cual si todo pudor se hubiera perdido, excitaban la envidia de las mismas honradas matronas, quienes seguían sus modas, buscaban sus mercurios y solían hasta informarse de sus más inmundos

actos con una curiosidad propia de todas las depravaciones, entradas por sutil modo dentro de sus conciencias, en las cuales creían posible admitir todos los pensamientos lúbricos y todas las noticias epicúreas, con tal de no manchar lo más bajo é inferior de su sér, el cuerpo, devorado en aquellas lubricidades fantaseadas é imaginarias. A todo esto contribuía la ociosidad horrible de tanta plebe caída en todas las vilezas, divirtiéndose con las novelas y cuentos de picardías y escándalos, excitando las danzas y bailes públicos en que se desenfrenaban todas las prostituciones, pasando desde los templos de Isis, donde se permitían todas las bestialidades imaginables, á los circos de gladiadores, donde los combates á muerte, las actitudes violentas y estatuarias al mismo tiempo, la sangre vertida sobre un pavimento de áureas arenas, los resuellos de aquellas luchas, los estertores de aquellas agonías, el estremecimiento de la vida al irse por los poros que destilaban todos los jugos del cuerpo, los cadáveres amontonados, no hacían más que avivar y exacerbar la voluptuosidad universal. Roma estaba madura, muy madura para la tiranía. El vicio, no sólo enflaquece los cuerpos, debilita, más que los cuerpos aún, las almas y las ideas. Precisa un verdadero vigor moral para sostener el derecho. Todo cuanto quedaba en Roma se había

refugiado en estas tres personas: Catón, Bruto y Porcia.

Las guerras civiles perdieran á Roma con tal extremo, que los espíritus superiores, como el espíritu de Lucrecio, desconfiaban hasta del sér ó existencia de los dioses y se ponían á cantar la Materia y su fuerza bruta, sin ver luz alguna de una Razón suprema en el cielo, completamente vacío, ni libertad en el hombre, triste víctima del destino. Cada una de las clases sociales tenía sus soluciones y la personificación de estas soluciones; pero todas se malograban y se frustraban en aquellos cambios de las dictaduras á las anarquías, cuya brusquedad, como los excesivos cambios atmosféricos, rompían y destrozaban los más fuertes y los más vigorosos organismos. Sylva representó á los patricios, Mario á los plebeyos, Pompeyo á las clases intermedias entre plebe y aristocracia, Cicerón á todas. Pero ni los trabajos de Sylva por el privilegio, ni los trabajos de Mario por el derecho, ni los trabajos de Pompeyo por un término medio entre ambos extremos, ni los trabajos de Cicerón por la concordia universal prevalecieron. Dos hombres, en verdad, personificaban entonces las dos fases de Roma, la que se iba por el ocaso de aquella sociedad, la que venía por el Oriente. Uno de estos hombres era Catón, otro de estos hombres era César. Catón, disgusta-

do de la realidad viviente, convertía su idea y sus ojos á lo pasado; César, viviendo en contacto con esta realidad, extraía por la creadora potencia del alma, extraía de todos sus vicios y de todas sus impurezas las fórmulas de lo porvenir. El uno, como lo pasado que se iba, resolvíase, por necesidad, en abstracciones; el otro, como lo presente y lo porvenir, era todo vida y esperanza de vida. Catón, frente á los pretorianos de César, frente al despotismo de Sylva, frente á la democracia de Mario, frente á las transacciones de Cicerón, frente á la demagogia de Catilina, representaba la historia y la prosapia del viejo patriciado en protesta contra todas las innovaciones como su abuelo. Catón, el censor en su tiempo, representara la reacción rural contra todas las novedades mercantiles é industriales traídas por potentados bien diversos de los antiguos nobles campesinos. Pero Catón, *el Joven*, como la historia le denomina, calcaba la resistencia de su tiempo, y de sus intereses, y de sus principios, en la figura de su antecesor, con lo cual, á los desórdenes de su edad y de su generación oponía pura y simplemente anacrónica y fútil arqueología. Todas sus virtudes adolecían de aparatosas, y relumbraban en frases, no en actos. La filosofía cuadraba más que la política en aquel período supremo á su complexión puramente de resistencia. Más que



combatir con el mal, quería diferenciarse del mal. Más que procurar un remedio, quería procurar una protesta. Mientras todos en torno suyo organizaban fuerzas, él ahuyentaba partidarios, á fin de que solamente se viese y resultase la persona suya como un colosal contraste con todo lo existente. Disertar con los filósofos más que reunir un partido era la ocupación del austero prohombre. Luégo, en su culto al patriciado, había más atención á las prácticas y á los procedimientos que á los dogmas y á las ideas. Creía salvar la religión del privilegio con el exquisito cuidado de sus perdidas tradiciones. Vestir como vestían los antiguos, hablar á la vieja usanza, volver por los giros arcaicos en todo, conservar las costumbres patricias, asistir al Senado con la puntualidad más exacta, sostener con las prácticas más rutinarias todo cuanto se arruinaba en aquella sociedad pervertida y anocheía en aquella oscura conciencia: he ahí el trabajo de Catón, cuando Mario entraba con sus reyes númidas y sus héroes cimbrios bajo los arcos de triunfo; cuando Syla expedía sus sicarios con el puñal en una mano y en otra la tea para exterminar desde los hogares hasta los cuerpos de sus enemigos; cuando los templos se tornaban fortalezas y el Foro campo de batalla; cuando los mismos terremotos sacudían las colinas de los plebeyos que las colinas

de los patricios; cuando, infestadas las costas de piratas, los montes de siervos, las calles de facciosos, las casas de conjurados, entre las humaredas y los relampagueos del incendio, sobre los mares de sangre, paseaban como una furia por los escombros humeantes y los cadáveres amontonados una turba de corrompidos cortesanos y otra turba de voluptuosos epicúreos, quienes, aguardando muerte pronta, dábanse al placer fácil y rápido, mientras evocada por tantos errores y tantos vicios iba sobre todos á más andar la monarquía universal. El privilegio de Catón estaba en que mientras los demás corrían á refugiarse amargados y entristecidos en la soledad, verdadera suicida del alma, viviendo en compañía de sus árboles, de sus caballos, de sus pajareras, de sus flores, de sus fuentes, de sus estatuas, de sus jaurías, él iba por doquier mostrando que no muricra, no, á tanto golpe la nobleza romana, quien se prometía salvar aún las venerandas antiguas instituciones históricas.

De tal hombre Porcia era hija. Plutarco nos refiere las relaciones de Catón, *el Joven*, con las mujeres, y hay en este aspecto del sér suyo y vida particularidades por todo extremo incomprensibles para nosotros los modernos. Veámoslas con alguna detención, pues no dejan de ser curiosas. Muy enemigo del dictador César y muy amigo Ca-

tón de su propia hermana Servilia, no había podido impedir que mostrara esta preferencia bien digna de censura y castigo hacia el innovador, tan dado á sitiar las fortalezas y ciudades de sus enemigos como las casas y los tálamos de sus conciudadanos en los prodigios de odio y de amor á que le arrastraban los excesos propios de su natural extraordinario. Celebrábase una sesión muy solemne y acalorada en las Asambleas, donde controvertían César y Catón los asuntos públicos, y cuando más enfrascados estaban uno y otro en sus respectivos argumentos, recibe César una carta, la cual da margen al severo enemigo para suponer atentados pronto á realizarse contra la patria por el audaz dictador. Mientras Catón reconvenía de tal suerte á César, el reconvenido mostraba la epístola en su mano, sin atreverse á complacer el ánimo de su auditorio, quien á gritos pedía que se le comunicase y leyese. La carta era una carta de amor dirigida por la hermana de Catón, Servilia, dándole citas y prometiéndole favores á César. Éste alargó el documento á su contradictor, quien, viéndolo de refilón y de prisa, devolviósele como si le quemara, y dijo: «cosas de un borracho.» El deshonor de su hermana caía, por ley natural, como una sombra espesísima sobre su elevada y austera frente. Mas no fué una singularidad en su familia

el vivir deshonorosísimo de esta hermana; otra más joven, casada con romano tan poco severo como Lúculo, arrastró tal existencia orgiástica y viciosa, que su marido se vió en la imprescindible necesidad de repudiarla. Mas no pararon aquí sus desventuras en achaques de mujeres. Habiendo tenido en Atilia, su esposa legítima, dos muchachos, arrojóla de casa y separóse de ella por sus desórdenes y por sus excesos. Pero Traseas, de quien Tácito escribiera tan magnífico elogio, alabándole con su elocuencia singular, entre otras obras meritorias, trazó una vida célebre de Catón, donde nos refiere un hecho, apenas creíble, y que nosotros fijamos aquí para describir con exactitud la vida y las costumbres romanas. Como ya lo hemos dicho, Catón tenía, más que partidarios de su causa y de sus doctrinas, admiradores de sus ideas. Y entre los principales hallábase un hombre tan universalmente querido y respetado en Roma como el célebre Hortensio. No le parecía fuerte lazo á éste con el hombre á quien admiraba la devoción de su personalidad y de su historia, quería componer parte principalísima de su familia. Para esto pidióle su hija Porcia, la que luégo fué, como ya hemos dicho, esposa de Bruto. Pero Porcia estaba entonces unida en primeras nupcias con el patricio romano Bibulo. Extraña proposición

ciertamente debió parecerle á Catón, el cual no sólo tenía razones de sentimiento y razones de conciencia, sino además razones propias y particularísimas de sus viejos principios adscritos á las antiguas costumbres, en las cuales privaba mucho el hombre de una sola mujer y la mujer de un solo marido, para sostener y fortificar el viejo matrimonio. Congruente con todo esto, Catón opuso reparos al nuevo enlace de su hija, tanto más cuanto que Hortensio aducía, para cohonestarlo, el capciosísimo raciocinio de lo mucho que importaba el no dejar la costosa manutención de mujer é hijos á un hombre solo como Bibulo. De todas suertes grande oposición debieron mostrar éste y Porcia cuando el buen Hortensio desistió del empeño, si bien para proponer otro más increíble todavía. En efecto, desechada esta primera proposición, díjole al amigo que, no queriendo cederle su hija en matrimonio, le cediera su mujer. El severo Catón no cerró sus oídos á tan temeraria demanda. Plutarco, de cuyos labios fluyen á borbotones elogios para Catón, narra todo esto como la cosa más natural del mundo, y añade que no debía hallarse desamorado y despegadísimo de su esposa el gran ciudadano, cuando la tenía por aquella sazón en cinta. No menos especioso el motivo alegado por el noble Hortensio en su pretensión respecto

de Marcia que el motivo alegado en su pretensión respecto de Porcia. Conjurólo á dejarle ingerirse dentro del árbol de su familia, porque diz que Catón había ya dado de sí numerosas ramas. El austero patricio cedió, pero con la condición de que consintiera su propio suegro Filipo, el cual consintió también, pero con otra condición análoga de suyo á la anterior, que firmase Catón el divorcio de Minucia y el casamiento de ésta con Hortensio. ¡Qué tiempos y qué costumbres!

A pesar de tamañas debilidades en su vida privada, Catón se mostró enérgico y de una gran fortaleza en su vida pública; y entre sus hijos quien más participó de tal calidad extraordinaria fué Porcia, cuyo ánimo se templó y aceró en verdadero estoicismo, en todo el estoicismo compatible con su naturaleza femenil. Desde la mocedad primera este romano se prendó por completo de una grande abstracción, y creyó que para corresponder á sus creencias y á sus compromisos necesitaba él mismo resultar un sér abstracto en los cambios y mudanzas de la vida. Inútilmente pedían los latinos el derecho de ciudad; como no estaba en las viejas costumbres romanas, Catón lo repugnó desde su infancia. Inútilmente los siervos, advertidos por su conciencia de la igualdad natural, forcejeaban bajo el peso de sus cadenas; como las leyes an-

tiguas los declaraban cosas, desconociendo su personalidad, cosas los creía Catón. Así con igual tenacidad combatía los propósitos de la democracia empeñada en allegar la igualdad como los propósitos de tanto dictador cual allí pululaba contrario á las viejas libertades romanas. Él combatió á Saturnino por proponer distribuciones de tierra entre los plebeyos; á Druso por compartir el derecho de ciudadanía con los latinos é italianos; á Catilina por sus propensiones demagógicas; á Cicerón por sus componendas entre nobleza, plebe y orden ecuestre, pues para su alma de patricio no había más mundo que la vieja Ciudad Eterna, y no había más derecho que los privilegios de una clase á la cual debieran todos su engrandecimiento, Roma y el romano pueblo. Así despreció á los embajadores latinos y repugnó en César de antiguo, no sólo su menosprecio á las libertades patrias y á las leyes tradicionales, sino también su espíritu amplio y abierto que le impelía con soberano impulso á verter las ideas de Roma en el mundo y las ideas del mundo en Roma, componiendo con el organismo de la Ciudad Eterna como el cuerpo de nueva humanidad. Sin conocimiento de las realidades vivas, sin transacción é inteligencia con los hechos nuevos; con culto severísimo á fórmulas abstractas grabadas como de relieve dentro de su

alma y convertidas por un empeño de su incontrastable voluntad en leyes reales de su tiempo y de su pueblo; todo el ideal de Catón estaba en el recinto y en el estadio de la vieja Roma. Conservarla entre tantos enemigos y contra tantas dificultades era su empeño, empeño más bien religioso que político, pues algo así como al hipnotismo de un asceta fascinado por múltiples supersticiones había en aquel hombre solitario y abstracto dentro de la múltiple y positiva Roma.

Ninguna voluntad tan firme como la voluntad que no toma en consideración los obstáculos y que no atiende á ningún género de dificultades. Catón, aunque platónico de suyo, había llegado á una creencia muy extendida por los estoicos, á la creencia de que puede, cuando el alma lo pide y lo desea con voluntad, prescindir del cuerpo, y refugiándose dentro de sí misma, desatender y despreciar el dolor. Lo cierto es que una mujer, como Porcia, imaginativa, impresionable, delicada, con extraordinarias propensiones al placer como todas las mujeres de su tiempo, crecidas en aquel festín perpetuo, soportaba los dolores físicos y hasta los dolores morales con una paciencia y una resignación incomparables. La sabida por todos anécdota, que Plutarco nos cuenta en la vida é historia de su inmortal esposo, enseña y demuestra cómo la poseyera el

estoicismo y cómo las grandes abstracciones, á las cuales consagrara su familia tan religioso culto, pudieron abstraerla del dolor y de las aficciones intensísimas al dolor consiguientes.

Una vez creyó Porcia que Bruto la tomaba por mujer vulgar y rehuía comunicar con ella propósitos y pensamientos, temerosísimo de su locuacidad femenil. Entrada por sus segundas nupcias en aquel hogar, donde se reproducía el de su padre, pero mucho más unido con la sociedad y con el mundo, Porcia comprendió bien pronto que se hallaba incurso en una conspiración permanente, como esposa de un conspirador tenacísimo. En vano buscaba con empeño las ocasiones de conversar con Bruto y arrancarle alguna sincera confesión ó merecerle alguna franquísima confianza. Cuanto más empeño mostraba Porcia en escudriñar el espíritu de Bruto, más éste se replegaba y recluía dentro de sí mismo, temeroso del desentrañamiento de su entrañable conciencia. Conoció Porcia el estado interior de su ánimo y se propuso darle una muestra patente de su voluntad soberana y de su reflexivo silencio. Toda mujer, dada la delicadeza de su sexo, la fuerza de imperio que tienen los nervios sobre su sensible complexión, los arrebatos y los fantaseos de sus facultades imaginativas, resiste menos, mucho menos que el hombre, los dolores

físicos. Pero Porcia se había propuesto reproducir en su persona el tipo de aquellos sabios ideados por el estoicismo, indiferentes á las adulaciones y á las injurias, superiores al dolor y al regocijo, de tal temperatura interior, que ningún cambio puede alterarlos, y de tal menosprecio á la fortuna y á sus favores, que la creían inútil de toda inutilidad, siempre que se la combatiera y se la contrastara con una constante virtud. Porcia hizo, en verdad, mucho á fin de que su esposo la creyera de ánimo tan varonil y entero como el suyo propio; serena en los peligros; riente á las adversidades; al reclamo de los placeres sorda y á los esplendores del lujo ciega; íntegra bajo las ruinas del honor antiguo romano, como estatua de diosa no aplastada por el desprendimiento de las bóvedas de su tiempo; absorta en los ideales de virtud y deber como Bruto mismo; y apercebida con tenacidad incontrastable, como víctima de resignación indecible, al sacrificio y al holocausto de su propio sér.

Porcia ideó un medio singular y extraño de mostrarse á su marido estoica. Apartada de todos, reclusa en su cuarto, sin auxilio de nadie, decidió darse á sí misma, por mano propia, un dolor, que se necesitaran sobrehumanas fuerzas para suscitarlo sin vacilaciones, y más que sobrehumanas, para sufrirlo sin quejas. El soldado herido en la batalla

pierde la cabeza, muda la color, vacila sobre sus plantas como edificio sacudido por el terremoto sobre sus cimientos y cae necesitando los socorros de las ciencias médicas y los recursos del arte quirúrgico para salvarse y reponerse. Pues si ella, en sus delicadas carnes, en su piel blanquísima, en aquel cuerpo acostumbrado á baños y perfumes, venciendo la sensibilidad inquieta de su débil sexo, superando el dolor insufrible para su delicadeza, podía una herida mortal abrirse y una enfermedad cruel procurarse, sin quejas, sin estremecimientos, con el vigor propio de un estoico, demostraba fácilmente á su marido cómo no tenía en Porcia tan sólo una compañera de su vida, sino un complemento de su alma, dispuesta como él mismo en aquella ocasión al combate y al martirio. En efecto, Porcia, con afilada navaja de afeitar, se hizo una herida tan profunda, que se abrieron sus carnes y se huyó por ella su sangre. Pálida, flaca, triste, desmejorando á la vista diariamente, su esposo, por más que le preguntaba las causas de un dolor y de una enfermedad por tantos síntomas á su penetración revelados, no podía sacarle palabra, como resuelta Porcia en sus deliberaciones íntimas y en su conciencia personal á ocultar los dolores materiales conforme Bruto le había ocultado á ella sus dolores morales. Veníasele ir á más an-

dar encima la muerte, y Porcia le presentaba sereno semblante y fría indiferencia, contentísima con emular á su marido en valor y en sufrimiento. Por fin, cierto día en que Bruto la importunaba pidiéndole con instancias que procurase recobrar la salud, indispensable siempre á los mortales, pero mucho más cuando intentan cosas altísimas para su patria y sueñan con proyectos graves, pagó Porcia este asomo de confianza revelándole cómo había hecho en su cuerpo una experiencia demostrativa de su poder y de su fuerza para dominar el dolor y de su derecho á compartir con el esposo amado todas las penalidades como todas las satisfacciones de su vida. Muy amargada en su interior de que hubiesen podido confundirla con el vulgo de mujeres gárrulas, á todas las emociones fáciles, y sin reserva ni secreto alguno, quería enseñar al esposo cuánto la desconociera quien, tratándola muchos años, no sabía ni su paciencia ni su heroísmo. Arrepintióse mucho Bruto de haber ocultado sus pensamientos á Porcia, y le dijo en puridad con qué dolor veía el pueblo romano tender su cuello al yugo como cualquiera bestia vil, constreñido por el poder de un general invencible y cegado por los resplandores de una gloria menos amable ciertamente que la divina libertad. Porcia, que no sólo había recibido en su cuerpo la complexión

fuerte de aquel su padre Catón, descendiente y heredero de patricios rurales, sino que también las ideas, y las doctrinas, y las enseñanzas, juró asistir á su esposo en todas sus empresas y aceptar, si era necesario, el martirio, para devolver á la Roma patricia, decaída y agonizante, los sacros númenes de su histórica libertad.

Para ver el papel representado por la estoica Porcia en toda la tragedia de su vida, veamos los incidentes de la tragedia misma, veamos la romana historia en la ocasión aquella de agonía y muerte para su libertad y para su república. Difícil de comprender tantas alternativas, los cambios bruscos, las guerras interiores continuas, la sucesión de personajes en el gobierno, la marea descendente y ascendente de los partidos, la facilidad con que aquellos héroes trágicos pasaban del poder á la muerte, las guerras tonantes de un extremo á otro extremo del mundo; muy difícil de comprender todo esto sin recordar la organización de Roma, los dos cónsules elegidos por breve tiempo que discordaban y se contradecían á la continua; los dos tribunos de la plebe contrastando á los cónsules; el Senado, en que predominaba la nobleza, sin carecer por eso de otras clases, como los caballeros, aquejado así de la general contradicción sobre que todo lo romano se fundaba; los comicios por

tribus á que iban hasta los extranjeros y los transeuntes decidiendo á veces de los casos más graves por lo enmarañado del censo y lo difícil del recuento; los libertos de quienes dimanaba la palabra nuestra libertino; el patriciado arriba; la plebe abajo; el burgués, como ahora decimos, en medio; la clientela que constituía un ejército en torno de cada familia superior; la servidumbre, allá en lo último, dentro de sus ergástulas parecidas á infiernos; la complicación de las facultades jurídicas con las facultades administrativas en la indeterminación del poder público; las elecciones casi á diario; los ejércitos trocados en asambleas ambulantes y con armas; el Pretorio de la milicia hecho como norma de tribunal y sus curias dando sus nombres y hasta su organización á los grupos y cuerpos de caracteres civiles puramente; la cuestión social promovida por provecho y lucro de las conquistas diarias, de las tierras públicas, de los múltiples tesoros, de los sacos hechos, de los botines recogidos, y sobre todo la cuestión religiosa por los muchos cleros que tronaban en los muchos templos, y los augurios, y los auspicios, y los arúspices complicando la vida con su pretensión de, contra mil resistencias, dirigirla; el caos inmenso y ardiente dirigiendo la tierra toda casi en ebullición y engendrando un estado social tan difícil y tan te-

meroso como la formación de ciertos terrenos desvanecidos por las tormentas del aire y los terremotos del suelo en una irradiación de vida sin ejemplo y sin antecedente. A todos estos intereses romanos se mezclaban múltiples y complejos intereses. Roma tenía provincias. Estas provincias no podían ser ni las tribus de los pueblos nómadas, ni las satrapías de los pueblos guerreros, ni las colonias de los pueblos mercantiles; comenzábase á comprender por la madurez del espíritu y por los desarrollos de las ciencias y sus aplicaciones á la vida que había un derecho en el conquistado como lo había en el conquistador, que había en el sometido un alma como en el romano, que la tierra toda formaba un cuerpo y que toda la humanidad tenía un espíritu, con lo que las cuestiones interiores de la Ciudad Eterna concluían por complicarse con las cuestiones múltiples del universo conocido entonces. Y como, á pesar del estoicismo tan soberano en aquel vivo derecho de Roma, no se comprendía la separación y divorcio entre el hombre y el ciudadano, Roma, para extender los privilegios romanos á toda la tierra y repartirlos entre todos los hombres, iba extendiendo la ciudadanía suya por todas partes. Así llegó á constituirse aquel imperio uno, aquel código uno, aquella religión una, la maravillosa unidad territorial y hu-

mana, muy esbozada é informe como todo lo incipiente y rudimentario, pero indispensable para encerrar y contener la idea de la unidad de Dios que nos traía la Biblia, y la idea de la unidad interior é íntima del espíritu que nos traía con sus revelaciones, muy preparadas por los helenos y muy próximas á brillar en estos providenciales instantes, el sublime y revelador Evangelio. Todos los grandes problemas humanos, todos, sin excepción, se trazan en el espacio con letras de sangre; todos los progresos humanos, todos, sin excepción, surgen de las ruinas amontonadas por gigantescas y titánicas catástrofes. Imaginaos la Ciudad Eterna en este momento supremo, engendrando y pariendo el cuerpo de la nueva humanidad, por que dolores, angustias, estremecimientos, desgarros, penas, catástrofes, no había de pasar necesariamente á causa del esfuerzo empleado en su obra y del martirio sufrido por su propia extraordinaria grandeza. Los pueblos creadores son siempre pueblos mártires. El redentor no salva, no redime, si antes no se ofrece y se presenta él mismo en terrible holocausto.

Cuando Mario asesinara los cónsules en su silla curul, entre los destellos del incendio, parecido á siniestra tempestad flameando en el cielo, y entre los estertores del degüello, parecido á un ojeo de

hombres azuzado por sicarios númeras y sirios; cuando Sylla divertía sus hastíos calentándose al rescoldo producido por la quema del Capitolio y poniendo en el Foro tragedias como la proscripción y el exterminio de los demócratas, unos expulsos, otros apuñalados, cual pudiera poner en su mocedad juguetes cómicos encargados á su camarada el autor inspiradísimo, Roscio; cuando un repúblico, al saber el triunfo de su contrario, se metía en horno de cal viva, y un caudillo asía la cabeza de su rival, separada del tronco, para escupir en aquel rostro lívido; y los deudores no acertaban con otro medio de pagar sus deudas que pasar y concluir á cuchillo sus acreedores; y á los parientes próximos de cualquier jefe ó guía en aquella discordia de los partidos se les arrancaban los ojos y se les rompían los huesos en el sitio siniestro de sus derrotas; y se publicaba todas las mañanas muy temprano el padrón de los condenados á morir en el día, no debe, no, maravillarnos que inscribiera Catilina en sus banderas misteriosas todos los perdidos de Roma, juramentados para una revolución social, sin más principio que las vaguedades socialistas difundidas en las inteligencias romanas por los restos del movimiento agrario, y sin más fin que otra discordia capaz de alimentar con sus combustibles el incendio uni-

versal. Cicerón, ilustre representante de los caballeros, á cuya clase pertenecía; enamorado, como grande orador, de las libertades antiguas, á las cuales debiera sus inmarcesibles triunfos oratorios; vió cómo los excesos de tal secta podían destruirlo todo, y se consagró á perseguirlos, desvaneciendo sus principios y matando á su jefe con una facilidad, oculta ú olvidada muy artísticamente tras la pretensión inaudita de verse premiado con ruidoso triunfo como los obtenidos por aquellos generales victoriosos, que traían sujetos con cadenas, bajo los arcos marmóreos, á la vía Sacra, reyes representantes de razas enteras sobre la tierra. Esta facilidad en la condensación y desvanecimiento de las tempestades sociales mostraba cuán cargado el aire aquel debía encontrarse de ideas vagas, y cuán subvertido el suelo aquel por violentas revoluciones, cuando estos monstruos podían producirse y aniquilarse como los ensueños neuróticos en pesadillas generadas por los ataques nerviosos y las epilepsias mortales de toda una sociedad. Poco tiempo después de haberse desvanecido la conjuración catilinaria, entraba en Roma Pompeyo, quien, á pesar de haberse ido con Sylla en las maniobras de éste contra Mario, representaba el único asidero posible para la república y para la libertad romanas, indisolublemente unidas con las instituciones parlamentarias que se

habían quebrantado, cuando no roto, á una todas en aquella sucesión de dictadores sin conciencia y de discordias sin entrañas. Pompeyo tenía un ejército, y con el ejército pudo imponerse, tanto más cuanto que aparecía sospechoso á todos los bandos, y se le acababa de inferir mortal agravio, persiguiendo á sus mejores amigos bajo el capcioso concepto de pertenecer á los catilinaríos, con lo cual á un mismo tiempo se procuraba su ruina y su deshonor. Los diversos enemigos y émulos del general temblaban creyéndole próximo á entrar en Roma con su ejército, y entrando en Roma con su ejército veíanse maltrechos y destinados á la pérdida irreparable del viejo poder é influjo. Ciertó que las leyes y las tradiciones romanas oponían veto á esta entrada y residencia de tropas en la Ciudad Eterna. Los pueblos parlamentarios como el pueblo de Venecia en la edad media, como el pueblo de Roma en la edad antigua, como el pueblo de Inglaterra en la edad nuestra, oponen resistencias formidables al predominio militar. Pero tras las dictaduras, tras las matanzas, tras las proscripciones, tras las guerras tanto sociales como civiles, tras los anárquicos desórdenes abajo y las arbitrarias voluntariedades arriba, el respeto á las leyes quedaba tan profanado y perdido como el respeto á los dioses y á los cultos cuando los invaden y los hieren irrup-

ciones de incrédulos ó infieles. César, que aspirando por vocaciones incontrastables de su genial temperamento á la dictadura se había inscrito en los bandos más demagógicos así contra Tulio, como contra Catón, como contra Pompeyo, quiso estudiar á este último so color de adularle ó servirle, y al verle despedir sus tropas, comprendió cuán baladí rival tenía delante.

Contaban los encargados por las leyes de loar el triunfo ante los generales victoriosos como rindiera mil baluartes, acaparara ochocientos navíos, trajera novecientas ciudades más al dominio romano, enriqueciera con veinte mil talentos de oro el Erario, allegara copiosas rentas á la república, cual en aquella larga procesión de trofeos y despojos lo mostrarán el purpúreo lecho de Darío, las joyas y pedrería de Mitridates, los tronos argénteos, los centros áureos, las treinta y tres coronas de perlas y los ídolos riquísimos, tras los cuales venía con su verde laurel en las sienes y su rojo manto en la espalda el vencedor, henchido de vanidad y rodeado por todos los adictos á las viejas instituciones, completamente fuera de sí en aquella ocasión singular, creídos todos á una de que Pompeyo podría tan fácilmente subyugar á los facciosos en Roma como había subyugado á los enemigos de Roma en Asia y en el Ponto. Tras este triunfo militar alzabase una

cuestión social. Aquel político, bastante respetuoso con las leyes para desarmar su ejército vencedor, tenía que pedir contra las leyes y sobre las leyes, en bien y pro de su ejército, una distribución de tierras y de rentas, más peligrosa que la pedida en otros días por Graco y los suyos para la plebe romana. En el Senado se coligaron, oponiéndose á tal pretensión y rechazándola todos los privilegiados, todos, Lúculos, Metelos, Crasos, Catones. Imaginaos la situación del pueblo viendo rechazadas las leyes agrarias, si las proponían sus tribunos para él, y admitidas, si propuestas por un verdadero conservador, como el general republicano, para su ejército. La plebe, mejor dicho, el odio de la plebe al patricio, y al Senado, y al caballero, debía tener una encarnación tan gigantesca, cual todo lo que á las muchedumbres sociales se refiere, y esta encarnación debía llamarse por los siglos de los siglos, en toda la historia, César y cesarismo, dictadura, desquite, venganza de la plebe.

¡César! He ahí el hombre á quien debían combatir el patricio Bruto y su mujer Porcia. Estas dos entidades romanas representaban el Senado contra la dictadura, el privilegio de los patricios contra las tenaces aspiraciones de la plebe. En la nobleza romana, como en la nobleza británica y como en la nobleza española, todos los nobles resultaban

parientes, porque si las leyes cegaban el abismo entre las clases, no lo cegaban ciertamente las costumbres. Porcia y Bruto eran parientes. Servilia, madre de Bruto, era hermana de Catón y, por consecuencia, tía carnal de Porcia. Porcia y Bruto eran primos hermanos. Y en esta familia dominaban dos tradiciones, la tradición republicana de Julio Bruto, que lanzó de Roma el postrer Tarquino, y la tradición patricia de Catón el Censor, que defendiera los viejos privilegios nobiliarios contra la clase de los caballeros, contra la clase media, contra los nuevos patricios enriquecidos por el comercio y separados del campo y agricultura, contra la plebe socialista suscitada por los Gracos, sus tribunos, y contra los italianos y extranjeros por los Gracos atraídos á causa de ofrecerles y presentarles el antiguo privilegio de la ciudadanía romana. Pues bien, César no era otra cosa, no significaba otra cosa, no pretendía otra cosa que representar é imponer la idea de Graco por medio de la dictadura. Él era personificación de las leyes agrarias, él era eco de las tenaces aspiraciones socialistas, él era llamamiento de los latinos y aun de los extranjeros á la ciudadanía romana, él era odio al Senado y odio al patricio, él era propensión á disolver ó transfundir el espíritu de Roma en la humanidad y el espíritu de la humanidad en Roma. Con decir

tales características de su espíritu harto hemos dicho las causas de su enemiga implacable con Porcia y con Bruto. Pero, en tal madeja, digámoslo así, de ideas y de principios naturales á la familia Porcia, entraba un factor extrañísimo, que presta mucho relieve y color, mucho interés trágico al personaje de Bruto. Este factor es la pasión de Servilia por César. Tal pasión había llegado al extremo de atribuir la excelsa dama en sus adentros la paternidad natural de su hijo Bruto al glorioso dictador. Y atribuyéndole semejante paternidad, nada tan propio de un alma femenil como ir ingiriendo en su hijo con precaución y medida, pero con perseverancia y con tenacidad, el culto á César. No sabemos hasta dónde llegara este culto y lo que hiciera en la vida y en la historia del joven y adusto republicano, de no combatirlo un ejemplo, como el de su tío y suegro Catón, y un amor como el de su prima y esposa Porcia. El austero patricio, que invocaba todos los días, cual sagrado numen, la historia de los Catones, habíala elevado á una especie de religión doméstica, y en esta religión doméstica naturalmente asoció á sus ritos, á sus dogmas, á sus tradiciones, á su culto, la hija Porcia, especie de vestal, que guardaba en el templo de hogar tan excelso la llama de aquella gloriosa vida vinculada en los suyos y resplande-

ciente de luminosísimas ideas. Todo lo que pudiera influir á favor de César en el alma de Bruto Servilia lo contrastaba con su amor y con su representación la poderosa é influyente Porcia.

César era un patricio. La sangre de los Julios corría por sus venas. Todo el patriciado romano se había compuesto de suerte que su apellido y su genealogía enlazara con los tiempos fabulosos de Roma. El gran crítico de la romana historia concluyó por sostener que los tiempos primeros, los tiempos épicos del mundo romano, habían surgido, no de la realidad, no, de un verdadero enlace artístico entre las tradiciones orales queridas del pueblo que las sugirió á los poetas épicos y los esfuerzos hechos por los genealogistas de las patricias stirpes á fin de granjearles un origen cuasi mitológico y legendario que las confundiera con los héroes fabulosos y con las divinidades romanas. En estas genealogías compúsose de suerte César que arregló para sí mismo y para los suyos un más ó menos artificioso entronque allá con Venus y con Eneas. La divinidad que protegió siempre á Troya, por haberle dado Paris la célebre manzana, siguió protegiendo aquella sombra, de la ciudad frigia escapada, y por los vientos y por las olas conducida en larga peregrinación hasta los hogares hieráticos y los templos sacros de la célebre Lavinia. Mucho se conocía el

parentesco de Venus con César en la propensión nativa de éste al amor. Apenas despuntaba la mocedad en él, cuando ya perseguía con empeño á las más hermosas mujeres romanas y profanaba con la satisfacción de fáciles apetitos los ajenos tálamos. Parece imposible, pero bien puede asegurarse que las dobles propensiones guerreras y amorosas predominantes en César demostraban para los romanos su descendencia indudable de Venus y de Marte. Los principios más opuestos, acercándose por virtud y eficacia del equilibrio universal, parecen los principios más fecundos; la fuerza que repele y la fuerza que atrae componen la mecánica del universo; el amor y el odio el principio creador y el principio destructor; la generación y la muerte súmanse también para producir y para conservar la vida. Notadlo en la historia, notadlo. El hombre de acción, el hombre de guerra, el hombre de combate y exterminio, ama, pero ama mucho más que los hombres de idea y estudio, á quienes la vida se les sube por una ley natural á la cabeza y el espíritu se sobrepone á la carne. Amando muchísimo tuvo César innumerables encuentros con las señoras romanas, y teniendo innumerables encuentros con las señoras romanas amó á Servilia y debió creer, como Servilia siempre, que Bruto era su hijo. Éste, aunque viese las preferencias del dictador por su persona,

el cariño que le profesaba, las atenciones con él singularísimas, cuanto más él á la oposición patricia solía inclinarse, debió ignorar completamente la debilidad vergonzosa de su madre y debió creerse hijo del hombre con quien su madre se había unido en justas, y legítimas, y sacras nupcias. Las preferencias de Servilia por César debieron parecerle preferencias políticas, no de otro género, natural afecto en aquellas mujeres antiguas, muy comprometidas con los diversos partidos y muy propensas á participar de sus combates, desertando algunas veces la causa de sus maridos y de sus padres por esas razones afectivas que tan poderosamente obran y tan á la continua sobre los principios y sobre los pensamientos políticos de todas las mujeres. Porcia y no Servilia, la esposa y no la madre, dominó en el corazón de Bruto.

Bien es verdad que César aparece de una ondulación extrema en los comienzos de su vida pública. Patricio, se va con los plebeyos. Syla decidió matarlo, y como intervinieran las vestales á favor del joven patricio, díjoles cuán mal hacían todas ellas interesándose por un hombre como aquel, en cuyo espíritu se contenían y encerraban muchos Marios. Cuando Catilina promovió la revolución social, César estuvo del lado de Catilina. Un día restauró los trofeos de Mario en el Capitolio, y res-

taurando los trofeos de Mario en el Capitolio mostró que pertenecía en cuerpo y en espíritu á la plebe. Mas, como entraba tanta levadura de realidad y de vida en aquel espíritu suyo esencialmente político, llegado Pompeyo del Asia, uni6se al partido pompeyano, á pesar de componerse con los elementos más desafines de su tradición y de su historia, con parte de los caballeros y de los patricios. Dos razones le movieron á tal proceder: primera, la suma necesidad que tenía de oro en los dispendios hechos y las deudas contraídas para granjearse altísimos cargos; y segunda, la grande necesidad que tenía de ingerirse dentro de sus enemigos para mejor dividirlos, y dividirlos para más pronto perderlos. La demagogia, torpe de suyo siempre, no comprendía la destreza y habilidad consumadísima del inmortal repúblico; viéndolo en los tortuosos caminos de la política junto al patriciado y á la burguesía, le cobró un odio á muerte y le calumnió con todo género de calumnias. Los libelos contra César corrían de mano en mano. Cecinna escribía terribles acusaciones. Otros cofrades suyos versos á cual más calumniosos. Cierta plebeyo lenguaraz llamó rey á Pompeyo y á César la reina. Curio le dijo manceba de Nicomedes, rey de Bitinia; Clodio hasta le criticaba su manera de peinarse. Pero él insistía en aprovecharse de Pompeyo para conse-

guir y lograr sus personales ambiciones. Despreciándolo en su alma seguía y secundaba su política. Sin su apoyo no hubiera podido subir al consulado en Roma ni del consulado ascender al proconsulado en las Galias. El oro y la influencia de Pompeyo, he ahí lo que deseaba, y á este deseo, á su logro, lo posponía todo. Para más unirlo á su fortuna y á su persona, cas6lo con Julia, su amada hija, su gloria, su orgullo, la concentración de todos sus afectos. Y para tener más partidarios en las altas familias, que formaban como una legión de soberbias dinastías, uni6se á su vez en matrimonio, viudo ya de otras nupeias y divorciado de otra mujer, con la hija de Pisón, Calpurnia, que le trajo mucha y muy sólida influencia entre las familias patricias. Lo que hacía con esto el eminente político era congraciarse al patriciado, so reserva de humillarlos, y desatar la demagogia, so reserva de frenarla y someterla más tarde. Los excesos demagógicos llegaban por tanto á su mayor y más violenta extremidad. Clodio, tribuno, representaba este partido en el tribunado, y restablecía los repartos de trigo enteramente gratuitos entre la plebe, y contrastaba el poder de los censores y de los consules patricios, y convertía las asambleas en tumultuadas juntas, y menospreciaba los augures y los augurios, y proscribía, vengando á Catilina,

el gran orador Marco Tulio, y lanzaba sobre los patricios sus bandos de clientes y de siervos, y cercaba la casa de Catón, y escribía sátiras contra César llamándolo general cobarde y hombre afeminado. Los periódicos romanos, que á diario se publicaban por aquel entonces y que tenían sus artículos de fondo y sus noticias como los periódicos modernos, influidos y comandados casi todos ellos por Clodio, insultaban al dictador dándole con sus deserciones de la causa plebeya en rostro á la continua. Pero César, después de haber ejercido el consulado en Roma demostrando sus altas calidades, y de haber propuesto las leyes agrarias conducentes á granjearle con seguridad el favor popular, pretendía y lograba por medio de Pompeyo el proconsulado en las Galias, un gobierno provincial con cuyos rendimientos ganar á su persona partidarios, y un ejército numeroso con cuyas armas imponer su imperio y autoridad personales. No haría, no, él, de seguro lo que hiciera Pompeyo. No licenciara él sus tropas al volver triunfante. César estaba decidido y destinado á pasar el Rubicón, y entrarse con sus gentes en armas dentro del territorio romano, sin respeto á las viejas instituciones y sin temor á los patrios dioses.

La diferencia entre César y Pompeyo estaba en que César tenía una idea y Pompeyo no tenía nin-

guna; César una resolución y Pompeyo la perplejidad propia de quien, requiriendo la medra propia y el interés personal por seguir á un tiempo mismo todos los caminos, adolece de una incertidumbre que paraliza en él todos los movimientos. Así como Anibal creyó que no podía Cartago subsistir sin España, y se propuso vencer todas las resistencias españolas á su dominación cartaginesa, disipada por los Sempronios y por los Escipiones, creyó César que la Roma de su tiempo había menester su establecimiento definitivo en las Galias, su imperio absoluto sobre las Galias. Esta tierra céltica, por su interposición en el cruce de las regiones germánicas con las romanas, decidía el conflicto perpetuo entre ambos mundos, según propendiese al uno ú al otro; por ende necesidad inevitable de ingerirla en Roma. Pero dados los partidos de Roma y la inseguridad que á todo poder traían sus elecciones á plazos cortísimos, sus discordias parlamentarias, sus procesos políticos, las acusaciones de diversos géneros pendientes sobre la cabeza de todos sus estadistas, necesitaban los generales y los gobernadores de las provincias tener la mira puesta sobre los comicios y el Senado. César debía de continuo habérselas con helvecios, con galos, con britanos; mantener á un tiempo la línea del Ródano y del Rhín para su guerra constante á los germanos y

su comunicación diaria con Italia; mandar captadores para sostener el afecto cariñoso de su amigo Craso, atar la lengua larga de su enemigo Cicerón, decidir á favor suyo las cambiantes perplejidades de Pompeyo, atraerle á una los comicios, amedrentar con amenazas el Senado y adherir á su causa los demagogos atraillados ó sueltos por sus propósitos y por sus cálculos con arreglo á sus múltiples y complejas conveniencias. Por eso él guerrea durante la estación de primavera y verano aquende los Alpes, en las Galias trasalpinas, y durante la estación del invierno acampaba en las Galias cisalpinas, allende los Alpes. Y desde la Galia cisalpina mandaba con perdurable mando en Roma y servía ó deservía los planes de Pompeyo. Para tal obra de conquistar las Galias y los comicios, de mantener su fascinación en los soldados y su influjo sobre los partidarios, de aparecer como un general y como un tribuno á la par, ayudábanle por todo extremo las ventajas consiguientes á tener él un verdadero núcleo de fuerza y de poder, mientras Roma se desgarraba en los horrores de la más terrible anarquía. Pompeyo nada hacía por no malquistarse con nadie, y de vanidad henchido iba dejando enredarse las dificultades en confuso enmarañamiento, so reserva de poder desatarlas con un gesto de su cara olímpica y con un acento

de su palabra divina. Cicerón, aunque siempre inclinado á sus caballeros y á sus viejas instituciones, jamás acertaba en su incertidumbre á decidirse por Pompeyo, de quien recibiera muchas atenciones, ni por Cesar, á quien debía mucho dinero á causa de su afán por edificar casas y quintas en ciudades, montañas, bosques, lagos y costas. Catón, cada día más abstracto y más abstraído, daba en sus abstracciones á las ideas políticas suyas el aspecto de los fuegos fatuos que corren pálidos y fugaces con siniestro relampagueo por los cementerios. Craso moría en Oriente, acribilladas sus tropas á las flechas de los partos, y degollado él por un rey afeminadísimo y cobarde. Mientras tanto demagogos cual Clodio proscribían á repúblicos cual Marco Tulio, y otros demagogos, cual Milón, mataban á Clodio en una guerra de partidarios mantenida en las calles mismas de Roma, tan perturbada por las competencias de sus ciudadanos como la implacable y fatal naturaleza por las competencias de sus especies. Así, mientras luchaban los comicios de curias con los comicios de tribus, los cónsules con los tribunos, el Senado dirigido unas veces por Catón y otras por Marco Tulio con los triunviros y con los demagogos, queriendo todos ganarse al pueblo por medio de fiestas del Circo, en las cuales Pompeyo prometía nada

menos que quinientos leones, César, sin huir los medios de captación y las corrupciones habituales á tal tiempo y á tales costumbres, recordaba cómo él había divulgado entre las multitudes los secretos del patriciado, abriendo sus Asambleas al juicio popular y publicando sus sesiones; cómo él había propuesto una ley agraria tristemente combatida luego por los caballeros; cómo él había extendido el derecho de ciudadanía y sus beneficios por tierras y gentes extrañas, para que pudiera la sangre del cuerpo romano renovarse; cómo él había sujetado al dominio de la Ciudad Eterna los galos tan temibles, y alzados entre los italianos y los alemanes para defensa y seguro de la patria; cómo él quería una Roma plebeya, cual los Gracos y Mario, mas para servicio y gloria del mundo entero; cómo él aconsejaba reabrir las filas del patriciado á los celtas amigos de Roma; cómo él significaba por igual una revolución en el Pomerio y una revolución en el mundo, penetrados y confundidos dentro de maduro espíritu, muy resuelto á traer lo que Alejandro fantaseara cual un sueño: la identificación de todas las gentes en el seno de una superior humanidad.

Viendo todos estos planes, tan opuestos á su personal grandeza y gloria, Pompeyo se consagró á deshacerse de César. Sobre si éste podía ó no aspi-

rar al consulado desde su campamento proconsular, ó tenía que ir á la Ciudad Eterna, estalló la discordia política. Sobre la nueva mujer que debía tomar Pompeyo, muerta Julia, hija de César, estalló la discordia personal. Pero una contradicción superior existía, la contradicción entre las dos ideas. Pompeyo representaba la ciudad, César el mundo; Pompeyo en la ciudad los optimates, César la plebe. Debía el uno abrir los muros del Pomerio á todas las ideas, y debía el otro cerrarlos; debía el uno designar para la curia senadores galos, y debía el otro mantener y apoyar el viejo é histórico patriciado. La inferioridad irremisible de César estaba en sus medios, en la dictadura, y estaba la superioridad incontestable de Pompeyo en su respeto á las viejas instituciones y al sacro parlamento. Repetíase de nuevo el conflicto entre Grecia y Alejandro. Para servir á la humanidad tuvo éste que destruir algo tan humano como la Agora ateniense y la elocuencia demosteniana. Para transfundir la sangre del mundo á la ciudad y la idea de la ciudad al mundo tuvo César que derruir la tribuna y asombrar la libertad. Este principio entraña una virtud tan eficaz y ejerce un imperio tan grande, que santifica siempre hasta los mismos privilegiados, cuando lo sirven de todas veras y lo invocan de buena fe. Privilegiado Pompeyo, privilegiado Marco Tu-

lio, privilegiado Catón de Utica, privilegiado Bruto, privilegiados todos cuantos mantienen la causa de Roma contra la causa de César; pero ¡ah! que representan y personifican la libertad, y por eso los nombres suyos brillan como estrellas de primera magnitud en los cielos del pensamiento y del arte. Cuando César vió esta resistencia invencible apercibióse desde las Galias cisalpinas á contrastarla y á vencerla con sus legiones victoriosas que habían dado á Roma un mundo. Pero ¿cómo entrar en el territorio romano con tropas y tropas extranjeras, cuando lo prohibían todas las leyes y lo condenaban todos los augurios? En el Rubicón la tierra extraña concluía y allende tal torrente comenzaba la tierra sacratísima, inaccesible á las legiones. Para llegar en armas á tal santuario, él, pontífice máximo, debía desacatar los dioses patrios; él, nieto de Venus, desconocer la inviolabilidad secular de aquel territorio ungido por la sombra de Lavinia; él, patricio romano, violar á Roma. ¡Cuántos recuerdos gloriosos, númenes benditos, dogmas antiguos, divinidades respetadas, no le detenían al otro lado en su temor de revelar la vanidad de todos esos prestigios al modo que teme un sacerdote idólatra, desengañado é incrédulo, revelar la materialidad grosera de su ídolo! Así la noche antes creyó soñar que violaba el cuitado á su propia

madre. Pero, con esto, sintió el escalofrío último comunicado por la vieja superstición histórica, y atravesó el Rubicón audazmente, demostrando en este desprecio de un arúspice á los viejos auspicios cómo no espiraba solamente la vieja Roma, espiraba también la vieja religión. Sus enemigos se corrieron á Grecia. Pompeyo dudó entre ir á esta península ó ir á la península española. Pero al fin dejó España en manos de sus tenientes Afranio y Petreyo. César de una ojeada comprendió la situación militar con la clara evidencia del genio, y se propuso conjurarla con la prontitud innata en su firme y resuelta voluntad. Afranio y Petreyo le amenazaban desde Lérida, y su colega en el triunvirato le amenazaba desde Dirraquio. Pues decidíó ir primero á Lérida y á Dirraquio después. Venzamos un ejército sin general, exclamó, luego venceremos un general sin ejército. En efecto, llegó á Lérida, vió el enemigo y lo venció. Desde allí se dirigió á Grecia. Y en Grecia estaban todos los optimates de Roma defendiendo bajo las enseñas de Pompeyo todas las viejas instituciones y todas las sacras libertades. Y estando los optimates no hay para qué decir cómo estaba en persona Bruto. Y estando Bruto no hay para qué decir cómo estaba con Bruto el ideal y el genio de los antiguos patricios. Éstos y los caballeros no podían creer de mo-

do ninguno en su derrota. Representando la santa Ciudad, los antiguos dogmas, los seculares principios, institución tan alta como el Senado, numen tan vivo como el numen de la libertad, no podían creer los patricios y los caballeros en su rota y ruina. Confiaban á una en que los dioses desbaratarían á los innovadores y estarían por la tradición y por la fe. Cicerón era el único descorazonado. Su pensamiento estaba con Pompeyo, su corazón estaba con César. El general republicano tenía la misma estúpida confianza en su estrella, y en su fortuna, y en su prestigio que le habían cegado desde los comienzos de aquella discordia. Cuando César estaba en vísperas del Rubicón decía Pompeyo que con dar un puntapié á la tierra le brotarían á su causa espontáneamente soldados, y cuando César estaba en vísperas de Farsalia, Pompeyo creyó más que nunca en la victoria de sus propias huestes.

Pompeyo, dueño del Oriente de nuestra Europa, tenía mucha marina. César se vió por ello constreñido á pasar el Mediterráneo en una barca. Este paso lo consagró con la célebre confortación al piloto, dirigida cuando temblaba so los vientos desencadenados y sobre las ondas alteradas, diciéndole cómo á César conducía y la fortuna de César. En los comentarios escritos por el dictador sobre sus guerras, hállanse las ventajas innumerables de Pom-

peyo en aquel trance y encuentro. Primeramente había dispuesto de mucho tiempo y podido sacar así tropas de Asia, Europa y Africa, reuniéndolas por aquellas encrucijadas providenciales que parecen una intersección de los tres continentes. Nueve legiones de ciudadanos latinos, una excelente compuesta de los milites más valerosos y más dignos de aprecio, á saber, los curtidos y expertos veteranos, gentes herederas de las belicosas y audaces con que Alejandro iniciara sus empresas, de macedones y cretenses, tan duchos en los arcos casi como los baleares en las hondas, y factores de una legión; dos traídas por Léntulo del Asia; levas de Beocia, del Epiro, de Tesalia, tierras militares; refuerzos de Siria; soldados de Lacedemonia y el Ponto tan heroicos y tenaces; seiscientos honderos; mil entre capadocios y tracios, galos y alemanes cogidos por Cneo Pompeyo; trescientos galatas; innumerables mercenarios componían un ejército doble del ejército cesáreo, y muy admirablemente sostenido por víveres enviados de aquellas regiones, á las cuales llamaba Roma frumentarias por su abundancia de trigo. ¡Cuánto no despreciaría César á sus contrarios, cuando se atrevió á pasar solo entre numerosas escuadras y á sitiarse un ejército muy superior con sus hambrientos soldados! Pan de hierba tuvieron que devorar. Cuando los

caballeros romanos, tan vestidos, olientes y peinados miraban este pan, que parecía pienso, creían habérselas con bestias y bestias salvajes é indómitas. Pero ¡ah! que los estómagos del Norte, avenidos á crasísimas viandas, iban poco á poco debilitándose y se necesitaba emplearlos en los combates y satisfacerlos con rápido triunfo si no había de perderse todo. Estaban los pompeyanos tan mal instruídos en los movimientos de César, que lo creían en fuga cuando se hallaba más cerca de una victoria. El campamento suyo parecía una ciudad móvil. Los lujosos vestidos, las ricas armaduras, las tiendas vistosísimas, las tertulias literarias, los trinqueos en vasos artísticos, los juegos de dados, los ramajes y las flores dábanle aspecto de fiesta continua. Uno leía los versos de Homero y comparaba su general invencible con el invencible Agamenón; otro hablaba de César diciendo que no sabía vencer con las armas, sino adquirir con el oro á sus enemigos; expedía éste los prisioneros al campamento cesarista encargándoles de llevar al campamento pompeyano la cabeza de César; disputábanse entre sí los altísimos cargos de la Ciudad Eterna y proponían sus respectivas candidaturas para todas las dignidades y todos los lucros. Lo que más les imputaba era la distribución de los empleos después del triunfo. ¿Quién se

llevaría el pontificado?, se preguntaban los unos á los otros. César había sido pontífice por serlo todo, y esta dignidad sí que le costara largo dinero y le infligiera crecidísimas deudas. Pero la demostración palpable de cómo la política nueva y sus competencias eternas degradaban el romano carácter, veíase con sólo ver cómo reñían los magnates entre sí por el pontificado de César antes que por el triunfo sobre César. Espínter se las prometía muy felices y Domicio también por su parte y á su vez. Pero los dos palidecían cuando se acordaban del poderoso competidor Escipión, suegro de Pompeyo reciente, que acababa de sustituir á César, pues muerta la hija de éste, Julia, Pompeyo se había casado con Cornelia, trayéndola consigo á Oriente, y parecía naturalísima la preferencia. Lo cierto es que ardían en fiestas aquellos campamentos á la víspera misma del desastre vergonzosísimo de su general. La noche anterior á Farsalia todas las tiendas presenciaban dentro de sus lonas regocijadas orgías, mientras ostentaban fuera guirnalda olorosas más propias de una festividad que de una guerra.

César no tenía consigo todas sus legiones, faltábanle dos destacadas á Etolia y otras dos esparcidas por Iliria. El hambre cruel enflaqueció á los suyos, como ya hemos dicho, mientras reinaba en los

campos opuestos la mayor abundancia. Era el 9 de Agosto año 706 de la fundación, que Roma se computaba en sus calendarios y en sus fastos á sí misma. Los nombres inmortales de las antiguas letras helénicas rebrotan ahora de nuevo. Óyese hablar del Peneo y del Olimpo. Los lugares donde se libra una guerra civil romana presenciaron dos siglos antes la conquista del Asia. Con razón el sublime y enérgico poeta de la república, en su epopeya de Farsalia, viendo águilas romanas frente á águilas romanas, las enseñas patrias frente á las enseñas patrias, maldice una edad que mide por las fuerzas los derechos y conjura los dos ejércitos á que vayan contra el enemigo común, seguros de que podrían ambos á dos con su pujanza, convertida en honor y en pro del pueblo romano y de sus hogares, vengar la muerte de Craso y extender sus conquistas desde los hielos del polo hasta las abrasadas arenas donde brota el Nilo. Pero las guerras civiles privaban más entonces que la conquista del mundo, y Pompeyo sólo se acordaba de acabar con César y César con Pompeyo. A las orillas del Enepeo tendíanse las dos líneas de batalla y los dos enormes contendientes. Pompeyo reservaba su infantería, teniéndola con cuidado á la defensiva, seguro de que sus numerosos, y ágiles, y disciplinados jinetes, expedidos contra los escuadrones

opuestos, muy débiles de suyo y muy torpemente sumados, traeríanle los comienzos de una definitiva y suprema victoria. Bien habían menester las legiones pompeyanas de á pie una fuerte asistencia, porque César las atacó rabioso, conmoviéndolas profundamente. Heroico y corto el encuentro, mas previsto por César que sus jinetes no podrían por largo espacio sostenerlo, colocólos, cual una especie de fortaleza humana, encubriéndolos y ocultándolos con arte, á fin de que llegaran hasta ellos los enemigos y en ellos fácilmente se rompiesen y estrellasen. Sucedió como lo había previsto. La caballería pompeyana, lo mejor del ejército aquel, se rompe contra tal escollo. Y al verla volver grupas, cuando todo se libraba en su heroísmo, un comienzo de pánico sacude los nervios de todos los legionarios republicanos. Los flecheros cretenses quedaron rotos. Las líneas terceras de combate, que había reservado, entran de refresco y caen sobre sus contrarios con ímpetu, aplastándolos bajo su inmensa pesadumbre. Como todo el plan de Pompeyo consistiera en romper el centro del ejército cesariano con su caballería superior, y envolver las dos alas en el inmenso número de su infantería, dió la batalla por definitivamente perdida, se retiró á su tienda, y se negó á proseguir aquella lucha, en la cual no había ni siquiera entrado el grueso de am-

bos ejércitos. Una reacción sobre sí mismo, un aliento dado á los suyos con la palabra ó con el gesto, la resolución de morir mostrada en aquel instante, un arrojó que le hubiera lanzado en medio de las huestes dispersas para reanimarlas y rehacerlas, acaso lo salvara todo y hundiera en el polvo la fortuna y la insolencia del contrario. Pero acostumbrado Pompeyo á que la victoria le buscara á él y no él á la victoria, como le sucediera ya otra vez en sus luchas con Sertorio, en cuanto vió sus legiones repasar el Erípeo, arrojó las pesadas insignias de mando, y pidiendo un caballo en reposo, montólo, hundióle con furor los talones en el vientre y corrió á orillas del mar, donde, requerida velera nave, huyóse á Lesbos, y de Lesbos al Asia, y del Asia tristemente al Egipto, cuyos reyes y magnates, que le debieran tanta protección, temerosos de una hospitalidad nefasta, le descabezaron sin piedad y le ofrecieron la cabeza, que fuera un tiempo también cabeza del mundo, al afortunado vencedor. Los soldados cesaristas no habían solamente roto al ejército republicano, lo habían por completo destruído en el más vergonzoso aniquilamiento. Veinte mil entregaron las armas, quince mil cayeron muertos en la pelea. De las once águilas que llevaba el enemigo, nueve ¡ah! volvieron á sus legiones. El milite simple y raso entró en el

ejército cesarista; el de alguna mejor condición sufrió muchas crecidas y confiscaciones violentas; los caballeros y los patricios, en su mayor parte, fueron condenados á muerte. He ahí la batalla de Farsalia.

El mundo mostró una vez más en esta ocasión suprema su bajeza y su miseria. Todas las gentes enemigas del vencedor cayeron á sus pies desplomadas y se los besaron. Pompeyo, que había deslumbrado al Oriente con sus correrías y tenídole por vasallo, no logró, después de su derrota, ni un aliado, ni un amigo en todas aquellas vastas regiones. Desde la mercantil Fenicia y el Egipto y el Asia Menor, hasta las más ilustres ciudades griegas, como Rodas y Atenas, llegaron en tropel á los harenes del victorioso y maldijeron al vencido. El Bósforo, deudor al general republicano de innumerables franquicias, desertó de la debida gratitud, sin acordarse cómo desertaba de la honra. Entre tantos pueblos y entre tantos reyes, Numidia y Juba se distinguieron solamente por su fidelidad, y eso por el miedo natural á no encontrar perdón, ceñidos como estaban á su causa con ligaduras indisolubles. Si así procedieron los pueblos, imaginaos cómo procederían primero los partidos y después los individuos. El partido constitucional, si no creyó que se hallaba el derecho donde se ha-

Haba el triunfo, fué de una cobardía sin ejemplo. Casio entregó la escuadra del Ponto Eusino, que hubiera quizás batallado todavía con gloria y con fortuna en pro de Pompeyo. Cicerón se partió á Brindis para volver á Italia, no sin expresar que había seguido las banderas de Pompeyo en cumplimiento del deber y sin confianza ninguna en su valor y en su mérito. Deudor, como ya sabemos, de César, que le prestara gruesas sumas, apercibióse á pedirle perdón por sus culpas políticas y prórrogas á sus pagos urgentes. Triste, muy triste ver al representante de las antiguas instituciones, al orador excelso de la tribuna más ilustre que había entonces en el mundo, al representante de la idea jurídica y de la libertad parlamentaria, deudoras las dos de mucho lustre á su inspirada elocuencia, rendirse como el soldado último de Farsalia, y arrastrar por los suelos su historia en cartas escritas en estilo que debían cien generaciones aprender, y congraciarse vilmente con el poder y la fortuna, como si en tanta gloria y en tanta grandeza no hubiera un alma, ó en esa grande alma no hubiese amor á la gloria y á la inmortalidad. Pero lo más extraño y maravilloso de todo fué la increíble conformidad y resignación del severísimo republicano Bruto. César encargó á sus gentes, por auténtica recomendación de Servilia, que requirieran

dónde se hallaba y lo llevaran sano y salvo á su presencia. Obedecieron los agentes de César con aquella fidelidad habitual á su persona y á sus órdenes. El odio se detuvo en presencia de un hombre que tanto lo merecía por su repulsión á las innovaciones y por su fidelidad á la república. Mientras varios compañeros suyos caían segados por la espada exterminadora de aquellos vencedores, á quienes emborrachaba la cólera, él recibía homenajes y respetos múltiples, como si en vez de hallarse con los vencidos se hallara con los vencedores. César le recibió con agasajo y hasta le recompensó con elevadísimo puesto para que pudiese consolarse un tanto del eclipse, mejor dicho, del ocaso en que cayera la romana libertad. Por de pronto pudo creerse completamente apagado sobre las aras de Roma, Vesta sacratísima, el fuego perenne de los antiguos ideales. Aquel Junio Bruto que sacrificara sus hijos en aras de la libertad; aquel Mucio Escévola que se maldijera y se castigara furioso é implacable por haber marrado un golpe suyo á la tiranía; el austero censor, el honrado Camilo, el íntegro Cincinato, los héroes y los mártires del temple de aquellos hijos que dieran á Roma las entrañas fecundísimas de Veturia y de Cornelia, parecían todos atados, sin excepción de uno solo, al carro del vencedor.

Mas para honra del género humano surgió la personalidad estoica de Catón. Pocas almas nos interesan en el grado de su alma, pues Porcia calcó la suya propia sobre la severa y rudísima de su padre. Asceta, verdadero asceta el patricio, en medio de la sociedad, con el ascetismo propio de un repúblico antiguo, sus virtudes privadas y particulares no llegan al nivel mismo de sus virtudes públicas. La idea de libertad excepcional, y la idea de patria romana, y la idea de gente patricia resplandecían en su alma sobre la idea de familia y sobre los conceptos fundamentales de la moral privada. El poeta de los estoicos, de los republicanos, de los vencidos en Farsalia, el tribuno inmortal que se alza con sus versos vengadores y sus cóleras sublimes frente á frente de César y de su victoria, el épico de toda esta catástrofe, Lucano, recuerda sin escrúpulo, al presentarlo en apoteosis, la vuelta de su mujer, cedida á Hortensio y reincorporada de nuevo en su amor, en su hogar, en su lecho, viuda ya del orador, y después de haber con su cuerpo servido al aumento de una familia noble y dado en otra parte y á otra estirpe retoños nuevos con sus varios hijos. Un satírico pintaba de esta suerte la posición del romano respecto de su mujer: «La entregó joven y se la devolvieron rica.» En una de sus correrías por Orien-

te, como le hospedara cierto rey del Asia menor en su palacio, le captó y enamoró la mujer. Llamábase Psiquis ésta, y la palabra *psiquis* en griego significa tanto como alma, por lo cual decían que tuvo Catón *el Joven* un alma regia paseándose por el cuerpo republicano. Mas fuere de todo ello lo que fuere, su característica principal es la protesta enérgica contra la victoria bruta. Y tal protesta, que transmitió á su hija Porcia, estoica también, brilla sobre su tumba su nombre, su historia, su política, su tradición toda entera con resplandor inextinguible, á cuya calorosa luz muchas almas se avivan en la virtud y se resisten al hado. Catón demuestra la libertad humana en su vida y en su muerte, pues nada enseña tanto la posesión del hombre sobre sí mismo como la facultad omnimoda de inmolarsé y sacrificarse, disponiendo de sí propio al dictado de la conciencia é imposición y mandato de la propia voluntad. El bruto está de tal suerte por sus instintos encadenado, que no puede sustraerse al deseo de vivir; pero en nosotros, en la especie humana, el instinto de conservación, tan fuerte, se halla sometido por completo así á la conciencia como á la razón, y bajo el dominio verdaderamente omnimodo de la voluntad individual. Rehacerse contra la victoria con reacción tan sublime como la del estoico romano, y disponer de

sí mismo hasta darse con serenidad la muerte, actos resultan en presencia de los cuales habrán las generaciones de prosternarse como ante las aras donde han caído los mártires y como ante la cruz donde han muerto los redentores. Y cuando con vigor de conciencia tan grande y una fuerza de voluntad tan verdaderamente incontrastable se transmiten por herencia de un hombre fuerte como Catón á una débil mujer como Porcia, nuestra estima, la estima de tales virtudes extraordinarias debe crecer en proporción y en medida con su increíble inverosímil grandeza. Sublime y muy elevada el alma de Catón, impuesta y librada en el culto á la república, pero mucho más elevada y sublime cuando se piensa y se considera cómo ha sabido transmitirla en vínculo hereditario á una mujer cual Porcia, quien, muerto su padre, la recibe y la guarda en su seno con sus ideas capitales, resplandeciendo después de transpuesta en el sepulcro como el sol suele resplandecer en los celajes de una tarde serena después de puesto en el ocaso. El individualismo cristiano germánico de los tiempos modernos suma en el hombre virtudes privadas, mas resta virtudes públicas; la confusión de los individuos con los Estados en el mundo antiguo, lo que podríamos llamar más ó menos gráficamente socialismo helenolatino, suma en el hombre virtudes pú-

blicas y resta virtudes privadas. Por tal motivo no debe maravillarnos que un transmisor de la propia mujer á otro como Catón, y un usurero de sus rentas y provechos como Bruto sean para la posteridad modelos acabadísimos y perfectos de públicas virtudes. Catón resistió á César. El poeta cordobés lo ha dicho en la frase quizás más profunda y más hermosa que haya legado el mundo antiguo al mundo moderno: *Victrix causa diis placuit; sed victa Catoni*. Los dioses podían, después de Farsalia, irse con el vencedor; Catón se iba con el vencido. No conozco reivindicación alguna tan sublime de la voluntad y de la conciencia humana, irguiéndose ante sí, por sí, sobre sí, contra los decretos del cielo y las fortunas del mundo. Esta oposición del menor número al mayor, esta lucha con la victoria ciega, esta resistencia del débil al poderoso, este arresto de morir sin miedo antes que claudicar cayendo al pie de la fortuna, este combate á muerte con los hados siquier parezcan divinos, toda esta omnipotencia de la voluntad individual que llegó sin miedo á enseñorearse de sí misma sabiendo que tras la muerte nada puede pasarle, ha engendrado en su seno todos esos actos del heroísmo llamados los grandes sacrificios, en cuyo fuego se purifican y esclarecen todas las almas enérgicas, muy necesitadas del estímulo y del ejemplo. Protestar como

protestó Catón *el Joven*, contender como contendió, morir como murió, resulta una tal serie de actos sublimes, que la historia no tendría entrañas seguramente si no se detuviera y se inclinara en su presencia. Nosotros debemos ahora detenernos é inclinarnos más porque se halla contenida en el alma de Catón el alma de Porcia.

Estaba el filósofo en Cirene cuando supo el triste fin de Pompeyo. Muerta la república romana con este defensor suyo, y triunfante la monarquía nueva, repugnó á tanta desgracia sobrevivir, y tomó la dirección de Utica, no en busca de un refugio, en busca de un sepulcro. Sabiendo cómo debía proceder para no abandonar la causa de los suyos antes de lo debido, encaminóse hacia un puerto de las riberas africanas, poco seguras á un vencido, por hallarse poblada de númeras traidores y fenicios mercaderes. Él no creía que la razón estaba con la fuerza, que nacía de una victoria una legitimidad, que pudiera el crimen pasar á virtud porque lo dorara el tiempo con sus esmaltes y lo ungiera el género humano con sus adulaciones y con sus besos. Rotas las leyes; desconocida la soberanía del Senado; puestos los haces de los lictores contra el pueblo y por el monarca; en el Foro destruida la tribuna de los Rotros y en el Capitolio alzados númenes propicios á la tiranía; trocadas las sacras colinas, donde

tronaran los oradores, en peldaños del trono; la Ciudad Eterna con amo como la sierva de los harenes orientales, constituíase una tierra nueva, dentro de la cual no había ni aire respirable para su alma, ni espacio siquiera para su cuerpo. Pompeyo ha perecido bajo el doble peso de su infortunio y de su nombre; tócale á Catón perecer también. Mas antes quiere decir la última palabra sobre aquel á quien llamaba su jefe y aquietar sus manes con algún profundo consuelo. No encontraba en Pompeyo aquella rigidez histórica de los antiguos romanos, por no permitirlo, sin duda, la tristeza de unos tiempos que confundían el triunfo con el derecho y demandaban á la virtud severa holocaustos para el vicio feliz. La prepotencia de Pompeyo se diferenció de la prepotencia de César en que pudo ejercerse y desarrollarse con rigor sin detrimento ninguno de la libertad. El pueblo le hubiera nombrado señor, y él se contentaba con la dignidad modesta de ciudadano. Le tuvieron los senadores por jefe; mas, así como su prepotencia militar no dañara de ningún modo á la libertad, su jefatura parlamentaria no dañó al Senado. Jamás creyó que debía dominar en Roma porque hubiera vencido á los enemigos de Roma. Obligóle tanto más todo lo recibido del pueblo, cuanto menos obligado se creía éste á dárselo por cesión, y más podía,

en la completa de sí mismo, rehusárselo. Rico, enriqueció más las cajas de su patria que la propia caja. Noble, creyó que su nobleza le imponía el aprecio, no el desprecio de su pueblo. Siempre que opuso á cualquier causa las armas fué para seguidamente deponerlas. Quería el ejército mientras duraba la guerra. La paz del mundo le agradaba más que la victoria propia. Corrió á la cabeza del ejército como á la cabeza del pueblo, más con resolución de servirlos que de mandarlos. Su persona fué siempre al ostentoso lujo repulsiva y al vicio corruptor su casa. Él se hubiese, no complacido, sí avergonzado de reinar. Así en la misma hoguera donde se consumieran sus restos acababan de consumirse la libertad, la ley, la república. El cielo quiso favorecerle al fin, permitiéndole morir víctima de un monarca y no vasallo de otro. Los que nacieron libres deben apresurarse, cuando recelan que se acerca un tirano, á morir por su libertad. Si Roma, en vez de tribunos, ofrece tan solo Césares, hasta las almas de los muertos en la república deben cerrarse á todas las evocaciones, y no venir del silencio y del olvido á escuchar el romano silencio y ver allí el triste olvido de todas las antiguas virtudes. Así es que importara mucho á los buenos morir en tal estado y tener para la pira de su cadáver tal virtud que hiciese á

su sombra inmortal sorda por completo á todos los conjuros y á todas las evocaciones. Duerma en buen hora la Ciudad Eterna el sueño de todos los vicios; pero que no despierte con sus ronquidos á los buenos. Inútiles por completo las trípodes y las consultas para los númenes de la muerte. Lo que se necesita con ella es una firme y segura voluntad. En fin, jamás acabaríamos si hubiésemos de contar todos los pensamientos que cruzaban la inteligencia de Catón á la hora de saber ya muertas la libertad y la república en Roma. En todos estos pensamientos predominaba uno tan sólo, el pensamiento de amor al descanso y al reposo en brazos de la eternidad. Morir equivalía en el fondo á triunfar. Y equivalía en el fondo á triunfar porque la vanidad orgullosa de César, así como requería esclavos de todos los pueblos para mostrar su fuerza, requería jefes de todos los partidos para mostrar su misericordia. Podían á esto conformarse Cicerón, el cual, fugitivo, desde Farsalia á la triste Brindis iba componiendo frases elocuentes que colocar en la diadema de César; Bruto, que aceptaba sin escrúpulo el gobierno de la Galia cisalpina, hostigado por su madre Servilia; Casio, quien había cedido entre los estremecimientos primeros de la derrota una escuadra; pero no el alma de Catón. Y debió añadir que también el alma de su hija Porcia, don-

de se iluminará la conciencia y se determinará la voluntad de Bruto, suspensas por las maquinaciones de Servilia.

Catón personifica las ideas estoicas. Y las ideas estoicas elevan el hombre hasta sobreponerlo al dolor. El republicano había visto la muerte de hito en hito, y jurádole un desposorio inmediato. Con esta resolución soportó la rota de Farsalia, que nada le importaba por él, sino por la república. Con esta resolución soportó en el mar tempestades, no tan desordenadas como las interiores é íntimas de su tormentoso espíritu. Con esta resolución recogió los restos de la gente republicana, que consigo conducía en su flota y la impelió desde la pequeña Sirte hasta la célebre Utica. Aunque se iniciaba el invierno, y por tanto una estación más propicia, en aquel abrasado clima del desierto, á las peregrinaciones, un martirio sufrió Catón durante aquel prolongado viaje, á cuyo término se hallaba como un descanso la muerte. No usando, por costumbre apenas creíble, los romanos todavía del camello, cuyo paso tan sólo devora los infinitos arenales, experimentaron angustias terribles y tuvieron que resignarse á tardanzas desesperantes. El cielo como una brasa; la tierra como un horno; el aire como los resuellos del Etna; los torbellinos arremolinados en trombas; las arenas batidas y alzadas, cual montañas, en alas del

viento, y quemando como erupciones volcánicas; tales calamidades juntas contribuyeron á poner en trance de muerte mil veces la tropa conducida por Catón, que mostró la superioridad incalculable de su indómito espíritu sobre la naturaleza. En efecto, el ejército aquel, guiado por un filósofo, más era ejército de paciencia que no ejército de combate. Pudiendo impedir á César el paso desde los territorios griegos al territorio egipcio, y del territorio egipcio al territorio itálico, ninguna empresa intentó, como si una fascinación lo paralizase y detuviese. Ciertamente que toda la marina se portó en aquel conflicto de Farsalia igualmente. Con el número de naves que tenían los republicanos en la mar griega, no supieron ofender ni molestar á los vencedores. Las escuadras de Pompeyo, las escuadras de Casio, las mismas escuadras de Catón sólo sirvieron á la fuga universal. Y, sin embargo, por esa petulancia propia de los partidos, que creen perdida la honra si pierden la esperanza, los republicanos todavía confiaban á una en la fragilidad del imperio cesarista, y creyendo próxima la ruina de César desde los escombros de su propia ruina irremediable y suprema, todavía se disputaban entre sí el mando y dirección de sus partidarios, como no había sabido ninguno disputar al tirano el mando y dirección de la tierra. Catón creyó siempre que las armas no po-



dían servir ni valer en defensa de la libertad y de la república, pues cuando no acertaban á imponerse por la fuerza de su virtud intrínseca, mal se impondrían por la fuerza del combate y del triunfo. Desde que las guerras civiles comenzaron, el estoico no se vistió una sola vez de lujo; y desde que la batalla de Farsalia se perdió, ni quiso acercarse á mesa ninguna, ni en lecho tenderse para comer, sustentándose con aquellos alimentos indispensables á sostener por algún tiempo su vida.

Un año resistió Catón todavía las tentaciones de suicidio, á ver si el triunfo se tornaba del lado de los suyos en las últimas y supremas porfías. Desesperanzado siempre, no obstó su desesperanza irremisible al cumplimiento de los deberes íntegros. Él mantuvo en Utica un verdadero núcleo de las fuerzas republicanas y un vivo reto á la victoria de César. Pero el dictador, tan rápido en concebir como en ejecutar, tan clarvidente por sus previsiones como seguro por sus acuerdos y certero por sus golpes, plantóse con celeridad en Africa, no fuera que la protesta llegase á victoria. El postrero de los Escipiones, el célebre Labieno, los hijos de Pompeyo, se reunieron allí bajo las dos alas del alma de Catón, y honorariamente presididos por el rey africano Juba, fidelísimo á las viejas instituciones á pesar de su vanidad bárbara, quien les acorrió con

su ligera caballería nómada. Pero todo lo superó César. La victoria de Thapso en las costas de Africa vino á completar la victoria de Farsalia en las costas de Grecia. Catón, que había quedado en Utica, recibió con celeridad extraordinaria, por aquello de que las noticias nefastas tienen alas, el anuncio de la desgracia. Una vez conocida, bien que no extrañada, reunió los trescientos ciudadanos de Roma en la ciudad habitantes, y les aconsejó la defensa. Mercaderes más que políticos, resistieron á toda resistencia y declararon importarles poco la victoria de César, con el cual no querían habérselas, dispuestos á reconocerle por soberano y á obedecer sus mandatos. Catón, al ver todo esto, con lo cual contaba, curóse tan sólo de cumplir los postrimeros deberes, y cerrando todas las puertas de aquella ciudad que daban al desierto y abriendo las que daban al mar, conjurólos con verdaderas instancias rayanas en mandatos para que se partiesen y burlaran así las cóleras de César huyendo á sus venganzas. Los rogados y excitados por tan apremiante modo tuvieron que ceder, y dejaron á Catón solitario en compañía de sus dos jóvenes hijos y de dos filósofos griegos, con los cuales, mientras el infortunado guerrero se acercaba, púsose á departir sobre temas tan metafísicos, pero tan humanos, como la muerte y la inmortalidad. El pensamiento

último correspondiente á la vida y á la tierra, que tuviera el romano, fué la despedida y salvación de Labieno y de Pompeyo, quienes se partieron hacia España con ánimo resuelto á sostener todavía la república y la libertad romanas contra César. Cumplida tal obligación, puestos en cobro cuantos pudieran correr algún peligro, salvados los jefes, ya Catón apenas podía de otro ningún objeto acordarse que de las ideas eternas preparatorias á su muerte. No quería vivir sin la república y sin la libertad. Por lo mismo que no quería vivir sin ellas y estaba dispuesto á inmolarsé por la propia mano sobre su recién abierto sepulcro, maravillan y extrañan más los cuidados bien solícitos y múltiples que supo consagrar á las últimas y más rudimentarias vulgaridades de la vida. Cuarenta y ocho años tenía no más en la hora de su muerte, de una muerte solicitada y requerida como pudiera solicitar y requerir á un vil amante con pudor y en silencio. Sin embargo, los últimos entre deudos y partidarios y colegas, que le acompañaban, llegaron á entrever en lo reposado y majestuoso de su continente personal, en lo sereno y fijo de sus ojos vueltos casi á lo interior del espíritu, en lo menospreciador de tantas fatalidades como le abrumaban á él y á su patria, en lo elevado y sublime de sus ideas, en la unción casi melodiosa de sus conver-

saciones, en todo su sér, que aquella personalidad suya iba poco á poco rompiendo las cadenas del organismo y del cuerpo hasta en grandiosas anticipaciones de la inmortalidad transfigurarse, y eterizándose, como la mirra y el incienso quemados en las trípodes sacras de los sacrificios, tocar en lo invisible y en lo eterno como un puro y sobrenatural espíritu.

Como buen clásico no creyó Catón despedirse bien del mundo si una cena, cena de aparato con sus hijos y con sus partidarios, dejaba de preceder al premeditado suicidio. El que durante las agonías del principio republicano comiera de pie siempre, tendióse con serenidad en amplio lecho á la vieja moda romana y gustó los manjares á la par que gustaba del dialogo. El ciudadano había peleado con la fatalidad como un héroe; cumplido todas las obligaciones respecto de su patria, y de su estirpe, y de su clase; puesto el empeño de un perdido náufrago en salvar entre las cóleras de los hombres y bajo los decretos del destino la libertad romana. Todo se frustró, y ya no le quedaba otro remedio sino abstraerse de la realidad horrible, donde triunfaban el vicio y el mal, para con esfuerzo superior de voluntad y pensamiento abrirse las puertas eternas del sepulcro y entrarse por la región etérea del ideal purísimo, resplandeciente, de una eterna claridad.

Sus dos amigos pertenecían, el uno á la escuela peripatética, el otro á la escuela estoica. Catón les propuso el tema de la inmortalidad en la serie dialéctica expuesta por los diálogos platónicos. Parecía que se levantaban los plátanos del Pireo, y que, á manera de las abejas áticas alimentadas en los romeros y tomillos del Hibla, venían las ideas platónicas en sonoros enjambres á encantar el trance último de la vida y traer como una miel dulcísima las esperanzas de nuestra especie frágil y perecedera en la divina inmortalidad. Inmortal es el alma, y destinada por el cielo á unirse con la suprema unidad. Por el pensamiento participamos los míseros mortales de la divina inteligencia y por la virtud participamos de la divina perfección. ¡Ah! No puede morir quien, hallándose á este cuerpo tan frágil esclavizado y sujeto, aun tiene una fuerza interior que le somete la materia y le sojuzga las pasiones. Pensar sin el cuerpo, con la pura virtud íntima del pensamiento, en la supra esencial sustancia de cada cosa, obra divina es tal, que no pueden alcanzarla de ningún modo ni el tiempo ni la muerte, como emanación directa de la eternidad. Las sublimes armonías entre los contrarios enlazan y confunden el amor con la muerte. Antes de aprender ya sabemos algo que por viva reminiscencia guardamos de otro mundo mejor, y antes de morir ya

tenemos aspiraciones á lo infinito y á lo eterno que sólo pueden satisfacerse allá en la misteriosa inmortalidad. Esta razón humana, que tiende á la unidad, encuentra la unidad en Dios. Como las cuerdas áureas de las armoniosas liras producen, tocadas por los dedos, que la inspiración mueve, notas superiores á ella misma, tañidos estos nervios nuestros por Dios, dan de sí las ideas esencialmente divinas por superiores á nuestra humanidad. Y por las ideas enrojece las oscuras cosas en el fuego celeste; y por las ideas prestamos á todo lo inerte movimiento; y por las ideas esclarecemos el universo material; y en alas de las ideas nosotros mismos ascendemos con rápido vuelo á las cimas donde se alzan los eternos é incommunicables arquetipos de los cuales todo lo existente parece pobre copia. La imitación de Jesucristo, escrita para el consuelo y el aliento de los hombres en la Edad Media, no supera en eficacia y virtud á las altas y sublimes palabras con que los platónicos y Platón supieran, allá en el antiguo mundo, confortar á los héroes y á los mártires de Grecia y Roma. Lo cierto es que sin ese apoyo ideal de un pensamiento filosófico tan sublime acaso Catón careciera de fuerzas para tornarse contra los decretos del destino y penetrar sereno en las sublimes y etéreas anticipaciones de la inmortalidad.

Tras estas reflexiones sublimes, manifestadas en banquete parecido á los banquetes de Platón, apartóse con solemnidad el austerísimo romano de sus comensales y se recluyó en su cuarto. Ya dentro de aquellas cuatro paredes miró el abismo de la eternidad con serena mirada y resolvió arrojarle á su insondable seno en el siguiente amanecer. Leyó el Fedón dos veces en rollo que llevaba siempre consigo, y las ideas del maestro le fortalecieron en la robustez de sus propósitos, así como le alentaron á ponerlos por obra, seguro de la inmortalidad. Aquella elocuencia melodiosa del gran filósofo de las ideas, oponiendo frente al reducido hueco de un sepulcro la inmensidad del espacio, á lo breve y fugaz de nuestra vida el tiempo eterno, al cuerpo que se desprende y cae sobre la tierra el vuelo de nuestro inquieto espíritu hacia lo infinito, aquella melodiosa elocuencia lo transportó al cielo de la justicia, después de haberle sugerido un menosprecio y un disgusto acerbísimos por esta tierra de los tiranos y de las tiranías. Concluida la lectura con arrobamiento decidió morir con severidad. La conciencia en tales términos había dominado á la voluntad, y la voluntad á los nervios, que no tuvo ni una repulsión siquiera, en la cual se denotase la resistencia de su instinto al dolor y á la muerte. Como buen romano

era Catón buen militar, y como buen militar tenía consigo siempre su espada. Ninguno de aquellos hombres, ninguno, se acostaba sin colgar este instrumento de su defensa muy cerca del sitio de su reposo. Catón había colgado su espada en la cabecera de su lecho. Fué á descolgarla para matarse, porque la conversación del banquete con los amigos y la lectura del diálogo espiritualista aclararon los movimientos de su alma, y encontróse con que había la espada desaparecido de su puesto. Disgustadísimo llamó á voces el siervo encargado de su alcoba. No respondía. Continuó leyendo mientras le aguardaba, pero no venía, retenido por la familia y los amigos, que descolgaran el fatal instrumento á fin de impedir la muerte. Viendo, tras un corto rato, que no llegaba el llamado, lanzóse á la puerta de un salto, abrióla de un golpe y dijo que, hallándose muy cerca el vencedor, no quería caer vivo en sus manos. Al oír esto los que vigilaban sus actos desde fuera, pugnando por conservarlo para la patria, para la familia, invadieron el cuarto con tumulto, dirigiéndole ruegos entrecortados por sollozos. Los partidarios últimos, los clientes predilectos, los filósofos compañeros suyos, los hijos del alma, componían aquel cortejo que levantaba los brazos y las voces al cielo entre amargas exclamaciones con la intensi-

dad de su desesperación, para en la vida retenerlo y salvarlo de sí mismo. Mas el inflexible republicano se mostró tan entero de carácter y tan resuelto por la propia inmolación, que opuso á dolor tan profundo y sincero el silencio y la frialdad de un muerto. Nada respondió á reflexiones de filósofos, que le habían en el alma infiltrado una doctrina, por la cual podía sobreponerse al destino y á sus fatalidades con acto de suyo tan simple y natural como la muerte. Nada hizo cuando aquellos, á quienes diera el sér, le instaban para que no llegase á quitárselo con el dolor causado por su muerte. Catón parecía una cifra, no una persona. El alma se había desceñido ya del cuerpo cuando aun departía con los circunstantes. Desde las alturas, adonde acababa de llegar, ya por un esfuerzo anticipado y una visión anticipada también, sólo veía el corto tiempo restante á todos los vivos, aun á los más jóvenes, para entrar como él en la eternidad y acompañarle allá por las sombras eternas. Compasión les tuvo al verlos por su instinto grosero atados á la tierra, pero no quiso echarlos. Tanta tenacidad venció todas las resistencias. Una estatua de pórfido requerida por tantos ruegos y regada con tantos lloros hubiérase conmovido y ablandado. Catón, el estoico, apenas dió señal ninguna de sensibilidad. No parecía él, parecía su propia

efigie fúnebre levantada ya sobre su mudo y frío sepulcro. Así los circunstantes se fueron, de grado unos, por fuerza otros, despedidos todos. La tranquilidad inalterable del estoico no se alteró á la despedida. El único acceso que sintiera en todas aquellas incidencias fué un acceso de rabia contra el esclavo que le había ocultado la espada. Cegóse de tal suerte que le golpeó la cara con ímpetu quebrantándose con el esfuerzo violentísimo su puño. Este movimiento último de vida le amargó más y más la muerte. Como se había dislocado la mano derecha, faltáronle fuerzas para hundirse la espada en el vientre. Y le salieron las tripas, mas le quedó todavía la vida. Entonces, al resuello de su agonía terrible y al estrépito de su cuerpo derribado volvieron los suyos. Y como le quisieran someter á que le curaran, cogió con las dos manos los dos extremos de la herida que se había con la espada en el vientre abierto, y rasgándose las entrañas, murió sin haber lanzado una queja, quedando extático en beatitud íntima é interior de quien ha cumplido un deber sacratísimo, por cuyo cumplimiento pugnara mucho tiempo.

La muerte de Catón quedó como un ejemplo vivo para la escuela republicana y la escuela estoica. El viejo espíritu de Roma hizo á este hombre completamente suyo. El austero espíritu estoico lo convir-

tió en ideal de su doctrina revestido por un humano cuerpo. En su energía se mostró que no acababa él en resignación y conformidad con los decretos del hado, acababa en protesta y protesta sublime. Por eso le puso la humanidad entre los héroes y los mártires á un mismo tiempo. Murió, sí, pero murió después de haber combatido y protestado, cuando los mares, los cielos, el desierto, la ciudad entera de su refugio le faltaron dominados bajo la terrible irrupción de los afortunados cesaristas. Su muerte le trocó en verdadero numen de un partido romano, que sobrevivió largo tiempo á las victorias del cesarismo y en verdadero numen de una escuela filosófica que inspiró mucho las dos obras posteriores de la civilización, el cristianismo y el derecho. Por la filosofía, por la política, por la moral, por el sitio adonde lo alzaba ya la historia contemporánea, Catón quedó como un héroe de la libertad y de la república en el humano pensamiento. Si quedó así en el corazón de las gentes, imaginaos cómo quedaría en el corazón de su hija. Porcia profesaba el estoicismo con la exaltación que dan todas las mujeres á sus profesiones de fe. Lo que había sido en Catón una creencia pasó en ella por ley natural á una pasión. Amante de su padre y de la doctrina de su padre, juró, no solamente seguirlo en sus ideas, obedecerlo en su memoria, como si estu-

viera vivo é imperara todavía en el hogar y en la familia, vengarle de la horrible muerte á que le moviera el crimen y el triunfo de César. Una situación personal análoga de suyo á la situación reconocida en Cayo Graco tras la muerte de su hermano renace por ley natural en Porcia tras la muerte de su padre. Muy silenciosa, muy sufrida, muy recatada, muy puesta en lo que á su sexo y á su condición cumple, la hija del mártir no alardea de sus propósitos; callaba en mudez semejante á la del primer Bruto, mudez pitagórica ó estoica, como queráis llamarla, conducente á reconcentrar más y más la fuerte pasión suya, dándole muy alta y continua intensidad. Un enemigo interno y otro externo tenía Porcia en tal empresa. Era el interno la complexión de Bruto, era el externo la madre de Bruto. En la cabeza puntiaguda del republicano penetraban y permanecían muy pocas ideas. La indiferencia filosófica, propia del sentido predominante por la razón aquella en los filósofos romanos, le habían hecho desasirse de las pasiones y elevarse á una región de suyo tan etérea y abstracta como la que ocupaba Catón. Sólo que, mientras este último en sus postrimerías oponía indiferencia glacial á los dolores todos y á la eterna muerte, oponía Bruto glacial indiferencia por su parte á la libertad y á la república. Partidario de Pompeyo, no obstante

haber matado á su padre, creíase con su partido en pago completo después de su proceder en Farsalia, donde peleó hasta el instante último por sus instituciones predilectas. Pero, cumplido esto, aceptó de un vencedor tan generoso como César gobiernos y cargos, por indiferencia, por mera indiferencia. ¡Qué temeroso enemigo interno tenía el pensamiento de Porcia en la complexión de Bruto! Pues aun tenía mayor enemigo externo en la persona de Servilia. No parecía hermana de Catón ésta. Al irse de su hogar se había ido de sus ideas y de sus ejemplos. La preferencia que le mostró César en toda su vida, sacábala de tino. Así la muerte de su hermano le parecía un acto de locura, y como acto de locura la presentaba siempre á su hijo Bruto en ausencia de su nuera Porcia. Lo conveniente para Bruto y lo conveniente para su patria, según su sentir, era sacar las mayores ventajas del cariñoso afecto con que distinguía el vencedor á toda la familia. Mientras en Porcia reinaba un estoicismo profundo, en Servilia un epicureísmo instintivo. El vivir bien, el vivir gozando los favores de César, el vivir al frente de un gobierno en provincias ó de un tribunal en Roma, era todo el horizonte por la fácil Servilia puesto ante los ojos de su hijo, como congruente con toda su historia y digno de la de-

bilidad á que llegara por culpa de todos el antiguo derecho en la nueva Roma. Como había perdido su esposo, inmolado por las victorias de Pompeyo, y había perdido también su hermano por las victorias de César muerto suicida, no sentía gana de indisponerse con vencedor alguno y aconsejaba un buen componer y un buen vivir con todos y para todos. Colocado Bruto entre la idea estoica de su mujer y la idea epicúrea de su madre, no se decidía ni por una ni por otra, gracias al estado de indiferencia en que yacía su alma. Allá, en las abstracciones luminosas de su mente, acaso estaba con Porcia; pero aquí, en las realidades oscuras de su vida, estaba con Servilia. Su mujer lo conocía, pero se reservaba una predicación en el hogar continua para formarle un alma nueva, y formada con empeño, una ocasión suprema que determinase su estallido y erupción.

Vino el triunfo. César había tocado en el Rhin y en el Ródano; había visto, como Aníbal, bajo sus pies, las águilas de los Pirineos y de los Alpes; al percibir la sombra suya no más huían los cimbrios y los ambrones que se atrevieran con Mario; las tribus bárbaras, extendidas desde los lagos helvecios al Océano boreal, enviaban representantes tras su carro; aquel su victorioso puño acababa de quitar las Galias á los druidas y á los pompeyanos

las Españas; de un salto fuera desde Occidente al Oriente, ahuyentadas las tristes supersticiones que circuían el Rubicón y convertida Roma en su manceba; de un golpe colocara su nombre tan alto que ya lo escribían las estrellas en sus elipses y lo pronunciaban las divinidades en sus olimpos; las victorias suyas estaban escritas en los archipiélagos sombríos del Océano y en los rientes del Mediterráneo; llevaban la marca cesarista desde los pictos britanos hasta los sátrapas asiáticos; Grecia le vió vencer en Farsalia; el mar Jónico y Egeo atraerse las escuadras á las manos como fascinadas por sus ojos de serpiente; Alejandría dormir en el tálamo de los Tolomeos con Cleopatra; Utica y Munda vencer á los últimos republicanos; todo esto resultaba en su idea y á sus ojos completamente divino; por consecuencia, se imponía una colosal apoteosis, no como la que tuvieran los vulgares vencedores romanos, como debía soñarla y conseguirla un Dios omnipotente. Aquellas procesiones del Asia, en que iban los déspotas rodeados por razas hechas un ejército nómada, veíanlas nuevamente las calles de Roma, como si al desvanecerse la república se impusiera por sí la idolatría vil á los déspotas y el culto de su despotismo. Algo de lo que hiciera en su tiempo Alejandro repetía César, pero en Alejandro lo excusa la histo-

ria por hallarse todavía en edad moza y entre asiáticos, á quienes debía sojuzgar con los esplendores de aquellas procesiones celestiales. Pero en la edad esta del mundo antiguo, del romano vencedor, del espíritu colectivo, la embriaguez de César solamente se comprende y explica por una demencia que le sorprendiera en las alturas, convirtiendo los últimos días de su vida en verdadero terrible vértigo. Reluciente de oro como un ídolo ninivita; envuelto en púrpuras, á la cuales había dado los varios rojos matices del ocaso; metido dentro de una nube de incienso; puestas las plantas sobre un carro de marfil que parecía un altar ambulante; atronados los oídos de sinfonías é himnos; sobreexcitado por la universal adulación el orgullo desmedido, César se creía capaz de luchar con los dioses como había luchado con los hombres, y de vencer el rigor de la muerte como había vencido los cambios de la fortuna. A sus pies iban los jefes de las Galias y las princesas del Egipto, que le conducían atados desde los dioses del mundo extremadamente bárbaro hasta los dioses del mundo extremadamente civilizado y culto. Los retablos de sus hazañas, puestas en relieve, le seguían muy de cerca. Veíanse ahuyentados los piratas del Ponto; caídos los guardias de Cleopatra; puesto como un trofeo singular entre innume-

rables otros el faro de Alejandría; las imágenes del Danubio, y del Rhin, y del Ebro y del Nilo, realzadas con todos los atributos dados por las mitologías á los ríos, hechos en maderas olorosas, metales preciosos, rica pedrería; los testimonios en el amontonamiento del botín y del despojo de tantas victorias como consiguiera sobre sus enemigos todos del cielo y la tierra. Cuando tras una procesión interminable, que saliendo del campo de Marte y llegando al Capitolio de Roma, trecho cortísimo, duraba horas y horas, el dictador, ahumado por las antorchas y por los sacrificios, aturdido por los clamores fragorosos del pueblo y por los instrumentos músicos de las legiones, subía entre ídolos y sacerdotes las gradas del templo de Júpiter, arrodillado, no parecía un sér natural é histórico, parecía la condensación de los vapores de sangre que un millón de hombres vertiera para tomar desquite de Roma y castigarla con la imposición del despotismo de Asia. ¡Qué procesión! El campo de Marte, arrancado por el pueblo rey á los déspotas etruscos, volvía de nuevo á ver sus tierras maculadas por la tiranía; el Foro, en que los comicios se reunieran tantas veces, ahora soportaba semejante turba de cortesanos; la tribuna de los Rostros, erigida cerca de la cuesta conducente al Capitolio y en el término de la vía Sacra,

aquella tribuna, resonante un tiempo, en tiempo de libertad y de república, parecía propia en este horrible trance de los actores y de los cómicos; la colina capital, sublime ara de todos los derechos, fuente misteriosa de todas las ideas, consentía que la oprimiese y hollase quien iba para siempre á deprimirla y deshonorarla, pues la Ciudad Eterna parecía en las demencias de aquellas fiestas serviles como una mascarada infinita en una orgía inacabable, inmensa, encareciendo y celebrando todos los vicios y todos los horrores conexos con la espantosa y tremenda tiranía.

No se pueden referir los extremos de largueza que César hizo para captarse al pueblo y los extremos de vicios en que á su vez cayera el pueblo al caer en la servidumbre y aceptar como de justicia tantos materiales dones. El sacerdocio volvió sus espaldas á los dioses para celebrar en cultos orgiásticos la tiranía y el tirano. Un coro sacro surgía de todos los templos, en loor, no de ninguna divinidad, en loor de un hombre. Mientras todos los cleros acudían á fiestas litúrgicas, todos los ciudadanos acudían á cenas verdaderamente babilónicas. Trecentos mil ciudadanos á una misma hora se tendían en setenta mil lechos, ante veintitrés mil mesas, para holgarse atracándose hasta reventar y bebiendo hasta enloquecer, en celebración de su triste

desventura. Las célebres lechadas de lamprea, que se disponían tan sólo para las mesas aristocráticas; el vino de Phalerno y de Chíos que bebieran los nobles, manjares y licores propios del más exquisito epicureísmo, pasaban á la plebe romana en aquella terrible noche de alegría, tras cuyos envilecedores sueños debía venir un despertamiento en eterna esclavitud tan horroroso. Cien dineros de oro, diez modios de trigo, diez libras de aceite, el cuantioso alquiler que daban los habitantes pobres por sus casas á los ricos, todo esto y mucho más se repartió entre las clases inferiores. De los veteranos no hablemos. Cinco mil dineros cada legionario, diez mil cada centurión, cuarenta mil cada tribuno militar. En el Foro nuevo millares de gladiadores con relucientes armas y armaduras murieron, á fin de que pudiera percibir el pueblo la sangre humeante, ver la carnicería de un combate horroroso, gozar las crueles sensaciones que trae consigo el espectáculo de la guerra. Por primera vez combatieron los esedarios en sus carros de combate llevando sus mujeres junto á ellos, y aparecieron las girafas entre bosques de árboles tropicales improvisados, y murieron los elefantes en lucha los unos con los otros, y bajaron los caballeros al circo hechos gladiadores, y los patricios representaron en el teatro para que pudiera el pueblo gozarse y enorgullecer-

se viendo á los antiguos nobles envilecidos hasta ser sus mercenarios bufones. El Foro se convirtió en colosal naumaquia, sobre cuyas aguas combatieron tantas naves, que parecía el simulacro una verdadera batalla de las muchas sostenidas por los marineros romanos en sus largas navegaciones. Costando cada onza de seda una onza de oro, el dictador tendió sobre la cabeza de los ciudadanos, á quienes reuniera en el circo Máximo, un toldo inmenso tejido de tan preciosa materia, y no se cansaban de calcular su valor incalculable y de recrearse con sus espléndidos colores. El mármol sustituyó al granito antiguo; el dorado relució en los mármoles; la espina ó línea transversal del estadio mostró los obeliscos más hermosos, las estatuas más erguidas; mientras de un lado en el agua nadaban monstruos rarísimos y de otro lado en las arenas combatían unas contra otras las fieras del desierto. Una procesión inmensa, llamada cívica, servía para completar con sus galas y esplendores la procesión del triunfo militar. Tiros de mulas, yuntas de bueyes, parejas de colosales elefantes, arrastraban carros áureos y argénteos, donde iban las efigies de todos los dioses; danzas pírricas en que bailaban mozos y mozas sin tregua seguían á los carros; luchas de atletas desnudos seguían á las danzas; cazas de fieras, en que figuraban leones,

leopardos, tigres, seguían á los atletas; animales nunca vistos, como el avestruz, como el cocodrilo, como el hipopótamo, como el rinoceronte, como la girafa, seguían á los animales ya conocidos de Roma; los esclavos representaban de veras á Hércules consumido por las llamas, á Prometeo con sus hígados devorados por los buitres, y al volverse á su palacio del Monte Palatino el vencedor, cien elefantes, llevando sobre sus lomos candelabros gigantes de un cristal tan reluciente como el cristal de roca, daban á las calles romanas el aspecto de las zonas y de las constelaciones del cielo.

No acabaríamos nunca si hubiéramos de contar las particularidades contenidas en todos los historiadores de aquel tiempo respecto del rebajamiento y adulación universal. El Senado se vició y envileció hasta merecer con justicia la suerte infame que le deparaba César. Sabiendo cómo le borraría prerrogativas y privilegios para disminuirlo hasta envilecerlo y anularlo, decretóle toda suerte de honores. Por tales decretos las ceremonias religiosas en honor suyo debían durar cuarenta días con cuarenta noches. La irreverencia cometida por el Senado de otros tiempos, concediendo á Camilo por sus virtudes los carros y los corceles blancos en su triunfo, irreverencia no permitida por muy castigada, se repitió ahora sin castigo. Nombrósele pre-

fecto de las costumbres y juntaron sobre su persona el mando civil con el mando militar. Su sede curul debía brillar orgullosa entre las sendas sedes curules de los cónsules. Su presencia en el circo implicaba la dirección y gobierno de todos los festejos y de todos los espectáculos. Su estatua de marfil debía ir en procesión acompañando las estatuas de los otros dioses y ser colocada en el Capitolio frente á la efigie misma de Júpiter. Un globo inmenso de bronce, dorado luégo, fundieron para poner sobre su cima la estatua colosal, en significación de que dominaba la tierra y frisaba su cabeza con el cielo. Su nombre se puso en el frontón del Capitolio. Las palabras sacramentales, dichas en las fiestas religiosas, se repitieron en sus fiestas. Los principales cautivos murieron en la prisión mamertina para que tuviera esta divinidad imperial de todo en su triunfo, hasta sacrificios humanos. La princesa del Egipto, Arsinoe, con el primogénito de los reyes de Numidia, bailaron ambos en las danzas pírricas. El Foro Julio se le consagró por entonces. Habiendo puesto por su mano los fundamentos, el pueblo quiso que se acabase bajo su dictadura. Entre las líneas del antiguo Foro y la pendiente del Quirinal se levantaron largas y brillantes galerías de mármol con basílicas, baños, teatros y circo. En el centro de tales construccio-

nes elevóse un templo á Venus, que resplandecía con la gran coraza de perlas regalada por César á la diosa en el campo terrible de Farsalia. Como quiera que se había ideado el dictador una estirpe genealógica, en la cual entraba como abuela suya la diosa del amor, no debían faltar adulaciones encaminadas á las apoteosis de su persona y al entroncamiento de su nombre con el nombre de los dioses en aquella universal adulación. Viendo los reyes en su cortejo; los pueblos bajo su yugo; el Senado á sus plantas de rodillas; los dioses, descendiendo á uno de los altares, para confundirse con sus cortesanos; toda resistencia concluida; toda virtud acabada; la humanidad hecha un rebaño; la lengua elocuentísima de la tribuna romana vibrando palabras múltiples de adulación servil y envilecedora; el cielo puesto como una corona sobre la tiranía; el derecho completamente olvidado; aquella ciudad, que generara los hombres de la república, engendrando solamente los esclavos del cesarismo; César se creyó superior á todas las debilidades humanas, exento de la muerte, fuera tanto de las leyes mecánicas como de las leyes fisiológicas y de las leyes morales que rigen á la humanidad y al universo, colocado allá tan alto como cualquier dios, creencias las cuales concluyeron por desquiciar su mente y turbarle de tal modo que las gen-

tes á una le creyeron loco y hasta lo sospecha la historia.

Pero he ahí el irremediable defecto de todas aquellas épocas, en las cuales el espíritu y la virtud viva de las ideas ceden su lugar á la materia y á la fuerza y á lo que llamamos la muerta letra. Concluía César de romper los últimos republicanos en la hermosa Bética nuestra, y á semejante hazaña de guerra civil, triunfo de unos romanos sobre otros romanos, la llamó conquista. Siguiéronse los triunfos ya descritos, con el mismo ritual tras la procelosa victoria de Munda, y sólo hubo en ellos de particularísimo la representación de unos autos hablados en todas las lenguas, á fin de que pudieran alcanzarlos y entenderlos el sinnúmero de bárbaros caído sobre Roma tras las victorias de César. Acabados los aparatosos triunfos continuaron las innumerables letanías de loores sin cuento y de adjetivos sin medida. Llamáronle dictador, llamáronle padre de la patria. Le invistieron de la inviolabilidad legal con que revestía el pueblo á sus tribunos, le decretaron las dignidades varias por diez años y la imperial por toda la vida. Concediéronle que vistiese hasta en su casa particular el traje de los triunfos y que llevase perpetuamente corona de laurel. Su busto apareció en las monedas, cuando antes no se había concedido á los primeros entre los romanos

más facultad que grabar en las monedas sus nombres. Por tal modo lo asediaban sus mayores enemigos de prerrogativas mezcladas con lisonjas y adulaciones, que rehusó la facultad insólita de tener lo que llamamos ahora en el habla palatina guardia de corps como personal seguro. El Senado juró por su nombre cual pudiera jurar por el nombre de los dioses. Muy etiqueteros en aquel tiempo y en aquella ciudad, como suelen serlo todas las sociedades aristocráticas, ofendíanse los patricios con César cuando, al presentarse envilecidos á su persona para ofrecerle todas aquellas honras, se quedaba en su asiento erguido como un dios en su ara, y no se ofendían de los viles privilegios por ellos decretados y decernidos en su afán de servidumbre. Viendo todo esto, viendo cómo le habían hecho, no ya pontífice, Dios; no ya emperador, tirano, maravillase aún el pensamiento más advertido por las lecciones históricas del vocerío y horror que se armó en Roma cuando algunos de sus partidarios intentaron revestir á César con el título de rey. Pues qué ¿no lo era? ¿No era más, pero mucho más, que todos los antiguos reyes? Ni el sacerdotal Numa, ni el heroico Rómulo, ni el popularísimo Servio, ni el hábil Anco Marcio, ni los voluptuosos y soberbios Tarquinos habían llegado á dominación regia con la dominación cesárea comparable, y los

que le cedieran sus almas y puestos de hinojos en el suelo se hacían pisar por los pies ensangrentados de aquel hombre, resistíanse á decorarlo con el título de rey, cuando á más que á rey lo habían alzado en su demencia por adular á la tiranía y vivir en paz con su vergonzosa triste servidumbre.

Pero los timbres y signos de la monarquía iban reapareciendo por doquier. Las estatuas de César brillaron en aquellos días con guirnaldas de laureles, sobre las cuales se alzaban diademas de oro. El pueblo las arrancó por mano de sus tribunos como si, con arrancar aquellos despreciabilísimos símbolos materiales á su efigie, hubiesen realmente arrancado á César su terrible tiranía. Algunas voces de gente pagada se oyeron al paso del dictador, llamándole rey; mas como la muchedumbre se horrorizase y se pusiese á extinguirlas con fuertes murmullos, pronunció César una de aquellas palabras expresivas del carácter y del genio suyo, diciendo: «yo no me llamo rey, yo me llamo César.» Pero los cesaristas no cejaban. Celebrábanse las fiestas lupercales, de antiguo consagradas á un dios completamente romano, el cual protegía las ovejas contra los lobos. Y en estas festividades iban fieles paganos, que si bien copiaban en sus trajes á los pastores de Arcadia, copiaban en sus transportes á las bacantes de India, con largas

antorchas en las manos y cánticos rurales en la garganta, repartiendo golpes, los cuales tenían varias virtudes, entre otras, las de volver fecundas á las casadas estériles. Lupercos tuvo flamines, ó sean sacerdotes, encargados de atizar el fuego sacro. Y flamines tuvo también Julio César, que se llamaron julianos. Exentos de todo público deber, alojados en el templo Julio, vestidos con la toga pretexta, dotados con el derecho de asilar en sus hogares sacratísimos á los reos, personificaban un colegio sacerdotal semejante al que circuía las divinidades antiguas, y rodeaban á César en el instante mismo de las lupercas. Imaginaos cuál no sería la puerilidad de aquel pueblo, cuando toleraba que hiciesen de César un dios y no quería tolerar que hiciesen de César un rey. Sin embargo, el jefe de sus pretorianos, Antonio, intentó vencer la repugnancia del pueblo, y cuando estaba el tirano puesto como un ídolo sobre la sede áurea y bajo los Rostros, por la vía Sacra, en el ingreso de aquel Foro, circuido de sus flamines, Antonio se presentó casi desnudo, en su mano las insignias de un lupercos, en sus riñones el cinto, dando golpes á diestro y siniestro para concluir la carrera sacra y báquica con la oferta y presentación á César de una diadema. He aquí otra de las manías del pueblo romano. Toleraba que se alzara con el

despotismo y no quería que se llamase rey. Toleraba que se llevase sobre las sienes todos los derechos del pueblo y no toleraba que se llevase una corona de oro.

La causa principal del horror sentido contra César estribaba en la demencia que le atribuían contraída cuando estuvo á punto de caer vencido en Munda; la causa ocasional de aquella imprudencia de sus amigos llamándole monarca y ofreciéndole coronas. Aunque se creyera una divinidad, y le rodeara, como á Júpiter, un colegio de flamines; y fueran los padres conscriptos sus criados; y la curia senatorial se trocara en su corte; y los comicios le siguieran como su ejército; y resultara la dictadura hereditaria en él con sus descendientes; y se llamase á un mismo tiempo cónsul, censor, tribuno, refundiendo en su persona todas las magistraturas; por Júpiter pedíanle que no se llamase rey los supersticiosos romanos. Así, al ver la temeridad increíble de Antonio y sus ofertas de la diadema, el descontento creció por tamaña puerilidad, y cien conjurados, entre los cuales se contaban sus mayores amigos, juramentáronse para matar al tirano. Casio tomó la jefatura de tal conspiración y le siguieron Trebonio, recién concluido su consulado; Minucio, recién concluida su pretura; Casca, propuesto para tribuno; Címber, promovido al gobier-

no de Bitinia; Galba, el propio lugarteniente de César. Tantas personas de notorio nombre pudieron organizarse fácilmente merced al empuje violentísimo y tenacidad férrea de Casio. Éste, ni por sus ideas filosóficas, ni por sus ideas políticas, podía considerarse un verdadero amigo de la libertad y de la república. Los estoicos eran todos republicanos, los platónicos propendían á las utopías naturales en el sublime filósofo, mas los epicúreos profesaban cierta indiferencia en materia política, muy propia de su incurable sensualidad y de su natural egoísmo. Por consecuencia, las ideas trascendentales de Casio no le disponían mucho para los altos y continuados arranques de la política; menos le disponían aún sus compromisos y su historia. Pompeyano vencido en Farsalia, pronto pasó á la dictadura triunfante; y cuando César disputaba la victoria postrera con los hijos de Pompeyo, Casio escribía su resuelta preferencia por la dictadura y su enemistad irreconciliable con los republicanos, mucho más crueles que todos los dictadores, según el cambiante y egoísta sentir de aquel hombre ambicioso y vano. Las causas determinantes de su proceder estaban más en sus intereses que no en sus principios. Habiéndose acercado mucho á César, concluyó por comprender cómo al dejarle tomar la fuerza y autoridad que tomara, todo lo debían espe-

rar del dictador y no de sí mismos. Esto le disgustaba profundamente y le traía por necesidad y por fuerza en su situación triste á tan mal traer, que se desahogaba y se aliviaba con las secretas maniobras y las conspiraciones continuas. El pensamiento más feliz de Casio fué asociarse á su persona y partido la persona y partido de Bruto. Aunque platónico éste, y por ende, no tan republicano de suyo como los estoicos, llevaba en su espíritu algún resplandor más vivo de ideal, gracias á Porcia.

Como la escritura tuviera su mujer fuerte, como los egipcios registraran en su liturgia los nombres de ciertas hembras más valerosas de suyo que los varones, el estoicismo se modeló en la esposa de Bruto, la cual fué su viva idealidad encarnada, no ya en la familia, en la política. Por consecuencia, tras de Bruto se descubre, tanto como su idea propia, la idea de su esposa, dada completamente á doctrinarlo y á moverlo. Por una singularidad, propia de tiempos en los cuales no había muerto del todo la república ni del todo nacido la tiranía, Porcia sugirió á Bruto el propósito é idea de trazar la indispensable apología de Catón. Y he ahí por cuántos enlaces va llegando una determinación del hecho que dió muerte á César. El estoicismo, personificado por Catón, trasciende al espíritu de Por-

cia, y el espíritu de Porcia trasciende al espíritu de Bruto.

Esta mujer del patricio no perdonaba medio de convertir á su marido en tribuno de la libertad romana y en vengador de Catón su padre. El nombre de Bruto le servía para esto maravillosamente. Fundada en una genealogía más ó menos artificiosa, hecha por el genealogista Pompenio Atico, Porcia presentaba con persistencia inenarrable á su marido los deberes impuestos por la sangre y por el nombre. Descendiente del primer Bruto por su padre y descendiente por su madre de un héroe que se había sacrificado por la libertad, precisábasele, para merecer la gloria en su persona vinculada, intentar hechos dignos de su nombre, y ninguno tan meritorio como el combate á muerte con la tiranía reinante y la unión de su apellido inmortal con la futura libertad. Mucho debió influir en el ánimo de Bruto Porcia para decidirlo y resolverlo, cuando, perezoso de inteligencia y perezoso de voluntad, influido por su madre Servilia, se había conformado tan fácilmente con la derrota y admitido puesto en las filas del vencedor. Poco firme de voluntad, poco enamorado de las ideas en el descorazonamiento de la derrota, ninguno tan fácil de captar como él y ninguno tan dispuesto á pasarse por vil precio al captador. Su política pom-

peyana jamás le causó mal apreciable. Ni siquiera noviciado tuvo que sufrir para pasarse al nuevo partido. En rico gobierno se consoló fácilmente de la propia derrota y del eclipse que sufriera su antiguo ideal. Aun estaba Catón de pie, aun su fuerte voluntad resistía en Utica la fuerza y la victoria del tirano, cuando Bruto desempeñaba cargo que parecía casi un oficio de corte. Desaparecido el sublime y valeroso estoico, los deberes de familia con el suicida provenientes de su propia sangre y de su amada mujer, quedaron cumplidos mediante aquel discurso escrito cual una fúnebre honra en loor al mártir. Pero la irresolución de su voluntad, la incertidumbre de sus ideas, lo vago de sus creencias, lo débil de sus resoluciones suplíanse con creces por el poder y por el influjo de Porcia. Ésta le hablaba la elocuentísima lengua correspondiente á la posición particular de su esposo. Roma envilecida, las magistraturas todas en suspenso, el Senado muerto, la tribuna resonante con adulaciones á un hombre, los jefes del antiguo partido pompeyano en la vileza ocultos, renaciente la monarquía; el nombre que llevaba, la herencia del mártir de Utica que recogía, el recuerdo sacro de cien predecesores ilustres, la religión del hogar y del templo, las ideas innatas en su espíritu y las ideas adventadas por su educación, todo le determinaba con

fuerza incontrastable á romper el naciente imperio y restaurar la república. No sabía Porcia, en la subjetividad propia de una mujer y en las alucinaciones de sus nervios vibrantes como si los pulsara el espíritu íntegro de la escuela estoica, cómo la idea y la voluntad de un hombre no bastan á contrastar los impulsos nativos de toda una sociedad, cuando se precipita por su propio peso en irremediable servidumbre.

Seguramente Bruto no se decide sin Porcia. Conociendo ésta los resortes que más podían mover una voluntad tan inerte como la voluntad de su esposo, dirigía con sus consejos la conjuración, hablando uno por uno á los conspiradores. El nudo más fuerte y más apretado entre la persona del dictador y la persona del marido era el cariño del viejo al joven y la gratitud del joven al viejo. Porcia mató esta gratitud, mostrándole cuántos mayores deberes tenía con Roma, de quien recibiera la vida, y con aquella república, de quien recibiera la libertad. Cuando se trataba de la patria no había sentimiento ni afecto capaces de superar al patriotismo. Y la patria desaparecía envilecida y esclava bajo aquel cesarismo enorme, que destronara desde sus dioses hasta sus tribunos y sólo entronizó á un hombre. Aquejábale á Bruto una propensión irremediable á la vanidad y á la

ufanía. De tal vicio se aprovecharon sus cofrades y colegas para moverle. Porcia, que lo conociera como nadie, deslizaba consejo tras consejo, cuya práctica pudiese agujonear su voluntad. El nombre glorioso recordatorio de la república y su fundación le hostigaba más que ningún otro empuje. Sabiéndolo sus amigos, menudeaban las inscripciones y los reclamos. Un día se vió al pie de la estatua del primer Bruto esta pregunta: ¿Cómo no resucitas? Otro día entregáronle un billete conteniendo estas palabras: «Bruto, duermes, porque no eres Bruto.» Estas reconvenciones uníanse con una evocación constante á la sombra del mártir de Utica tan amado por su familia y una repetición continua del mágico nombre de la libertad que tanto cautivaba los corazones y los oídos de todos los republicanos. Así le fueron siguiendo los más acreditados y los más antiguos. Por un Favonio que le rehusara su apoyo, fundado en que prefería reconocer un dueño á reanimar las guerras civiles, existían muchos Ligarios, los cuales, tocados de mortal enfermedad por la muerte de su república, revivían y sanaban en cuanto notaban que Bruto ponía su nombre y su autoridad en una conspiración urdida contra el tirano. Pocas veces un proyecto político ha contado con tantos medios como aquel en que Casio y Bruto se propusieron sojuz-

gar á una tan enorme fuerza cual esta fuerza del hado.

El sobrino de Catón habitaba los jardines llamados por el nombre de su madre servilios y extendidos en la colina de los plebeyos, por donde iba errante la sombra del antiguo expulsor de los Tarquinos, y donde ardía viva la llama de los sacros principios, á cuya luz y á cuyo calor las libertades todas resplandecieron en Roma y se derramaron por el viejo mundo. Lleno el jardín de armoniosas estatuas griegas, cortado por museos y por bibliotecas donde se guardaban ejemplares de las obras que más honraran las artes y las ciencias, algunas veces Bruto y Porcia, dados á estudiar continuamente y de consuno en la natural confusión de sus almas, entreveían la sombra de César, ora llegando á una visita, ora volviendo; y lo maldecían, no sólo por el despotismo impuesto á la patria, por el deshonor infligido á la familia. Esta casa verdaderamente patricia, estos jardines por donde zumbaban como abejas las ideas epicúreas, esta frecuentación del ya viejo César, si no servían mucho á la honra de quienes habitaban todos aquellos sitios, servían mucho á proteger la conspiración, imposible para el vulgo allí donde residía gran parte del tiempo un tirano tan astuto ó inteligente y precavido. Pues de tales conspiraciones era Porcia como el alma verdadera.

Su culto á Catón, su valor mostrado en tantas ocasiones ya dichas, el silencio y la reserva tan habituales en ella, las heridas abiertas por su propia mano y soportadas con resignación de mártir, el estoicismo ingénito en su espíritu y aumentado por sus estudios, todo esto le daba participación legítima y natural en tan vasto y tan terrible proyecto. Pensóse mucho en el sitio donde habían de acabar con el dictador. El primero que se apareció á su vista fué la llanura denominada Campo de Marte. Uno de aquellos días estaba designado á la convocación de los comicios por centurias desde la puente llamada Septa. Por una vieja locución romana, decíanse arrojados del puente los destituídos del voto. Así los conjurados podían guiñarse con facilidad el ojo y decir con sarcasmo que iban á echar del puente á César para decir que iban á matarlo. Otros proponían que se le inmolará en la vía Sacra, por donde necesariamente pasaba, si había de salir del sitio habitado tanto por su persona como por su familia, y conocido con el nombre de Regia. A otros les parecía mejor el teatro principal de aquellos días, el teatro de Pompeyo, donde acababa su ambición de rebajar los caballeros, sacando uno á la escena y de herir á Roma disponiendo hablar allí todas las lenguas bárbaras. Temieron, sin embargo, que se hallara en el teatro César, protegido

por muchos partidarios; y entonces la conjura, presidida por el austero espíritu de Porcia, pensó en sitio donde sólo hubiera enemigos de César, y escogió el Senado, que no se cansaba ni de adularle, ni de aborrecerle. El salón de sesiones, llamado Curia, desapareció, consumido por voraz incendio, en los funerales de Clodio. Así reuníase con frecuencia el Senado en algún vasto templo. Mas no querían los conspiradores perpetrar en los templos el crimen á causa de que la sangre los desconsagraba, y el pueblo, supersticioso de suyo, podía no perdonarles aquella profanación. El 15 de Marzo era un día de fiesta pública y popular en Roma, razón por la cual había representación dramática y juego de gladiadores en el teatro, reuniéndose la tradicional asamblea en curia construída para este fin por Pompeyo y llamada Exedro. Era la festividad secular de Perenna, muy frecuentada por los plebeyos, pues en ella conmemoró la tradición el nombre y el recuerdo sacros de una diosa latina, que llevaba succulentísimos alimentos á la clase plebeya en su célebre abstención originada por el deseo de traer ampliaciones á su libertad y nombrar sus tribunos. Tal fué, según comprueban todas las historias, el sitio elegido para la representación de aquella terrible tragedia.

No faltaron los presagios á César. Este pertene-

cía de suyo á los incrédulos. Pontífice de la religión romana, reíase con frecuencia de los dioses y de los dogmas en que los dioses se alzaban. Al dar la batalla de Munda, los auspicios consultados le resultaban desfavorables. Y como le dijera el sacrificador que no tenían corazones las víctimas inmoladas, respondió: «ya lo tendrán cuando á mí se me antoje.» Pero la superstición arraigada se compece mucho con la incredulidad sistemática. César, en su triunfo, subió de rodillas, y á empujones, la marmórea escalera del Capitolio, para conjurar la cólera de Némesis. El día que, desembarcando en Africa, tropezó y cayó, supo extender sus brazos en aquella tierra y dijo: «ya me perteneces.» Al pasar el Rubicón tembló ante las divinidades que lo guarecían, y al ir contra Utica se llevó un hombre de buen agüero para contrastar otro muy célebre de la misma condición y fama que había en el campo de los catonianos. No debe maravillarnos todo esto, dado el culto de los latinos á las advertencias encerradas en los presagios. Cuando los galos incendiaron la Ciudad Eterna, deliberando los senadores sobre su reconstrucción, estuvieron á punto de ponerla en Veyas, mas la presencia de un abanderado, que alzó en el antiguo sitio sus enseñas, como fuese inexperada y súbita, decidió la reinstalación, mejor dicho, la refunda-

ción del mayor imperio antiguo que han conocido las historias. Paulo combatió con seguridad á Perseo, porque, recibiendo la orden de marchar contra este rey, llegado á su casa para despedirse de su hija Tercia, encontróse con que acababa de morir una perrita llamada Persa. Cecilia, mujer de Metelo, cedió su puesto en el templo á una sobrina joven y nubil que tenía, deduciendo de tal cesión indeliberada é involuntaria que debía cederle también su tálamo nupcial, como en efecto sucedió, muerta en aquel mes ella y viudo su esposo. Porque llegado á Minturno, huyendo rápidamente de Sylva, vió Mario un burro que triscaba en pos y busca del agua, ordenó le condujeran al mar, salvando así la vida. El primer edificio entrevisto por Pompeyo en su fuga tras Farsalia, sobre la isla de Pafos, llamábase palacio del mal monarca, y en cuanto lo supo, se dió por abandonado y perdido. Calpurnia, la mujer última de César, fué advertida en sueños, y se interpuso, al salir su esposo, para que no fuese aquel día nefastísimo al Senado. Estaba resuelto César. Había dado terminante orden de que la sesión senatorial acabara sin aguardarle, y por haberle dicho su general Décimo cuánto perdía con mostrar aquella insana debilidad, retiró la orden, y salió de su casa tan sereno como nunca lo había estado. Varios, advertidos por misteriosos presen-

timientos ó presagios, le gritaban que no se fiara del 15 de Marzo. Hablábase de relámpagos muy súbitos en el cielo muy claro, de truenos retumbando en la tierra muy conmovida. Algunas gentes habían visto aves nocturnas, tenidas por fúnebres, atravesando el horizonte clarísimo en busca del sitio que habitaba César. Calpurnia soñó en pesadillas terribles con que lo tenía degollado entre sus brazos. Los corceles en que atravesó las aguas del Rubicón, abandonados á unas praderas escogidas, por el deseo de recompensarles servicios involuntarios é instintivos, ayunaban y lloraban como si fuesen personas. Los adivinos le comunicaron mil presagios. Un observador le pidió que desconfiase de Bruto, respondiendo él que ya esperaba Bruto la conclusión muy natural de su viejo y debilitado cuerpo. Aun estaba cerca de su hogar, al salir de su seno por vez última, cuando un esclavo entró en él y le dijo á Calpurnia que le permitiese aguardar allí, pues debía revelar sucesos de trascendencia grave á su marido. Artémides, mujer que traducía oralmente y enseñaba en las escuelas romanas el arte y el pensamiento helénicos, mandó avisos no escuchados. ¿Qué más? En el camino, desde su domicilio al domicilio del Senado, recibió muchas cartas, que le revelaban así la conjuración como el nombre de

los conjurados, y las entregó á sus compañeros y á sus secretarios con descuido sin haber abierto ni una sola por mera curiosidad.

Los conspiradores pasaron más angustias todavía que César. La estoica Porcia, no obstante su reserva y su dominio sobre sí misma, soltó los dominados nervios y las estancadas lágrimas. Mientras Bruto almorzara con ella, ó se vistiera tras el baño para salir de casa en el terrible designado momento, Porcia le ayudaba con singular esfuerzo, aparentando completa y soberana serenidad. Mas así que Bruto dejó el hogar, perdiéndose bajo los árboles del jardín, para dirigirse á su tribunal, donde había de pronunciar sentencias como buen pretor, cayó Porcia desmayada en el suelo, cual herida por un rayo. Aquella su inquietud pudo perderlo todo. Y, sin embargo, no se dominaba lo bastante á sí para enseñorearse de ella con verdadero señorío y conjurarla. Tras un desmayo venía otro desmayo; tras un desorden de los nervios otro desorden de los nervios; tras un sollozo de amargura indecible otro mayor, porque sobre su estoicismo, sobre su fe republicana, sobre su tradición familiar, sobre su culto al padre deificado ya en el corazón y en la conciencia, levantábase imperiosa la imprescriptible naturaleza de mujer, imponiéndose con todas sus incontrastables imposiciones. Y

cuenta que los conjurados llevaron el disimulo y el silencio adonde acostumbraban las más expertas gentes en achaques de conjuraciones políticas. El causante y motor de la conjuración, Casio, se fué á la debida hora con toda tranquilidad é indiferencia desde su hogar al templo, donde celebraban sus deudos solemnes ceremonias de adopción. Bruto, por su parte, acudió al tribunal dando sentencias como si nada hubiera de suceder en Roma. El acto de fiesta en la familia de Casio pudo servirle para cohonestar la gente armada que le seguía en su camino hacia el teatro de Pompeyo. No iban los senadores, á consecuencia de leyes muy rigurosas contra el uso de armas en las Asambleas, no iban prevenidos ni armados en apariencia y á la vista. Mas todos escondían agudísimas dagas entre los pliegues de sus senatoriales togas. El anhelo se pintaba en sus rostros, el resuello de la inquietud hervía en sus pechos. A cada minuto volvíase amarillo el uno, blanco el otro, y dicen que Casio hasta verde. Un ciudadano se rozó con Casca, y poniéndole sus labios en la oreja, díjole misteriosamente: «lo sé todo.» Casca se desconcertó y no supo qué hacer en aquel momento, sino preguntarle quién se lo había dicho. «Bruto,» le respondió el interlocutor. Y cuando Casca se desvanecía casi á la sorpresa, el pobre hombre le habla-

ba de sus pretensiones y de sus cohechos en la candidatura para el edilato. Si el interrogante no se apresura con tal rapidez á revelar la materia de sus interrogaciones, Casca le dice aturdido y fuera de sí todo el proyecto. Un senador, llamado Popilio Lena, se acerca precipitadamente á los dos conjurados. Ya junto á ellos les coge de los brazos con verdadero asombro, y al tenerlos así cogidos, les dice cómo acababa de ofrecer á los dioses un voto para que prosperaran su proyecto claramente conocido. Los dos hubiéranse retirado á tal revelación, de haberla podido comunicar con sus colegas, dispersos en varios amontonados grupos. Para mayor desgracia, un esclavo anuncia que Porcia se muere presa de nerviosos ataques y de continuos desmayos, parecidos á las agonías precursoras de una muerte próxima. En esto, cuando vacilaba Bruto sobre si debía partirse ó no en auxilio de Porcia, por los intercolumnios del vestíbulo aparece rodeado de sus gentes César. El destino había dado su decreto. Ninguno de los conspiradores podía ya retroceder. Rodaban por el suelo marmóreo los dados, á los cuales habían fiado todos ellos honra, suerte y vida. Por esos estuivios que las almas despiden, los cuales, penetrantes de suyo, arriban á otras almas y las envuelven ó las arrastran, en aquel concurso reinaba un especialísimo fenómeno

moral poco estudiado y muy parecido al silencio y al reposo del mar antes de la tempestad.

El camino que siguiera César desde su palacio pontifical á la Curia, es hoy tan conocido como cualquier calle del París contemporáneo. Los viajeros menos eruditos en cosas de Roma, suelen, conducidos por guías industriosos é industriados, recorrerlo con frecuencia. Entró en el Foro por su arco de Fabio; pasó ante la fábrica del templo de Cástor; dió una vuelta delante de la cumbre meridional del Capitolio, donde se alzaba la Ciudadela; encontró á su izquierda el templo de la Buena Fortuna, donde volcara su carro de marfil y oro en la noche de su espléndido triunfo; y salió por la Puerta Carmentale; media hora en litera, media hora cumplida. No penetró en el recinto sin ofrecer un sacrificio. Los agoreros cuentan que las víctimas no tenían corazón, como pasara otra vez antes de Munda. Impacientado el dictador, y no queriendo probar la paciencia de los senadores, entróse por su pórtico, donde había un cuadro de Polignoto, que representando un hombre colocado en amplia escalera, no indicaba si este hombre iba subiendo en aquel instante ó bajando. Del pórtico pasó á la Curia. Popilio le detiene, aquel mismo que acababa de comunicar á Casio y Bruto palabras tan misteriosas. Creyéndose los dos jefes de la conjuración perdidos, y

resueltos como estaban á matarse de súbito en el acto si la conjuración se descubría, requirieron sus dagas, que hubieran sacado y esgrimido de no seguir César andando sereno por la sala en que le seguía los pasos la implacable muerte. Un relámpago de serenidad, atravesando el rostro de Bruto, vino á confortarlos, como un buen augurio, y se resolvieron á una, cual si un solo impulso los moviera y empujara. Todos estaban de pie, todos los senadores, en el momento de llegar el tirano. Como quiera que los anuncios de su presencia hubiesen todo el día sido contradictorios, el Senado acababa de retirar la sede áurea donde solía sentarse. Trebonio desempeñó la comisión de retener al más feroz, al más valeroso, al más terrible, al más vengativo, al más cruel entre todos los tenientes de César, al pretoriano Marco Antonio, y cumplió esta comisión á maravilla. Címbere debía dar la señal, consistente, de común acuerdo, en demandar la gracia y perdón de un hermano suyo proscrito por mandato de César. En efecto, el designado suplicó, y sus compañeros le acompañaron todos en la súplica circundando la persona de César. Éste debió dar negativa rotunda, por lo menos ofrecer rutinaria excusa, cuando Címbere le asió de la toga y pudo así descubrir sus espaldas. Tenía la color pálida como enfermo de crónica epilepsia que había estado siempre. Mas no

obstante su calvicie y lo grueso de su labio inferior, aquel rostro, verdaderamente olímpico y bello, revelaba por su majestad un dios, por su hermosura un dignísimo nieto de Venus. Sin embargo, el conquistador de la tierra no tenía el temperamento rudo y fortísimo de los soldados fuertes. Cuando no remontaba con su natural intensidad los nervios, carecía de todo aspecto varonil, y recordaba un efebo afechinadísimo. En aquel minuto de su muerte la toga de franjas multicolores, el manto de púrpura tiria, los borceguíes de oro y la corona de laurel prestábanle como el semblante de un ídolo asiático. Cuando el esfuerzo de Címbere descubrió el cuello diciendo en lengua griega la palabra «no tardad,» los conjurados rugieron, como las bestias feroces que ven carne fresca y huelen sangre caliente. La daga de Casca fué la primera en esgrimirse y en mancharse. Así tiró al cuello con ánimo de acabarlo en el momento, degollándolo cual los carniceros degüellan los bueyes en las matanzas. Pero el instrumento de muerte se resbaló y fué á herir en el resbalo su pecho. Entonces los nervios de César volvieron á toda su pujanza. El soldado saltó como un tigre, rugió como un león, destelló de sus ojos aquellos relámpagos que cegaran á sus enemigos en el campo de batalla cien veces, recobró el dominio sobre sí mismo que le granjeara un triunfo en

cada empeño, y dirigiéndose á los conjurados, tantos en número y tan superiores á él en fuerza, parecía pronto á destrozarlos como Júpiter á sus rebeldes titanes. A unos los aterró con su mirada, los petrificó á otros con sus amenazas, cogió con su mano el puñal de Casca y se hirió profundamente. Pero en el combate, sus vestiduras rasgadas por las manos de sesenta hombres dirigidos contra uno solo, descubrieron el costado, y por aquel costado descubierto se metieron como víboras furiosísimas las dagas. Todavía pudo herir á Casio, no esgrimiendo más arma de defensa que un estilete de senador puesto en sus manos, al sentarse para inscribir las votaciones del Senado. No acierta el historiador con lo que hubiera sucedido, tanta era la pujanza de aquel hombre, si un sentimiento de su corazón, quizá un recuerdo amoroso de su juventud, no lo detiene y paraliza. Bruto apareció entre todos los conjurados. Sería su hijo, según quieren muchos, no lo sería según dicen otros, quizá los más, pero lo distinguiera y amara tanto, que, al verlo, vió lo más horrible para un hombre de su poder y de su fuerza, para un criador de tantas criaturas, vió la ingratitud, y se resignó ya sin combatir y sin forcejear á la muerte. Levantó el vestido á la cabeza, y enseñando el vientre para que lo rematasen pronto, dió, al dolor de los postreros

golpes y de las postreras heridas, tres ó cuatro rápidos tropezones, cayendo exánime junto á la estatua de Pompeyo, que se hallaba fuera de su pedestal tendida en tierra.

César pensaba en este momento de su muerte iniciar grandes obras. Un código de leyes romanas que imponer á todas las naciones; un templo en el campo de Marte que consagrar á todos los dioses; un amplio anfiteatro en la Roca Tarpeya donde reunir á todos los ciudadanos; una rada en el puerto de Ostia donde abrigar todas las naves del mundo; una biblioteca ciclópea en las colinas sacras donde catalogar todas las obras del humano espíritu; un llamamiento á las razas del mundo para que sacudiesen sus ideas en el Foro, de cuyo seno debía surgir el espíritu nuevo; una rectificación de todas las antiguas injusticias cometidas por la Ciudad Eterna entre los ardores del combate y las embriagueces del triunfo; una resurrección de aquellas víctimas que habían perecido sobre las aras de Roma como Cartago y Corinto; las reconciliaciones indispensables entre los continentes del viejo mundo; una peregrinación desde las orillas del Asia Menor á las orillas del mar Caspio, y desde las orillas del mar Caspio á la vieja Bactriana para volverse luégo, entrar por los límites orientales del mundo bárbaro, y reunir dentro del

imperio los esclavos, los escitas, los mongoles y los germanos, componiendo así el cuerpo y el espíritu de la nueva humanidad, preparando así los indispensables advenimientos del nuevo derecho. Imaginaos todas estas ideas difundidas tras la muerte del emperador como ideas frustradas por su prematura inmolación, y podéis imaginaros cómo cederían á una en loor del muerto y en detrimento de sus ciegos asesinos. En efecto, la culpa de Bruto, la culpa de Casio, la culpa de Casca no consistía en apelar á medios usuales entonces, como el tiranicidio, loado y encarecido hasta en el aula de los sacerdocios y en la escuela de los filósofos; el error estuvo en creer que mataban la tiranía matando al tirano, porque no era éste una causa, no, era un efecto del tristísimo estado á que llegara, por desgracia, la sociedad romana. Ideas, costumbres, creencias, supersticiones, hábitos, dogmas, divinidades, todo cuanto constituye la vida, se había viciado al extremo de pedir y de necesitar el déspota y el despotismo. Hombre de abstracciones Bruto en el grado que lo consentía su interior naturaleza, no tan alta ni tan escogida como la naturaleza de Catón, creyó que, destruyendo al tirano, acababa con la tiranía. Este pensamiento, sorprendido por su esposa Porcia hasta en el sueño, pudo ser contrastado y aun extinguido fácilmente, de ser aquella Porcia

otra y no estar completamente abstraída también allá en el ideal que surgía del yerto cadáver de su padre y que se levantaba en los aires como norma para defender y salvar la república. Puesto que había Catón llevado su virtud hasta morir para no ver muerta la Roma libre, necesitaba un hombre como Bruto llevar aun más lejos todos estos altos pensamientos, todas estas catonianas virtudes, todos estos estoicos intentos, llevarlos hasta un sacrificio mayor todavía, llevarlos hasta matar al tirano para con su muerte rehacer la libertad. No comprendía Porcia, vestal encerrada en su hogar, desconocedora de todo cuanto la circuía, el mundo formado nuevamente por los problemas sociales sin solución, por las guerras civiles sin tregua, por las dictaduras sin límites, por los tribunos sin freno, por los demagogos sin conciencia, por la extensión del mundo romano sin medida, por los acaparamientos sin número, por el pretorianismo exaltado como consecuencia lógica de la guerra constante, por la nueva fase de aquella sociedad, por tantos y tan múltiples elementos, de cuyas entrañas surgía, no César, no un hombre, no, el cesarismo, un sistema destinado á unir los hombres y á uniformar la tierra en la servidumbre, pero corrompiéndola, gangrenándola por la falta y carencia del vital aire á que llamamos libertad.

Mas no hay cosa que necesite ser tan resueltamente querida y tan apoyada en todos como aquello que todos han menester, la libertad. Y Roma no la quería. Así ¡qué desengaño para los republicanos heroicos al volver por el camino que César siguiera trasladándose desde su palacio al Senado, y encontrarse con que nadie oía ni secundaba el grito de libertad! Aquel pueblo, deshabituado ya de sus derechos, no sabía lo que significaba República. El envilecimiento propio de la servidumbre llegó á todas partes y lo vició todo. Aquel César, tan aclamado y bendecido, no tuvo en la grande Asamblea romana, que lo había divinizado, sino dos senadores, bastantes fuertes de ánimo y de conciencia para correr en su auxilio. Los que no fueron asesinos y conjurados huyéronse de prisa y de golpe, aturdidos por si había necesidad imprescindible de algún esfuerzo y de algún pensamiento en sus paráliticas voluntades y en sus oscuras conciencias. Marco Antonio mismo echó á correr á su casa, y en el desván se disfrazó de siervo para escapar á la república y á la libertad. Pero así como no tuvo defensores el tirano, tampoco los tuvieron sus enemigos. Al clamor que les apellidaba libres respondieron los ciudadanos con la más brutal indiferencia. Después de haber atravesado y recorrido todas aquellas calles consagradas por tan

sacrosantos recuerdos políticos; después de haber evocado la sombra de las Curias, donde resplandecía la majestad de Roma; el nombre de los comicios en que su antigua soberanía ejercieran los pueblos; la tribuna de los Rostros, exaltada por la más alta elocuencia; el Foro sembrado de ideas; ningún ciudadano alcanzaba la trascendencia de semejante retórica, y aquellos hombres, que levantaban sus togas como pudieran esclavos recién manumitidos sus cadenas y que blandían al aire sus puñales, á cuyo filo acababa de morir la tiranía, semejaban actores artificiosos representando en lengua extraña una extravagante y original tragedia que ningún espectador comprendía. Y conforme iban llegando á los sitios más consagrados por los viejos recuerdos litúrgicos de la república y de la libertad, iba trocándose la indiferencia pública de horror helado en abierta hostilidad. A la vista de semejante afecto popular, subiéronse por las laderas del Capitolio so pretexto de presentarse delante de Júpiter en homenaje, mas realmente para huirse de la plebe y en aquel seguro refugiarse. Mientras tanto los escasos devotos capaces de guardar algún culto á la desgracia en aquel pueblo corrompido, cogieron el cadáver de César y lo echaron en la litera, que á la puerta del Senado se hallaba todavía, conduciéndolo á su palacio. Mal colocado y peor conducido,

al andar de los conductores movíanse los brazos, los pies, la cabeza, con esos movimientos siniestros del cadáver falto de su natural motor, la vida y el empuje de su cerebro. A mayor abundamiento, así que lo depositaron en el vestíbulo de su palacio, salió Calpurnia llorosa, desgredada y fuera de sí dando gritos inspirados por su natural dolor. Y aquel pueblo, que no se había engreído con el renacimiento de su libertad, se irritó á la muerte de su amo.

Grandísimo el desencanto de los conspiradores. Mayor aún el sufrido por la pobre Porcia. Yo me la figuro ahora mismo presa de bien rápidas, pero bien contradictorias emociones. Tras aquellas ansias durante las horas cercanas á la perpetración del atentado ¡ahl debió experimentar intenso regocijo al notificarle sus emisarios el fin real de César y el triunfo aparente de Bruto. Aquellas horribles congojas trocáronse á una en profunda satisfacción. Fuera de sí debió comunicar la feliz nueva con la suegra Servilia, perpleja entre los recuerdos de su amante y la victoria de su hijo. En la natural neurosis producida por los afectos intensísimos que aquel día sugiriera en pecho de mujer como Porcia, sus nervios debilitados remontáronse á una intensidad infinita y le dieron febril actividad. A mediados de Marzo un jardín romano rebrota, y reverdece, y se

repuebla de nidos, de golondrinas, de mariposas. La eterna noche, caída sobre aquel tirano, resplandecía como permanente luz diurna en el ánimo y en el pensamiento de la estoica. Faltaríale tiempo á la cuitada para correr hacia su tocador y engalanarse á fin de concertar las fiestas domésticas de los libertadores triunfantes con las fiestas públicas del pueblo libertado. Vería su esposo aclamado con la estrella del ideal en la frente y la daga de republicano austero en el puño. Vería un templo tan alto y tan majestuoso para su padre Catón, padre también de todos los libres, como el tiempo es padre de todos los dioses y de todos los hombres. Vería el pueblo yendo allí á proclamarla por verdadera musa de su libertad. Vería el mundo entero, las ciudades griegas sobre todo, levantando aras á los nuevos Harmodios de los pueblos libres, á los genios de la tribuna y de la república. Ella estaba en lo justo y en lo cierto, dado su carácter y su ministerio de mujer, imaginando que todos los romanos veneraban á Catón como lo veneraba su hijo, y que todos los romanos comprendían el acto de Bruto como lo comprendía su esposa. Deber impuesto á su marido por dos herencias, la herencia del gran republicano que había proscrito á los reyes y la herencia del gran republicano que había opuesto á los Césares el suicidio, no podía dejar de cumplirse con

fatal vigor. Mas ¡ay! todo esto era ya una religión de familia, un ideal que se desvanecía, un sentimiento que se acababa, un fuego del cual podía llamarse Porcia la Vesta; pero no estaba con Porcia Roma. La mujer pudo engañarse, y por tal modo perdona su error la historia, que veinte siglos no se han todavía cansado ciertamente de loarla y encarcelarla. Pero su marido no tenía razón igual para equivocarse, no. Él había vivido en medio de Roma, puesto su sede altísima de gobernador en las dos Galias, ejercido el dificultoso cargo de juez en el Foro, y conociendo las costumbres y las ideas debía saber que todo allí estaba por la dictadura y contra la república. Se fué la idea con el inspirado César y vino la fuerza con el brutal Antonio; se fué un pensamiento, una filosofía, un genio, y vino un general, un pretoriano, una bestia. El instinto de los hombres, que se acercan mucho á la inferior animalidad, y que se apartan de los ideales, resulta infalible casi, como el instinto de las fieras, el cual con dificultad suele equivocarse cuando se trata de su conservación ó de su reproducción. Al saber Antonio la indiferencia del pueblo respecto de sus libertadores, quitóse con presteza el disfraz que se había puesto para huir, y corrió á casa de Calpurnia la viuda en requerimiento del cadáver que pensaba poner como pedestal de su propia grandeza. Cal-

purnia le dió el testamento de César con los tesoros allegados en sus arcas y los documentos reunidos en su secretaría. Poseedor de éstos, con los documentos, interpretados á derechas ó á torcidas, auténticos ó falsos, creyóse Antonio un César, é inauguró el despotismo de la barbarie; con aquéllos, con los tesoros, creyóse Antonio un Creso é inauguró el reinado de la corrupción. ¡Terrible desengaño haber huído de César para encontrarse con Antonio! Y al encontrarse con aquel feroz y cruel soldado, borracho siempre, incapaz de todo pensamiento bueno y de todo acto moral, aun tuvieron que adularle y requerirle de amistad para ver si les salvaba. Y él, como ciertas alimañas, feroz y astuto, se dejaba querer y devolvía taimadísimos halagos á los requerimientos patricios y senatoriales, hasta indagar bien sus fuerzas y saber á ciencia cierta quién se quedaba con Roma. El despotismo iba descendiendo hasta convertirse por completo en monarquía militar. Imaginaos el desengaño de Porcia en aquella misma noche, verdaderamente lúgubre, aguardando la victoria de Catón, cuyos manes iban á satisfacerse con el restablecimiento de los antiguos crímenes republicanos; la victoria de Bruto, cuyas virtudes iban á emplearse todas en el gobierno de Roma, y encontrarse con la victoria del capitán vicioso y ebrio que se llamó Antonio.

Bruto y Casio no tuvieron más remedio que huir de Roma. El día consagrado á los funerales de César debieron perecer. El pueblo, viendo desvanecerse, consumido por las llamas, el inmortal dictador, cogió los tizones de la pira, y hubiera indudablemente abrasado las casas de los asesinos, á no impedírsele bien meditadas precauciones. Lanubio fué su retiro. El desengaño de Porcia no puede, no, encarecerse cual su intensidad lo pide y necesita. Egeria de la república resucitada, se había desplomado en el destierro. ¡Cuán tristes los días del desengaño y cuán largas las noches de insomnio al desengaño consiguientes! Pero como lo último á perderse aquí en la vida es la esperanza, aun los conjurados aguardaban del tiempo lo que no habían podido conseguir del entusiasmo. Creían al pueblo, que siempre se mueve por súbitos impulsos, fácil de mover por profundas reflexiones. Antonio no carecía de astucia, como hemos dicho, y temiendo competencias de la familia del dictador, sobre todo del sobrino Octavio, entretenía las esperanzas de los republicanos y entregaba dos gobiernos en Oriente á Bruto y Casio. Pero la situación de ambos resultaba extremadamente crítica. No podían ir á los gobiernos de cada cual sin dejar los cargos tenidos en Roma, y no podían dejar los cargos tenidos en Roma sin á Roma presentarse. Bru-

to, sobre todo, pretor urbano, estaba por las leyes fuera del deber al estar fuera de Roma. Sus licencias no podían extenderse allende diez días. ¿Y cómo volver en requerimiento de favores, y gracias, y sueldos? Los veteranos de César henchían las calles de Roma, y en su horror á los asesinos de seguro los matan. Entre las cartas de Cicerón hay dos por todo extremo interesantes, dirigidas á Tito Pomponio Ático, en el mes de Mayo subsiguiente al nefasto mes en que Bruto y Casio mataran á César. La pintura de aquella sociedad está fresquísima todavía. Tales colores dados á la historia en lo más oculto del hogar duran y perduran ciertamente. El orador, aunque no participó de la conjura, quiso ver á los conjurados. Los medios puestos por ellos en práctica, como el puñal esgrimido, como la sangre derramada, no estaban, no, en su conciencia y en sus inclinaciones. Pero de su partido y de su causa era, pues, un orador; como él, no podía consentir sin protesta que la tiranía derribara la tribuna de los Rostros y extinguiera el viejo ideal romano. Estaban los libertadores en Anzio. Bruto se holgó mucho al verle. Toda su familia rodeaba en este momento al tiranicida, empeñándose á porfía en aquietar su ánimo y abrir algún vado á sus esperanzas. Allí la vieja Servilia, la madre de Bruto, no consolada todavía del fin de César, á

quien debiera tan ricas y cuantiosas ofrendas tras el triunfo de Farsalia. Junto á la madre cesarista la estoica y republicana mujer, la inflexible Porcia, esperando todavía la resurrección de Roma. Con Porcia, su cuñada Tertula, hermana de Bruto y mujer de Casio. El hogar parecía una curia; los interlocutores una grande Asamblea. Como los pájaros cantan cuando oyen cantar, las gentes aquellas hablaban por lo mismo que departían con el primer orador de Roma y el segundo de la historia, con Marco Tulio Cicerón. La palabra proscrita se había refugiado en el hogar. La elocuencia doméstica, tristemente aquejada de incomprensible y vicioso énfasis, comenzaba entonces. El grande hombre, cuya voluntad no estuvo jamás al nivel de su inteligencia, cayó en la falta increíble de hablar un día entre cuatro paredes, en la sala de aquel mismo dictador que derribara la tribuna de los Rostros. Si no estoy equivocado, la oración por Deyotaro se dijo en las alcobas de César. La elocuencia romana recibió en el cenit esta sombra de triste decaimiento. Cicerón hablaría mejor teniendo por auditorio á Bruto y Casio que no á César y Antonio. Sin embargo, mucho se dijo también de cosas particulares y domésticas. Quejóse Tertula de haber malparido un hermoso muchacho á causa de los sustos. Favonio, un republicano que no

quiso ayudar á los conjurados en su proyecto y en su triunfo, los acorría y auxiliaba en sus angustias y adversidades. Acababan de nombrarlos proveedores de trigo á la ciudad, con poder para ello sobre ciertos distritos ribereños del Mediterráneo. Estos cargos, tan por extremo inferiores á las categorías que gozaban y á sus antiguos puestos, parecíanles una especie de insulto. Casio perdía la cabeza y juraba por sus dioses domésticos, por sus padres muertos, por todo cuanto puede comprometer á un romano de su temple, no tomar como un beneficio lo que había sido un agravio. Los ojos, al decir tales cosas con exaltación y rabia, salíansele de las órbitas. A Cicerón todo se le volvía darles consejos de prudencia, persuadirles á la conformidad con sus cargos, preguntarles dónde iban y qué hacían si tomaban de tal suerte una irremediable derrota. Casio se ponía furioso, vomitando amarguísimas cóleras, diciendo incoherentes frases, hasta jurar que no tardaría en irse á una provincia llena de pompeyanos fieles, rompiendo en abierta rebelión implacable contra el usurpador Antonio. Y Cicerón continuaba preguntándoles qué harían de Bruto, al cual no le estaba permitido ni quedarse allí en los alrededores de Roma eternamente, ni mucho menos partirse para la ciudad y para el hogar, donde le aguardaba la muerte. Bruto no

quería creer en tal extremidad. Parecía imposible que los romanos le guardaran á él una ingratitud idéntica con la guardada por él á César. Cicerón trazaba con vivos colores las costumbres ya serviles de una Roma resignada en largos lustros á la tiranía, y la disconformidad irreconciliable del pueblo y del ejército con los tiranicidas. Conforme iba él diciendo tales cosas, los oyentes gritaban y gemían como si los golpeasen é hiriesen. Aquí se oía el sollozo de una mujer desesperada é inerme, allí el resuello de un soldado resuelto á morir ó matar. Como acontece, por ley natural, entre todos los vencidos y todos los desesperados del mundo siempre, ninguno creía la rota debida, ni al propio criterio, ni á la propia resolución; todos mutuamente se imputaban la falta unos á otros. Casio reconvenía con acerbidad á su hermano Bruto por haberle disuadido con discursos y con actos á matar al pretoriano Marco Antonio; y no caía en que tras Antonio se dibujaba el dictador Octavio, cual Antonio surgiera tras el dictador César: que si la tiranía se halla sembrada en el suelo y esparcida en el aire, no hay medio de conjurarla, siendo como es una especie de universal epidemia que á todo el mundo contagia. Cicerón se retraía de pintar lo sucedido en Roma tras el atentado por no herir una susceptibilidad tan vidriosa como la sus-

ceptibilidad natural de los vencidos. Pero insistiendo mucho éstos, Porcia y Servilia sobre todos, Cicerón les dijo cuanto pensaba en elocuentísimo discurso.

Su palabra trató de probarles cómo siguieran al mismo á quien mataran en sus proceder y pensamientos, fiando más de sí que de su idea y de su fe. Debieron los vencedores congregarse el Senado, reconstruir la tribuna, enardecer el pueblo, tomar en mano la fuerza del gobierno y convertirla en fuerza de su idea, subir al Estado y asentarse sobre sus cumbres, evocando la muerta y enterrada república por medios tan activos y complejos cual aquellos que sirvieran á su muerte y á su entierro. Servilia le opuso numerosísimas objeciones, inspiradas en el partido á que perteneciera siempre, partido bien opuesto al de su muerto hermano Catón y al de su agonizante hijo Marco Bruto. Porcia quizás pensó que si el gran Cicerón, como lo hablara lo hiciera, estuviesen todavía en Roma; pero la discreción propia de su elevado carácter y el silencio propio de su elevada filosofía la retrajeron de dar opinión y acallaron sus ideas al momento de brotar en sus labios. Bruto y Casio, vencidos, no tanto por la persuasión que prestaba toda frase del orador cuanto por la verdad intrínseca de sus observaciones, convinieron á una en acep-

tar las dos provincias resignados, mas con la reserva de no aceptar aquel destino de frumentadores muy por bajo de sus respectivas dignidades. Intervino Servilia en este período crítico del diálogo, muy ufana con su influencia sobre los cesaristas sobreviviente á la muerte de César, y prometió interceder con Antonio á fin de alcanzar la remisión del cargo tan insoportable á las dos empinadas alturas de su deudo y de su hijo. Porcia debió mirar desde las alturas de sus ideas estoicas tan implacables el sensualismo práctico de su epicúrea suegra con verdadero asco. No les quedaba, no, á los republicanos otra salida que la retirada. Con mucha fe viva en el ideal abstracto, pero sin medios prácticos, no ya de cumplirlo, de defenderlo, quizás á la imposibilidad completa de la empresa le ha llamado una historia demasiado severa imprevisión, ininteligencia, torpeza de los que la idearon. No conozco nada más natural, pero tampoco más estéril que las recriminaciones contra unos vencidos, quienes acaso no cayeron en otra falta más que en la grave, gravísima, de intentar una victoria imposible. El que trata de conseguir un privilegio para sí, obtenido, le basta querer conservarlo para conseguir su conservación muchas veces; pero el que trata de conseguir un derecho para todos, no lo guarda, como todos, cual él mismo, no tengan interés y em-

peño en guardarlo. Muerto César, se vió que la tiranía no radicaba en el alma del dictador, sus raíces ahondaban más, iban hasta la voluntad interior del pueblo. Si al pueblo le presentaban la libertad y el pueblo no la quería ¿cómo transfundir un alma individual en el alma superior de todo un mundo? Allí, en el corto cenáculo compuesto por la familia de los libertadores mismos, latían los partidos, bajo cuyas discordias Roma perdiera su nativa libertad. Servilia estaba con los cesaristas y con los epicúreos; Porcia con los republicanos y los estoicos. Dentro de una familia, cuyo dios era Catón, cuyo jefe Bruto, cuyo amor é inspiración Porcia, el cesarismo había penetrado llevando sus vicios y la deshonor indeleble á estos vicios consiguiente. Porcia, tan severa, tan creyente, tan sublime, había debido tolerar que la hermana de su padre, la hermana mayor, que la madre de su esposo, la madre de Bruto, tomase parte activa en la conversación empeñada entre republicanos para salvar la libertad. Y Servilia en su juventud corrompió á César, le hizo creer sin fundamento que Bruto era suyo, le aconsejó en las persecuciones contra los republicanos, recibió de su munificencia muchas fincas confiscadas á éstos, entre las cuales aun tenía la quinta napolitana de Aguila, y, acabadas sus gracias por los años, prostituyó sus hijas, hermosas y

jóvenes, á la voraz voluptuosidad del tirano lujuriosísimo. Pues cuando no pudo extirpar los vicios de la tiranía Porcia con su enseñanza, con su ejemplo, en la propia familia, ¿podrían Bruto y Casio extirparlos en la inmensa Roma? Bruto mismo, desde la quinta donde se hallaba retirado y casi proscrito, decretó para el pueblo dones propios de César en las fiestas apolinarias, como representaciones de actores muy estipendiados y juegos de bestias feroces muy sangrientas. Hay quien dice que Casio no asesina, de ningún modo, á César, si éste no se apodera de sus leones númeradas, y no puede, no, dudarse que Bruto fiaba de los leones del circo lo que no había podido lograr de sus ideas y de sus principios. Hasta el desahogo encargando á un actor que recitara versos épicos en los cuales se refería la expulsión y destronamiento de los Tarquinos ¡ay! no pudo conseguirlo el infeliz. Le sustituyeron hexámetros incoloros contando aventuras insípidas. Murió el tirano, pero quedó la tiranía.

Por fin tuvieron los conjurados que partirse de Italia. Los buques puestos á su disposición para proveer á Roma de trigo, es decir, para desempeñar el cargo tan despreciado, por injurioso, les sirvieron para trasladarse á Oriente. Aguijoneólos, más que su propia voluntad, la noticia de haber

conseguido Sexto Pompeyo rentrar en posesión de toda España, muy fiel á la vencida causa de su padre. Divirtiendo las fuerzas de Antonio este caso hacia Occidente, de seguro podrían ellos trabajar más á su gusto en Oriente. Pero fieles á legalidad, pidieron permiso al Senado para que les eximiera de su presencia en los puestos por ellos desempeñados dentro de Roma. Y aunque reunido el Senado para este fin se mostró que había en él muchos republicanos, también se mostró que había en estos republicanos mucho miedo á la persona de Antonio. Y las Asambleas miedosas no podrán ser jamás Asambleas soberanas y libres. Al poco tiempo ya estaban Bruto y Casio acusados por acusación pública en el Foro de Roma. El pueblo gimió, los patricios se cubrieron el rostro con las manos; pero no quedó menos en vigor la sentencia infame contra la cual un solo juez de ánimo entero y firme opuso un voto de altiva protesta. En rebeldía los condenaron, y sin haberlos oído les impusieron la última fórmula de los tiempos bárbaros, la privación del agua y del fuego. Ya no tenían más remedio que defenderse desde las disputadas regiones de Oriente. Bruto campeó en Macedonia, Casio en Siria, mientras el último Pompeyo en Sicilia. A los tres juntos en la misma idea se opuso el célebre triunvirato compuesto por Antonio, Lépido y Oc-

tavio, junto á su vez en el mismo deseo de combatir á Pompeyo, Bruto y Casio. Estos dos últimos se hallaban en Asia cuando rompieron sus enemigos por Macedonia y Tracia, cerrándoles todo paso en el Rodopo. Los libertadores unieron ante tal terrible realidad sus legiones y marcharon á la defensa de su causa, encontrándose al fin constreñidos á mantenerla en los campos de Filippos. Tal batalla se contiene ya en la batalla de Farsalia. Pero mientras en ésta pelearon dos caudillos, en aquella pelearon dos causas. La república estaba con Bruto y Casio, el imperio con Octavio y Antonio. Bruto peleaba frente al primero, Casio frente al segundo. Muy separadas las fuerzas de los dos republicanos, por desgracia, no podían darse, como se necesita en la guerra, noticias frecuentes y rápidas. Así, mientras Casio era vencido, vencía Bruto; y de haberse comunicado mutuamente la respectiva suerte, no se matara, como se mató Casio, y no infligiera con su suicidio y con su desesperación este desastre más á la república. No pudo humanamente ocurrirse al desmayo producido por la muerte de Casio, tanto en los últimos republicanos como en su infeliz jefe. Veinte días transcurrieron entre los primeros y los últimos combates de tan extensa batalla. Bien disputada fué. Los dos ejércitos pudieron acercarse á los sendos alcances

de sus respectivas armas, como si en vez de ser dos colectividades fueran dos individuos. Combatieron allí unos y otros con cruel encarnizamiento. Cuando caía un hombre le reemplazaba con prontitud matemática otro. Horas y horas estuvieron destruyéndose mutuamente. Al fin se debilitó la primera línea de los republicanos. Y debilitada ésta, no por la debilidad seguramente de quienes la componían, sino por la matanza horrible, tuvieron que ceder la segunda y la tercera, envuelta en la inundación impetuosa de los satisfechos y soberbios vencedores. Octavio asedió el campo donde aun estaba un verdadero núcleo de los derrotados y persiguió Antonio á los dispersos. En esta correría encontró á Bruto guarecido por cuatro legiones, tras murallas materiales de cadáveres amontonados. Bruto intentó defenderse todavía; pero las legiones, cansadas, rehusaron este último auxilio, primero por creerlo inútil y después por considerar que iban á negarles el cuartel tras una desesperada resistencia.

Ya no le quedaba otro recurso en el mundo sino la muerte inmediata. Por los antiguos tiempos el suicidio tenía tanto crédito, que se mataban clases y poblaciones enteras. Lo mismo que moría un hombre, moría, ó bien una legión, ó bien una ciudad. Bajo unos árboles muy verdes, junto á un arroyo muy claro, al pie de una colina muy hermosa,

el representante postrero de las edades clásicas miró frente á frente su mortal agonía y su próximo traspaso del mundo este á otro mundo mejor. Tendióse por tierra y comenzó á dar alaridos en justo duelo por sus compañeros mártires. A fuer de pagano, aquel hombre no se contentó con llorar á los suyos, maldijo á los contrarios, llamando sobre sus cabezas la pena del talión. Hecho esto, dirigióse á los capitanes sobrevivientes en súplica de que le clavasen sus puñales y lo remataran allí con la mayor prontitud. Todos rehusaron. La noche venía, noche tranquila del Oriente, y se acercaban los enemigos con ella, muy anhelosos por coger la mejor de sus presas, el representante último de la libertad y de la república. Como se oyera la palabra huyamos, frecuentísima en todos los pánicos, Bruto aseguró que pensaba huir, sí, más no por medio de los pies, por medio de las manos. Entonces ya la noche había venido sobre todos. Susurraba el arroyo, despedían aromas las plantas, zumbaban los insectos del crepúsculo, las aguas corrientes se plateaban en la incierta luz, por los cielos azules resplandecían astros innumerables y quizás innumerables aereolitos. La indiferencia del universo acabó por sublevar á Bruto mucho más que la indiferencia del pueblo. La república se acababa, y lucían los astros con claridad nueva, y se trans-

parentaba el cielo en su divina serenidad, y las flores abrían sus corolas como para una fiesta, y entonaba el arroyo su idilio melodiosísimo, y sacudían los árboles su polen de vida y de amor. Viéndolo todo sonriente y armonioso en torno de su dolor, lanzó una terrible y desesperada negación á la virtud, y se arrojó sobre su espada, puesta en el suelo de punta, la cual, más compasiva que los hombres y los elementos, lo mató en aquel supremo y fatídico minuto. Antonio mandó el cuerpo á Servilia ceñido en sudario de púrpura y rogándole que le diese digna sepultura. Servilia lo enterró con arreglo á todos los ritos romanos. Mientras duraron estos ritos Porcia cumplió con fidelidad sus deberes litúrgicos de viuda. Tuvo el muerto las lágrimas y las oraciones que deben acompañar á los cadáveres y que deben servir á los manes. Pero la violencia caracterizó aquella complexión de mujer. Por consiguiente, no creyó cumplidos todos sus deberes con regar de lágrimas y envolver en oraciones los restos de su esposo. A la hija de Catón, á la mujer de Bruto, le atañían otras obligaciones. No se juzgaba digna de haber vivido con ellos si no acababa como ellos. Si á lo menos la muerte de ambos resultara próspera y fecunda, si con su inmolaición cruenta consiguieran salvar libertad y república, todavía le tocaba vivir para verlos idolatrados.

por su pueblo y circuidos en justicia de la universal admiración. Pero las nuevas leyes los declaraban reos, y el pueblo no volvía por su virtud, ni siquiera tras haber visto que por el pueblo y para el pueblo habían los dos inmolado voluntariamente su vida. El afecto, á todas estas reflexiones profundas consiguiente, debía ser un afecto de odio invencible hacia un mundo caído en tales injusticias. El propósito de un suicidio como el suicidio de Catón, como el suicidio de Bruto, se apoderó de aquella mujer, quien sólo muriendo se creía digna de llamarse hija del uno, esposa del otro. Pero Servilia, en cuyo espíritu el epicureísmo casi nativo y el apego á las ideas cesaristas engendrarán un deseo de vivir, que ciertamente la llevó hasta los cien años, no quería este duelo más en su vida y este remordimiento más en su conciencia. Púsole una legión de atentas esclavas, á quienes encargó seguirla y vigilarla noche y día con el fin de impedir aquel innecesario suicidio. Pero Porcia heredó, entre las cualidades catonianas suyas, no solamente la resolución firmísima, la tenacidad en sus resoluciones. A mayor abundamiento el más joven y último de sus hermanos acababa de morir en Filippos defendiendo la causa de su pueblo y de su padre. Cuando entre los cadáveres, que rodearon á Bruto en la hora última,

se hallaba un Catón, Porcia se creía obligada por todos los afectos humanos á seguir el ejemplo de los suyos, como esposa, hermana é hija. La república no cuenta entre sus innumerables mártires ninguno de la pureza que brilla en Porcia. Los republicos morían todos en el mundo antiguo así que moría su causa. Ella, rica, patricia, hermosa, joven, podía prometerse aún la consideración del mundo y los amores de otro esposo. Más fuerte que todos los varones á quienes imitaba, las precauciones seguidas para evitar el suicidio agravaron la pena de su agonía y el horror de su muerte. Porcia se mató sin piedad, tragándose unas brasas. Su alma es la nube más encendida y más bella que resplandece sobre los ocasos de la libertad y de la república.



